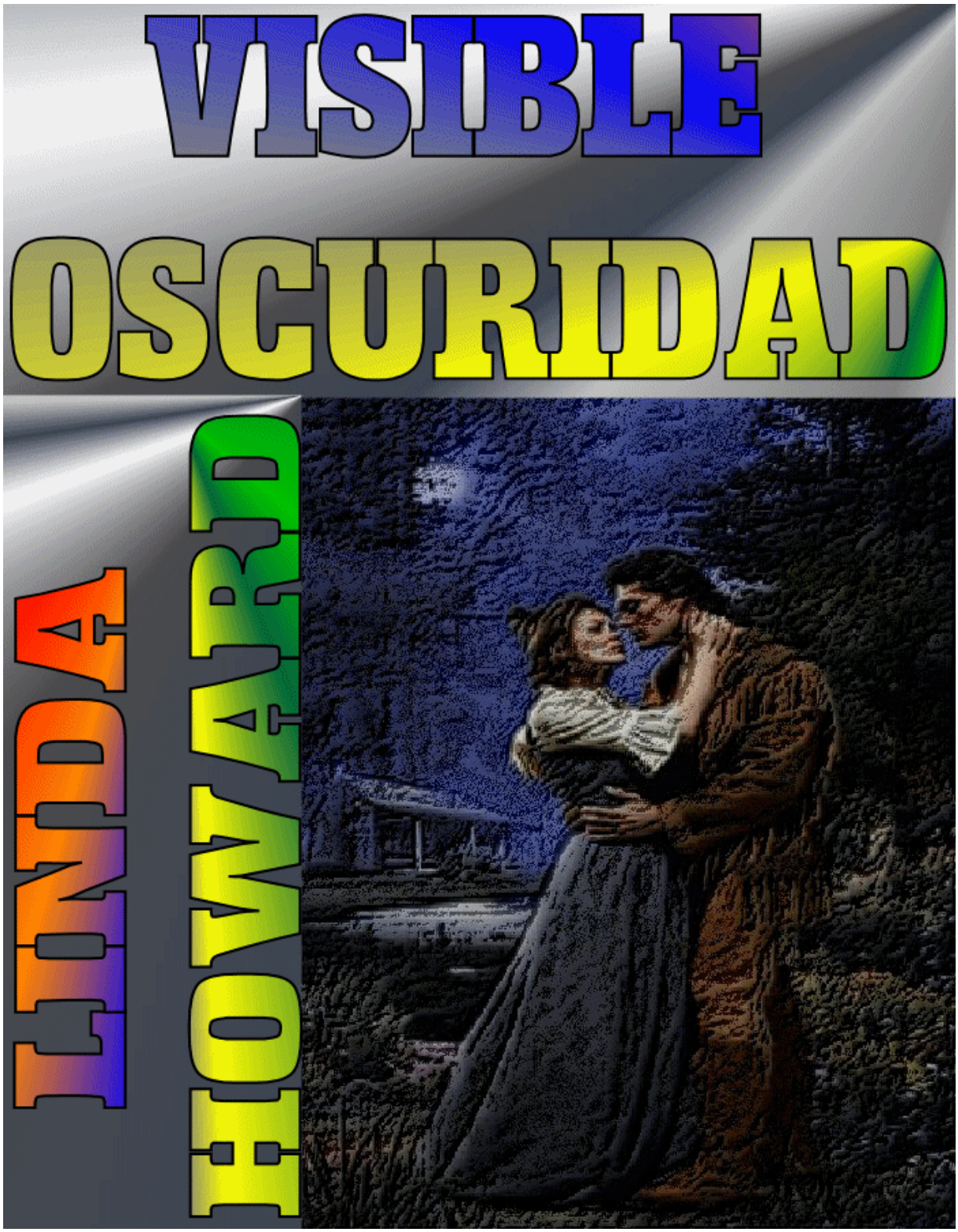
VISIBLE OSCURIDAD
LINDA HOWARD



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Clayton, Nueva York

Era el tres de septiembre, uno de esos días despejados y perfectos a caballo entre el calor del verano y el frío del inminente invierno. El cielo tenía un color tan intenso que, al salir del coche en el aparcamiento del supermercado, Sweeney se quedó inmóvil y miró boquiabierta ese sorprendente tazón azul como si fuese la primera vez que lo veía. De hecho, nunca lo había visto de aquel modo.

Si había algo en esta vida de lo que ella entendía era de colores, y nunca había visto ese tono de azul. Era increíble, más profundo y oscuro, más intenso de lo que ningún cielo tenía derecho a ser. Ese día, en ese día perfecto, la neblina de la atmósfera entre el cielo y la tierra se había vuelto más fina, y se encontró más cerca del borde del universo que nunca, tan cerca que era como si ese azul intenso pudiera absorberla y llevársela de la tierra. ¿Podría reproducirlo? En su mente empezó a mezclar pigmentos, descartando de manera automática algunos de ellos mientras su ojo interior juzgaba los resultados. No, ese toque de blanco haría que el tono de azul fuera demasiado infantil. No era un azul caprichoso, era el azul más impresionante que había visto en su vida. Era puro y espectacular, la atraía y la impregnaba con la exuberancia de su belleza. Permaneció inmóvil con el rostro hacia arriba, olvidó que iba camino del supermercado y se sintió exaltada por el color, colmada hasta rebosar, con el corazón henchido y extático.

Cuando finalmente recordó volver los ojos al suelo, su mirada estaba deslumbrada. Vio un destello de... algo, y aunque no había estado mirando el sol, pensó que el cielo estaba tan brillante que los ojos tenían que adaptarse a menos luz. Parpadeó y luego bizqueó. Era algo sólido pero no del todo. Un extraño niño bidimensional.

Lo miró, parpadeó y fijó de nuevo la vista en él. Fue como un mazazo en la cabeza que le heló la sangre y le entumeció las yemas de los dedos.

Aquel chico estaba muerto. Hacía un mes que había asistido a su funeral. Pero en ese día perfecto, mientras iba a un recado completamente ordinario, vio a un niño muerto en el aparcamiento del supermercado.

Muda de asombro, Sweeney miró a la mujer a quien seguía el chico. Era su madre. Sue Beresford llevaba la bolsa de la compra en una mano y con la otra tiraba de la manita de Corbet, su revoltoso hijo de cuatro años. Tenía el rostro contraído, los ojos manchados del profundo dolor de una madre que había perdido a su hijo mayor hacía justo un mes a causa de una leucemia.

Pero allí estaba el pequeño Sam, siguiéndola.

A Sweeney se le inmovilizaron los pies en el asfalto. Todo su cuerpo se entumeció y no pudo hacer ningún movimiento mientras veía cómo el muchacho intentaba llamar la atención de su madre desesperadamente.

-¡Mamá! -decía una y otra vez Samuel Beresford, de diez años, la voz quebrada por la ansiedad-. ¡Mamá!

Pero Sue no respondió. Siguió caminando y tirando del pequeño Corbin. Este intentaba agarrarle la falda pero el tejido se escapaba entre sus incorpóreas manos. Miró a Sweeney y esta captó su frustración, su asombro y su miedo.

-No me oye -dijo, con unas palabras que vibraban como si las oyera por algún sistema de audio con imperfecciones. Corrió para alcanzar a su madre, con unas piernas delgadas que centelleaban bajo sus pantalones de tela escocesa.

Sweeney se tambaleó conmocionada y puso la mano en el capó del coche para recuperar el equilibrio. La superficie metálica calentada por el sol tenía un tacto arenoso. El tazón azul del cielo seguía presionando hacia abajo como si quisiera absorberla mientras ella contemplaba al niño muerto.

La delgada figura se apresuró a montarse en el asiento trasero, al lado de Corbin, antes de que su madre pudiera cerrar la puerta. Sue se sentó tras el volante y salió del aparcamiento. La cara pálida y traslúcida de Sam brilló unos breves instantes tras la ventanilla. Miraba a Sweeney y la saludaba con la mano. Ella le devolvió el saludo instintivamente.

En su mente se formó una palabra: Fantasma.

Capítulo ***1***

Nueva York, un año después.

Una cosa era creer en fantasmas, y otra muy distinta verlos. Sin embargo, Sweeney había descubierto que lo que realmente marcaba la diferencia era conocer o no al fantasma. En el pequeño pueblo de Clayton, Nueva York, en el que había vivido hasta hacía un año, conocía de vista a todos los habitantes, incluidos los muertos. En la ciudad de Nueva York no conocía a nadie, por lo que podía mirar a través de los rostros traslúcidos de la multitud y fingir que no los veía. Después de haber visto el fantasma de Sam Beresford en Clayton, nunca sabía cuándo iba a encontrarse con otro fantasma que le hablara, y nunca podía tomárselo con calma suficiente y fingir que no ocurría nada. No, tenía que reaccionar, y al poco tiempo la gente empezó a mirarla como si sospechara que había perdido la cordura. Así que hizo las maletas y se trasladó a Nueva York, antes de que los vecinos empezaran a señalarla por la calle.

Sí, la ciudad era mejor. Hacía menos frío. En la época en la que empezó a ver fantasmas, su regulador térmico interno también pareció helarse. Siempre tenía frío, había tenido frío todo el año. Tal vez el frío había llegado antes incluso de ver a Sam Beresford, pero no se acordaba. Al fin y al cabo, ¿quién prestaba atención a esos detalles? No eran esas cosas las que uno se apuntaba en la agenda: 29 de agosto. He tenido frío.

Sweeney no sabía qué le había llevado los fantasmas a la mente aquella radiante mañana de septiembre, pero fue lo primero en lo que pensó cuando se despertó. Eso y el frío, que parecía empeorar. Salió de la cama a toda prisa, se quitó el pijama, se puso un jersey y fue a la cocina a tomarse la primera taza de café, dando gracias al cielo de la existencia de los programadores electrónicos en la vida doméstica. Era tan agradable tener el café ya preparado al levantarse de la cama... De otro modo, pensó, se quedaría helada de frío esperando a que estuviese listo.

El primer sorbo la calentó por dentro y suspiró aliviada. Saboreó el segundo y cuando se disponía a hacer lo mismo con el tercero, sonó el teléfono.

Los teléfonos eran una molestia necesaria, pero una molestia al fin y al cabo. Consultó su reloj y eran las siete cuarenta y tres de la mañana. ¿Quién demonios la llamaría a esa hora? Irritada, dejó la taza en la mesa y fue a responder.

-Soy Candra---dijo una cálida voz-. Siento mucho llamarte tan temprano pero no sabía qué planes tenías y quería pescarte en casa.

-Pues me has pescado en el primer lanzamiento -replicó Sweeney, menos agitada. Candra Worth era la propietaria de la galería donde Sweeney vendía sus cuadros.

-¿Cómo dices?

-No importa. Es argot de pescadores. Supongo que nunca has ido a pescar...

-Oh, no. -Al igual que su voz, la risa de Candra era cariñosa e íntima---. Te he llamado para saber si podrías pasarte por aquí sobre la una para conocer a unos posibles clientes. Anoche nos encontramos en una fiesta y dijeron que les gustaría hacerse un retrato. Enseguida pensé en ti, por supuesto. La señora McMillan quería venir a la galería a ver una pieza que acabo de adquirir y he pensado que podrías acercarte y hablar con ellos.

-De acuerdo, lo haré -prometió Sweeney, aunque había planeado un día de trabajo ininterrumpido.

-Bien, entonces te espero.

Helada d e frío, colgó y corrió a recuperar su café. No le gustaba ser presentada a posibles clientes pero sí hacer retratos. Además, necesitaba el trabajo. Desde que había empezado a ver fantasmas, su obra se había ido al agua en un visto y no visto. La delicadeza marca de la casa de sus paisajes y naturalezas muertas había dado paso a una exuberancia impropia de su estilo y no le gustaba. Sus colores siempre fueron transparentes, como acuarelas en vez de óleos, pero ahora, por más que se empeñara en lo contrario, se sentía atraída por unos matices más profundos, apasionados e irreales. Llevaba meses sin exponer ninguna obra nueva en la galería de Candra y aunque sus cuadros anteriores seguían vendiéndose, ya debían quedar pocos.

Si a la pareja le gustaba su obra, aceptaría el trabajo porque se sentía en deuda con Candra. Sweeney era consciente de que no era y, probablemente nunca sería, una artista cotizada, ya que su pintura era considerada demasiado tradicional, aunque Candra siempre había encaminado hacia ella a los clientes con el enfoque más clásico, lo cual le proporcionaba unos ingresos estables y de buen nivel. Además de eso, el año anterior, cuando anunció su intención de marcharse de Clayton, fue Candra quien le buscó apartamento.

Nueva York no habría sido el lugar al que Sweeney se habría marchado en primer lugar. En realidad, pensaba en algún sitio donde hiciera menos frío. En Nueva York hacía menos frío, claro, porque Clayton estaba junto al río San Lorenzo, al este del Ontario y en invierno las nevadas eran constantes. La ciudad de Nueva York estaba en la costa, nevaba durante el invierno, pero no tan a menudo ni tanto, y las temperaturas eran más moderadas, aunque no lo bastante. Sweeney hubiera preferido Miami o algo así, pero Candra le dijo que fuese a Nueva

York y no lo lamentaba. En Nueva York siempre ocurría algo y le proporcionaba abundante distracción cuando pensaba que iba a echarse a gritar de frustración.

Por encima de todo, Nueva York era tan grande que no conocía a sus muertos, no se sentía obligada a saludarlos por cortesía. La ciudad también le proporcionaba un constante flujo de caras, todas vivas. Sentía fascinación por las caras, le gustaba estudiarlas y era por eso que cada vez hacía más retratos, a Dios gracias porque, de otro modo, su cuenta bancaria no hubiese tenido sólo problemas, sino más bien, graves problemas.

La ciudad le gustó y para lo que se pagaba en Nueva York, el precio del alquiler del apartamento era razonable. Candra conocía ese apartamento porque su marido, Richard Worth, era el dueño del edificio. Una especie de mago de Wall Street, un millonario de las finanzas que había empezado de cero. Sweeney lo había visto un par de veces y se había alejado todo lo posible de él. Tenía una cara interesante pero amenazadora y pensó que debía de tratarse del tipo de hombre que arrollaba todo lo que se le ponía por delante, así que decidió no hacerlo.

El barrio no era el mejor ni el edificio tampoco, pero su apartamento estaba situado en una esquina y tenía ventanas inmensas. Ella podría vivir alegremente en un granero, siempre y cuando tuviera buena luz y calefacción central.

Con el café cesaron los temblores. Siempre tenía frío, pero por las mañanas más. Habría tenido que ir al médico, pero en cuanto se imaginaba contándole a alguien lo que le ocurría, el sentido común la detenía: «Hace un año que empecé a ver fantasmas y desde entonces tengo frío. Y, por cierto, los semáforos se ponen verdes cuando me acerco, y mis plantas florecen fuera de estación. ¿Qué me pasa?». No, imposible. Eso era algo que ya había aprendido desde pequeña. Ser artista ya la volvía a una «un poco rara»; no quería que la calificasen también de loca.

El año anterior había sido duro por otras cosas, no sólo por los fantasmas. Sweeney se resistió al cambio con una terca determinación que no era menos obstinada por su falta de ferocidad. No era feroz con nada excepto con la pintura. Sin embargo, los que la conocían de años sabían lo tenaz que había sido. Le gustaba la rutina, le gustaba que su vida tuviera un tono grave y estable. Podía vivir de maravilla sin el drama, la excitación o el desespero de los que ya tuvo en exceso durante la infancia. Para ella, la costumbre y la normalidad equivalían a seguridad. Pero ¿cómo sentirse segura al ver que había cambiado, al saber que no era normal aun cuando consiguiera que los demás no se enteraran de ello?

Puso en marcha el televisor para sentirse acompañada mientras se preparaba el desayuno, aunque los cereales no requirieron demasiada preparación. Se los comió secos, sin leche, porque la leche estaba fría y no quería volver a tener frío justo cuando acababa de recuperarse de él. Mientras comía, vio el sexy anuncio de la Coca Cola baja en calorías e hizo una pausa, con la cuchara suspendida mientras los labios formaban un silencioso «huau».

Cuando el anuncio terminó, se sintió casi sudorosa. Tal vez ver los anuncios de la televisión fuera la clave para entrar en calor.

Después de trabajar varias horas en su estudio, Sweeney advirtió que ya era la una y que tenía que arreglarse para ir a la galería. Detestaba tener que arreglarse, pero cogió una falda y una

camisa en vez de los habituales vaqueros y la sudadera. Le llamó la atención un destello púrpura y movió los colgadores hasta llegar a un jersey rojo que alguien le había regalado unas Navidades y que nunca se había puesto. Todavía tenía las etiquetas. Tras estudiar el color, rico y brillante, decidió que aquel día se lo pondría.

Se suponía que también tenía que peinarse. Se detuvo ante el espejo y frunció el ceño. Había tenido la bendición, o la maldición, de nacer con un cabello muy rizado e indomable y lo llevaba por debajo de los hombros para que el peso lo mantuviera en su sitio. Sus opciones eran limitadas: recogérselo en una cola de caballo como una colegiala, intentar hacerse un moño y esperar que no se le soltaran algunos rizos o dejárselo suelto. Optó por dejárselo suelto. La posibilidad de humillación sería menor.

Con un peine, intentó alisar los rizos más indomables. De pequeña odiaba su pelo. Había heredado los rizos indómitos de su madre, sólo que esta siempre se había sentido orgullosa de ellos y los realzaba con todos los tonos posibles de rojo. También intentó colorear el cabello de su hija, aunque ella, incluso de niña, se había sentido más segura en la normalidad. Tenía el cabello castaño y siempre lo llevaría castaño Ni rojo, ni negro, ni platino. Castaño. Era un color ordinario aunque los rizos lo exageraron un poco.

Después de peinarse, se estudió con aire crítico. Ahí estaba. A excepción del cabello, ninguna otra cosa llamaba la atención en ella. Delgada, estatura normal, bueno, casi. Le hubiera gustado medir un par de centímetros más. Ojos azules, cabello moreno y rizado. Buena piel. Treinta y un años y ni una sola arruga. La falda negra se detenía encima de las rodillas, los zapatos eran lo bastante cómodos para ir a la galería caminando, no se veían excesivamente serios y el jersey púrpura era... fantástico. Estuvo a punto de quitárselo, pero el color la sedujo.

Necesitaba maquillarse un poco. Nunca había sabido si lo hacía bien y por eso siempre se limitaba a lo más básico: una crema luminosa y lápiz de labios. De ese modo estaba segura de que no parecía un payaso, o a su madre. Sweeney siempre había hecho auténticos esfuerzos para no parecerse a su madre. Ser artista era un parecido más que suficiente.

Como estaba muy segura de que en la galería de Candra sólo tenía un par de paisajes, revisó los esbozos que había hecho de retratos, eligió los que estaban casi terminados, y los puso en una carpeta para enseñárselos a los McMillan. No tenía ninguno acabado del todo, porque los retratos los hacia por encargo y en cuanto estaban listos, los interesados se los llevaban.

Con la carpeta bajo el brazo, salió del apartamento para ir hasta la galería dando un paseo. Sólo pisar la acera, el cálido sol de septiembre le calentó la cara y suspiró aliviada. Casi todas las personas con las que se cruzó, a excepción de los ejecutivos que probablemente dormían con traje y corbata, iban en mangas de camisa. Un neón en el que se alternaba la hora y la temperatura anunció 27 grados.

Era un día hermoso, uno de esos días en los que pasear es una maravilla. Llegó al cruce de sus perritos calientes favoritos y se acercó al vendedor.

El viejo tenía una de las caras más dulces que nunca había visto. Siempre sonreía con unos dientes brillantes que resaltaban con su piel oscura. Probablemente una dentadura postiza. Las personas de su edad rara vez conservan los dientes. Tenía sesenta y ocho años, le dijo un día. Hora de jubilarse. Los viejos como él tenían que dejar sitio a los jóvenes para que se ganaran la vida. Lo dijo riendo y Sweeney supo que no tenía ninguna intención de hacerlo. Seguía

vendiendo sus bocadillos y dedicando dulces sonrisas a sus clientes. Se había fijado en aquel hombre en su primera semana en Nueva York y había decidido acercarse a él todas las veces que le fuera posible para estudiar su rostro.

Su expresión le fascinaba. La había dibujado en algunas ocasiones, un trabajo rápido y rudimentario porque no quería que el tipo supiera lo que estaba haciendo. Todavía no lo había captado bien del todo. Era la expresión de un hombre que no está enfadado con el mundo, que simplemente disfruta de la vida. Era eso, era la ausencia total de cinismo en sus ojos, como si fueran los de un niño, lo que la había estimulado a plasmarlo en un papel y en un lienzo.

-Aquí tienes, Sweeney. -Le dio el bocadillo y tomó el dinero. Sweeney se puso la carpeta entre las pantorrillas y echó una tonelada de mostaza a la salchicha-. Estás muy sexy, hoy. ¿Tienes una cita?

Venga ya. No había salido con nadie desde hacía tanto tiempo que ni siquiera recordaba cuándo había sido. Hacía, al menos, un par de años. Tal vez más. No lo echaba en falta.

-No, es una reunión de negocios -respondió, y dio un bocado al perrito.

-Pues es una pena, porque hoy estás tan seductora... -Le guiñó un ojo y ella le devolvió el guiño, aunque estaba algo sorprendida por el cumplido. ¿Seductora, ella?

Era la persona menos seductora del mundo en todos los sentidos del término. Prefería trabajar todos los días, zambullirse en los colores y en las formas, en la luz y la textura, en vez de perder el tiempo preocupándose por si a algún hombre concreto le gustaba su cabello o a también salía con otras.

En la universidad había entrado en esos juegos porque era lo que se esperaba de ella, pero aparte de un par de enamoramientos en el instituto, ningún chico le había interesado demasiado. Ni había sentido un estremecimiento lascivo desde..., bueno, ahora que lo pensaba, desde aquella misma mañana. La había sorprendido mucho que un anuncio de la Coca Cola baja en calorías la hubiera puesto en ese estado.Ese ardor de florecimiento tardío la había pillado desprevenida. Pensaba estar ya a salvo de los dementes impulsos hormonales que habían destrozado las carreras creativas de muchas mujeres o, al menos, las habían diluido.

-Pues vestida de ese modo, los dejarás muertos -dijo el vendedor con un nuevo guiño.

Curioso. No se le había ocurrido que aquella sencilla falda y jersey tuvieran ese gancho. Debía de ser por el color, pensó. Los

Neoyorquinos siempre vestían de negro. A veces había pensado que la ciudad nadie poseía una prenda de colores brillantes. Destacaba entrela multitud como un cardenal, con su jersey púrpura. Y haberse peinado había sido una buena idea. Caray, si hasta se había puesto pendientes.

Recuperó la cartera de entre las piernas y continuó caminando por la acera con el bocadillo en la mano. La galería estaba a cuatro manzanas y tendría tiempo de terminárselo y limpiarse la mostaza de los labios**.** Saludar a los McMillan con manchas amarillas en la cara no causaría buena impresión.

Había sido muy amable por parte de Candra concertar la entrevista. Otros propietarios de galerías no se habrían preocupado en hacerlo. Las cifras grandes estaban en el arte primitivo y en el arte moderno, no en el estilo tradicional que ella prefería, pero Candra siempre había estado alerta a los intereses de Sweeney y le hacía llegar trabajo. Con todos los artistas que exponían en la galería hacía lo mismo, desde el menos cotizado hasta el mejor pagado, con un cariño natural que atraía a los clientes y la galería también hacía mucho dinero. No se trataba de que Candra tuviera que preocuparse de ese tema porque, con la fortuna de Richard, los beneficios o las pérdidas de la galería no tenían ninguna importancia.

Al pensar en Richard Worth le vino a la mente su cara acompañada de la habitual sensación de incomodidad. Le hubiera gustado pintarlo pero no se imaginaba pidiéndoselo. Su cara estaba llena de ángulos pronunciados y tenía unos ojos muy penetrantes. Nunca lo retrataría en uno de esos trajes italianos de seda de tres mil dólares que tanto le gustaban, sino que pondría su rostro en los muelles o al volante de un gran camión. Richard Worth parecía un tipo vulgar, de esos que sudan su camiseta y no un mago de las finanzas.

Candra y él se veían absolutamente opuestos. Ella era hermosa, aristocrática, con su bruñido cabello moreno y sus ojos color chocolate, pero su hermosura era blanda, de esa que tienen miles de mujeres, que son atractivas pero no extraordinarias. Su verdadero encanto estaba en su personalidad abierta que, como la dulzura del vendedor, procedían del interior, no del rostro. La naturaleza de Richard parecía moldeada según sus huesos, con un duro y anguloso rostro, un homenaje al hombre. Como pareja no se los veía muy compatibles y en cambio, ya llevaban diez años casados. Las veces en que Sweeney los había visto juntos había tenido la impresión de que, aunque formaban pareja, eso era sólo por pura casualidad. Richard parecía demasiado frío, demasiado adicto al trabajo como para atraer a una mujer de la sensibilidad de Candra, pero nadie sabe lo que ocurre entre una pareja en sus momentos de intimidad. Tal vez él se relajaba a veces.

Cuando Sweeney llegó a un cruce, el semáforo se puso verde para los peatones. Se había acostumbrado a la comodidad de no tener que esperar en las esquinas. Algunos conductores parecieron asombrarse de lo rápido que había cambiado la luz, pero eso no era su problema. Al cruzar la calle, casi se burló de ellos. Detestaba perder el tiempo y estar en un cruce sin hacer nada era una pérdida de tiempo. Se quejaba de todo lo que la alejaba de la pintura hasta un punto en que comer también era casi una pérdida de tiempo.

Dormir, en cambio, no. Dormir le gustaba mucho. Lo que más le gustaba era trabajar hasta muy tarde y meterse en la cama exhausta y sentir la deliciosa pesadez de perder la conciencia, como cayendo en un agujero. Esa sensación era mejor todavía si además llovía. El placer de dormirse oyendo llover era casi sensual.

En esa época, dormir era una aventura porque siempre venía acompañado de los sueños. Siempre había soñado en color, pero ahora sus sueños eran dolorosamente vívidos, en un rico y brillante technicolor. La fascinaban las tonalidades que tomaban, tan intensas y vibrantes. Cuando se despertaba intentaba reproducir esos colores y siempre le costaba mucho conseguirlo. No eran compatibles con la delicadeza de su técnica, con las pinceladas precisas que eran su sello más personal. Le gustaban mucho los colores y se decepcionaba cuando, por la mañana, la memoria no le permitía recordar en absoluto lo que había soñado.

Se terminó el bocadillo, tiró el envoltorio en la papelera y se pasó un dedo alrededor de los labios para quitarse los posibles restos de mostazas. Los perritos calientes no le gustaban mucho, por lo que aligeraba el sabor con montones de mostaza. Pero si los comía debía ser porque le gustaban. Además, el vendedor estaba siempre allí, su cara interesante y ella no

tenía que desviarse de su camino, con lo que comprando el bocadillo se ahorraba tiempo. Y no sólo eso, no tendría que perder tiempo comiendo cuando llegase a casa.
La gente caminaba por las aceras sin hablar como no fuera con los móviles y sin apenas mirarse a los ojos. Sweeney estudió sus rostros con curiosidad sabiendo que era muy improbable que ellos también la estuvieran mirando. Hizo caso omiso de las caras ocasionales que eran demasiado transparentes. Resultaba fácil. Como buenos neoyorquinos, hasta los fantasmas tendían a evitar el contacto visual.

La gran variedad de caras de la ciudad era una fuente de inspiración constante. París..., bueno, París estaba bien, pero hasta el nombre la incomodaba. Había visto a tantos artistas pretenciosos, entre ellos su madre, dar tanta importancia a pintar en París, que ella no encajaría en la colonia artística de esa ciudad. Tampoco se trataba de que encajase en la colonia artística de Nueva York, pero aquí tenía más espacio y la sensación de pasar más inadvertida. La idea de Candra de que se mudara a la ciudad había sido brillante. Aunque Sweeney ya intuía que un día u otro se marcharía de allí, de momento Nueva York la fascinaba.

Algún día, la ciudad dejaría de ser interesante; todos los lugares en los que había vivido habían acabado por aburrirla. Nunca había pintado paisajes tropicales e imaginaba que un día sentiría el impulso de ir a Bora Bora pero que, dado su presupuesto, tendría que contentarse con Florida. Al fin y al cabo, una palmera siempre es una palmera. Pero, de momento, estaba encantada con los rostros, y Nueva York era el mejor lugar donde estar.

La galería estaba discretamente situada tras dos puertas dobles de cristal, las de fuera a prueba de balas ante la insistencia de Richard. El rótulo era pequeño y sencillo, «Worth Gallery» y nada más. No había ningún tipo de decoración, algo que Sweeney agradecía. Los letreros recargados le revolvían el estómago.

Como era habitual, el primer rostro que la saludó al entrar fue el de Kai, que en opinión de Sweeney, era todo un rostro. Hermoso, no había otro adjetivo para describirlo. Se suponía que cumplía las funciones de recepcionista, pero no estaba segura de si ese era su cargo oficial ni de si tenía alguno. A juzgar por las miradas que le dedicaban las clientas femeninas, estaba claro que su función era la de estar allí, no necesitaba hacer otra cosa. Tenía una brillante melena negra que le llegaba a los hombros, unos rasgados ojos oscuros sobre unos pómulos cincelados y unos labios carnosos que sugerían sangre polinesia. Sólo con verlo, a Sweeney se le despertaba el impulso de pintar palmeras. Kai también hacía de modelo y por las noches iba a clases de pintura, por lo que estaba siempre muy ocupado.

Sweeney sospechaba que entre Kai y Candra había, si no una historia amorosa, al menos una atracción. Cuando estaba enfrascada pintando podían pasarle por alto muchas cosas, pero hacer retratos la había convertido en una buena observadora de los rostros y de las expresiones y unas cuantas veces había captado un indicio de intimidad entre él y Candra. Nada evidente, sólo un centelleo en la expresión, un breve encuentro de las miradas, una momentánea actitud posesiva por parte de Kai. Candra nunca mostraría abiertamente sus sentimientos, pero Kai no era tan refinado**.** Sweeney esperaba que el chico no estuviera realmente enamorado de Candra, ya que esta no le correspondería. Los dólares de Richard pesaban mucho más que la belleza de Kai.

Librodot

Kai dejó su -asiento al otro lado del elegante escritorio Reina Ana desde el que controlaba quién entraba, y se acercó a ella con la mejor sonrisa de sus dientes blancos y las oscuras cejas arqueadas.

-Huau, Sweeney. -La miró de arriba a abajo-. Estás muy sexy -Tenía un leve acento, una melódica cantinela que debía de ser hawaiana. Su expresión era de abierta admiración.

Un poco preocupada, Sweeney se miró a sí misma. En el transcurso de diez minutos, dos hombres le habían dicho que estaba sexy. Ese jersey púrpura debía tener más gancho de lo que ella pensaba. De aquí en adelante, decidiría con más cuidado cuándo ponérselo, aunque le encantaba el color.

-Los McMillan todavía no han llegado -dijo Kai, tomándola por el codo, con las puntas de los dedos en el interior de su brazo-. ¿Te apetece una taza de té?

Aquél era el tratamiento que daba a los clientes. Su preocupación se convirtió en alarma. Fuera cual fuese el poder misterioso del color púrpura a ella no le gustaba toda aquella atención masculina. Los hombres eran sinónimo de problemas, con P mayúscula, subrayado y en cursiva. No tenía tiempo para ellos, y mucho menos para un joven de veinticuatro años y caro de mantener. Sweeney había vivido siete más que él y había aprendido algunas cosas sobre sí misma, entre ellas , que era una persona que funcionaba mejor sola.

Sin embargo, le apeteció que Kai la invitara a tomar un té.

-Sí, un Earl Grey con un terrón de azúcar moreno. –Candra seguía la costumbre europea de ofrecer terrones de azúcar blanco y de caña con el té que servía a sus clientes. A Sweeney le parecía algo muy civilizado.

-Ahora mismo. -Kai le dedicó una destellante sonrisa y despareció tras una pared donde estaba el servicio de té. Sweeney miró a su alrededor y se preguntó dónde estaría Candra. Si tenía una cita con los McMillan ya tendría que encontrarse allí. Era una mujer extremadamente puntual, y siempre llegaba a tiempo de recibir a las personas con las que se había citado.

Desde donde se encontraba, Sweeney veía casi toda la sala. Tenía dos plantas, con una majestuosa escalera central que se curvaba a ambos lados del recinto, pero el espacio era abierto y estaba bien iluminado, por lo que mostraba una excelente vista general de toda la estancia y Candra no estaba allí.

Kai. volvió con un aromático té servido en una taza de porcelana translúcida.

-¿Está Candra? -preguntó Sweeney al tiempo que tomaba la taza e inhalaba su fragancia con inconsciente placer.

-En su despacho, con Richard. -Miró hacia la puerta cerrada que se encontraba a sus espaldas-. Me parece que los trámites amistosos no se están desarrollando de manera amistosa.

Sweeney frunció el ceño valorando aquel oscuro comentario.

-¿Los trámites? -preguntó.

-Los de divorcio, claro -respondió Kai, sorprendido.

-¿Divorcio? -Ahora le tocaba a Sweeney sorprenderse y también sentirse decepcionada. Había intuido que el matrimonio de Cándra no era perfecto pero, aun así, detestaba ver rupturas matrimoniales entre sus conocidos. Siempre la alteraban, pues le recordaban los muchos divorcios que había vivido de pequeña.

-Dios mío, no me digas que no lo sabías. Se habla de ello desde hace un año, desde que llegaste a la ciudad. No puedo creer que no hayas oído nada.

Pese a su conmoción, Sweeney casi se rió despectivamente. Pintando, le habían pasado por alto las elecciones nacionales, ¿cómo, pues, tenía que extrañarle no haberse enterado de un divorcio? No se movía en los mismos círculos que Candra y aunque se conocían bien y entre ambas había una relación comercial rentable, no eran amigas del alma. 0 tal vez Candra no pensaba que su divorcio fuese importante. En el mundo del arte era tan frecuente, que Sweeney se preguntaba por qué la gente se tomaba la molestia de casarse.

Su padre y su madre se habían casado cuatro veces cada uno, dos veces entre sí. Sweeney tenía un hermano más pequeño, tras el nacimiento del cual su madre decidió que la maternidad la distraía de su devoción al arte y se ligó las trompas. En cambio, su padre había seguido procreando con sus varias esposas y le había dado dos hermanastros y tres hermanastras a los que sólo veía una vez cada dos años. La paternidad nunca le había impedido dedicarse a su arte, que era el de director de cine. Lo último que Sweeney sabía de él era que iba,a casarse por quinta vez pero de eso hacía al menos dos años, por lo que, tal vez ya estuviera a punto de divorciarse y casarse por sexta vez. 0 quizá hubiera vuelto con su esposa número cuatro. Incluso podía haber vuelto con su propia madre, no lo sabía. Sweeney no mantenía contacto con la familia.

-Candra se fue a vivir lejos del centro después de Acción de Gracias. -Los ojos de Kai se encendieron con el placer del chismorreo-. Sé que fue antes de Navidad porque dio una fiesta de doce días en su nuevo apartamento del Upper East Side. Es de lo más elegante... Llamó a la fiesta «los doce días de libertad». ¿No te acuerdas?

-No voy a las fiestas -respondió con toda la amabilidad que pudo. La última a la que había asistido fue la de su octavo cumpleaños. Huyó de la sala antes de que sirvieran el helado para que los pequeños gamberros a los que su madre había invitado gritaran y se pelearan solos. De todas formas, el helado era napolitano y a ella no le gustaba, aunque su madre siempre lo servía basándose en la teoría de que el helado napolitano era el mejor para satisfacer los gustos de todos los niños.

La verdad es que Sweeney no se sentía a gusto entre multitudes, y punto. El trato social no se le daba bien y era profundamente consciente de sus limitaciones. Nunca se relajaba y siempre temía cometer alguna estupidez. A su madre, una gran fomentadora de egos, le gustaba decir que Sweeney tenía el encanto social de un cabrero tibetano.

-Pues tenías que haber venido a esta. -Kai se acercó a ella y volvió a tomarla por el codo-. La comida fue fantástica, el champán se acababa y había tanta gente que no podías ni moverte. Fue genial.

La idea de genial de Kai difería mucho de la de Sweeney. Agradeció que no la hubieran invitado, aunque pensó que tal vez lo habrían hecho y que lo habría olvidado. Para ella, las fiestas eran un martirio, y hablando de martirios, ¿qué le estaba haciendo Kai en el codo?

Con el ceño fruncido, apartó el brazo. Sabía que Kai era un aventurero, pero nunca había dirigido su atención hacia ella. A Sweeney no le gustó y se prometió volver a meter el maldito jersey en el fondo del armario o en cuanto llegara a casa.

-Lo siento. -Kai fue lo bastante astuto para notar que sus atenciones no habían sido bien recibidas. Esbozó una sonrisa-. Como ya he dicho, estás muy sexy. Merecía la pena intentarlo.

-Gracias -replicó ella con un gruñido-. Siempre he deseado que me dijeran algo así.

Kai soltó una carcajada, una risa auténtica.

-Claro. Es por eso que tu señal de «No me toques» siempre está encendida, brillante. Bueno, si alguna vez te sientes sola, llámame. -Se encogió de hombros-. ¿Y qué has estado haciendo? Ahora que lo pienso, llevaba meses sin verte. ¿Cómo va el trabajo?

-No lo sé. Estoy produciendo algo pero no estoy muy segura del resultado. Estoy probando unas técnicas. -Aquello no era cierto pero no iba a echarse a llorar en el hombro de Kai. Este no tenía por qué saber cuánto le inquietaba el rumbo que había tomado su pintura y que no podía hacer nada por pararlo. Intentaba seguir el mismo trabajo delicado y etéreo que había hecho hasta entonces, pero parecía haber perdido la destreza. Esos colores vivos e intensos se le cruzaban en el camino y aunque los maldecía, acababa perdiéndose en ellos. Y no sólo cambiaban sus colores, sino también la perspectiva. Sweeney no sabía qué sucedía, pero el resultado era vibrante, y un tanto discordante. Siempre había tenido confianza en su talento, pero en aquellos momentos estaba tan colapsada por la inseguridad con respecto a sus nuevas creaciones que no se las había mostrado a nadie.

-¿De veras? -Parecía interesado. Le pagaban para prestar atención, claro, por lo que Sweeney no pudo leer demasiado en su expresión-. ¿Tienes algo a punto de colgar? Me gustaría ver qué estas haciendo.

-Tengo algunas telas listas. Pero yo no sé si estoy lista para colgarlas.

-Sólo te queda una obra expuesta. Deberías traer más.

-Sí, lo haré. -Tenía que hacerlo, por pocas ganas que tuviera de ello. Si sus nuevas obras no se vendían, no comería. Así de sencillo. Y no las vendería si no permitía que otros las vieran.

-Los McMillan están a punto de llegar -dijo Kai tras consultar su reloj-. Espero que Richard se marche antes. A Candra no le gusta que venga por aquí, prefiere verse con él en el despacho del abogado. Si la retrasa, se pondrá furiosa. Bueno, furiosa ya lo está porque como él sigue oponiéndose...

-¿No quiere divorciarse?

Kai se encogió de hombros con elegancia.

-A saber qué quiere Richard. Lo único que sé es que no está facilitando las cosas para nada. Estos días, Candra sólo está de dos maneras, o furiosa, o preocupada.

Que estuviera furiosa era normal durante un divorcio, que estuviera preocupada no.

-Tal vez ha cambiado de idea y ahora no quiere divorciarse, pero no sabe cómo arreglar las cosas.

-Ella nunca ha querido divorciarse. -Los ojos de Kai brillaron con la transmisión de jugosas habladurías-. Por lo que sé,- es Richard quien lo ha pedido. Candra pone buena cara al mal tiempo y finge que la decisión es mutua, pero la idea de separarse no la hace feliz.

De repente, Sweeney se sintió avergonzada de sí misma y también irritada. Candra la había apoyado profesionalmente, la había promocionado, le había mandado clientes. Las habladurías como aquéllas iban en contra de sus principios. Pero eran tan excitantes... Sweeney intentó controlar un ávido deseo de saber más, de desenterrar los detalles más lascivos.

La tentación era grande. La lascivia es como la comida grasa: hace la vida más deliciosa.

Se abrió la puerta de la oficina de Candra y Sweeney respiró aliviada. Se volvió y durante unos instantes se descubrió mirando a Richard Worth directamente a los ojos. Fue como si le clavasen un aguijón, una indeseada pero eléctrica conexión. Entonces apareció Candra, con la cara blanca de ira, al tiempo que lo agarraba del brazo y tiraba de él hasta que la puerta se cerró de nuevo y la privó de la visión y el de una desintegración matrimonial.

-Huau -dijo Kai con satisfacción maliciosa-. Va a haber un asesinato.

Capítulo 2

Sweeney quedó aturdida y conmocionada. No sabía exactamente qué había ocurrido pero había ocurrido algo. Durante un momento, una fracción de segundo, había sido como si Richard Worth y ella estuvieran conectados. No le había gustado la sensación, aquella incómoda intimidad. Siempre había disfrutado de su sensación de estar sola y se veía a sí misma como un balón que rodaba por la vida, chocando con otras vidas pero sin detenerse nunca. Durante un instante, sólo un instante, la pelota se había parado y no sabía por qué. Ese hombre era sólo un conocido, poco más que un extraño. No había ninguna razón para que la mirase de aquel modo. No había ninguna razón para que ella sintiese aquel curioso estremecimiento en el estómago, parecido al placer que le había producido el anuncio de la Coca Cola.

Si se trataba de otro de los extraños cambios que se estaban dando en su vida durante el último año, le gustaba tan poco como los demás. ¡Dios, quería que las cosas fueran como habían sido!

Todavía no se había recuperado cuando, a sus espaldas, se abrieron las puertas de la galería. La cara de Kai se iluminó con la sonrisa que reservaba a los compradores.

-Senador y señora McMillan -exclamó, saliendo a su encuentro-. Cuánto me alegro de verlos. ¿Quieren tomar algo? ¿Té, café? ¿Algo más fuerte?

Sweeney se volvió al tiempo que una mujer alta y delgada, elegante hasta lo indecible, decía:

-Un té, por favor. -Su tono de voz fue lánguido y casi ahogado por la voz mucho más fuerte de su marido, que dijo:

-Un café, solo, por favor.

Para su sorpresa, Sweeney lo reconoció. No estaba muy al día de la actualidad pero, aun así, la cara de ese hombre había salido tantas veces en televisión que sabía quién era. Si Kai hubiese dicho "el senador McMillan"en vez de «los McMillan», lo habría sabido de antemano. El senador Carson McMillan tenía un carisma que lo había llevado del ayuntamiento de la ciudad a la cámara legislativa y de allí a Washington, donde cumplía su segundo mandato. Tenía dinero, encanto, inteligencia y ambición, en resumen, las cualidades que se esperaba que lo llevasen a la presidencia.

A simple vista, su rostro no le gustó.

Tal vez fue la suavidad bien ensayada del político profesional, lo que la molestó. No fue la crueldad que captó en él. Sweeney comprendía la crueldad y era cruel a la hora de hacerse espacio y tiempo para su pintura. Pudo haber sido la pizca de desdén que rezumaba de su encanto como el ocasional olor a gas de alcantarilla saliendo de una parrilla de la acera. Era un político de esos que piensan que sus votantes son estúpidos o paletos o ambas cosas.

En cambio, su físico era innegablemente impresionante: un metro ochenta de alto, con una cierta corpulencia en el pecho y los hombros, musculosa, no grasa, que le daba aire de poder. Su cabello moreno era aún abundante y tenía unas atractivas hebras plateadas en las sienes. Su peluquero había aprovechado bien esa característica. Sus ojos eran castaño claro, su estructura facial fuerte y casi clásica, aunque tenía la mandíbula y la barbilla demasiado belicosas según los cánones de la verdadera belleza clásica.

Supo de inmediato que no quería pintar su retrato. No quería pasar ni un minuto más en su presencia. Y, sin embargo, menudo desafío... ¿Podría plasmar el atractivo esencial del rostro y captar a la vez esa expresión de superioridad y condescendencia, como si fuera una envoltura transparente de la cara? La expresión lo era todo. Por encima de todo, el senador Han había aprendido a poner cara simpática para satisfacer al público. En esta situación, en presencia sólo de Sweeney y Kai, a los que él debía considerar subordinados, la cara pública se desdibujaba un poco. Sweeney estaba segura de que si hubiese llevado ropa de diseño y joyas caras, de él no habría recibido sólo la mirada insultante y desdeñosa que se había detenido en sus pechos.

Sweeney estuvo a punto de airear su propio desdén pero se contuvo. Candra le había buscado aquellos clientes y lo mínimo que podía hacer era ser cortés, por lo que se dedicó a observar a la señora McMillan, ya predispuesta a compadecerse de ella.

Su predisposición no sirvió de nada porque era evidente que la señora McMillan se consideraba tan-superior que la compasión de seres inferiores era Impensable. El senador había trabajado su rostro público, su esposa no se había molestado en hacerlo. Se sentía completamente segura de su posición, ninguna joven trofeo se atrevería a quitarle el sitio de

Librodot

esposa a menos que su marido quisiera correr el riesgo de arruinar su carrera política. Sweeney pensó que cualquier trámite de divorcio con aquella mujer sería amargo, complicado y extremadamente público. Ella misma se encargaría de ello.

La mujer del senador era muy delgada, elegante y aburrida. Llevaba el cabello rubio champán, al menos esa semana, y cortado por la nuca de forma que realzase su rostro oval y mostrase sus pendientes de oro y diamantes. Como buena neoyorquina, iba vestida con un simple traje negro, estilo funda, que la hacía delgada hasta el punto de verse demacrada y que probablemente costaba más que todo el vestuario de Sweeney y algunos de sus muebles.

Llegó Kai con el té y el café en una bandeja y se encontró a Sweeney de pie, junto a los Han en silencio.

-Siento no haberlos presentado -se apresuró a decir---. Senador, señora McMillan, Sweeney, la pintora que Candra quería que conocieran. Sweeney, te presento al senador Carson McMillan y a su esposa Margo.

Sweeney tendió la mano a la señora McMillan y por la forma en que esta la miró, se sintió como si le estuviese tendiendo una pata. La señora McMillan le ofreció sólo las yemas de los dedos, probablemente para minimizar el riesgo de contagio. Si el senador decidía presentarse a la Casa Blanca, sus asesores de imagen tendrían que trabajar duro con su esposa para que esta resultase agradable para los votantes y no fuera un obstáculo en su campaña.

En cambio, el apretón de manos del senador fue enérgico y firme sin llegar a aplastante. Su manera de dar la mano resultaba agradable. Probablemente era lo primero que un político tenía que aprender. Sin embargo, estropeó el efecto de su apretón deteniendo de nuevo la mirada en sus pechos. Sweeney empezó a pensar que el jersey púrpura era más que peligroso, aquella prenda estaba maldita. O tal vez no tendría que haberse peinado ni pintado los labios aunque, probablemente, tras el perro caliente, no quedara ni rastro de pintura.

La puerta de la oficina de Candra se abrió de nuevo y Sweeney se volvió, contenta con la interrupción. Apareció Candra con la cara tensa de la ira pero, extrañamente, la expresión de sus ojos era casi de terror. La expresión desapareció: tan pronto como vio a los McMillan su rostro cambió y volvió a tener los rasgos dulces y amables de siempre.

Detrás de ella, en el umbral de la puerta, estaba Richard. Sweeney no quiso mirarlo para que no volviese a ocurrir aquello tan extraño que había sucedido antes, pero la curiosidad y la compulsión la llevaron a fijar los ojos en él. Para su alivio, esta vez él no le devolvió la mirada. Su expresión era mucho más controlada, como si el enfado de Candra no lo hubiese inmutado en absoluto. Vio al pequeño grupo y caminó pausadamente hacia él. Era un hombre alto pero no desgarbado. Como un atleta, controlaba su estatura y su cuerpo. Sweeney recordó el anuncio de la Coca Cola y se preguntó cómo sería Richard sin la camisa.

Aquel curioso estremecimiento le recorrió de nuevo el estómago. No tenía hambre pero se le hacía la boca agua como si no hubiese comido en todo el día y acabase de llegarle el olor a pan recién hecho**.** Con Richard, una mujer podía darse un buen festín. No sigas por ahí, se dijo a sí misma, alarmada y avergonzada a la vez, aunque había ido a tantas clases de arte que podía imaginarlo sin ropa a la perfección. Tal como le quedaban las prendas, sabía que se trataba de un hombre musculoso que no había permitido que se le ablandaran las carnes. Con el ojo de la mente lo vio tumbado, boca arriba, en una cama. Y era toda una visión. Lo realmente preocupante es que se viera sobre él, besándolo de la cabeza a los pies sin saltarse nada por en medio. Seguro que tenía rincones interesantes que merecieran mucha atención.

-Carson, Margo, qué bien que hayáis venido. -La voz de Candra la sacó repentinamente de aquella lasciva ensoñación. Apartó los ojos de Richard, consciente de que lo había mirado fijamente. Se le encendieron las mejillas y esperó no haberse puesto roja, a juego con el maldito jersey.

Candra se acercó a ellos, con sus bonitas piernas realzadas por la falda corta de un traje chaqueta color cobre que daba un espectacular brillo a su tez. Para distraerse, Sweeney estudió el color y se fijó en la textura de la tela. No sabía distinguir un diseñador de otro pero nunca olvidaba un color.

Candra y Margo se lanzaron besitos y entonces Candra concentró todo su encanto de vendedora en el senador. Este la tomó por ambas manos y la besó en la mejilla y ese gesto no fue en absoluto frívolo. Desde donde estaba, Sweeney vio que las manos del senador apretaron las de Candra hasta que esta se soltó sutilmente y se volvió hacia ella.

-Veo que Kai ya os ha traído...

-Richard --dijo el senador entusiasta, con un tono de voz redondeado y ensayado que se sobrepuso a la voz más suave de Candra, igual que había ocurrido con la de su esposa. Sweeney se preguntó si no habría convertido en costumbre interrumpir a las mujeres. Le tendió la mano y Sweeney vio un centelleo en los ojos de Richard que indicaban que este no tenía ningunas ganas de detenerse y charlar, pero los buenos modales le obligaron a aceptar la mano del senador.

En sus apretones de manos, el senador McMillan ponía todo lo que tenía, incluso la mano libre tomando las dos manos enlazadas en un gesto que sus asesores de imagen seguramente le habrían enseñado para transmitir empatía. Con Richard no funcionó. Su rostro se volvió aún más impasible.

-Tienes un aspecto magnífico -le dijo McMillan.

-Senador. -Ese saludo de una sola palabra, por así llamarlo, fue sucinto. Sweeney supuso que entre ellos no había amistad. Como estaba muy cerca, vio que los nudillos del senador se ponían blancos y que, un instante más tarde, a los de Richard les ocurría lo mismo.
Un pique entre adolescentes, pensó ella fascinada. Por cualquiera que fuese la razón: desprecio, competencia o simplemente agresividad masculina, el senador había intentado aplastar la mano a Richard. No era un gesto inteligente. En cuanto Richard reaccionó, el senador pasó a ser el aplastado.

-¿Cómo van los negocios? -preguntó el senador, que intentaba mantener la expresión neutral y seguía agarrando la mano de Richard, aunque tal vez ya no podía soltársela---. Tienen que ir bien, tal como está la economía. Es asombroso, ¿no crees?

-No puedo quejarme.

En la frente del senador brilló una gota de sudor. Cansado del juego, Richard rompió repentinamente el apretón de manos. El senador McMillan no se masajeó la mano dolorida pero su impulso de hacerlo fue visible.

No está mal, pensó Sweeney. No le habría sorprendido que el senador hubiese desafiado a Richard a una pelea. Se preguntó si esa animosidad existía por lo que había visto en los ojos del senador cuando había besado a Candra o es que simplemente no le gustaba porque Richard tenía más fuerza que él. Sweeney pensó que a Richard le daba absolutamente igual, lo cual era muy adulto por su parte. En cualquier competición entre Richard y el senador, ella se pondría de parte de Richard. No se trataba exactamente de que Richard le gustara, en realidad apenas lo conocía, pero había detestado al senador a primera vista.

-He oído que te vas a Roma. -Candra se volvió hacia Margo, con la voz tranquila, como si no le importase en absoluto que hubiesen presenciado la disputa entre Richard y ella, pero Sweeney sabía que no era así. Su hábito de estudiar los rostros le hacía captar las expresiones más huidizas y la tensión alrededor de los ojos de Candra era francamente visible.

-No, lo hemos retrasado. Carson tiene una reunión de urgencia mañana, con el presidente. -«Chúpate ésa», decía la presunción de su tono-. Hemos pospuesto el viaje.

El senador empezó a hablar de nuevo con Richard, ahogando la voz de su esposa con la suya, de modo que Candra tuvo que acercarse más a Margo para oír lo que decía. Tal vez el senador interrumpía deliberadamente a las mujeres para mostrar su dominio o tal vez no se daba cuenta de que estaban hablando, lo cual era aún más insultante.

Sweeney dejó de escucharlos, oyendo sólo el choque de las cuatro voces pero no las palabras. El viaje a Roma de los McMillan no le interesaba y tampoco las opciones de la bolsa. Se revolvió inquieta, aburrida, dispuesta a mandar al demonio aquel negocio y volver a su apartamento y a su pintura. Y, por cierto, ¿por qué se había quedado Richard? Las opiniones del senador sobre el mercado de valores no le servían de nada y seguro que sabía que si se marchaba, Candra estaría más relajada. Sweeney tuvo que admitir que ella también. Mantuvo los ojos alejados de los suyos para que no se desencadenara de nuevo aquella extraña conexión.

-Estoy tan contenta de que hayáis podido conocer a Sweeney -dijo Candra. La mención de su nombre hizo que volviera a prestar atención a la conversación y vio que Candra le sonreía con cariño-. Aquí tengo una obra suya pero, lamentablemente, no es ningún retrato, ya que los retratos se hacen por encargo.

Sweeney mantuvo la boca cerrada y agarró la carpeta con fuerza. No quería enseñar ninguno de sus retratos.

-No importa -dijo Margo en tono aburrido-. Si tú la recomiendas, seguro que lo hará bien. Lo que realmente me interesa es el nuevo Van Dern que mencionaste. Estoy segura de que los colores irán de maravilla con la decoración de la sala.

Sweeney estuvo a punto de poner los ojos en blanco pero se contuvo. Comprendía muy bien que la mujer quisiera que la decoración de la pared fuese un buen complemento de la habitación porque para el bienestar de Sweeney el color también era vital, pero... ¿un Van Dern? En aquellos momentos se vendía muy bien, pero era un marrullero y un simplón sin talento que llenaba un lienzo con grandes brochazos de colores y lo llamaba arte.

-Estoy segura de que sí -replicó Candra, señalando el cuadro con un elegante gesto de la mano.

Sweeney no tenía la intención de seguirlos.

-Tengo que irme -dijo, agarrando la carpeta. Necesitaba el trabajo, realmente lo necesitaba. Tenía que despedirse de una forma educada y quedar de acuerdo para empezar cuando regresaran de Roma. En cambio, abrió la boca y se oyó decir-: Lo siento, señora McMillan, pero no puedo hacerle los retratos. Estoy comprometida.

Las palabras la sorprendieron incluso a ella. Bravo por las buenas intenciones pero al menos había dicho una mentira educada en vez de decir que los había aborrecido a primera vista y que sólo los retrataría si pudiera añadirles cuernos, rabos y pezuñas. Estaba incluso orgullosa de sí misma: a un cabrero tibetano no se le habría ocurrido una mentira tan cortés.

-¿Qué? -preguntó Margo, sorprendida. La hermosa cara de Candra pasó del asombro a la alarma como si hubiese imaginado todas las respuestas que Sweeney podía dar a la incrédula pregunta de Margo. Sweeney no se dio tiempo a pensar en ninguna. Tenía que salir de allí antes de que la fina capa de tolerancia por los estúpidos y los pelmazos se rompiera y dijese algo que incomodara realmente a Candra. Se volvió y se dirigió hacia la puerta, lo más deprisa que pudo sin llegar a correr.

Se cambió la carpeta a la mano izquierda y, cuando alargó la derecha para abrir la puerta un cuerpo alto se plantó repentinamente a su lado y un brazo en un traje oscuro le cerró el paso.

-Permíteme. Yo también me marcho. Senador, señora McMillan, Kai...

Sorprendida por la novedad de que alguien le abriera la puerta, Sweeney no se acordó de despedirse. A decir verdad, no había sido la cortesía de Richard lo que la había sorprendido sino su proximidad. Su estómago se estremeció de nuevo. Era inquietante tenerlo tan cerca cuando, unos momentos antes, lo había imaginado desnudo.

Richard dejó que la puerta se cerrara a sus espaldas y por unos instantes quedaron encerrados en el silencio del pequeño vestíbulo, con el cristal oscuro de la puerta exterior que amortiguaba la luz del sol de la calle. Entonces la adelantó y abrió también esa puerta y se acercó tanto a ella que le rozó el brazo con la chaqueta y olió el apacible aroma de una colonia cara. La sacudió otro estremecimiento, acompañado una repentina oleada de sensaciones físicas.

Aquello no era normal, no era normal en absoluto. Asombrada, salió a la calle. Primero el anuncio de la Coca Cola baja en calorías, y ahora, le ocurría lo mismo con Richard. Tal vez era luna llena, aunque los ciclos lunares nunca le habían afectado las hormonas. De hecho, pocas cosas las habían afectado. Tal vez tendría que ir al médico y asegurarse de que sus ovarios no habían empezado a funcionar a toda marcha y la habían inundado con una sobredosis de hormonas indómitas. Si era eso lo que iban a hacer, tenían que haberlo hecho cuando era adolescente, no ahora que ya había llegado a los treinta y un años y no tenía ni afición ni tiempo para caer en frivolidades hormonales.

-¿Sweeney? -Richard movió una mano ante su frente y ella volvió al presente, sonrojándose al ver que lo había estado mirando al tiempo que se preguntaba por el estado de sus ovarios.

-Perdona -murmuró-. ¿Qué has dicho?

Richard curvó las comisuras de los labios como si contuviese una sonrisa.

-Te he preguntado si quieres que te lleve a casa. Se ha puesto a llover.

Y era cierto. No había sido sólo el vidrio ahumado de las puertas, mientras estaba en la galería: el espléndido sol había desaparecido tras unas gruesas nubes. Miró al cielo al tiempo que unas grandes gotas empezaban a chocar contra la acera.

Al instante, cogió la carpeta con fuerza como si pudiera protegerla con el cuerpo. No podía negarse a que Richard la llevase en coche. No hacerlo significaba arriesgarse a que sus obras se mojaran.

-Sí, gracias. ¿Dónde tienes el coche? -preguntó, mirando a su alrededor.

-Aquí mismo. -Alzó la mano y un Mercedes gris oscuro se puso en marcha para detenerse a su altura. Aquello le pareció mucho más práctico que ponerse en un cruce a parar un taxi como hacían miles de personas cuando se ponía a llover.

En el momento en que se inclinó para abrir la puerta, Richard le puso una mano en la espalda. El contacto fue tan inesperado y tan placentero que casi tropezó. Tras recuperarse, quitó la carpeta de en medio y se deslizó en el asiento de cremosa piel para dejarle sitio. Sus entrañas se habían vuelto locas: el corazón le latía con fuerza, tenía la respiración agitada y el estómago se le estremecía. Nunca le había ocurrido nada tan asombroso. Qué pena que significase que estaba perdiendo la cabeza.

Richard dobló su alto cuerpo en el asiento al lado de Sweeney.

-Vamos a llevar a Sweeney a casa, Edward -le dijo a su chófer.

-Muy bien señor -respondió él. Tenía un acento ligeramente británico-. ¿Y cuál es la dirección de la señorita Sweeney?

Richard se la dio y ella lo miró sorprendida unos instantes antes de acordarse de que ese hombre era el propietario del edificio en el que vivía. De todas formas, la asombró que él lo recordara, aunque probablemente los genios de las finanzas tenían que recordar hasta los detalles más pequeños. Tras obligarse a relajarse, se echó hacia atrás en el confortabilísimo abrazo de las pieles. Acarició el asiento, fascinada por la suavidad y la lisa textura del cuero y su delicioso olor. Nada podía superar el cuero de gran calidad en su lujo y confort.

Entonces, fue presa de la tentación y miró a su acompañante, que la observaba sonriendo. Qué curioso: nunca había relacionado a Richard con las sonrisas. Él también era muy contenido, incluso distante, pero aquella sonrisa se veía tan natural que debía de haberla practicado mucho. Sweeney sintió un momento de peculiar afinidad y también empezó a esbozar una sonrisa.

-Me parece que tu tolerancia a las tonterías es más baja incluso que la mía --dijo ella,, y su sonrisa se abrió del todo. Él echó la cabeza hacia atrás y se río de veras, con una gran carcajada que provocó nuevos estremecimientos en sus vísceras.

-Pensé que ibas a salir atravesando el cristal. Tenías tanta prisa por marcharte...

-No sé quién es peor si el senador o su mujer. Ambos me dan grima.

-Eso nos quedó muy claro a todos, excepto a ellos. Has visto cómo Kai intentaba volverse invisible y al mismo tiempo no quería marcharse para no perderse los fuegos artificiales. -El tono de Richard se volvió neutral al mencionar a Kai, y Sweeney se preguntó si estaría enterado de la aventura de Candra con su ayudante. Ésa podía ser realmente la causa del divorcio. Richard no parecía un hombre que tolerase la infidelidad o intentara «superarla» con sesiones de asesoramiento matrimonial.

Las primeras gotas de lluvia se habían convertido en diluvio y los peatones corrían hacia los portales o buscaban taxi. Se habían abierto paraguas por doquier. A Sweeney le gustaba mucho el sonido de la lluvia pero aquel día era especialmente evocador. Su corazón latía con la misma fuerza que cuando escuchaba un violonchelo. Un delicioso estremecimiento recorrió su piel y se abrazó a sí misma.

-Pon la calefacción, Edward, por favor. Sweeney tiene frío.

-Sí, señor.

-En realidad no tengo frío -negó Sweeney sin saber por qué. Su frío constante era un tanto vergonzoso, una debilidad que no quería reconocer-. El sonido de la lluvia me pone la piel de gallina.

-Estás temblando. ¿Quieres que te envuelva con mi abrigo?

Allí estaban de nuevo aquellos temblores, como si la Falla de San Andrés le recorriera el cuerpo. Él la observaba tan de cerca que notaba hasta los más leves estremecimientos. Sweeney no sabía qué era más inquietante, ver que él los notaba o la oleada de calidez que la invadió al imaginarse envuelta en el abrigo, al sentir que el calor del cuerpo de Richard era transferido al suyo y con él la esencia de su colonia. Agradecía la calidez pero no la razón que había tras ella. Con lo de la tele, la fascinación había terminado con el anuncio. Aquella extraña sensibilidad en su cuerpo terminaría en cuanto se bajara del coche y se alejara de Richard, pero hasta entonces tenía que abstenerse de cometer alguna estupidez, como lanzarse en sus brazos. Edward seguro que alzaría las cejas sorprendido. Y ella misma se sorprendería. No iba con su carácter lanzarse a los brazos de un hombre tan rico e influyente.

-¿Sweeney? --dijo Richard moviendo la mano ante su rostro. Además, sonreía. Ella deseó que dejara de hacer ambas cosas. Una era molesta y la otra, del todo inquietante.
-¿Qué?
-¿Quieres mi abrigo? -Ya se lo había quitado.
-No, no gracias. Lo siento, se me había ido el santo al cielo.
-Ya lo he visto. -Richard sonrió de nuevo. Tenía los párpados algo gruesos y los ojos le brillaban. Pese a la negativa de la chica, le echó el abrigo por encima.

Ella casi gimió de placer. Era exactamente como había imaginado, tan cálido que creyó derretirse en él. Se acurrucó bajo la prenda, subiéndose el tejido hasta la cara al tiempo que inhalaba inconscientemente y se llenaba los pulmones con su esencia como un fumador con el primer cigarrillo de la mañana.

-Tenía que hacer algo para tapar ese jersey -dijo a modo de explicación y en tono divertido.

-Está maldito. Lo quemaré en cuanto llegue a casa.

-No conseguirás nada. Es lo que hay debajo lo que provoca el efecto.

Oh, Dios. Él también lo había notado.

Aquello le sentó como un puñetazo en el estómago. Se quedó inmóvil, incapaz de mirarlo, temerosa de lo que vería en sus ojos. Aquello no era sólo una aberración inspirada por el jersey rojo. Era un extraño ciclo lunar. No podía decir cómo lo sabía, realmente no era la experiencia la que se lo confirmaba puesto que, con el paso de los años, había decidido evitar que las relaciones complicadas le desestabilizasen la vida. Richard era el tercer hombre en una hora que la miraba con agrado, bueno, el cuarto si contaba al senador, pero su mirada había sido más insultante que otra cosa. En el caso de Richard había algo más. Ni siquiera el intento de seducción informal de Kai había sido así, claro que Kai era un peso ligero y Richard... Richard no.

Sin embargo, si él no hubiese estado enredado en un divorcio, habría tenido tentaciones, pero se trataba, además, del divorcio de una mujer muy influyente en la carrera de Sweeney. No, sinceramente, sintió tentaciones, sin lugar a dudas, y en contra de todo el sentido común de su mente. Pero sentir una tentación no significaba que tuviera que caer en ella: una mujer que veía fantasmas y hacía cambiar los semáforos cuando se acercaba, no necesitaba complicarse la vida con ningún hombre. Sabía tratar a los fantasmas pero no sabía tratar a los hombres, y mucho menos a un hombre como Richard. El que fuera un hombre más problemático que los demás era una cuestión sobre la que prefería no hacerse más preguntas.

Sin embargo, las ganas de mirarlo, estudiarlo, contemplarlo, eran casi insuperables. Para mantener la mirada alejada de aquellos intensos y oscuros ojos que parecían saber tanto, Sweeney bajó los suyos y se concentró en las manos de él. Eran unas manos elegantes, pensó con sorpresa, de una manera dura. Sweeney siempre lo había considerado un descargador de muelle vestido con ropa cara, sin haberse fijado nunca en sus manos y se preguntaba por qué. Su forma era hermosa, con la belleza de la fuerza, como el *David* de Miguel Ángel, de dedos largos y nervudos. Vio la dureza de los callos, unas cuantas cicatrices y unas uñas muy cuidadas. El senador McMillan había sido un idiota queriendo medir su fuerza con la de ese hombre.

Recordar la escena la hizo reír.

-Me jugaría algo a que el senador no intentará apretarte la mano de nuevo -dijo ella con fruición.

-¿Te has dado cuenta de ese numerito de adolescente? -preguntó arqueando sus audaces cejas.

-sí, ha sido divertido. Primero se han puesto blancos sus nudillos, luego los tuyos y se ha soltado angustiado. He estado a punto de gritar.

Él rió.

-Llevas tus buenos modales muy a la ligera, ¿no? Hasta ahora no me había fijado en eso.

-Pues no he sido yo la que he montado ese numerito de chicos -replicó, un poco irritada porque era obvio que él la consideraba un poco salvaje. Ella era muy civilizada, nunca apretaba la mano a nadie porque le daba miedo hacerse daño en la suya. Tal vez eso no era lo mismo que no querer dañar a otro, pero el resultado era idéntico.

-No, tú no. -Él sonreía de nuevo, muy levemente. Alzó la mirada y vio que casi habían llegado al apartamento de Sweeney-. Hemos llegado enseguida -dijo en tono de desagrado.

Sweeney no le explicó por qué todos los semáforos se habían puesto en verde o el tráfico se había apartado de su camino.

-¿Quieres cenar conmigo esta noche? -Se volvió hacia ella y se acercó aún más, con el hombro rozando el de ella y la pierna izquierda presionándole la suya. Como un imán, su calor corporal en el costado derecho le encendió el impulso de acercarse más y ver lo ardiendo que estaba. Encendido, seguro, pensó. Fundiéndose.

-Dios mío, no.

-No hieras mis sentimientos, por favor -dijo él, riendo.

Sweeney se sonrojó como una adolescente. Algún día, cuando tuviera noventa años, tal vez aprendería el arte de la mentira educada. Con los McMillan se las había apañado bastante bien, pero estaba claro que ahora no iba a suceder lo mismo.

-No es eso... Es que tú serías una gran complicación para- mí, me exigirías tiempo y sexo y cosas de ese tipo y de momento no puedo concedértelo. -Fantástico. Él se reía de nuevo y cuando Sweeney se dio cuenta de lo que acababa de decir, quiso hundir la cabeza entre las manos. En cambio, hizo acopio de sus fuerzas y siguió explicándose . Y además está Candra. Se ha portado de maravilla conmigo y me ha promocionado como no hubiesen hecho otros propietarios de galerías. Aunque llevéis separados casi un año... En fin, no creo que sea una buena idea.

Richard calló un buen rato y la miró con una expresión completamente inescrutable.

-Te lo pediré de nuevo -dijo al fin.

Esas palabras sonaron como una amenaza. Richard Worth era un hombre que no estaba acostumbrado a verse contrariado.

-Si lo haces -dijo ella mientras el Mercedes se detenía ante la puerta de su apartamento-, volveré a decirte que no. -Se quitó el abrigo, se lo devolvió y se dispuso a abrir la puerta.

-No seas ridícula -contestó él, tomándola de la mano-. No tienes por qué mojarte. Tengo un paraguas y te acompañaré hasta la puerta.

-Ya me las arreglaré, gracias.

-¿Y la carpeta?

Maldita carpeta. Y realmente llovía de veras.

-No es necesario que pongas esa cara de satisfacción -le reprendió ella, sabiendo que Richard se saldría con la suya.

-No tienes ni idea de la cara que pongo cuando estoy realmente satisfecho, nena. -Sus labios se curvaron en una maliciosa sonrisa al tiempo que cogía el paraguas.

No, no tenía ni idea pero podía imaginarlo y esa imagen mental provocó que se le hiciera un nudo en el estómago. Richard se inclinó y besó sus enfurruñados labios con un contacto ligero, cálido y devastador.

-Piensa en ello -le susurró. Luego, abrió la puerta, e hizo lo propio con el paraguas para crear un círculo de protección. Después se apeó y lo sostuvo en alto para que ella se apease.

-Piensa- en ello -se burló ella con rebeldía, pero él se echó a reír---. Maldita sea. Estaba tan molesta que no le importó que al bajar del coche la falda se le subiera hasta los muslos. Que mirara. Era todo lo que iba a hacer.

Juntos cruzaron la acera a toda prisa hasta refugiarse en el umbral. Richard cuidó de que la carpeta no se mojase y a Sweeney le gustó el detalle aunque le apetecía darle una buena patada. Él la dejó allí y volvió deprisa al coche. Sweeney no esperó a que se marchara sino que entró de inmediato en el edificio. Richard no necesitaba que le hinchasen más el ego y ella necesitaba volver a su mundo seguro y aislado, alejado de las tentaciones.

Necesitaba orden, no desorden; paz, no excitación. Y por encima de todo, necesitaba pintar. Con un pincel en la mano, podía desvincularse del mundo.

Capitulo 3

Piensa en ello. Pues sí, lo había hecho. Pese a sus mejores esfuerzos y hasta el punto de empezar casi a gritar, había pensado en ello. Las horas pasaban y en vez de dedicarlas a pintar, se encontraba frente al lienzo con el pincel en la mano y la mirada perdida en el vacío como un estúpida adolescente. El problema no era tanto la atracción que Richard sentía por ella como la que ella sentía por él. Lo que más la turbaba era su incapacidad de dejar de pensar en ese hombre. Otros se habían caracterizado por su falta total de distinción, los había apartado de su mente como si, de hecho, no hubiesen existido y su vida había seguido como si nada hubiera ocurrido. No se había sentido tentada por ninguno de ellos. De Richard no podía decir lo mismo.

Obsesionarse por un hombre era una estupidez. La atracción que sentía por él no iba a servirle de nada, así que era estúpido perder el tiempo pensando en eso. Ningún otro hombre tendría mejor suerte, pero el hecho de que se tratara de Richard la sorprendía una y otra vez, golpeándola directamente en medio de la frente. De todos los hombres del mundo que hubiesen podido despertar su hasta entonces inexistente libido, Richard ni siquiera estaba en la lista. Richard estaba casado, casado con la dueña de la galería donde vendía sus cuadros y ambos estaban pasando por un divorcio difícil. Razón de más para mantenerse alejada de él.

Muy bien. Su mente captó el mensaje. Si esas palabras calaban hondo, tal vez podría trabajar un rato.

La lluvia había cesado pero el día seguía nublado y. aunque tenía buena iluminación en el estudio, no era lo mismo que la luz del sol. Normalmente, eso no le habría importado, pero ese día sí. Quería una brillante luz solar. Estaba trabajando en un paisaje de San Lorenzo, que seguía siendo uno de sus temas favoritos, aunque sin la luz del sol no le salían los colores. Hastiada, metió el pincel en un bote de trementina y removió el contenido. ¿A quién pretendía engañar? Los colores no le salían de ninguna manera. Hacía un año que los colores no le salían bien.

Le habría gustado poder señalar con el dedo el acontecimiento que había provocado aquel cambio, pero no lo conseguía. En su mente no había nada que destacase. ¿Cómo iba a notar si se ponía verde el único semáforo de Clayton? Lo hacía a intervalos regulares. También se había fijado en que sus plantas se veían inusualmente sanas, aunque al principio pensó que se debía a la aclimatación o que había comprado unas plantas especialmente resistentes que soportaban sus cuidados fortuitos. Tal vez se tratara de eso. Antes, sin embargo, había tenido que cambiarlas de vez en cuando, pero ahora, no paraban de crecer. El traslado a la ciudad no les había afectado. El cactus de Navidad florecía alegremente por quinta vez en un año, sus bromelias estaban grandes y hermosas, los líquenes exuberantes, y el delicado ficus no perdía las hojas por más que lo cambiara de sitio.

Sweeney no había querido ser diferente. Había visto a sus padres utilizar el talento como excusa de conductas cuyo objetivo era inflar el ego y actuar de manera egoísta y había visto la devastación que habían forjado en las vidas de otras personas. No quería ser como ellos. Quería ser una persona absolutamente normal con un talento especial para la pintura, cosa que ya la hacía bastante diferente, aunque todavía lo podía controlar. Pero una artista que alterara los programadores de los semáforos, influyera en la naturaleza y viera fantasmas... eso sí que era realmente raro. Ni siquiera su madre había llegado tan lejos, aunque en una época hubiese buscado inspiración en la metafísica. Tal como Sweeney lo recordaba, fue sólo una excusa para fumar porros. Siempre tenía excusas para todo.

Mientras limpiaba los pinceles suspiró. Aquel día San Lorenzo estaba fuera de toda duda. No se trataba de que hubiese avanzado mucho, el río ya no la fascinaba como antes, no poseía el aliciente de un rostro, por ordinario que fuese.

Le vino a la mente la cara del vendedor de salchichas, completa con su dulce sonrisa. Sweeney alzó la cabeza, considerando esa imagen. En su mente, lo veía muy joven pese a las canas. ¿Que aspecto habría tenido con veinte años? ¿Y con diez? Lo imaginó con seis anos, pocos dientes y sonriéndole a la vida.

Silbando ausente por lo bajo, Sweeney cogió su bloc de dibujo. Sería interesante plasmarlo a distintas edades, un collage de rostros en el mismo lienzo y que todos fueran el de ese hombre.

Algunos artistas sólo hacían burdos bosquejos para obtener las proporciones justas, pero ella también era una buena dibujante. Por lo general, dedicaba más tiempo del habitual a los esbozos preliminares, ya que no podía resistirse a añadir matices y detalles. Para su alegría, en esta ocasión la dulce expresión del vendedor no eludió su lápiz. Por primera vez en mucho tiempo, todo salió bien.

El nombre del vendedor era Elijah Stokes. Ese día cerró el puesto a la hora habitual, contó lo que había ganado aquella jornada y se dirigió al banco a ingresarlo, donde tuvo que hacer quince minutos de cola. Podía haberlo ingresado en un cajero automático, pero a él le gustaba tratar con humanos, no con ranuras electrónicas. Le gustaba salir del banco con el comprobante sellado de su ingreso y, al llegar a casa, lo primero que hacía era archivarlo. Era muy cuidadoso con sus papeles, en parte porque su madre también lo había sido y en parte porque, a medida que se había hecho mayor, había descubierto que prestar atención a los pequeños detalles siempre le había ahorrado problemas.

Elijah había estado casado con la misma mujer durante cuarenta y cuatro años, hasta la muerte de ella, hacía cinco. Habían criado dos hijos que fueron a la universidad, se habían hecho

hombres, encontrado buenos empleos, casado y tenido familia. Saber que habías hecho algo como eso daba mucha satisfacción, y Elijah había criado bien a sus hijos.

Podía haber cerrado el puesto hace mucho tiempo. Había ahorrado dinero, lo había invertido cautelosamente y lo había visto prosperar. Elijah no necesitaba los beneficios de los perritos calientes, con la Seguridad Social y sus dividendos podía seguir viviendo como hasta entonces, porque casi todo lo que ganaba, lo ahorraba. Pero cada vez que había considerado la posibilidad de retirarse, había pensado es sus chicos y los cinco hermosos nietos que tenía y en que cada céntimo que ahorrase contribuiría a su educación. No le importaría trabajar un par de años más. Setenta años era una buena edad para jubilarse.

Mientras se dirigía a casa, empezó a llover de nuevo. Se caló más la gorra y siguió caminando. Un poco de lluvia no, hace daño a nadie. Las nubes habían anticipado el crepúsculo y se encendieron las luces de la calle. El verano se marchaba a toda prisa, notaba el frescor del otoño en la lluvia, como si viniera directamente de Canadá-. La primavera y el otoño eran sus estaciones favoritas porque el tiempo era mejor, ni demasiado frío ni demasiado caluroso. Detestaba el invierno. Con el frío, le dolían los huesos. A veces pensaba que, cuando se retirase, se ina al sur pero sabía que nunca sería capaz de dejar a los chicos y a los nietos.

Todavía se encontraba a tres manzanas de casa cuando la calle empezó a cambiar de aspecto. En las esquinas se veían tipos duros. Sus hijos querían que se cambiara de barrio, pero él había vivido allí desde que el mayor tenía un año y le resultaba muy difícil abandonar aquellos recuerdos. Su mujer había preparado miles de comidas suculentas en esa vieja cocina y él había oído a sus niños correr por el pasillo. Con los años, la mujer había ido arreglando la casa pero desde su muerte, él no había hecho nada, así que todo empezaba a verse viejo y gastado. No había querido cambiar nada. La recordaba mejor dejándolo todo como ella lo tenía.

Normalmente, cuando caminaba, prestaba más atención a lo que ocurría a su alrededor, pero en esa ocasión, andaba metido en sus pensamientos. De repente, un maleante salió de un callejón y le bloqueó el paso con ojos fieros. Elijah apenas tuvo tiempo de ver una complexión rojiza y una boca a la que faltaban dientes antes de que el lado izquierdo de la cabeza le explosionase de dolor.

La fuerza del golpe lo derribó. El delincuente se agachó, agarró al viejo y lo arrastró hasta las sombras. No habían pasado más de cuatro segundos desde que salió del callejón. Le pegó dos veces más con el bastón por el gusto de hacerlo ya que el viejo no oponía ninguna resistencia. Luego le quitó la cartera, sacó el dinero y se lo metió en el bolsillo sin molestarse a contarlo. No había tarjetas de crédito, mierda. Malhumorado, tiró la cartera a la acera y se alejó calle abajo. Toda la operación, refinada por la práctica, le llevó unos veinte segundos.

Elijah Stokes, hombre precavido, nunca llevaba demasiado dinero encima. El agresor sólo le quitó veintisiete dólares. Elijah se quedó en las sombras crepusculares del callejón y notó una suave lluvia en la cara, pero la sensación era extrañamente distante. En un breve destello de claridad, supo que estaba agonizando y quiso pensar en sus hijos pero su cerebro iba a la deriva y no podía formar las imágenes de los chicos. Su mujer, sin embargó, se encontraba allí, con su sonrisa de ángel, y aquello ya era más que suficiente.

-¡Esto es *Jeopardy!* -gritó el locutor, arrastrando cada una de las palabras. Sweeney se hallaba sentada en su mullida silla hiperconfortable y enroscada con un gran tazón de palomitas en el

regazo. Los tres concursantes se estaban identificando y ella, como siempre, miró sus caras sin prestar atención a sus nombres. El que está en medio, pensó. Ese ganará. Se le veía rápido y en sus ojos brillaba la inteligencia A Sweeney le gustaba el juego de adivinar qué concursante ganaría. últimamente, casi siempre acertaba.

Aquella racha de suerte le alteraba los nervios. Los semáforos eran una cosa, pero si esos fenómenos que experimentaba afectaban también al concurso, se iba a disgustar, ya que el programa le gustaba mucho.

Apareció Alex Trebek y empezó el juego leyendo las categorías. -Escritor de novelas de misterio.

-Dick Francis -dijo Sweeney, comiéndose una palomita salada. -Licor potente.

-Absenta -respondió ella.

-Realeza británica.

-Carlos II. Esto es demasiado fácil.

-Ciencia.

-Fusión fría, por ejemplo.

-Estados Unidos.

-Delaware. Intenta no ser obvio.

-Y, por último, astrofísica.

-Quasars, por supuesto. -Era otro de sus juegos, intentar adivinar las preguntas antes de oír las pistas. últimamente se le daba muy bien.

El campeón que defendía su título empezó con «licor potente». Alex leyó la pista. Sin saber qué hacer, el concursante miró la pizarra como si pudiera obligarla a darle la respuesta. Sonó el timbre y el concursante sentado en el medio dijo:

-Absenta.

Sweeney cogió el mando y apagó el televisor. No quería oír a Alex confirmando que ésa era la respuesta correcta. Sabía que había acertado. últimamente, acertaba siempre.

Se sintió desasosegada, nunca había estado tan nerviosa. Se puso en pie, se acercó a la ventana y contempló la lluvia., La lluvia la fascinaba, en circunstancias normales la tranquilizaba, pero esa noche esa magia no se obraba.

El que Richard la hubiera puesto caliente no podía afectarla hasta ese extremo. Claro que estaba sorprendida de que le hubiera ocurrido, porque esas cosas no solían sucederle pero, en definitiva, no era nada del otro mundo, las mujeres se ponían calientes con los hombres. Ella había decidido no hacer nada al respecto y ya está. Sin embargo, la excitación había sido tan vehemente que comprendió por qué la gente llegaba a actos tan irracionales cuando estaba

bajo su influencia, por así decirlo. Las hormonas eran más potentes que el whisky y dos veces más solapadas.

No, pensó. No se trataba de Richard ni de su reacción inusualmente fuerte hacia él. Había tomado una decisión en ese asunto: apartarlo de su mente. Esto era otra cosa, una inquietud que le llegaba a los huesos, que no tenía nada que ver con el estado de sus ovarios.

Intentó hacer más dibujos pero no pudo concentrarse. La televisión no le interesaba y finalmente se tumbó en el sofá con un libro, se envolvió con una manta y consiguió leer concentrada durante una hora, tras lo cual empezó a sentir sueño y los ojos se le cerraron. Eran sólo las nueve, pero Sweeney pensó que si tenía tanto sueno era porque necesitaba dormir.

La lluvia seguía cayendo intermitente y se metió bajo las mantas con un suspiro de puro placer. La manta eléctrica mantenía la cama caliente; meterse en ella era como entrar en un capullo de seda. No tan agradable como el abrigo de Richard pero estaba muy bien. Estiró los brazos y las piernas, acercando los dedos de los pies a la esterilla eléctrica y se durmió al instante.

Poco después de medianoche empezó a revolverse inquieta bajo las mantas, empujándolas con las manos. Emitió sonidos sin llegar a formar palabras, movió la cabeza hacia adelante y hacia atrás en la almohada y sus párpados aletearon espasmódicamente. jadeaba como si hubiese estado corriendo.

Luego se quedó quieta. Hasta los jadeos cesaron un largo instante.

Entonces empezó a respirar de nuevo. Abrió los ojos con expresión distante. Se levantó de la cama y, en silencio, sin encender ninguna luz, cruzó descalza el apartamento hasta llegar al estudio. La luz incolora que entraba de la calle le bastó para abrirse camino por la sala, que estaba atestada de objetos, sin chocar contra nada.

En el estudio había varios caballetes y en todos ellos cuadros ya comenzados. Cogió uno, lo dejó sobre la mesa y puso una tela nueva en el caballete.

Con movimientos precisos, apretó un tubo y puso una mancha de brillante color rojo en la paleta. La primera pincelada en la extensión vacía del lienzo dejó a su paso una violenta estela roja. A continuación, cogió el tubo de color negro. Había mucho negro.

Se pasó unas dos horas pintando y el pincel se movió con silenciosa destreza. No oyó las sirenas del camión de bomberos que pasó a toda velocidad ante su ventana ni sintió frío en sus pies descalzos. No se estremeció ni una sola vez.

De repente se hundió, como un globo al deshincharse. Mojó el pincel una vez más en el negro y añadió un toque en la base del cuadro. Luego, con el mismo cuidado, puso los pinceles en trementina y salió del estudio igual de silenciosa que había entrado. Desandó los pasos que había dado en el oscuro apartamento, una silueta de mujer delgada, descalza, en pijama, con el cabello rizado alborotándose alrededor de sus hombros. Regresó a su dormitorio y se metió en el cálido nido de la cama tan silenciosa como un fantasma.

El despertador sonó a las seis y media. Sweeney sacó una mano de entre las mantas y de una palmada apagó el molesto ruido. El olor del café la sacó de la cama. Se puso unos calcetines gruesos y como si fuera Frankenstein, anduvo pesadamente hasta la cocina. Como cada

mañana dio gracias al cielo por los avances tecnológicos que le permitían tener listo el café. Una vez que tuvo la primera taza en la mano, el primer sorbo ardiendo la despertó del todo y la hizo entrar en calor. Al terminar la taza, fue a darse una ducha.

Diez minutos después, despierta y reanimada, vestida con ropa deportiva y la segunda taza de café en la mano, entró en el estudio, el mejor lugar del mundo. La habitación estaba en una esquina del piso y tenía ventanas en dos de las paredes. En realidad, las dos paredes eran sólo ventanas, grandes como las de las fábricas, aunque Sweeney no creía que ese espacio hubiera cumplido nunca esa función. En días soleados, la luz era fantástica.

Pero ahora, era demasiado temprano para eso, por lo que encendió el interruptor y la estancia se llenó de una luz casi cegadora. Las lámparas que había instalado, unos grandes apliques metálicos que colgaban del techo con bombillas de mucha potencia, ayudaban a que en la sala no se produjeran sombras y eso era perfecto, aunque Sweeney prefería la luz natural.

Conocía su estudio a fondo. Lo primero que vio fue el cuadro sobre la mesa, el paisaje del río San Lorenzo, aunque ella sabía que no lo había dejado ahí, sino en el caballete. Sintió un escalofrío. ¿Quién habría movido los cuadros y cuándo? En su lugar había ahora otro cuadro y Sweeney lo miró unos instantes, extrañamente nerviosa, antes de acercarse a él para ver de qué se trataba.

Se quedó inmóvil con los ojos abiertos como platos. Los labios se le pusieron blancos y agarró la taza de café con fuerza.

Era horrible. Lo más horrible que había visto en su vida. Un hombre tendido en un espacio estrecho lleno de basura entre dos edificios. Sabía perfectamente qué vela, aun cuando los edificios no eran más que unos bultos negros a los lados con una apariencia de una cierta altura. Al hombre le pasaba algo en la cabeza. Tenía manchas de sangre alrededor de la nariz y un reguero le corría desde la oreja izquierda y se curvaba bajo el cabello gris.

Miró unos momentos el rostro sin reconocerlo. Tenía los ojos abiertos, en blanco, helados ante la visión de la muerte. Luego vio la estructura facial que tan bien conocía, porque la había pintado muchas veces.

Era el viejo de los perros calientes.

El primer pensamiento irracional que pasó por su cerebro fue el de que alguien había entrado en el apartamento y pintado aquel pavoroso cuadro. Sin embargo, enseguida entendió que aquello era una idiotez. Por un lado, el estilo, no tan detallista como habitualmente, era el suyo y por otro, su firma en la parte inferior derecha del cuadro, dejaba bien claro que el cuadro lo había pintado ella.

El problema era que no se acordaba en absoluto.

Capítulo 4

A las nueve sonó el teléfono. Sweeney estaba aún aturdida por el impacto de] cuadro y tenía tanto frío que no había conseguido calentarse ni con un montón de cafés. Subió el termostato de la habitación hasta que llegó a los veintiocho grados, aunque se negó a subirlo más. El parte meteorológico, del que informó una mujer a la que Sweeney hubiera abofeteado por lo vivaz que era, dijo que el día sería «espléndido» con máximas que rondarían los veintisiete

grados. La gente en la calle iba en mangas de camisa, los niños todavía en pantalón corto y ella estaba helada. Sintió como si su núcleo más interno fuera de hielo y que el frío procediese de dentro y no de fuera.

No podía pintar nada, ni siquiera algo que no la satisficiese. Cada vez que veía el horrible cuadro del vendedor de bocadillos le entraban ganas de echarse a llorar. Estaba muy triste, casi de luto, y cuando el teléfono sonó, lo cogió enseguida, alegrándose de la interrupción.

-Hola, soy Candra. ¿Llamo en un buen momento? -En sus oídos sonó la cariñosa voz de Candra.

-Tan bueno como cualquier otro. -Sweeney se apartó un rizo de los ojos-. Con respecto a lo de ayer...

-No te disculpes -la interrumpió Candra riendo-. Tendría que ser yo la que se disculpara. Si me hubiera parado a pensarlo, habría sabido de inmediato que no podrías soportarlos. Margo es inaguantable, pero en su defensa hay que decir que Carson agota la paciencia a un santo.

-Pues no veas cómo te mira. -No tenía que haber dicho eso, maldita sea. Candra le caía bien pero nunca habían pasado del cordial trato que tenían en los negocios a la verdadera amistad. Y, de todas formas, las conversaciones sobre cuestiones íntimas no eran su fuerte.

Candra no tenía esas dificultades, estaba claro. Rió para quitarle importancia y dijo:

-Carson mira de ese modo a todas las mujeres. Decir que es un perro sería insultar a los perros. Sin embargo, tiene sus ventajas. Es por eso que Margo sigue con él.

Sweeney no dijo nada porque sabía que cualquier cosa que saliera de su boca no sería especialmente cortés y los McMillan no sólo estaban en el círculo social de Candra sino que, además, eran clientes suyos. Meterse con ellos no sería diplomático. No decir nada resultaba tenso pero lo consiguió.

-Vi que ayer te marchabas con Richard en el coche --dijo Candra tras una breve pausa y con un tono de voz algo vacilante.

Oh, Dios. El radar de Sweeney empezó a sonar en señal de alarma.

-Se puso a llover y yo llevaba la carpeta, así que me acompañó a casa en coche. -Agarró el teléfono, con la esperanza de que Candra lo dejara ahí y pasase a otro tema,

-Puede ser muy servicial, es esa educación que tiene de chico de campo de Virginia.

-No sabía que fuera de Virginia -replicó Sweeney. Aquellas palabras no eran comprometidas.

-Todavía tiene el acento. Por más que se lo pedí, se negó a que le dieran clases para que lo perdiera.

Sweeney pensó que nunca había notado ese acento aunque, ahora que lo pensaba, sí que había una cierta lasitud en su manera de hablar. Virginia no era precisamente el Sur Profundo, pero tal como Candra lo decía, parecía que Richard hablase como un sureño. Sweeney no quería ni mencionarlo. Sólo con pensar en él ya se sentía incomoda pero, sobre todo, no quería hablar de él con la que pronto sería su ex esposa.

-Vamos a divorciarnos, ¿sabes? --dijo Candra en tono informal-. Es una decisión mutua. Richard y yo llevamos tiempo distanciados y el año pasado, poco después de que llegaras a la ciudad, nos separamos y empezamos los trámites de divorcio. Se está portando como un hijo de puta con respecto a la pensión que tendrá que pasarme, pero eso era de esperar. Un divorcio nunca es algo amistoso, ¿no es cierto?

-Normalmente no. -Si sus respuestas no la alentaban, tal vez Candra se cansaría del tema y hablaría de otra cosa.

-Por cierto, ¿dijo Richard alguna cosa?

Ahí estaba otra vez ese tono de duda en la voz de Candra. Sweeney intuyó que aquélla era la auténtica razón de la llamada.

-¿Sobre qué? -preguntó a su vez, intentando que su voz sonara inexpresiva.. Estaba orgullosa de sí misma e irritada al mismo tiempo. No tenía ningún motivo para sentirse culpable porque, aun cuando Richard la había invitado a cenar, ella lo había rechazado, aunque era evidente que la lógica no tenía nada que ver con la culpa.

-Sobre el divorcio.

-No, no lo mencionó. -Sweeney se sintió aliviada al decir algo que era el ciento por ciento verdad. Los subterfugios no se le daban nada bien: aunque todo lo que había dicho era verdad en sentido literal, no lo era en esencia.

-Ya imaginaba que no, es tan discreto el jodido. -Las palabras sonaron amargas. Candra hizo una pausa-. Cuando estábamos en la galería vi que no apartaba los ojos de ti.

La sensación de incomodidad se intensificó como si un gusano le subiera por la espalda. No quería saber nada de eso. No quería estar metida entre ellos durante el divorcio. Lo único que quería era olvidar que se había visto avasallada por unas hormonas alteradas y que por unos instantes había respondido al atractivo de Richard.

-Ha sido tan cuidadoso desde que nos hemos separado que si ha tenido alguna amante, yo no he podido saberlo -prosiguió Candra -.Ayer, cuando vi cómo te miraba... Bueno, he sentido curiosidad

Por supuesto. Sweeney pensó que allí había amargura, estaba clarísimo Y lo que realmente quería era terminar aquella conversación.

-Tal vez no ha tenido ninguna.

-¿Qué? ¿Richard viviendo sin sexo? -Candra se echó a reír---. Imposible. Bueno, es igual. Al fin y al cabo, lo que quería decirte es que si hubiera algo entre tú y él no me importaría. Llevamos casi un año separados y mi vida ha seguido adelante. He conocido a alguien de quien me he encariñado y con quien estoy mucho más a gusto de lo que nunca estuve con Richard.

A Sweeney no se le ocurría nada oportuno que decir. Gracias quedaba fuera de lugar. Peto ¿qué demonios quería conseguir sacando a colación aquel tema? ¿Le preocupaba acaso que si ella empezaba a salir con Richard acabaría por buscarse otro marchante que le vendiera los

cuadros? Aquello era absurdo porque Sweeney sabía cuál era su valor para Candra. La galería promocionaba a otros artistas que vendían mucho más que ella. No, aquella llamada se debía al entrometimiento, la curiosa incapacidad de las parejas separadas a alejarse del todo aun cuando estén sometiéndose a la cirugía legal que los divorciará definitivamente.

Bueno, Sweeney no quería nada de todo eso en su vida. Se estremeció y alargó la mano para coger una manta y envolverse en ella, al tiempo que pensaba cómo caminar de puntillas en el campo de minas que estaba resultando aquella conversación. Pero tenía que encontrar una respuesta, así que, finalmente, dijo:

-Espero que seas muy feliz. -Eso era totalmente inocuo.

Candra rió y sonaba divertida de veras.

-Oh, dudo mucho de que sea para siempre. La vida es muy corta y está demasiado llena de hombres para arriesgarse a cometer otro error. Tengo que admitir, sin embargo, que esperaba que Richard estuviera interesado por ti.

-¿Qué? -preguntó con voz débil, llena de sorpresa.

-No te asombres tanto. -Candra rió de nuevo-. No me importa que tenga una amante o diez. No le odio, no le deseo ningún mal. Sólo quiero que deje de ser tan obstinado en la cuestión económica para que podamos seguir adelante. Si estuviera interesado por alguien, tal vez aceleraría los trámites para ser libre de nuevo cuanto antes. Conozco a Richard y sé cómo es cuando se le pone una mujer como objetivo. -Durante unos momentos, la voz de Candra se volvió más cariñosa, calentada por los recuerdos-. Me lo he pasado tan bien...

Sweeney casi le dijo que Richard le había pedido que saliera con él. Quería saber lo bien que Richard podía hacérselo pasar a una mujer. Durante un momento, las palabras se deslizaron en su lengua como cojinetes, dispuestas a avanzar, pero la precaución se las hizo tragar. Había rechazado a Richard, así que no había razones para que se pusiera en medio de aquella situación. Tampoco quería tener con Candra una conversación de adolescente acerca de lo buen amante que era él. No lo sabía ni quería de saberlo. No aguantaba más aquella charla estúpida por lo que cambió de tema.

-Estoy pensando en traer cuadros nuevos a la galería. -Hizo una mueca. ¿Por qué le había espetado aquello? ¿Por qué no le había dicho otra cosa? No quería que nadie viera- el caos en que se había convertido su arte.

-Basta de Richard, ¿no? -Candra rió de nuevo y pasó a su tono de marchante de arte-. Me encantará ver tu nueva obra. He estado preocupada por ti, ya no produces como antes.

-No he dejado de producir -murmuró.

-Ya lo sé y sé que piensas que no vale para nada. Admito que me ha picado la curiosidad, pero no he querido presionarte. ¿Cuando traerás los cuadros? Es para asegurarme estar aquí.

Maldita sea, se había metido en un aprieto. Miró hacia la ventana.

-Si no llueve otra vez, ¿qué tal te iría esta tarde?

-Perfecto. No tengo ninguna otra cita. Estaré en la galería. Nos vemos luego.

Sweeney colgó el teléfono y se envolvió más en la manta. Maldita sea, maldita sea, maldita sea. Se trataba de eso, de llevar unos cuadros a que los viesen otras personas. Ese pensamiento la hizo estremecer pero, al menos, sabría si lo que estaba haciendo era horroroso o se podía vender. Aquella incertidumbre acerca de su trabajo era terrible, paralizadora.

Tembló violentamente y soltó un juramente en voz baja. ¿Por qué demonios no podía entrar en calor?

Candra alargó el brazo para colgar el teléfono y luego se tumbó con la cabeza apoyada en los brazos. Una ancha mano acarició sus nalgas desnudas.

-No ha habido suerte, ¿ eh?---dijo Kai-. Lo sabía. -Se inclinó para besarla suavemente a todo lo largo de la columna vertebral, más interesado en su libido que en las preocupaciones económicas de Candra.

Normalmente, a esta le gustaba muchísimo hacer el amor con Kai. Era lo bastante joven como para estar todavía obsesionado con el sexo, y lo bastante mayor para haber adquirido cierta destreza en él.

Estar con Kai daba libertad, ya que como él estaba tan innatamente centrado en sí mismo, Candra no tenía reparos en centrarse en ella misma, lo cual incrementaba su placer. En esos momentos, sin embargo, no comprendía lo importante que era para ella que Richard no fuera tan testarudo en el aspecto económico del divorcio. Se libró de sus besos y hundió la cara en la almohada.

Él se limitó a acercarse y a presionar su mojado glande- erecto contra la pierna de Candra. La mano que tenía en las nalgas se curvó hacia abajo, con los dedos sondeándola.

-Para --dijo ella, irritada moviendo el culo para sacarse de encima la mano dé Kai-. No tengo ganas de hacerlo otra vez. Y tú también deberías estar preocupado -añadió con rencor-, porque si Richard no es más razonable con lo del dinero, te quedarás sin trabajo.

-Hay otros trabajos --dijo, tan alegremente despreocupado que a Candra le entraron ganas de darle un bofetón. Puso de nuevo las manos entre las piernas de Candra y le introdujo dos dedos en la vagina. Pese a sí misma, ella no pudo evitar un suspiro de placer y que su espalda se arquease automáticamente.

-No ganando lo que ganas conmigo.

-Ya me las apañaré. -Empezó a mover los dedos despacio, metiéndolos y sacándolos y Candra mordió la almohada para contener su gemido. El ego de Kai ya era bastante fuerte.

Como estaba muy irritada con él, se retorció una vez más para librarse de sus dedos y lo consiguió.

-Ayer, tú también mirabas a Sweeney. Pensaba que no era tu tipo.

En los labios de Kai se formó una lenta sonrisa.

-Yo no soy su tipo. Sweeney es fría, y ese cabello lo único que hace es dar ideas a un hombre. Ádemás, la forma en que ese jersey moldeaba sus tetas era especial.

-No me fijé -replicó Candra, gélidamente.

-Eso me alivia querida. -Kal se inclinó de nuevo y empezó a besarle los dos hoyuelos idénticos que se formaban sobre sus nalgas. Le gustaba la idea de ponerla celosa y eran celos lo que oía en su voz.- Pero, hazme caso, tiene unas tetas que están muy bien.

Candra se puso rígida de ira y él eligió ese momento para introducirle de nuevo los dedos, sabiendo que la rigidez la haría menos receptiva y la penetración sería algo más dura. A veces, a Candra le gustaba que la tratasen con un poco de dureza. Ella contuvo un gemido y Kai supo que ya era suya.

El dormitorio permaneció en silencio unos minutos a excepción de la respiración cada vez más acelerada de Candra y el susurro de las sábanas con sus movimientos. Kai siguió excitándola con los dedos hasta que sus muslos se relajaron y abrió las piernas.

-Hazlo -le ordenó enfadada, y al instante se puso detrás de ella. Candra se alzó un poco sobre las rodillas y levantó las nalgas para que tuviera mejor acceso. Sus dedos fueron sustituidos por las duras y uniformes embestidas de su polla. Ella suspiró y dejó de lado sus preocupaciones para concentrarse mejor en el placer físico. Si se quedaba sin dinero, Kai no seguiría a su lado, maldito fuera su pellejo pero, de momento, estaba aquí y lo mejor que podía hacer era aprovecharlo.

Sin embargo, tan pronto como terminaron y ella recobró el aliento, las preocupaciones volvieron a acosarla como un torbellino. Tenía tantas esperanzas de haber captado bien a Richard la tarde anterior... Si estaba liado con Sweeney tendría más prisa por finalizar los trámites y poder dedicarse a su nueva relación y entonces cedería más fácilmente a las demandas económicas de Candra.

Esta suspiró. Era esperar demasiado, pero estaba tan desesperada que podía agarrarse a un clavo ardiendo. Por desgracia, Sweeney estaba tan ajena a todo excepto a su trabajo, que no se daría cuenta de que atraía a un hombre hasta que este se quitase la ropa y aun así, pensaría que quería que lo dibujase. Richard no era hombre para desempeñar un papel secundario en la vida de una mujer, ni siquiera en la vida de una mujer con talento y era indudable que Sweeney lo tenía.

La preocupación le mordía las entrañas. Si Richard aceptase sus condiciones económicas... No, aquellos síes condicionales no tenían ningún sentido. Era como planear el futuro si te tocaba la lotería: una pérdida de tiempo.

Sabía que no había manejado bien el dinero, nunca había sabido hacerlo. Siempre lo había tenido en abundancia, primero el de su padre, y cuando este se acabó, llegó el de Richard. Pero no era una estúpida y había aprendido de sus errores. Con los beneficios de la galería y la suculenta pensión que Richard se había avenido a pagarle, se las arreglaría bien, no tanto como le gustaría, pero saldría adelante, si podía pagar la montaña de deudas que tenía.

Ése era el verdadero problema. Cuando pensó en lo que debía, se angustió. Era una cifra inmensa para tener que afrontarla sola. Después de la separación, le había dado por gastar, amueblando su nuevo apartamento con lo mejor de lo mejor, había hecho unos cuantos viajes caros y se había comprado ropa nueva. En cierto modo, no se había tomado en serio lo del divorcio y se había gastado todo ese dinero para castigarlo por haberla asustado de ese modo. Pero él quería divorciarse realmente en serio y no tenía la intención de hacerse cargo de sus nuevas deudas, aun cuando su gran fortuna ni lo notaría.

Candra contuvo un vestigio de tristeza. Era absurdo lamentar el pasado y Richard estaba irrecuperablemente en su pasado. Todos los intentos que había hecho para suavizar las cosas con él habían fracasado. Pensó que una pequeña parte de ella siempre lo echaría de menos. No era sólo el sexo, por más excitante que hubiera sido, al menos durante los primeros cinco años. No había tenido ningún amante tan bueno como Richard en la cama.

Lo que más echaba de menos, sin embargo, era la seguridad. Richard era un hombre muy seguro, una roca en la que siempre poder apoyarse. Sus atributos eran los de un soltero que se anunciase en un periódico, buscando esposa: digno de confianza, inteligente, buen sentido del humor, amante excepcional y sentido del honor. Sobre todo «sentido del honor». Sus criterios morales eran tan elevados que parecía que había nacido en el palacio de Buckingham en vez de haberlo hecho en una pequeña e inmunda granja de Virginia.

Sin embargo, Candra sabía que había sido culpa suya. Siempre había sabido cómo reaccionaría si descubría lo del aborto. Había sido muy cuidadosa y había pagado en metálico para que no encontrara ningún indicio, ningún comprobante de pago con tarjeta de crédito o talón bancario. No le había gustado tener que hacerse un aborto pero no había visto otra alternativa. No quería un niño, nunca había querido tener hijos, ni siquiera de joven, de recién casada, cuando estaba locamente enamorada de su marido. Tampoco cabía la posibilidad de tener el niño y luego darlo en adopción, Richard habría muerto antes de permitirlo. Y no era tanto educar al niño lo que le resultaba desagradable, sino el mismo hecho de estar embarazada, de notarlo retorciéndose en su interior como si fuera una larva para estropearle el cuerpo y desgraciarle la vida.

No, el aborto había sido la única salida. La felicidad había desaparecido hacía tiempo de su matrimonio cuando Richard descubrió esa pequeña aventura con, ¿cómo se llamaba? No había sido una historia importante, sólo un pasatiempo, pero había necesitado toda su fuerza de persuasión para que el matrimonio se mantuviera a flote. Después de eso, Candra había sido extremadamente discreta con sus romances, para ella no eran serios pero sabía que Richard lo vería de otro modo. Sin embargo, también sabía- que habrían seguido juntos si ella no hubiera bebido tanto, si no se hubiesen peleado, si no lo hubiera insultado sólo por la satisfacción de herirlo. Sí, sí, sí. El error había sido decisivo. Su matrimonio había terminado en todo menos en el sentido legal del término.

Candra aceptó la culpa. Eso no significaba que fuera a aceptar lo que Richard se dignara a darle. Había esperado que se liase con Sweeney porque la chica, pese a lo singular que era, tenía el corazón blando. Además, Sweeney le caía realmente bien y pensaba que esa simpatía era mutua. Como Candra muy bien sabía, Richard haría mucho por complacer a la mujer que deseara. Si deseaba a Sweeney, y Candra creía que sí, y la chica lo instaba a ser generoso, había muchas probabilidades de que lo fuera siempre que ella se lo pidiera.

Sin embargo, después de hablar con Sweeney, Candra pensó que ese plan no funcionaría. Sus pensamientos saltaron a otra idea que había tenido. No le gustaba porque conllevaba cierto riesgo, pero llegado ese punto, su mejor apuesta parecía ser Carson McMillan.

Cuando ibas a bailar con el diablo o a acostarte con él, lo mejor era informarte sobre él todo lo que fuese posible y tomar las medidas oportunas para protegerte. Ella sabía mucho de Carson, cosas que este no querría que se supiesen, aunque tal vez no tendría que recurrir a ellas. Quizá podría hacerle creer que el niño era suyo. Las fechas de sus encuentros íntimos y del aborto lo hacían posible, aunque Candra estaba absolutamente segura de que el padre era Richard. Sí, eso podía funcionar. Contarle lo del divorcio, decirle que el niño era suyo, pero que cuando

Richard lo descubrió, pensó que era de él y que por eso se divorciaban. Así le obligaría a hacerse cargo de algunas de sus deudas financieras. Sí, Candra decidió hacerlo de ese modo.

Si se negaba, tendría que recurrir a armas más peligrosas.

Capítulo 5

Tenía mucho más frío. Sweeney se sentó, envuelta en la manta, sin dejar de temblar. Le parecía que iba a morirse de frío y se divirtió al imaginar la perplejidad del forense ante una muerte por hipotermia en un apartamento a veintiocho grados un espléndido día de septiembre. Pensó en volverse a la cama y meterse bajo la manta eléctrica, pero si lo hacía, tendría que admitir que estaba enferma y no quería hacerlo. Cuando sonó el timbre de la puerta, no le hizo ningún caso porque si se quedaba enroscada, podría acumular el poco calor que generaba. En cambio, moviéndose, tenía más frío.

Pero el timbre sonó de nuevo, y al final, consiguió ponerse en pie. -Maldita sea -murmuró mientras se acercaba a la puerta.

Oyó un sonido curiosamente apagado y se detuvo sobre sus pasos. Conocedora de los riesgos de vivir en una gran ciudad, decidió no acercarse más a la puerta.

-¿Quién es?

-Richard.

Sorprendida, miró los paneles de madera.

-¿ Richard?

-Richard Worth -contestó con amabilidad. A Sweeney le pareció oír risas en su voz.

Pensó en la posibilidad de no abrir la puerta. Pensó en alejarse de ella como si no hubiese dicho nada. Sin embargo, él era el propietario del edificio, y aunque no fuera el lugar más elegante del mundo, Sweeney sospechaba que Richard podía alquilarlo por mucho más de lo que ella le pagaba. Y, en esos momentos, no podía pagar más, por lo que le tocaba ser amable con el propietario. Ésa fue la excusa que se dio a sí misma mientras abría con dificultad los cerrojos debido al frío y al temblor de sus manos.

Él se encontraba en el descansillo sobre la moqueta vieja y sucia. Habría estado totalmente fuera de lugar con su carísimo traje italiano, de no haber sido por esos hombros de estibador y esas facciones duras, casi escabrosas. Sus ojos de artista se fijaron en cada uno de los detalles, bebiéndolo con la mirada. Si tenía la esperanza que lo ocurrido el día anterior hubiese sido una aberración, en esos momentos la visión de aquel hombre se la hizo perder. El estómago se le encogió y la boca se le llenó de saliva igual que cuando veía una tarta de queso. Aquello no era buena señal.

Richard sonreía, pero la sonrisa se desvaneció enseguida al verla envuelta en la mana. La miró de arriba abajo con sus ojos oscuros y preguntó en tono brusco.

-¿ Estás enferma? -Dio un paso hacia adelante, ella tuvo que retroceder y con esa facilidad, entró en el apartamento. Cerró la puerta y volvió a correr los cerrojos.

-No, sólo tengo frío. -Se apartó de la peligrosa proximidad de Richard y enfadada, le preguntó-: ¿Qué estás haciendo aquí? -Se sintió terriblemente alterada. No estaba preparada para ver a Richard y mucho menos para estar a solas con él en su apartamento. Ése era su santuario, el lugar en el que podía bajar la guardia entre ella y el mundo y pintar y ser ella misma. A menudo, cerrar esa puerta a sus espaldas la hacía sentir como si hubiera dejado toneladas de cadenas en el descansillo. Allí era libre, pero sólo podía ser libre si estaba sola.

-He venido a buscarte para llevarte a almorzar.

-Ayer tarde te dije que no. -Se envolvió más en la manta y de repente se sintió un poco avergonzada de su aspecto. Todavía llevaba la sudadera y no se había peinado, por lo que sabía que tenía todo el cabello enmarañado. Un largo rizo le cayó sobre los ojos y lo echó hacia atrás el tiempo que se sonrojaba. Sentir vergüenza no le gustaba. No recordaba la última vez que se había avergonzado de su aspecto ante alguien, pero..., pero Richard era distinto. No quería que fuese distinto, pero lo era.

-Eso fue para la cena. -La miró con aire crítico, entrando aún más. Al notar el calor que hacía en el apartamento, frunció el ceño.

-¿Por qué tienes la calefacción tan alta? -le preguntó.

-Ya te lo he dicho, porque tengo frío. -Muy a su pesar, su voz sonó quejumbrosa. Richard alargó la mano y se la puso en la frente. Sweeney quiso apartarse de un salto pero el calor la hizo apretarse más contra ella.

-No pareces tener fiebre -dijo él, con el ceño levemente fruncido.

-Claro que no. Ya te lo he dicho, lo único que me ocurre es que tengo frío.

-Pues debe de ocurrirte algo porque aquí hace calor.

-Lo dice un hombre que lleva chaqueta. -Sweeney lo miró con desdén, se alejó de él y fue a sentarse en un extremo del sofá, envuelta en la manta, acurrucándose para combatir *el* frío.

La mordacidad de Sweeney no lo inmutó para nada.

-Es un traje. ¿Te sientes mal en algún otro sentido? -Le preguntó, al tiempo que se sentaba junto a ella.

-Ya te he dicho que no me siento mal, no estoy enferma. Lo único que pasa es que tengo frío.

-Sabes que eso no es normal -contestó Richard, al ver su terca actitud.

-Tal vez es mi termostato interno que no anda bien -murmuró Sweeney, aunque no creía que se tratara de eso. El frío había empezado con *el* cambio, por lo que pensaba que no podía hacer nada para librarse de él. Por otro lado, la idea de que podía estar enferma *no le* gustaba en absoluto. No tenía tiempo para enfermedades, por lo que no aceptaba que pudiera estar enferma. Así de sencillo.

-¿Cuánto tiempo llevas así? -preguntó Richard que no dejaba de sondearla con la mirada.

Si no hubiera tenido frío, habría podido sentirse más confiada, pero ¿cómo transmitir confianza en sí misma si le rechinaban los dientes?

-Tengo frío, casi siempre, pero ahora es peor que nunca -Consiguió responder.

-Tienes que ir al médico --dijo él con decisión---. Venga, vístete y te llevaré.

-Olvídalo. -Se arrebujó más bajo la manta y apoyó la cabeza en las rodillas. Decidida a no dejarse presionar, le espetó-: Tendrías que haber telefoneado antes venir.

-¿Para que me dijeras que no viniese? Por eso no he llamado. -Le tocó la mano y frunció el ceño ante lo gélidos que tenía los dedos.

-Pues yo no puedo salir y puedes apostar hasta el último céntimo a que no voy a hacerte el almuerzo.

-No espero eso de ti. -Richard seguía frunciendo el ceño, sentado a su lado y con el brazo apoyado en la parte trasera del sofá. Sweeney apretó los dientes para que no le rechinaran y deseó que Richard se marchara. Estaba tan cerca y ella tenía tanto frío... Con tanto frío y tantos temblores, ninguna mujer podía sostener sus defensas.

-Muy bien -dijo él, al tiempo que se ponía en pie como si hubiera tomado una decisión. Se desabrochó la chaqueta y se la quitó.

-¿Qué estás haciendo? -le preguntó Sweeney, incorporándose alarmada. Mientras lo decía, advirtió que era una pregunta estúpida porque veía perfectamente lo que Richard hacía. Lo que la había alarmado era el por qué.

-Te voy a hacer entrar en calor. -Le quitó la manta y antes de que ella pudiera protestar, le echó la chaqueta por los hombros.

La calidez era casi pasmosa. Aliviada, Sweeney respiró hondo al tiempo que el calor se extendía por su columna vertebral. Dios mío, este hombre tenía que ser un horno en vista de la: cantidad de calor corporal que había absorbido su chaqueta. La sensación era tan deliciosa que no advirtió que él se había sentado de nuevo hasta que se encontró sobre su regazo.

Durante un breve instante de pánico se puso rígida y luego empezó a empujarlo al tiempo que ponía un pie en el suelo. Para su asombro, Richard se limitó a tomarla entre sus brazos como si fuera una niña y volvió a sentarla en el sofá, sin soltarla. Puso la manta de modo que los envolviera a ambos, asegurándose de que Sweeney tuviera los pies bien abrigados.

-Calor corporal -comentó tranquilamente-. Es una de las primeras cosas que nos enseñaron en los cursos de supervivencia del ejército: que nos acurrucáramos juntos cuando tuviésemos fríos.

Sweeney se quedó quieta, hechizada tanto por el increíble calor que la envolvía como por la imagen que las palabras de Richard evocaron en su mente y no pudo reprimir una sonrisa.

-Puedo hacerme una idea -dijo-. Los jóvenes y valientes soldados abrazados unos a otros.

-Abrazados no, acurrucados. No es lo mismo. -Puso una mano sobre los pies de Sweeney y a esta le asombró el hecho de que su mano fuera tan grande que le tapara los dos pies. Unas agradables oleadas de calor le calentaron los helados dedos bajo los calcetines.

De repente, fue presa de unos temblores convulsivos, a pesar del calor de la chaqueta, de la manta y del cuerpo de Richard, que la estrechó más contra sí, al tiempo que tiraba de la manta hasta subírsela a la altura de la nariz de forma que pudiera calentar el aire con su aliento.

-Vas a sofocarme -protestó Sweeney.

-Todavía no. -En su voz había de nuevo esa risa, pero cuando volvió la cabeza para mirarlo, vio que su boca estaba cerrada. Ella se quedó mirándola casi hipnotizada. Tenía unos labios de corte perfecto, ni demasiado finos ni demasiado gruesos. Su boca no era tan grande como para que una mujer se sintiera caer en ella ni tan pequeña que apareciera que acababa de chupar un limón como Ronald Trump o como se llamara. En resumidas cuentas, Richard tenía una buena boca.

-Me estás mirando embobada --dijo él.

A lo largo de su vida, la habían pescado muchas veces mirando embobada a la gente y, por lo general, no le importaba, pero, en esta ocasión, se ruborizó.

-sí, suelo hacerlo, mirar a la gente embobada. Lo siento -murmuró.

-A mí no me molesta. Mira todo lo que quieras.

En su voz había un matiz cariñoso, amable e indulgente que le provocó otro de esos alarmantes y excitantes estremecimientos en el estómago. Pensó que sentarse en el regazo de un hombre no era la mejor manera de oponerse a las atenciones de este o de acabar con su propio interés. Por otro lado, y si bien dudaba de que él la dejara levantarse, el calor era tan maravilloso que ella tampoco se levantaría, al menos de momento. Aunque seguía temblando, supo que la cuestión del calor corporal funcionaba porque los temblores disminuyeron en intensidad.

-¿Cuándo estuviste en el ejército? -Sweeney pensó que tenía que decir algo porque estar sentada allí resultaba incómodo y si no podías hablar con un hombre cuando estabas en su regazo, no podrías hacerlo nunca.

-Hace mucho tiempo, cuando era joven y macho.

-¿Cuándo te alistaste? ¿O te reclutaron? -Sweeney no tenía ni idea de cuándo se había eliminado el servicio militar.

-Me alisté. No tenía dinero para ir a la universidad por lo que creí que sería la mejor manera de tener una educación. Y luego resultó que las cuestiones militares se me daban bien. Y aún seguiría en el ejército de no haber descubierto que el mercado de valores también se me daba, bien. La bolsa es mucho más lucrativa y yo necesitaba dinero.

-Pues ya lo tienes.

-Sí.

El calor corporal de Richard era tan seductor que le derretía los huesos y disolvía el cansancio de sus músculos. Sintió que se hundía en él y su cuerpo se moldeaba al suyo como si fuera gelatina. Al entrar en calor, se quedó totalmente relajada y tuvo ganas de dormir. Ni el duro saliente que se estaba formando bajo sus nalgas podía alarmarla. Bostezó y escondió su fría nariz en la cálida curva del cuello de Richard. Sintió que este daba un pequeño salto, pero, después, sus brazos la estrecharon con más fuerza.

Sweeney tenía que levantarse, sabía que tenía que hacerlo. Se estaba metiendo en un lío. No era ninguna niña y sabía cuán sexual era aquella situación y cuánto más sexual podía aún volverse. Pero el calor, olí, Dios, el calor... Desde que se había levantado de la cama aquella mañana era la primera vez que se sentía a gusto, se sentía realmente cómoda por primera vez en mucho tiempo, al menos en un año. Una manta eléctrica no proporcionaba el mismo tipo de calor que otro cuerpo, no llegaba al tuétano de los huesos. El ejército había dado con la mejor solución y sus jóvenes soldados se abrazaban para darse calor.

Sweeney bostezó de nuevo y oyó retumbar el pecho y la garganta de Richard.

-Duerme -murmuró con voz profunda y tranquilizadora-. Yo cuidaré de ti.

Sweeney no era un alma confiada, una mujer solitaria no podía permitírselo, pero no tenía ninguna duda de que Richard era un hombre de palabra. La vencía el sueño, pesado y delicioso y se entregó a él con un leve suspiro.

-No me dejes dormir después de la una -farfulló antes de cerrar los ojos.

¿La una? Richard ahogó una carcajada. Su reloj todavía no-marcaba las once y media. Era evidente que Sweeney encontraba normal que la sostuviera dormida en su regazo durante una hora y media a pesar de los calambres que pudieran entrarle o las citas que pudiera tener. Y la chica tenía razón. En ningún otro sitio estaría mejor que allí.

Llevaba el teléfono móvil en el bolsillo de la chaqueta. Con la mano libre lo sacó sin molestarla, aunque le rozó el pecho con el revés y aquello lo excitó. Hizo caso omiso de su dolorosa erección, lo abrió y pulsó las teclas con el pulgar.

-No saldré a comer -dijo en voz baja cuando Edward respondió-. Pasa a recogerme a la una y cuarto.

-Muy bien, señor.

Richard dio por terminada la llamada y guardó el teléfono. Sweeney se movió y restregó la nariz contra su cuello pero no abrió los ojos. Estaba profundamente dormida.

Entonces él se puso en una postura más cómoda, recostando los hombros y la cabeza en el sofá. Iba a pasarse allí un buen rato, por lo que lo mejor sería relajarse y disfrutar. Tener a Sweeney en el regazo era muy placentero. Se le ocurrió pensar que la chica no sabía lo atractiva que resultaba, con sus grandes ojos azules y aquella mata de cabellos rizados, pero él siempre la había considerado una de las mujeres más atractivas que conocía. No guapa, atractiva. A la gente le gustaba mirarla, hablar con ella. Los hombres se habrían arracimado a su alrededor si ella hubiese dado alguna indicación de que los veía como *hombres,* no como conocidos sin sexo. Sweeney era experta en mantener a la gente a distancia, bloqueando cualquier contacto que no fuera el meramente superficial.

Hasta el día anterior, Richard no supo qué había ocurrido, pero de repente advirtió que las protecciones de Sweeney habían caído y que ella lo notó personal, emocional y sexualmente. Él se fijó en ella, allí de pie en la galería, con ese suéter rojo que se ajustaba a sus pechos y esos ojos azules cada vez más abiertos mientras escuchaba a los McMillan. Casi vio el comentario inoportuno que se le formaba en la garganta, ya que Sweeney tenía fama de decir lo que pensaba. En el mundo en que él se movía, esa sinceridad espontánea era tan rara que casi no existía. La gente controlaba sus palabras y se limitaba a las educadas y políticamente correctas, las vacías e insustanciales. Sabía que Sweeney había intentado ser amable, pero tal como ella misma había dicho, su nivel de tolerancia a las tonterías era realmente bajo.

Esos pensamientos lo hicieron sonreír. Sweeney lo había hecho reír. Tuvo la sensación de que podía pasar veinte años con ella y no llegar a conocer todas sus singularidades o saber cómo funcionaba exactamente su mente.

Le gustaba. Desde que se había separado de Candra había salido con otras mujeres, pero esas relaciones fueron informales y de hecho, ninguna de ellas le gustó de veras. Con esas mujeres lo pasaba bien, lo excitaban incluso, pero sentía que no podían ser sus amigas. Tal vez por eso tampoco se acostó con ellas, algo que Candra nunca se creería. En realidad, él también estaba asombrado de sí mismo porque echaba de menos el sexo, lo deseaba. Iba tan caliente que tener a Sweeney en los brazos le resultaba un tormento, pero la verdad era que había pasado por alto muchas oportunidades de acostarse con mujeres.

Legalmente, todavía estaba casado y eso no podía olvidarlo. El matrimonio había terminado; a duras penas soportaba estar en la misma habitación que Candra, pero hasta que un juez decretase la disolución absoluta, no sería libre. No sería justo que ninguna mujer empezase una relación sexual con él sabiendo que no podía ofrecer más. Hasta el día anterior, cuando los ojos de Sweeney y los suyos se encontraron en ese zumbido de atracción, no le había importado. Ahora sí.

Con suavidad, tocó uno de sus rizos, lo desenrolló tirando de él y se maravilló de su longitud. Si Sweeney tuviera el cabello liso, le llegaría a media espalda. Dejó de tirar del rizo y este se le enrolló en el dedo como si fuera un resorte.

El frío que Sweeney tenía era preocupante. El calor del apartamento, más el calor de su cuerpo y la manta lo hacían sudar. Pero aún así, cuando llegó, estaba pálida y su piel húmeda. Parecía un tanto conmocionada, como si hubiera perdido mucha sangre. Pero como no era eso lo que había ocurrido, el problema debía de ser otro. Sin embargo, en esos momentos, vio que tenía las mejillas delicadamente sonrosadas y que el rostro había perdido la tirantez de la hipotermia.

Un pecho de Sweeney le presionaba el tórax. Sweeney no llevaba sujetador, un detalle que había notado enseguida al ver que, bajo la sudadera, el frío había encogido sus pezones y los había reducido a mi núsculos puntos. Sin embargo, en aquellos momentos, debían de haberse hinchado porque no los notaba.

Ese día no, pero pronto, tendría esos pechos desnudos en la mano y pasaría los pulgares por los pezones para ver cómo se ponían erectos. Cerró los ojos e imaginó cómo sería tenerla debajo y penetrar en ella hasta el fondo. Hacer el amor con Sweeney sería un desafío porque, pese a la sorprendida excitación de sus ojos, se resistía a él. Esa resistencia se debía, en parte, a los escrúpulos, eso era perfectamente comprensible, pero había mucha parte de obstinación,

de renuencia a abrirse a él. Sweeney quería que su vida continuara como hasta entonces, sin un hombre que la distrajese y parecía que lo conseguía, porque, a juzgar por los comentarios de Candra, la chica era casi célibe.

No lo sería mucho tiempo más.

Richard cerró los ojos y se obligó a relajarse, pero mientras se adormilaba recordó lo que ella había dicho, que le exigiría tiempo y sexo y cosas de ésas, sí, eso era lo que había dicho. Se durmió con una leve sonrisa en los labios.

En el ejército, también había aprendido a dormir en un período de tiempo determinado, por breve que fuese, y a despertarse cuando quisiera. A eso ahora lo llamaban siestas de poder, pero, para él, había sido cuestión de supervivencia. Excluyó de su mente el incómodo calor e hizo caso omiso de él, como si no existiera, otro truco que había aprendido en la vida militar. Cuando despertó al cabo de media hora se sintió descansado pese al hecho de tener la camisa empapada de sudor. Sweeney también tenía calor, había bajado la manta a la altura de los hombros y las puntas de los dedos se veían rosadas. Como Richard esperaba, no tardó en despertarse la hora y media que ella misma se había concedido sino que, tras breves instantes, la chica empezó a moverse. Dormir era una reacción natural del cuerpo ante el frío. Una vez recuperado el calor, la somnolencia desaparecía.

Cuando abrió los ojos, la estaba mirando. Su expresión fue de rápido asombro y, después, de alarma. Se sentó de repente y lo hizo encima de sus huevos. Richard apenas pudo reprimir un aullido y la sentó de nuevo en su regazo.

-Dios mío, no puedo creer lo que ha ocurrido -dijo Sweeney al tiempo que se levantaba tirando de la manta.

-Pues yo sí. -Con una mueca de dolor, cambió de postura.

-Yo no hablaba de eso --dijo Sweeney con los ojos abiertos como platos-. Hablaba de cómo he podido dormir en tu regazo. Lo siento mucho. -Sweeney se mordió el labio-. ¿Estás bien?

Entre los dientes apretados se le escapó una carcajada. Volvió a cambiar de posición y el dolor empezó a remitir.

-No lo sé -dijo, con una voz deliberadamente aguda.

Sweeney se hundió de nuevo en el sofá, entre sonoras carcajadas.

Richard se inclinó sobre ella, le tomó el rostro entre las manos y besó su risueña boca.

Sweeney se quedó inmóvil, como un animal pequeño que intentara huir de un predador. Le agarró las muñecas con las manos, unas manos hábiles, de piel suave y sensible sobre delicados huesos. Richard quería aplastarle la boca contra la suya, pero suavizó el beso, atesorando más que robando. Los labios de Sweeney temblaron un poco. Él los abrió y buscó la lengua con la suya y le invadió una oleada de calor y apremio. Todo su cuerpo se tensó con la necesidad de cubrirla y penetrarla pero se contuvo cruelmente porque sabía que ella distaba mucho de aceptarlo.

Entonces Sweeney le devolvió el beso. Los movimientos de los labios y la lengua fueron vacilantes, al principio casi tímidos y luego, un gemido vibró en su garganta y agarró con más

Librodot

fuerza las muñecas de Richard. Este sintió que la tensión invadía el cuerpo de la chica y que la impulsaba hacia arriba aunque, en realidad, no se había despegado MÍ un centímetro del asiento. Dio más profundidad a su beso, con una lengua lenta y segura que tomaba e invitaba a dar.

De un salto, Sweeney se puso en pie de repente, apartándose de él un par de metros. Cuando se volvió para mirarlo de frente, su expresión era de ira.

-No, no, tú estás casado -dijo con voz entrecortada.

Richard se puso en pie y le sostuvo la mirada.

-No por mucho tiempo.

-Pero ahora estás casado --dijo ella, a la vez que hacía un brusco movimiento-. Eso es lo que cuenta. Estás pasando por un divorcio difícil...

-¿Los hay de otro estilo? -la interrumpió con un tono neutro, como si le estuviera preguntando la hora.

-Ya sabes a qué me refiero. Candra es mi marchante pero, por encima de todo, la aprecio.

_Casi todo el mundo la aprecia.

-Enredarme contigo complicaría las cosas. No sería correcto.

-De acuerdo. -Entrecerró sus ojos morenos.

-¿De acuerdo? -Sweeney arqueó las cejas sorprendida.

-De momento. Hasta que el divorcie, sea definitivo. Entonces... -Se encogió de hombros y dejó sin terminar la frase, aunque por la manera en la que la miraba, Sweeney supo muy bien qué sucedería «entonces»-. Una pregunta más: ¿cuál es tu nombre de pila?

-¿Qué? -Sweeney lo miró asombrada.

-Tu nombre de pila, ¿cuál es? Me niego a llamar de otra manera a una mujer con la que he dormido.

-No hemos... -empezó a decir Sweeney pero se interrumpió porque eso era precisamente lo que había hecho-. Tienes que llamarme por el apellido -le espetó- porque será el único nombre al que responderé.

-Quizá, pero, de todos modos, podrías decírmelo -le pidió en tono sarcástico.

Sweeney frunció más el ceño.

-Paris -dijo bruscamente.

-¿Qué pasa con París? -Richard no la había entendido.

-Ése es mi nombre -respondió la chica con un gruñido-. Como la ciudad pero sin acento, como el héroe griego. Paris Samille es mi nombre de pila completo, pero si alguna vez me llamas así, te haré daño.

Richard consultó su reloj, cogió su chaqueta y se dispuso a marcharse. No era un idiota y esbozó una leve sonrisa.

-De acuerdo -accedió-. Prometo que nunca te llamaré con un nombre que no te guste. -Antes de que ella pudiera responder, se acercó y la besó de nuevo.

-De momento, no insistiré más -le dijo con dulzura-, pero sólo por ahora. En cuanto el divorcio sea definitivo, volveré.

Sweeney no dijo nada, se limitó a mirarlo en silencio mientras él salía del apartamento. ¿Qué era eso? ¿Una promesa o una amenaza? Era ella quien tenía que decidirlo y no sabía que hacer. Lo único que sabía seguro era que cuando Richard la había besado, ella había dejado muy atrás la seguridad.

Sweeney tomó primero una tela y luego otra para decidir cuál llevaría a la galería. No le gustaba ninguna y la mera idea de que alguien viera esas obras la avergonzaba. En su opinión, los colores brillantes se veían infantiles, extravagantes. Intentó llamar a Candra dos veces para decirle que no le llevaría nada, pero las dos veces se interrumpió. Si lo que estaba haciendo era una porquería, lo mejor era saberlo antes de perder más tiempo siguiendo esa línea. Y si era una porquería, ¿Qué haría? ¿Una terapia, quizá? Si los escritores tenían bloqueos en su creatividad, a los pintores podía ocurrirles lo mismo.

Era como si ya lo oyese; el terapeuta le diría que estaba intentando resolver los traumas de la infancia haciéndose niña otra vez, para verlo todo con ojos de criatura. Uf. Hacía tiempo que había resuelto los traumas infantiles. Estaba decidida a no ser como sus padres, a no utilizar jamás el talento como excusa de conductas egoístas y adolescentes, y a no tener hijos para luego apartarlos a fin de dedicarse a la pintura. Su madre defendía el amor libre y pasó por un período en el que quiso «liberar» a Sweeney de sus inhibiciones haciendo el amor abiertamente con sus distintos amantes delante de su hija. Hoy en día, la habrían arrestado. En esa época también tendrían que haberlo hecho.

El milagro, pensó Sweeney con tristeza, era que tuviera el coraje de pintar, que no se hubiera hecho contable o técnica en informática para alejarse del mundo del arte todo lo que le fuera posible. Pero nunca le había pasado por la cabeza no pintar, la pintura era parte de sí misma desde lo que alcanzaba a recordar. De pequeña, dejaba de lado las muñecas, y los lápices de colores y los cuadernos de dibujo eran sus juguetes favoritos. A los seis años empezó a utilizar óleos, robándole los tubos a su madre siempre que tenía ocasión. Podía perderse horas y horas en los colores, quedarse extasiada por el arco iris y la lluvia, las nubes y el cielo, y el brillo de una manzana roja madura.

No, con respecto a su talento, 0 su obsesión, nunca había habido ninguna duda. Por eso, decidió ser la mejor artista posible, pero a la vez, una persona normal. Sí, de acuerdo, a veces se le olvidaba peinarse y otras, cuando trabajaba, se pasaba la mano entre los cabellos y se le llenaban de brillantes colores. Pero eso eran pequeños detalles. No era promiscua. Pagaba las facturas a tiempo, no tomaba drogas ni siquiera como pasatiempo; no fumaba, no bebía. No tenía cuentas de collar sueltas por todo el apartamento y su vida privada era absolutamente ordinaria.

Finalmente, y porque se había comprometido con Candra, eligió tres cuadros al azar. Qué más daba, para ella todos eran igual de malos.

En el último momento, cogió el dibujo que había hecho del ven~ dedor de perritos calientes. Como mínimo, estaba contenta de eso. Se había limitado a imaginar qué aspecto tenía a los seis años, de adolescente y de hombre maduro, pero había repetido la dulzura de la expresión en todos los dibujos del collage. Esperaba que a él le gustase.

Acto seguido, y antes de que tuviera tiempo de echarse atrás en las decisiones tomadas, salió del apartamento. La lluvia del día anterior había dejado el aire fresco y dulce. Al cabo de unos instantes, Sweeney tuvo que admitir, asombrada, que el parte meteorológico había sido correcto: un día espléndido. El extraño frío había desaparecido, expulsado por el calor corporal de Richard, y la calidez la llenaba por primera vez en mucho tiempo. Si no hubiera sido por la ansiedad que seguía carcomiéndola, habría dicho que se sentía de maravilla. Decidió disfrutar de la calidez y olvidar todas las demás preocupaciones.

El vendedor de perritos calientes no estaba en su sitio habitual. Sweeney se detuvo, decepcionada e inexplicablemente nerviosa. Miró el lugar que normalmente ocupaba el carrito como sí pudiera hacerlo aparecer deseándolo. Debía de estar enfermo, Todas las veces que había pasado por esa calle, siempre había estado allí.

Preocupada, siguió caminando hasta la galería. Kai se puso en pie y le tomó de las manos los cuadros envueltos.

-¡Qué bien! Candra y yo hemos hablado de ti. Me muero de impaciencia por ver lo que traes.

-Yo también -dijo Candra mientras salía de su oficina, sonriendo cariñosamente a Sweeney-. No pongas esa cara de preocupación. No creo que seas capaz de pintar mal.

-Te sorprenderá de lo que soy capaz -murmuró.

-Oh, no sé --dijo arrastrando las palabras un hombre delgado, vestido de negro y con un correoso cabello rubio que salió también de la oficina de Candra-. Me parece que no nos has sorprendido en mucho tiempo, querida.

Sweeney reprimió un gruñido de repugnancia. VanDern. La última persona que hubiera querido ver en ese momento.

-Leo, compórtate -lo reprendió Candra con una mirada muy severa.

Al menos, pensó Sweeney, ver a VanDern le apagaba la ansiedad, ya que este, con su actitud, desataba las hostilidades.

Igual que su madre, ese hombre era la suma de lo que Sweeney más detestaba. Espectacular a la hora de vestir, con pantalones de cuero negro, jersey negro de cuello de cisne, botas negras de cosaco y una cadena de plata martillada alrededor de su delgada cintura. Llevaba tres tachones en una oreja y un aro en la otra. Nunca iba bien afeitado ya que cultivaba el estilo "barba de tres días» que le requería más tiempo y esfuerzo que si se afeitase a diario. Sweeney sospechaba que pasaba semanas, tal vez meses, sin lavarse el pelo. VanDern podía hablar durante horas sobre el simbolismo y el carácter irremediable de la sociedad actual, de cómo el hombre había violado el universo y de cómo su simple mancha de pintura en el lienzo

plasmaba el dolor y el desespero de toda la humanidad. En su opinión, era tan profundo como el Dalai Lama. En opinión de Sweeney, tanto como un excremento.

Candra desenvolvió los cuadros y, en silencio, los colocó en caballetes vacíos. Sweeney no quiso mirarlos y se le hizo un nudo en el estómago.

-Huau -dijo Kai en voz baja. El día anterior había dicho lo mismo ante el jersey rojo, aunque esta vez el tono de voz fue distinto.

Candra seguía callada e inclinaba levemente la cabeza mientras estudiaba las pinturas.

VanDern se acercó a ellas, las miró y con un ademán despectivo, dijo:

-De lo más vulgar. Paisajes. Qué original. Es la primera vez que veo árboles y ríos. -Se miró las uñas-. Tal vez me desmaye de excitación.

-Leo -lo reprendió Candra, que seguía estudiando las telas.

-No me digas que esto te gusta -prosiguió Leo-. Puedes comprar cuadros como éstos en los grandes almacenes de todo el país. Ah, y sé que hay un mercado para ellos, gente que no sabe una palabra de arte y que lo único que quiere es que sea «bonito», pero seamos sinceros, ¿no?

-Por supuesto -replicó Sweeney con voz grave y peligrosa, acercándose al pintor. Al oír ese tono, Candra volvió la cabeza pero no pudo evitar el enfrentamiento. Sweeney le había clavado un dedo en el pecho para decirle-: Si tenemos que ser sinceros, diré que cualquier mono puede hacer una mancha de pintura en una tela y cualquier idiota decir que es arte, pero no se requiere talento para ninguna de las dos cosas. Para reproducir un objeto de forma que el observador lo reconozca se necesita talento y técnica.

-Para hacer la misma cosa una y otra vez lo único que se necesita, querida, es falta de imaginación y de técnica interpretativa.

Leo había subestimado a su rival. Sweeney se crió en el mundo del arte y su madre era la reina de los comentarios rudos y sagaces.

-Lo que se necesita, *querido* -dijo Sweeney tras dedicarle una dulce sonrisa y en un tono que imitaba al de VanDern casi a la perfección-, es mucho descaro para hacer tragar a la gente esos cuadros. Estoy segura que debes de tener algo que compense tu falta absoluta de talento.

-Todo esto es absurdo -intervino Candra intentando calmar los ánimos.

-Oh, déjala que hable -dijo VanDern con ademán de quitarle importancia a lo que ocurría-. Si pudiera pintar como yo, estoy seguro de que lo haría y ganaría dinero de veras en vez de vender sus cuadros al público de los grandes almacenes.

Candra se puso rígida. Su galería era su orgullo y no le gustó la implicación de que su clientela no era al ciento por ciento selecta.

-Yo hacía lo mismo que tú -dijo Sweeney arqueando las cejas en gesto de exagerada sorpresa-, pero a los tres años lo superé. ¿Te gustaría que hiciéramos una pequeña apuesta?

Apuesto a que puedo copiar cualquier obra tuya que elijas y a que tú no puedes copiar ninguna mía y el perdedor tendrá que besar al ganador en el culo.

En la garganta de Kai sonó un grave retumbo. Volvió la cabeza y fingió toser.

VanDern lo miró furioso y luego se volvió de nuevo hacia Sweeney.

-Qué infantil -se burló.

-¿Te da miedo aceptar la apuesta?

-¡Claro que no!

-Entonces, hazlo. Y te diré una cosa: No quiero limitarte a copiar sólo mi obra. Elige un clásico, copia un Whistler, un Monet, un Van Gogh. Estoy segura de que merecerán tu gran talento.

Las mejillas del pintor se tifieron de rojo oscuro. Miró furioso a Sweeney, incapaz de encontrar una manera elegante de evitar la apuesta.

-Volveré otro rato --dijo, muy tieso, dirigiéndose a Candra-, cuando no estés tan ocupada.

-Hazlo -replicó, esta, en tono seco. Resultaba muy evidente que estaba molesta. Cuando las puertas se cerraron tras el pintor, se volvió hacia Sweeney y añadió--: Lo siento. Es tan imbécil y arrogante, a veces.

-Totalmente de acuerdo -asintió Sweeney.

-Y tú le has dado su merecido. La próxima vez, antes de desafiarte, se lo pensará dos veces. En este momento es muy famoso, pero las modas pasan y estoy segura de que él lo sabe.

En opinión de Sweeney, VanDern se creía el centro del universo, pero se encogió de hombros y calló.

Candra volvió a concentrarse en los cuadros, llevándose una elegante uña al labio inferior mientras los examinaba. A Sweeney volvió a hacérsele un nudo en el estómago.

-Son casi surrealistas -murmuró Candra para sí misma---. La utilización del color es asombrosa. Hay matices que parecen fulgurar, como la luz pasando a través de un vidrio de color. Un río, una montaña, flores, pero no como los que hacías antes.

Sweeney permaneció en silencio. Había pasado horas, días, contemplando aquellos lienzos. Conocía todas las pinceladas de ellos pero los miró de nuevo para ver qué le había pasado por alto, y advirtió que nada había cambiado. Los colores seguían pareciéndole extrañamente intensos, la composición un poco desequilibrada por algo que no alcanzaba a descubrir y las pinceladas algo confusas. No sabía si era surreal, como Candra decía, o exuberante. Ambas cosas tal vez, o ninguna de ellas.

-Quiero más --dijo Candra-. Si esto es un ejemplo de lo que has estado creando, quiero todos los cuadros que tengas terminados. Voy a doblarte los precios. Tal vez no pueda venderlos tan caros pero creo que estoy haciendo bien.

Kai asintió enérgicamente y dijo:

-Ahí hay energía, mucha más que en toda tu obra junta. La gente se volverá loca con estas pinturas.

Sweeney pasó por alto el comentario con respecto a la energía; no era más que palabrería para impresionar Su última frase era más sincera, era una afirmación de que se podían vender. Respiró aliviada. Tal vez no había perdido el talento, sino la habilidad para juzgarlo.

-¿Qué es eso? -preguntó Candra señalando la carpeta que contenía el dibujo del vendedor de perros calientes.

-Un dibujo de un vendedor de la calle -respondió Sweeney-. Se lo quería dar. -Se estremeció de repente, un largo escalofrío le recorrió la columna vertebral. Mierda, el calor le había sentado de maravilla, pero no había durado mucho.

-Los haré enmarcar enseguida -dijo Candra, volviendo a concentrarse en los cuadros-. Y trae el resto. Los expondré todos, cerca de la puerta, para que tengan mejor luz y sean lo primero que vea la gente. Volarán en muy poco tiempo.

Mientras regresaba a casa, Sweeney se abrazó para protegerse del frío. La había aliviado la reacción de Candra ante su trabajo pero, por alguna razón, no podía disfrutar de ese alivio. La sensación de intranquilidad era cada vez más fuerte.

Llegó a la esquina en la que siempre se ponía el viejo vendedor pero no estaba allí. Se detuvo, se preguntó si volvería a verlo alguna vez y la invadió una honda tristeza. Quería darle el dibujo, saber si había deducido de manera exacta sus facciones de niño partiendo de la estructura fácil de un viejo. Quería ver su dulce sonrisa.

-Hola, Sweeney -dijo alguien en voz baja a sus espaldas.

La chica se volvió y la felicidad le iluminó el rostro.

-Aquí estás --dijo, contenta-. Pensaba que estabas enfermo... -Hizo una pausa y la alegría se convirtió en conmoción. Se le veía levemente translúcido, extrañamente bidimensional.

-Estoy bien --dijo él, sacudiendo la cabeza---. No te preocupes por mí. -En su cara oscura se encendió la dulce sonrisa---. Lo has hecho bien, Sweeney. Me has pintado tal como era.

Sweeney no dijo nada. No podía articular una sola palabra. Quería llorar y decir que lamentaba no haberlo terminado antes y no haber podido dárselo.

-Hazme un favor -le pidió el hombre-. Mándaselo a mis chicos. Daniel y Jacob Stokes. Son abogados, mis chicos. Buena gente. Mándaselo.

-Lo haré --dijo ella en un susurro y el hombre asintió.

-Ahora vete. Estoy bien -la tranquilizó-. Me quedan algunos cabos que atar, eso es todo.

-Te echaré de menos -dijo Sweeney con la voz entrecortada por la emoción. Vio que los transeúntes daban un rodeo para evitarla, pero eran neoyorquinos y nadie se detuvo ni redujo el paso.

-Yo también te, echaré de menos. Siempre llevas contigo el brillo del sol. Sonríe para que pueda ver lo bonita que eres. Oh, tus ojos son tan azules como el cielo. Qué hermosa visión...

Su voz se debilitó gradualmente como si se alejara de ella. Sweeney lo vio desvanecerse, haciéndose cada vez más transparente hasta que no quedó nada de él a excepción de un leve resplandor en el lugar en el que había estado.

El frío había desaparecido. Sweeney había entrado de nuevo en calor pero estaba aterrorizada y triste. Quería que la abrazasen como Richard la había abrazado ese mañana, pero Richard no estaba con ella, Richard no era suyo. Estaba sola, y por primera vez en su vida, no le gustó.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Candra tomó el primer avión de Nueva York a Washington D.C. La capital era mejor para sus objetivos, por lo que no le importó la incomodidad de tener que viajar. Ver a Carson en Washington era más fácil que en Nueva York, donde rara vez acudía a la oficina. Habría tenido que ir a su casa o telefonearlo para concertar una cita en algún sitio, pero prefirió no hacerlo.

Margo quizá sabía algo de su aventura con el senador, o quizá no. Pese a la estupidez que había cometido contándole a Richard lo del aborto en vez de cerrar la boca, Candra no quería herir o humillar a nadie innecesariamente. A Margo podía no importarle cuántas mujeres se acostaban con Carson, pero seguro que prefería que no apareciesen por su casa. Sabiendo todo lo que sabía de él, no le extrañaría incluso que insistiera en follar allí mismo, en la oficina, antes de preguntarle siquiera para qué quería verlo. Candra esbozó una seca sonrisa: primero él la jodería a ella y luego ella lo jodería a él. Le pareció justo.

Aquel día había dedicado tiempo extra a su aspecto, no para atraer la atención sino precisamente para evitarla. Se puso el traje de chaqueta negro, y sus senos escarpines negros con tacón de cuatro centímetros. Sus pendientes eran dos aros lisos de oro, se quitó todos los anillos y se cambió su elegante reloj extraplano de Piaget por un viejo Rolex que su padre le había regalado al cumplir dieciséis años. No creía que le hubiera costado más de dos mil dólares. En la capital, en la que el estatus lo era todo, un Rolex no destacaría. Los Rolex eran tan corrientes como los coches con matrículas del cuerpo diplomático.

Se hizo un peinado más serio y utilizó menos maquillaje. No sobresaldría; parecía una de las miles de mujeres de negocios o del mundo de la política que va a la capital. No quería que nadie se fijase en ella. Tal vez era una precaución estúpida, pero nunca había chantajeado a nadie y pensó que necesitaba discreción.

Ese día era el día de la visita semanal de Margo a Elizabeth Arden. Como el viaje a Roma se había retrasado, haría lo que solía hacer, ir al instituto de belleza. Además, Margo estaba obsesionada con su aspecto. Con Margo en Nueva York, a Candra no le importaba que Carson la hubiera citado en su casa de la capital. En realidad, lo prefería, ya que de ese modo se ahorraba la insensatez y la repugnancia de que la follaran sobre una mesa de oficina, con un puñado de ayudantes al otro lado de la puerta.

En el aeropuerto, tomó un taxi y se sentó en silencio en el asiento trasero, evitando los ocasionales intentos de entablar conversación por parte del taxista. Para su sorpresa, empezó a sentir las primeras oleadas de excitación y expectación que normalmente sentía cuando sabía que iba a hacer el amor. Hasta entonces, su mente había estado concentrada por completo en lo que diría a continuación, pero en esos momentos comenzaba a pensar en el acto sexual. Carson tenía poca técnica pero mucho vigor, y a veces, cuando ella se ponía cachonda era exactamente lo que quería.

Él tenía que estar en su oficina a las diez y media. Podría pasar una hora en su compañía. Con eso habría más que suficiente.

Fue el propio Carson quien salió a abrirle la puerta y la saludó con todas las cortesías sociales de rigor por si había alguien escuchando. Tenía empleados, al menos un cocinero y una ama de llaves. Candra pensó que estaba muy atractivo, con una amplia sonrisa en aquel rostro casi clásico. Qué raro que, en realidad, prefiriera las facciones más duras de Richard. Richard era uno de esos hombres tan manifiestamente masculinos que las mujeres no podían evitar fijarse en ellos. Candra se dio un empujoncito mental. Tenía que dejar de pensar en él, porque lo había perdido. Esa fase de su vida había terminado, y tenía que triunfar en esta nueva etapa o lo perdería todo.

-Has dicho que había algo urgente que querías comentarme -dijo Carson por si alguien escuchaba, con una taimada sonrisa, al tiempo que la escoltaba hasta su oficina y cerraba la puerta a sus espaldas. Vio que Candra esperaba escuchar el ruido del pestillo y que .al oírlo se alegraba de que nadie fuera a interrumpirlos. Si él no hubiese cerrado esa puerta, ella misma lo habría hecho.

Carson se volvió al instante y la cogió por los pechos, llevándola hacia el amplio sofá. Candra apenas tuvo tiempo de dejar el bolso en el suelo, antes de que él la tumbara sobre los costosos cojines al tiempo que le subía la falda y se bajaba la cremallera de la bragueta.

-Tenemos que darnos prisa -jadeó, mientras la penetraba. La embistió con ritmo rápido y profundo-. Antes de que baje Margo.

. -¿Qué? -preguntó Candra, apartándolo instintivamente por los hombros. Toda su excitación inicial había desaparecido. Las escenas desagradables no le gustaban y sabía que Margo podía montar una de lo más desagradable.

El senador le quitó las manos de los hombros y se las inmovilizó contra el sofá con gesto resuelto. No iba a permitir que algo insignificante, como la presencia de su esposa, le impidiera hacer lo que deseaba. Candra se quedó inmóvil y callada; no quería que él se entretuviera ni llamar la atención hacia la oficina. En realidad, lo instaba mentalmente a correrse enseguida. ¡Qué arrogancia tan estúpida, la de los hombres! Independientemente de lo que a Margo le gustase su condición de esposa de senador o de las ganas que tuviera de llegar a la Casa Blanca, todo tenía un límite. Una cosa era hacer la vista gorda a las indiscreciones de su marido y otra muy distinta era verlas con sus propios ojos.

Con cinismo, vio que el rostro de Carson se enrojecía por el esfuerzo y que las venas de su cuello sobresalían. Ni siquiera se había aflojado la corbata. Sus acometidas la empujaban hacia adelante y hacia atrás en el sofá.

Si Carson notó su falta de respuesta, no le importó. Al cabo de dos nunutos, se puso rígido, su pelvis se movió de manera espasmódica y su rostro se retorció en una parodia camal de dolor. Candra pensó lo extraño que era que algo que le gustase tanto cuando estaba excitada se convirtiera en una sensación tan desagradable cuando no lo estaba.

Carson se retiró de ella, jadeando, y cogió un pañuelo para limpiarse.

-¿Tienes otro? -le preguntó Candra y al ver que no la comprendía, añadió-: Otro pañuelo.

-No, sólo este. -Empezó a doblarlo para guardárselo en el bolsillo, qué asco, pero Candra se lo quitó, lo dobló, intentando tocarlo lo menos posible y se lo puso entre las piernas.

-Tiene mis iniciales. -Carson parecía incómodo.

-Te lo devolveré -- dijo Candra con impaciencia---. ¿ O prefieres que lo destruya?

-Quémalo -murmuró, aunque eguía sin gustarle la idea de que Candra se quedara con el pañuelo. Pensó que era una pena que no utilizara la misma discreción en el resto de su conducta.

Candra se sentó, se puso la falda en su sitio, y al cabo de unos instantes era como si no hubiese ocurrido nada. En realidad, a ella no le había ocurrido nada.

-Siéntate --dijo ella---. Tengo que contarte algo.

-Claro, haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte. -Tras arreglarse la ropa y recuperar la respetabilidad, se sentó tras su buen escritorio de roble americano. Los lugares que los electores podían ver, como su casa de Washington y su oficina de Nueva York eran austeros y simples, mientras que su casa de Nueva York tenía los mismos lujos que un palacio y en ella todo era de importación.

Le sonrió de nuevo, con la sonrisa tranquila y cortés del hombre que sabe que tiene poder. Por la manera de hablar de Candra, creía que esta iba a pedirle un favor. Sus ojos castaños brillaron; durante su esporádica relación, Candra se había negado a hacer otra cosa que complacerlo ocasionalmente. Carson estaba acostumbrado a cortar el bacalao, a que las mujeres lo obedecieran y la frialdad y la distancia de Candra lo molestaban y lo desafiaban a la vez. Además, ella lo molestaba aún más haciendo que todos sus encuentros fueran lo más memorables posible.

-Hace dos años -dijo ella-, me hicieron un aborto.

-Espero que fuera bien. Siempre he apoyado la legislación de...

-Da igual lo que hayas apoyado -lo interrumpió-. El niño era tuyo, Carson, pero cuando Richard descubrió que había abortado, pensó que era suyo. Esta es la base del problema entre nosotros.

-¿En serio? -Se recostó en su inmenso sillón de cuero negro al tiempo que juntaba las yemas de los dedos de ambas manos.- Qué interesante. Pero ¿por qué me cuentas esto?

Su expresión no se había alterado lo más mínimo al saber que Candra había abortado un hijo suyo. Ella no esperaba esa reacción.

-Richard no se aviene a pagar la pensión que yo he pedido y, sin entrar en detalles, está en posición de ganar. A mí me iría bien cierto apoyo económico, sólo por esta vez.

-¿Como cuánto? -preguntó él apaciblemente.

Candra se sintió incómoda. Aquello no iba como había imaginado. Con un millón podría cubrir todas las deudas y empezar de nuevo, pero como se sentía incómoda, dijo:

-Medio millón.

-Eso es mucho dinero. -Se encogió de hombros-. Tu coño no vale tanto.

Candra no reaccionó ante aquella crueldad. En fin de cuentas, ya sabía lo cruel que Carson podía ser.

-Me pregunto cómo te las arreglaste para quedarte embarazada -murmuró-. Siempre me habías dicho que utilizabas la píldora.

-Fue un accidente. Tuve una afección respiratoria y el antibiótico que tomé neutralizó el efecto de las píldoras.

-Un desgraciado accidente, sí. De todos modos, dudo mucho que el niño fuera mío ya que, hace unos años, me hice una vasectomía.

La ira le carcomió el estómago pero consiguió controlarla. Carson pensaba que lo había tomado por un estúpido. Sin embargo, si pensaba que eso era todo, se llevaría una desagradable sorpresa.

-¿En serio? Nunca me lo habías dicho.

-¿Por qué iba a hacerlo? Tú estabas tomando la píldora y nunca he sido lo bastante estúpido para creer que era el único que me acostaba contigo. La vasectomia era una póliza de seguros para los chantajes de este tipo.

_Qué interesante -dijo ella, tranquila-. Yo también me hice una póliza de seguros. Nunca te he subestimado, Carson, pero creo que tú me has subestimado a mí.

-¿En qué sentido? -preguntó con cautela.

Candra abrió el gran bolso que llevaba y sacó un sobre y una minúscula grabadora. Al ver el aparato, Carson palideció.

-No, no está en marcha -dijo ella---. Y además, no graba, sólo reproduce. Nuestro encuentro de hoy ha sido íntimo, pero hay otros que no lo son. -Pulsó la tecla de reproducir.

Con satisfacción vio cómo el rostro de Carson palidecía aún más nuentras unas voces, roncas pero reconocibles, llenaron la habitación. Había grabado la cinta de una pequeña orgía que había montado al principio de su relación con él, mientras Richard estaba de viaje por Europa. La había grabado deliberadamente, por supuesto, porque nunca se había hecho ilusiones con respecto a Carson y sospechaba que algún día necesitaría un bastón con el que aporrearlo.

Ella apagó el reproductor, sacó la cinta y se la pasó por encima del escritorio. Luego, puso el sobre encima y dijo:

-Es tu copia personal. Las fotos que acompañan esas voces están en el sobre.

-Puta -le dijo con el rostro encendido de rabia. Lo dijo en voz baja, despacio, como si no pudiera decir nada más.

-No creo que deba decirte que tengo los originales en un sitio muy seguro.

-A ti también te incriminan estas cintas. -Carson respiraba con dificultad.

-Sí, pero yo no tengo una carrera que perder. Tus votantes son muy liberales, por supuesto, dicen «vive y deja vivir». Sin embargo, no creo que los otros senadores estén de acuerdo, sobre todo aquellos a los que has jodido durante tanto tiempo. Les encantaría tener pruebas de la conducta ¡legal de su estimado colega. -El tono de voz de Candra estaba cargado de ironía.

En los ojos de Carson se encendió un brillo asesino. Candra controló un estremecimiento. Era un riesgo enfrentarse a Carson de aquella manera y había entrado en su oficina sabiéndolo. Era por eso que se había asegurado de que el arma que tenía contra él era tan poderosa que no pudiera evitarla.

-No voy a llevar esto adelante -dijo Candra con impaciencia---. Sólo por esta vez. Tú tienes dinero y yo necesito dinero.

---Claro-replicó él con sarcasmo-. Y se supone que tengo que creerte.

-Te mandaré los originales tan pronto como tenga el dinero. -Iba a hacerlo, en serio. Lo que no le mandaría era la cinta de vídeo que no le había mencionado, Sólo utilizaría esa cinta si él intentaba vengarse.

Y como era natural, él no tenía manera de saber seguro si lo que ella le daba eran los originales ni si existían otras copias. El chantaje era para siempre.

-Este es el número de mi cuenta corriente --dijo Candra, depositando un papel sobre el escritorio-. Ingresa en ella el dinero. La he abierto con este fin y en cuanto lo tenga, volveré a cerrarla. No habrá problemas de impuestos.

Carson no cogió el papel. Candra se puso en pie, se colgó el bolso del hombro y dijo:

-El taxi me espera. No te molestes en salir a despedirme. -Al llegar a la puerta, abrió el pestillo y entonces hizo una pausa, se volvió y añadió:

-Dejémoslo en un millón, ¿de acuerdo?

Candra apenas había cerrado la puerta principal a sus espaldas cuando Margo entró en el despacho de Carson. Tenía la cara pálida y rígida.

-Eres un estúpido --dijo en tono mordaz-. Un estúpido, maldita sea, que siempre piensa con la polla en vez de hacerlo con la cabeza.

-¡Calla! -gritó él, poniéndose en pie de un salto-. ¿Qué estabas haciendo? ¿Escuchando detrás de la puerta?

Ella se acercó al escritorio y pulsó el botón del intercomunicador.

-Lo conecté cuando supe que Candra venía. Te crees muy listo, pero nunca compruebas si el intercomunicador está abierto.
-No utilices ese tono conmigo -le dijo Carson al tiempo que le cogía el brazo, clavándole los dedos en la carne.

-¿ O qué harás? ¿ ¿Divorciarte de mí? No lo creo. -Con la mano que tenía libre, Margo cogió el sobre que había dejado Candra. Carson intentó quitárselo pero ella se soltó de él, lo abrió y sacó las fotografías.

Las miró y sus mejillas se pusieron de color rojo intenso. Pasó unas cuantas fotos y su boca se torció. Se volvió y, con toda la fuerza de su brazo, lo abofeteó en medio de la cara. El impacto le hizo volver la cabeza.

La miró despacio. Tenía el rostro blanco a excepción del manotazo rojo. Sus ojos ardían como carbones.

-Eres-peor que un idiota. -Margo estaba temblorosa---. Eres el ególatra más imbécil que haya conocido nunca y mira que es difícil superar a mi padre... Yo no he trabajado contigo todos estos años para que tú jodas las cosas en el último momento, cuando todo está a punto para las próximas elecciones. Tienes que hacer algo.

-Pagaré el maldito dinero. No tengo otra opción.

-¿Y si ella quiere más?

-Ya me las arreglaré. Y cierra la boca, joder. No estoy de humor para tus tonterías.

-Que duro --dijo Margo, tirándole las fotos. Algunas le dieron en la cara y cayeron al suelo, copias en papel brillante de veinticinco por dieciocho.

-Espero que te hayas hecho la prueba del sida.

-No seas estúpida. Es imposible hacerse la prueba sin que se filtre la noticia.

Margo casi chilló de rabia.

-Prefieres poner en peligro mi vida que correr el riesgo de que alguien descubra que te has hecho la prueba del sida -dijo con voz temblorosa. Te preocupa un estúpido pañuelo. ¿Cómo demonios te preocupas por un maldito pañuelo y en cambio dejas que te fotografíen haciendo el amor con un hombre? Son unas fotos muy buenas, dicho sea de paso. Lo único más ridículo que tu expresión mientras le das por el culo es la que tienes cuando es él quien te da por el culo. La cara enrojecida, la boca abierta...

Él le dio una bofetada que la hizo chocar contra el escritorio. Se sintió tan satisfecho del golpe que quiso pegarla de nuevo.

-Calla -dijo, con los dientes apretados-. Habíamos esnifado coca, si no, no habría ocurrido.

Margo se enderezó despacio, con la mano en la mejilla. Se había dado en la cadera contra la mesa y le dolía. El odio y la repulsión le revolvían el estómago.

-De ti, no me extraña en absoluto que hayas tomado drogas ¡legales. De eso también hay una foto. ¿No te parece que quedaría maravillosa en el telenoticias de esta noche?

-Ella no hará eso. Si lo hace, no podrá sacarme dinero. -Estaba seguro. Nunca te equivocas apostando por alguien que necesita defender sus intereses.

-No sabes lo que hará -replicó Margo con severidad-. Y tu historial, hasta ahora, no es algo de lo que uno pueda jactarse. Tienes que solucionar todo esto. Ofrécele dos millones por los originales.

-Y dices que soy estúpido -se burló-. No hay forma de saber si me los dará. Y aun en el caso de que la hubiera, puede haber hecho todas las copias que quiera.

-Entonces será mejor que pienses algo. -Margo respiraba con dificultad-. Y deprisa.

Capítulo 7

Richard no tenía oficina en el barrio financiero. Había convertido la planta baja de su casa en una pequeña empresa: un despacho para él, con un ordenador de tecnología punta desde el que obraba su magia en el mercado de valores; dos despachos más pequeños para sus ayudantes, una diminuta cocina, dos baños, y dos habitaciones para ficheros. De ese modo, el espacio era idóneo para trabajar hasta muy tarde o incluso hacerlo toda la noche.

Cada día tenía un objetivo: hacer el máximo dinero posible.

Había pasado casi toda su vida adulta amasando una fortuna. Le gustaba el reto de anticiparse a los movimientos de la bolsa y preverlos, pero el placer era sólo moderado. Había conocido la pobreza y no le había gustado, por lo que cuando fue lo bastante mayor para hacer algo al respecto, se marchó de casa, se alistó en el ejército y se dedicó a aprender técnicas que le permitieran hacer dinero. Su abuelo, Pops, había muerto mucho antes de que Richard pudiera aliviar la opresiva pobreza de la pequeña granja en el oeste de Virginia en la que había nacido y crecido. Al menos, los últimos años de su madre habían sido mejores. Si cultivaba una huerta era porque le gustaba hacerlo, no porque lo necesitase para comer.

La pobreza te agobia, te convierte en un parásito social o te endurece. Pops había rechazado subsidios de paro porque los consideraba caridad y prefería cultivar sus pocas hectáreas y hacer otros trabajos que le salían. La madre de Richard cosía y planchaba y este, en cuanto tuvo edad para ello, no sólo ayudó en las tareas de la granja sino que trabajó cortando hierba, en la recogida del heno y haciendo, ocasionalmente, de carpintero.

Sólo tenía una imagen vaga y tal vez anhelante de su padre, y una tumba que visitar unas cuantas veces al año en un pequeño cementerio rural, pero su abuelo le había enseñado que los hombres no se pasaban el día tumbados, bebiendo cerveza y tendiendo la-mano a lo que el viejo llamaba las «puñeteras limosnas del gobierno» una vez al mes: los hombres iban a

trabajar. Y Richard trabajó, y trabajó muy duro. La supervivencia del mejor dispuesto. 0 te rendías o luchabas a muerte por mejorar tu posición.

Nunca se había avergonzado de sus raíces campesinas y pobres, esas raíces lo habían hecho un hombre fuerte, aunque a Candra sí que le avergonzaban y le había insistido para que sólo dijera que era «de Virginia>,,. Si se lo hubiera permitido, se habría inventado una gran mansión de antes de la guerra y unos antecesores firmando la Declaración de Independencia.

Richard tomó medidas para no volver a ser pobre nunca más. Sus inversiones fueron variadas para sobrevivir a las adversidades del mercado de valores y también compró gemas y metales preciosos para protegerse de una caída de la bolsa. Reunir pequenos retazos de información y decidir qué acciones subirían y cuáles bajarían era como una droga, un desafío, un juego. Parecía tener un sexto sentido para ello y hacía ya mucho tiempo que había ganado la cantidad que había decidido que le «bastaba», pero seguía invirtiendo y cada vez era más rico.

A Candra le carcomía el alma no poder quedarse con una parte más grande de la fortuna de Richard.

Pensar en ella le trajo un sabor amargo a la boca. Creía que la había querido, al menos al principio, pero tal vez había sido sólo un reto, como el mercado de valores. Desde una distancia de casi diez años, no recordaba exactamente cómo se había enamorado de ella, aunque sabía qué lo había atraído. Candra había sido, todavía era, muy atractiva, con unas impecables credenciales sociales respaldadas por el dinero de su familia y basadas en una personalidad sociable y abierta. Si algo tenía, era su carácter extrovertido, sobre todo con los hombres.

Los primeros problemas en el matrimonio surgieron cuando él se enteró de las aventuras de Candra, aunque en esa época, esas infideli dades le importaron muy poco y no hizo nada al respecto. Su esposa creía que él sólo se había enterado de una aventura, pero Richard distaba mucho de ser un idiota. Con el paso de los años, convirtió en un deber enterarse de todos los asuntos de su esposa. Sabía lo de Kai, lo de Carson McMillan. Sabía con qué artistas se había acostado y qué conocidos habían acabado en su cama. Cuando dejó de importarle, la utilizó ocasionalmente como objeto sexual pero se ponía siempre un condón, aunque ella tomase la píldora. Candra nunca le preguntó por qué lo hacía. Richard suponía que ya lo sabía.

Por desgracia, los condones a veces se rompían. Hacía dos años se había roto uno, justo cuando ella estaba tomando un antibiótico que neutralizó los efectos de la píldora y se quedó embarazada. Ni siquiera se lo contó, al menos entonces, ya que se sometió a un aborto.

Richard quería tener hijos, siempre los había querido. Cuando se casaron, Candra quiso esperar y él estuvo de acuerdo porque su situación económica no era tan sólida como quería que fuese antes de tener niños. Pero cuando se sintió lo bastante próspero, Candra ya había empezado a tener amantes y él perdió todas las ilusiones de tenerlos con ella. Sin embargo, el día que le dijo lo que había hecho, cuando le arrojó las palabras como si fueran armas, le dolieron todas las entrañas al pensar en esa vida que se había perdido y desde ese momento, la odió.

No quiso pasar ni una noche más bajo el mismo techo, así que le hizo las maletas y la llevó a un hotel. Ella gritó y le maldijo jurando que no había abortado, que sólo lo había dicho para hacerle daño. Aun así, de madrugada, Richard sacó de la cama a un cerrajero y le hizo

cambiar las cerraduras de su casa. Candra se vio obligada a concertar citas para recoger sus pertenencias, una humillación que le desolló el alma.

Richard sabía que ella les había dicho a todos los amigos y conocidos que la decisión de divorciarse había sido mutua. No le importaba lo que dijese, lo único que quería era terminar de una vez con los trámites y no volver a verla. Eso era algo que tendría que haber hecho hace años en vez de ahogar sus penas amasando riqueza. Hacía tiempo que una parte de él sabía que llegaría un momento en que miraría a Candra y advertiría que ya no soportaba prolongar ni un momento más aquella vergüenza de matrimonio. Siguió con ella por sus propias razones y la utilizó sexualmente con poca emoción, como si fuera una desconocida y esa fue la causa de que su hijo hubiese muerto. Tendría que haber dejado a Candra mucho antes de que esa pequeña vida llegase a ser concebida.

No obstante, últimamente había estado inquieto, consumido por la sensación de que había llegado el momento de dejar atrás el pasado. Se había hecho rico siguiendo al detalle las informaciones sobre las acciones, pero estaba absolutamente seguro de que no quería pasarse el resto de la vida pegado a la pantalla del ordenador, analizando márgenes de beneficios y demandas de productos. Esas cosas habían dejado de ser un desafío y él era un hombre que avanzaba a base de desafíos. Los años pasados en el ejército los había disfrutado precisamente por el desafío de su formación especializada en los cuerpos de asalto, por el hecho de ponerse a prueba en situaciones de vida o muerte. En el ejército podría haber hecho carrera si no lo hubiera impulsado la necesidad de hacer mucho dinero, el suficiente para que su madre y su abuelo no tuvieran que volver a tener problemas económicos.

Misión cumplida. Había llegado el momento de seguir adelante.

La cara de Sweeney destelló en su mente y recostó la cabeza en el sillón, sonriente. Aquello sí que era un desafío...

Después de la laxitud moral de Candra, el que Sweeney se hubiera negado a salir con él porque el divorcio no era definitivo y él todavía estuviera casado, le hizo pensar que había tenido algo limpio y nuevo entre los brazos. Su madre y su abuelo habían poseído esa severa actitud y para ellos, las conductas sólo podían ser blancas o negras. El concepto de hacer lo que te viniera en gana, porque te venía en gana, les era desconocido. En la generación de ellos y en las zonas rurales del país, esas normas morales eran las habituales. ¿Cómo era posible que Sweeney también se guiara por ellas?

Como quería saberlo todo acerca de ella, se hizo mandar por fax una copia de la solicitud que había hecho al alquilar el apartamento. *Paris Samille Sweeney, treinta y un años, artista.* No había mentido con respecto a su nombre, aunque Richard estuvo seguro de que a ella no le gustaba en absoluto lo pretencioso de ser artista y llamarse Paris. Cualquier otro se aprovecharía de eso para fines comerciales, en cambio Sweeney hacía caso omiso de esos nombres de pila hasta el extremo de que todo el mundo la conocía por el apellido.

En la ocupación de la madre también figuraba artista, aunque Richard no la reconoció y eso que después de diez años de matrimonio con Candra estaba muy familiarizado con el mundo del arte. Al que sí reconoció fue al padre, un director de cine de Hollywood medianamente famoso.

Esos simples datos no le bastaban. Richard quería conocerla, saber qué le gustaba desayunar, cuáles eran sus películas y libros favoritos, si dormía estirada o enroscada. Quería desnudarla y pasarse la noche encima de ella, dentro de ella. Richard sabía que Sweeney también lo

deseaba, aunque parecía sorprendida por su propio anhelo. Sonrió de nuevo al recordar la cara de la chica cuando se levantó de un salto alejándose de él como si fuera un cartucho de dinamita. Aquello iba a ser divertido pero también frustrante. Hacía dos días que tenía una erección y no parecía que fuese a remitir enseguida. Sólo con centrarse en ella su polla empezaba a vibrar y era incapaz de pensar en otra cosa. La abstinencia del año pasado había sido un tormento, y en aquellos momentos, era insoportable.

En actitud, Candra era el polo opuesto. Candra cuidaba mucho su aspecto, de su belleza, y vestía según la imagen que quería proyectar. Sweeney no tenía ni idea de lo bonita que era y parecía que se vistiera con lo primero que encontraba en el armario. Candra sabía socializar, Sweeney era temperamentalmente incapaz de entrar en juegos sociales, eso suponiendo que se diera cuenta de ellos. Candra era social, punto; Sweeney era una solitaria. Para conseguir que lo admitiera en su vida necesitaría mucha perseverancia y una cuidada planificación pero, por encima de todo, necesitaría perseverancia. La actitud de Candra con respecto al sexo era informal y permisiva, mientras que Sweeney era tan exclusiva que un beso la sorprendía.

La deseaba. En la cama, fuera de ella, no importaba. Si no podía persuadirla para entablar una relación y luego seducirla, tendría que seducirla primero a fin de persuadirla de que entablasen una relación. No la deseaba sólo para el sexo, quería pasar tiempo con ella. Era la única mujer con la que deseaba ver el telenoticias de la noche sólo para saber qué opinaba ella. Tal vez Sweeney estaba en el mismo desfile, pero al ritmo al que ambos marchaban era muy distinto.

Y Candra se interponía en el camino.

Cogió el teléfono y llamó a su abogado, Gavin WeIles.

-Esto ya dura demasiado tiempo -dijo sin preámbulos Termínalo de una vez.

-Si tenemos en cuenta todo lo que has logrado, un año no es mucho tiempo. Ten paciencia -le aconsejó Gavin---. Tu posición es fuerte y, tarde o temprano, Candra comprenderá que está gastando una fortuna en papeleos y abogados y que lo único que hace es perderlo.

-Y yo voy a hacerle perder más por cada día que se retrase. *Lla*ma a su abogada y dile que reduciré en diez mil dólares diarios la oferta que le hecho. Si en cinco días no ta firmado, rescindiré mi oferta de poner la galería a su nombre.

-Luchará por la galería con dientes y uñas y eso lo sabes --dijo Gavin tras unos instantes de silencio.

-Y ella sabe que, al final, perderá. La quiero fuera de mi vida. Esto no es cachondeo, Gavin. Tenía que haberla obligado a aceptar hace *meses, pero* quería asegurarme de que lo que hacía era lo correcto. Ahora, basta. Transmite el mensaje a su abogada. -Colgó y se sentó de nuevo, con la expresión sombría.

Gavin Welles se encogió de hombros en su despacho del distrito financiero y llamó a Olivia Yu, abogada de Candra. Cuando oyó el ultimátum de Richard, sus gritos casi le perforaron los oídos.

-¡Hijo de puta! Pero ¿va en serio?

-Tan en serio como un ataque de corazón.

Librodot

-¿Y a qué *viene todo* esto? -Yo habría podido convencer a Candra que esa era la mejor oferta que iba a *tener y que* la aceptase, *pero* cuando *se* entere de esto se pondrá hecha una fiera. Ese hombre ya debe de tener el recambio preparado.

Gavin ya había pensado en esa posibilidad pero su discreción le impidió comentar nada.

-Que yo sepa, no.

-Mentira. Ya tiene una niñita con la que casarse, seguro.

-Y si es así, ¿qué? Richard habría podido dormir con una mujer diferente cada noche en medio de Times Square y su posición no se hubiera debilitado en absoluto.

Olivia lo sabía. Hasta entonces, Candra no había querido firmar los papeles porque consideraba que la pensión que Richard iba a pagarle era ridícula e injusta. Olivia había intentado hacerle ver que no esperara obtener nada más pero Candra parecía desesperada por el dinero.

-Muy bien. La llamaré. Será mejor *que* te pongas a cubierto bajo el escritorio.

-¿Qué?

En contra de lo que Olivia había esperado, la reacción de Candra fue un susurro horrorizado y no un grito furioso. Olivia repitió las condiciones.

-¡Pero no puede hacer eso! Ya nos habíamos puesto de acuerdo en que...

-Pero tú no has firmado los papeles -la interrumpió Olivia con sarcasmo. Legalmente, él no está comprometido con esa oferta porque tú no la has aceptado. Puede hacer lo que quiera.

-Pero la galería es mía. Soy yo quien ha buscado artistas, les ha hecho un nombre y la que ha conseguido que sea un negocio rentable. ¡No puede quedársela!

-El edificio se compró con su dinero. Las obras y la decoración del local corrieron por su cuenta. Es su nombre el que está en los cheques con que se pagan todas las facturas. Un abogado inteligente, y créeme que Gavin Welles lo es, podría presentar el argumento de que Richard es la fuerza motora de la galería y que tú eres poco más que un adorno. Tenías que haberla puesto a tu nombre, pero eso ya no tiene remedio. -En su profesión, Olivia veía cada día unas estupideces financieras increíbles.

-Si me hubiera olido lo que iba a ocurrir, lo habría hecho --dijo Candra con voz desdichada---. Un día estábamos bien, al día siguiente tuvimos una discusión y al otro pidió el divorcio. No tuve tiempo de hacer nada para protegerme.

Según Olivia, tenía que haberse protegido cuando las cosas iban bien. En opinión de Candra, ese punto era discutible y, de todas formas, hacía tanto tiempo de eso... Olivia se preguntó cuál había sido el motivo de la discusión. Candra no se lo había contado nunca, pero tenía que haberse tratado de una guerra total para haber desencadenado una ruptura tan repentina y definitiva. Fuera cual fuese la razón, en sus encuentros Richard se había mostrado frío, con una crueldad controlada y una absoluta inflexibilidad. No había transigido en nada y en esos momentos adoptaba una postura aún más obstinada.

-Hablaré con él ---dijo Candra. Parecía a punto de echarse a llorar.

-Candra... -suspiró Olivia-. No servirá de nada. Firma los papeles antes de que pierdas otros diez mil.

-Conseguiré que vuelva a dármelos. Si me los da, prometeré firmar los papeles.

Candra colgó el teléfono y cerró los ojos. Tenía el estómago te vuelto, tan revuelto que creyó que iba a vomitar. Hace un año, diez mil dólares le hubieran parecido un poco de dinero de bolsillo pero, en esos momentos, eran esenciales. No había tenido noticias de Carson, y no es que hubiese esperado tenerlas tan pronto, pero los chantajes no eran seguros y hasta que no llegara Carson con el dinero no podía permitirse que se le escapara ni un céntimo. Y además, ¿que hana si se negaba a pagar? Si divulgaba las fotos, arruinaría su carrera, tal vez hasta provocaría una investigación judicial debido al consumo de drogas pero, de todo ello, ella no sacaría ni un centavo. Su única esperanza era que Carson tuviese miedo de que se divulgara el asunto y terminara pagando.

¿Qué habría disparado a Richard de aquel modo? Cuando estuvo en la galería, hacía dos días, se mostró tan frío y terco como siempre, pero aunque había intentado convencerla de que firmara los papeles, no la había amenazado. ¿Por qué había cambiado de actitud?

Tenía que haber alguna razón, Richard siempre tenía una razón. Era la persona menos emocional y más lógica que había conocido nunca, algo que a Candra le dio mucha seguridad durante los años que estuvieron casados. Siempre había podido contar con él para que encontrara la mejor manera de afrontar una situación.

Aquel ultimátum no era una broma, Richard haría exactamente lo que había dicho. Quería los papeles firmados y estar divorciado. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué no dos días antes, o dos meses antes? Podía haberlo hecho en cualquier momento y el resultado habría sido el mismo.

Debía de tener una razón urgente, una que dos días antes no tuviera. Tenía que tratarse de una mujer. El hecho de que no hubiese podido averiguar si se había acostado con alguna mujer no significaba que viviera como un monje. Conocía el apetito sexual de Richard y también sabía que las mujeres gravitaban automáticamente a su alrededor como si emitiera señales subliminales que indicasen que le gustaba hacerlo despacio y a menudo. También tenía algunas opiniones ridículas y desfasadas; si había dejado embarazada a una mujer accidentalmente, insistiría en casarse con ella. Esa era otra cosa que sabía de Richard, que no se tomaba un embarazo a la ligera, pensó Candra con tristeza.

Por otro lado, no solía cometer dos veces el mismo error por lo que ahora debía de ser el doble de cuidadoso.

No, lo más probable es que le interesase otra mujer. Candra pen~ só en otra mujer ocupando su sitio, durmiendo en su cama, despertándose con Richard y desayunando con él y quiso gritar. Habría hecho todo lo posible por volver atrás el reloj, por deshacer el año anterior, pero no podía y tenía qué dejar de perder el tiempo en lamentaciones. Tenía que pensar.

Sweeney. ¡Claro!

Un destello de intuición le dijo que estaba en lo cierto. No se había equivocado al notar esa chispa de atracción o la manera en que Richard miraba a Sweeney. Tal vez esta ni se había fijado en él. Si existía alguna mujer que no se fijase en Richard, esa era Sweeney, lo cual no significaba que Richard no se hubiera fijado en ella. En cambio, seguro que Richard disfrutaría con el desafío de seducirla para entablar una relación con ella.

Candra podía sacar provecho de aquello, sabía que podía hacerlo.

-Estás tramando algo --dijo Kai al entrar en su despacho sin llamar. Candra frunció el ceño. Se estaba volviendo demasiado arrogante. Tendría que cortarle las alas, pero al menos, podía hablar con él.

-Creo que tenía razón en lo de Richard y Sweeney. De repente, le ha entrado una prisa tremenda por concluir el divorcio.

-¿Ha aceptado tus condiciones? -Los ojos de Kai brillaron. Al hablar de dinero, siempre le ocurría lo mismo.

-No, todavía se hace el duro pero creo que aún tengo mis opciones.

-Juegas con fuego -le advirtió-. Richard no tolerará ninguna amenaza.

-Entonces que no las haga -espetó ella.

-¿Te ha amenazado? ¿Qué te ha dicho?

-Nada, no importa. -Kai no sabía que Richard era el propietario de la galería. Si se enteraba, tal vez se marcharía, dejándola en la estacada. Candra no se hacía ilusiones con respecto a su lealtad. Era, sin embargo, un valor seguro: muchas de sus clientes caían bajo su hechizo y resultaba un gran vendedor.

-¿Y qué vas a hacer?

-Hablar con él. -Candra se puso en pie y cogió su costoso portafolios de cuero. Por fortuna, no había pasado por casa a cambiarse y todavía llevaba el clásico traje con el que había ido esa mañana a la capital.

-¿Y por qué no lo llamas?

-Prefiero hablar en persona. -Si llamaba, Kai escucharía la conversacion y se enteraría de lo de la galería.

-¿Y cómo estás tan segura de que te recibirá?

Un par de veces, Richard se había negado a dejarla entrar, para maliciosa diversión de Kai y furia de Candra.

-Me parece que esta vez me está esperando.

Lo primero en que se fijó Richard fue en el traje.

-¿Buscas trabajo en alguna obra de teatro de Broadway? -le preguntó para hacerle saber que aquel subterfugio no le había pasado por alto. Candra controló su irritación. Tenía que haber recordado lo detallista que era. Siempre se daba cuenta de todo.

-He tenido una cita de negocios esta mañana, a primera hora -respondió, lo cual no era mentira.

En vez de hacerla subir a la vivienda, la hizo pasar a la oficina de la planta baja para decirle sin palabras que aquélla ya no era su casa, por si todavía no le había quedado claro. Para Richard, ella no era más que un negocio sin acabar, un negocio desagradable.

A Candra siempre le había sorprendido lo pequeña y espartana que era su oficina, aunque el espacio estaba limitado por el tamaño de la vivienda. Podría haber cuidado mejor la decoración o permitirle a ella que lo hiciera. En aquel despacho todo era de utilidad, incluso su gran sillón de cuero hecho por encargo.

-Veo que tu abogada te ha informado de mis nuevas condiciones -dijo con frialdad, al tiempo que se sentaba y entrelazaba las manos detrás de la cabeza. Sus ojos oscuros eran insondables.

Candra se sentó frente a él y fue directa al grano.

-Hace ya tiempo que Sweeney tiene problemas con sus cuadros -dijo-. Ayer, finalmente, trajo algunas de sus nuevas obras pero no está muy segura de ellas. Le dije que eran muy buenas pero la verdad es que tal vez me cueste mucho venderlas.

-¿Y por qué me cuentas esto ... ? -Richard no se inmutó.

Mierda, ¿podría ser que se hubiera equivocado? No, era imposible y Candra lo odió por hacerla sentir insegura.

-Te conozco, querido. Vi cómo la mirabas. «Como si quisieras follártela allí mismo, delante de todo el mundo», pensó Candra repentina perversidad. Los celos la corroían y se sobrepuso a ellos,

-¿La miraba con los ojos? -preguntó Richard en tono apacible. -No te hagas el gracioso, por favor. Puedo destruir su carrera. No me gustaría tener que hacerlo porque, en realidad, la aprecio, pero si fuera necesario. ... -Se encogió de hombros.

-Y si fuera necesario, yo mañana podría sustituirte al frente de la galería. -Entrecerró los ojos y se inclinó hacia adelante. Su expresión no era de impasibilidad, sino tan inflexible que Candra se echó hacia atrás-. Si haces cualquier cosa por estropear la carrera de Sweeney, el infierno se helará antes de que obtengas ni un céntimo de mí.

-Ya veo que tenía razón -consiguió decir ella, pero por dentro estaba alarmada. No había esperado que él respondiera a sus amenazas con más amenazas.

-¿Sí?

-¿Qué otra mujer podría importarte?

-Tengo buenas razones para no ceder a un chantaje -dijo.

Candra deseó que no hubiera utilizado esa palabra y su rostro palideció ligeramente.

-Yo no lo llamaría de esa manera.

-¿Cómo lo llamarías? Si te pago, te abstendrás de arruinar una carrera. A mí esto me parece una extorsión. -Se puso en pie y la cogió por el brazo, forzándola a levantarse de la silla-. ¡Largo!

-¡Espera, Richard!

-He dicho que te largues. -La empujó hacia la puerta, ante los rostros asombrados de sus dos secretarios. Candra enrojeció de vergüenza.

Candra se soltó de un tirón y se volvió hacia él.

-Lamentarás haberme tratado así -dijo con la voz entrecortada por las lágrimas.

-Firma los papeles --- contestó Richard al tiempo que abría la puerta-, o serás tú quién lo lamentará.

Capítulo 8

Inquieta, Sweeney anduvo de un lado a otro de su estudio, mirando los cuadros pero sin verlos en realidad. Tampoco importaba demasiado. Al parecer, había perdido la capacidad de juzgar su propia obra aunque Candra se había mostrado entusiasta, por lo que no podía hacer otra cosa que coger las obras terminadas, llevarlas a la galería y seguir adelante.

Buscó la dirección de David y Jacob Stokes, abogados, y les envió el dibujo de su padre, junto con una nota de condolencia. Luego se pasó el resto del día trabajando, sólo trabajando, aplicando automáticamente pintura a la tela sin fijarse siquiera en lo que hacía.

En el último año le habían ocurrido muchas cosas inquietantes y creía haberlas manejado casi todas con auténtica compostura. Aunque no encontró ninguna explicación lógica al hecho de empezar a ver fantasmas, como tampoco la tenían las experiencias de casi muerte, al menos sabía que muchas otras personas afirmaban poseer la misma capacidad. Tenía que creer a esas personas ya que ¿por qué alguien iba a decir que veía fantasmas si no era cierto? No era precisamente esa habilidad lo que uno necesitaba para solicitar un empleo.

Pero en todos los libros sobre fenómenos paranormales que se leyó, no había encontrado nada que explicase la escena de muerte que había pintado. No recordaba haberlo hecho, por lo que tuvo que suponer que se había levantado dormida y pintado sonámbula. Al salir para mandar el dibujo por correo, se detuvo en la biblioteca y tomó prestados algunos libros sobre sonambulismo que todavía no había leído. Sin embargo, hojeando uno de ellos, supo que los sonámbulos solían ser personas estresadas.

Sí, claro, como si ver fantasmas relajara mucho... Pero ella hacía un año que veía fantasmas y la noche de la muerte del vendedor fue la primera vez que anduvo dormida. En esos libros no se hablaba de personas que hicieran cosas así.

Sin embargo, no era eso lo que más le preocupaba. Adivinar las preguntas de *Jeopardy* antes de saber siquiera las categorías era un poco preocupante pero no alarmante. Cualquiera que hubiese visto el programa durante años, como ella, y estuviese familiarizado con las

categorías y las preguntas, podría acertar de vez en cuando. Su índice de aciertos era muy alto, del ciento por ciento, pero eso todavía podía racionalizarlo.

Lo que no podía racionalizar era lo de pintar dormida, sobre todo la escena de la muerte de un hombre que ni siquiera sabía que había muerto. Eso no era casualidad, sino algo misterioso, extraño y terrorífico.

¿A quién quería engañar? Sabía cuál era la palabra que definía lo ocurrido. La había visto muchas veces escrita en los libros que había leído sobre fantasmas.

Clarividencia.

Siguió combatiendo una creciente sensación de pánico. Eso era lo que más la asustaba de todo lo que le había ocurrido nunca. En un principio, pensó que su situación era estática; en cambio, se estaba intensificando, con nuevas situaciones que le llegaban justo cuando empezaba pezaba a controlar las viejas. Aunque no era divertido, como el cambio de los semáforos a su paso o el crecimiento desmesurado de plantas, ni placentero, se había acostumbrado a ver fantasmas. El frío constante tampoco era placentero pero decidió que era algo vinculado a los fantasmas.

Advirtió que *Jeopardy* sólo había sido el inicio de su clarividencia, y ahora le aterrorizaba que esa terrible escena de muerte había pintado fuera el siguiente paso de una progresión en la llegaría a tener clarividencia de masacres, accidentes aéreos, brunas y plagas. ¿Que importancia tenía que sus plantas estuvieran hermosas si ella vivía en permanente contacto con la muerte y sufrimiento? Lo que le gustaba más de la pintura era la creación de belleza que conllevaba y tal como iban las cosas, quizás sería incapaz de crearla.

Y además, aunque siempre había disfrutado de su soledad, ahora, por primera vez en su vida, deseaba vivir con alguien. Hasta un perro o un gato serían mejor que aquella sensación de estar completamente sola, sin nadie a quien poder pedir ayuda.

Siempre podía llamar a Richard.

La tentación era abrumadora. La sentaría en su regazo como la otra vez y ella dormiría caliente y segura. Nunca se había sentido así con nadie, y mucho menos con sus padres. Creció sabiendo que tendría que afrontar las cosas ella sola sin un regazo blando cómodo al que acudir y en el que descansar. El regazo de Richard no era precisamente blando, recordaba a la perfección la dureza de su erección, cosa que no le había resultado especialmente cómoda, pero sí segura, segura y apreciada. O al menos deseada.

No podía llamarlo. Había hecho bien alejándolo y las razones por las que lo había hecho aún existían. Sweeney sabía que sus criterios morales eran mucho más estrictos de lo que la mayoría consideraba normal, pero, después de ver el daño hecho por las indiscriminadas infidelidades de sus padres, era un milagro que no se hubiese metido a monja. Estaba bastante sorprendida por el deseo que Richard mostraba hacia ella, pero lo que no comprendía era que ella lo desease a él. Nunca le había ocurrido nada parecido y no estaba segura de su capacidad de resistirse a eso. Las ganas de acostarse con él eran tan intensas que notó cómo todas sus vísceras se tensaban sólo de pensar en ello. Con Richard cerca, nunca tendría frío. Cada vez que sintiera un escalofrío, correría a su regazo y entraría en calor, tal vez de dentro hacia afuera.

Huau. Tenía que parar el derrotero de sus pensamientos o en izada se encontraría llamándolo por teléfono. Sin embargo, tuvo una visión muy clara de sí misma, sentada a horcajadas sobre él, mientras él le llenaba los pechos de besos y con sus grandes manos la cogía por las caderas y la movía hacia arriba y hacia abajo.

Oh, mierda. Basta, se advirtió a sí misma. Tenía serios problemas *y se* distraía pensando en Richard. La madre naturaleza había amaña*do el* juego a favor de Sweeney y había convertido la atracción sexual algo tan fascinante que ya no podría vivir sin ella. Además, pensar en Richard e imaginarlo desnudo era mucho más agradable que pensar en la muerte y en la clarividencia.

Tuvo que admitir que había medio esperado que él la llamase o pasara a verla. Si lo había captado correctamente y creía que sí, una de sus cualidades era la perseverancia. Después de haber accedido a esperar, también le prometió que lo que había entre ellos, fuera lo que fuese, no estaba terminado. Volveré, le dijo y Sweeney sabía que iba en serio. La cuestión era: ¿cuánto tiempo esperaría? Para su sorpresa se encontró deseando que no pasara de ese día.

Pero no había aparecido y se acercaba la hora de acostarse; la noche anterior no había dormido bien. Después del encuentro matutino con Richard y con el fantasma del vendedor por la tarde, había estado nerviosa, pero aunque se sentía cansada, no quería irse a la cama. Le daba miedo dormir porque tenía miedo de levantarse sonámbula o entrar en trance o lo que fuera y pintar otra muerte. Siempre le había gustado mucho dormir y ahora aquel placer le había sido arrebatado. Esa idea la enfureció y la asustó, sobre todo la asustó.

En su vida apenas había conocido el miedo, al menos como adulta. De niña, una vez se pasó dos días solas porque su padre se llevó a su hermano a un rodaje y su madre se fue de fiesta y se le olvidó volver a casa. Se asustó muchísimo. Sólo tenía nueve años y pensó que la habían abandonado para siempre. También, a los catorce, uno de los muchos amantes de su madre (se llamaba Raz, nunca olvidaría ese nombre), convino con ella que Sweeney ya tenía edad suficiente para saber lo que era el sexo.

Por suerte, los dos estaban tan borrachos que pudo escapar. El corazón se le desbocó con tanta fuerza que temió desmayarse y que se hicieran con ella. Bajó al sótano del edificio y se escondió en la lavandería, ya que sabía que su madre, como nunca había puesto el pie allí, no la buscaría en ese lugar. Se escondió entre la lavadora y la pared un tiempo que le pareció larguísimo, temerosa de volver al apartamento y que Raz la estuviera esperando. Finalmente, más asqueada que asustada, cogió el mango de una fregona y volvió a subir. No le gustaba esconderse en el cuarto de la lavadora; iba a volver a su cuarto y al solaz de sus pinturas y sus libros y si alguien intentaba impedírselo, le pegaría en la cabeza con toda la fuerza que pudiera.

Después de todo esto, con el paso de los años, adquirió la costumbre de afrontar los problemas en vez de rehuirlos. Pero, en la situación actual, afrontarlos no parecía ayudarla demasiado. ¿Cómo afrontar algo tan nebuloso? La clarividencia no se veía ni se tocaba.

Estaba ahí, como los ojos azules. Los tenías o no los tenías. Con la clarividencia ocurría lo mismo.

Tener los ojos azules no le asustaba pero ser clarividente, sí. En retrospectiva, veía que todo lo ocurrido el último año era una progresión de acontecimientos, de los semáforos y las plantas a los fantasmas y la clarividencia. Si lo miraba de ese modo, ¿qué ocurriría a continuación? ¿Empezaría a levitar? O tal vez haría arder cosas sólo con mirarlas.

Librodot

Sweeney intentó ver el lado divertido del asunto pero su sentido del humor no funcionó.

No obstante, caminar de un lado para el otro del estudio, temerosa de acostarse, le recordó lo que había significado esconderse en la lavandería a los catorce años y se reprendió a sí misma. La noche anterior no había ocurrido nada, así que decidió que eso no tendría que sucederle cada noche. Tal vez no volvería a hacerlo en mucho tiempo, hasta que muriera otro conocido...

Exacto. Era eso. En Nueva York morían muchas personas cada día y ninguna de esas muertes le había provocado sonambulismo. Al vendedor de la calle, sin embargo, lo conocía y su muerte había desequilibrado su subconsciente.

Se preguntó, por primera vez, cómo habría muerto el viejo. Después de verlo, se había quedado tan conmocionada que no había pensado en ello. Parecía tener buen aspecto, sano, como todos los otros fantasmas que había visto. Sin embargo, en la escena del cuadro, le salía sangre por la nariz y estaba claro que tenía un herida en la cabeza. ¿Le habría atropellado un coche? ¿Habría caído por una escalera? ¿Hasta qué punto era real lo que ella había pintado?

Sweeney se echó a temblar. No quería saber la respuesta a esa última pregunta.

Tiritando de nuevo, advirtió que tenía mucho frío. Además, estaba muy cansada, soñolienta y no quería pasarse despierta ni un minuto más, preocupada por cosas que no podía controlar. Se puso el pijama y se metió en la cama caliente, enroscándose como una bola mientras esperaba que su piel absorbiera el calor de la manta eléctrica.

Unos instantes antes de dormirse, pensó que si Richard estuviera con ella en la cama, no necesitaría una manta eléctrica para sentir calor.

Justo después de medianoche, Sweeney empezó a jadear y su respiración se aceleró. Se revolvió en las mantas y apartó la colcha al tiempo que murmuraba sonidos confusos y movía la cabeza como si intentase huir de algo.

En el silencio de la noche, la interrupción repentina de su respiración fue tan perceptible como lo habían sido sus jadeos. Se quedó completamente inmóvil unos instantes y luego volvió a respirar de una manera lenta, profunda y suave.

Abrió los ojos y se sentó. Echó a un lado la pesada colcha, salió de la cama y cruzó el apartamento sin hacer ruido. Al llegar al estudio, puso una tela nueva en un caballete y se detuvo unos instantes, como si se preguntase cuál tenía que ser el paso siguiente. Luego, eligió un tubo de pintura y empezó a pintar.

El frío la despertó. Se acurrucó bajo las mantas y se preguntó si la manta eléctrica funcionaba bien. Aun así, el nido que se había preparado tendría que estar caliente, después de haber dormido en él toda la noche. Salió del enredo de mantas y vio el interruptor de la manta. Para su sorpresa, la pequeña luz ámbar estaba encendida, así que la manta funcionaba. Puso los dedos ante la bobina y aunque notó el calor, no sintió que este se transfiriese a su piel. 1

A continuación, miró el reloj y arqueó las cejas sorprendida. Eran casi las nueve y rara vez dormía más allá del amanecer. No tenía ninguna cita, por lo que había sido el frío y no la prisa lo que la había sacado de la cama. Puso el termostato al máximo y luego fue al baño para

graduar el agua de la ducha todo lo caliente que pudiera soportar. Cuando se quitó el pijama y se puso bajo el agua, estaba temblando de frío.

Al sentir el agua caliente en la nuca y en la columna vertebral entró en calor y dejó de temblar. La tensión de sus agarrotados músculos desapareció. Sweeney pensó, al notar cómo la relajaba el agua caliente, que tal vez tuviera algún trastorno físico. El frío había empezado al mismo tiempo que los otros fenómenos extraños, pero eso no significaba que estuvieran relacionados. Al médico no tendría que contárselo todo, sólo decirle que siempre tenía frío. Cuando se descubrió sopesando la posibilidad de acudir a un especialista, se sorprendió.

Mientras se secaba con la toalla, se estremeció otra vez. Soltó una maldición entre dientes y corrió a vestirse. Pensó que haberse mojado la cabeza no había sido una buena idea porque no tenía secador. Un desastroso intento de secarse el cabello con un secador de mano, cuyo resultado había sido como una explosión atómica de cabellos, la había convencido de que era mejor dejar que sus rizos se secaran de manera natural en vez de enfurecerlos con el calor. Se envolvió la cabeza con una toalla y fue a la cocina a tomarse la primera taza de café.

La luz de la cafetera no estaba encendida, pero el recipiente estaba lleno. Con el ceño fruncido, lo tocó y vio que se había enfriado.

---Maldita sea -murmuró. El café se había hecho a su hora, pero ella no se lo había bebido y la almohadilla se había apagado a las dos horas, una muestra más de cómo los fabricantes trataban de protegerse de querellas que les ponían clientes descuidados u olvidadizos que dejaban las cafeteras encendidas, lo cual podía provocar incendios.

Se sirvió una taza de café y la metió en el microondas, luego tiró el resto a la pila de fregar y cargó de nuevo la cafetera. Cuando terminó, sonó el timbre del microondas. El café recalentado tenía un sabor horrible, pero estaba caliente y, en aquel momento, eso era lo más importante.

Por el contrario, el apartamento no parecía que fuese a calentarse. Tendría que llamar a Richard para que hiciera reparar la calefacción central, pensó desesperada. Puso la mano sobre la rejilla y notó el aire caliente. Muy bien, la calefacción funcionaba. Miró el termostato; había llegado a 26 grados y 28 era el máximo.

Tendría que ponerlo a 28 mientras se le secaba el cabello. El frío que sentía se debía a que tenía el cabello mojado. No le apetecía quitarse la toalla, pero el sentido común le dijo que la calefacción del apartamento se lo secaría mucho más deprisa si lo hacía así. Los dientes le rechinaron, aunque al quitarse la toalla el aire en la cabeza no le pareció frío. Tal vez no le sentaría tan mal.

Se llevó el café al baño, se puso suavizante en el cabello y se lo peinó con los dedos. Notó que casi toda la humedad había desaparecido. El espejo reflejó una cara pálida y contraída por el frío. Los dientes le seguían rechinando.

Qué visión más hermosa --dijo ante su imagen.

Se sirvió más café y se dirigió al estudio. Las manos le temblaban por lo que le costaría bastante ponerse a pintar, aunque la costumbre de ir primero al estudio estaba tan arraigada en ella que lo hizo sin vacilar.

En el caballete había una tela nueva.

Sweeney se detuvo en el umbral de la puerta y el miedo se apoderó de su estómago como si fuera grasa fría. Notó el cuerpo pesado. Otra vez no. ¿A quién más? ¿A quién había matado en esta ocasión?

Pensó que no, que no había matado a nadie. Su pintura no había provocado la muerte del vendedor sino todo lo contrario, su muerte había propiciado la pintura. Pero si aquello iba a ocurrirle cada vez que moría un conocido... No quería ver qué había en el cuadro, no quería perder a alguien a quien apreciase o quisiera. ¿Y si se trataba de Richard?

La violencia del dolor que le golpeó el pecho la sorprendió. Era como si se le hubieran helado los pulmones y se le hubiese encogido el corazón. No, Dios, Richard no.

Consiguió mover los pies sin tener conciencia de ello y se plantó ante el caballete, sobre el que caía la luz del sol. Hizo acopio de fuerzas y se obligó a mirarlo.

La tela estaba casi en blanco. La miró fijamente y sintió un alivio tan inmediato y total que casi no dio crédito a sus ojos. No era una escena de muerte. Tampoco era Richard. Tal vez..., tal vez aquello significaba que pintar sonámbula y la muerte no estaban necesariamente relacionados, que la vez que había ocurrido había sido una mera coincidencia, un detalle más de los fenómenos extraños que le estaban sucediendo.

Había pintado unos zapatos. Dos zapatos, uno de hombre y el otro de mujer. El de hombre estaba casi terminado, y parecía que incluso había empezado a pintar el pie en su interior. En cambio, el zapato de mujer no. Se trataba de un zapato salón de tacón de aguja .No había ningún fondo, ninguna manera de saber dónde estaban los zapatos.

Sweeney rió en voz baja, en una vertiginosa sensación de alivio y alegría. Se había preocupado demasiado por todo aquel asunto y la imaginación le había jugado una mala pesada. Casi se había puesto enferma pensando que Richard podía estar muerto, cuando no tenía ningún motivo para llegar a aquella histérica conclusión.

Canturreó por lo bajo, con la taza de café en ambas manos pan calentarse los dedos, y volvió a la cocina para prepararse algo de desayuno y beber más café. Entraría en calor enseguida y se pondría a trabajar.

Pero el frío se intensificó y la agitó con tanta fuerza que a duras penas pudo comerse la tostada, y si se hubiera tomado el café, lo habría derramado. Le dolía todo el cuerpo y sus músculos estaban tensos. Cogió una manta y se sentó ante la calefacción, formando una especie de tienda de campaña con el tejido para retener el aire caliente.

¿Por qué le ocurría de nuevo? ¿Por qué entonces y no el día anterior, por la mañana? El otro momento en que tembló con tanta intensidad fue a la mañana siguiente de haber pintado la muerte del vendedor. No, esta vez era peor. Nunca había sentido tanto frío en su vida.

El frío tenía que estar relacionado con los episodios de sonambulismo. Una vez podía ser coincidencia pero dos no. No sabía que había estado haciendo para desencadenar una reacción tan extrema, pero en esos momentos, entrar en calor era lo único que le preocupaba. Después ya se ocuparía de los cómos y los porqués.

Un potente calambre le agarrotó el muslo izquierdo. Sweeney gimió y se masajeó el muslo hasta que consiguió relajarlo pero, al instante, fue presa de otro calambre. Se masajeó la

pierna jadeando y luego estiró las dos. Aquellos temblores constantes le agarrotaban los músculos y todas las articulaciones le dolían.

Se echó a llorar. Se sintió como una niña pequeña e indefensa, y el dolor se hizo tan inmenso que no pudo contener las lágrimas. No sabía que tener frío doliese tanto. ¿Por qué no se le helaban las lágrimas en las mejillas? Era como si lo hicieran, aunque sabía que la habitación estaba caldeada.

Richard ya la había hecho entrar en calor una vez; no soportaría aquel frío mucho más tiempo. Deseaba tenerlo allí con ella.

Envuelta en la manta, se arrastró hasta el teléfono y lo descolgó. Le sorprendió la gran cantidad de energía que necesitaba para moverse, lo floja que se sentía y por primera vez tuvo miedo de estar verdaderamente enferma, de que no fuera sólo una molestia pasajera.

No sabía el número de teléfono. Nunca había llamado a Candra a su casa y recordaba vagamente que le había dicho que la línea particular no aparecía en la guía. En cambio, el teléfono de la oficina de Richard sí constaba. Si no había acudido a ninguna cita, lo encontraría allí, seguro. Cogió el grueso listín y con torpeza pasó las hojas hasta la «W».

-Richard worth, Richard Worth se decía a sí misma. En una ciudad tan grande como Nueva York habría muchas personas con ese mismo nombre y apellido pero lo localizaría por la dirección. Sí, ahí estaba. Marcó los números y se acurrucó aún más bajo la manta.

Respondió una voz femenina que le dijo que había contactado con la oficina de Richard Worth.

-¿En qué puedo servirla? -añadió.

-¿Podría hablar con Richard, por favor? -Tal vez tendría que haber pedido por el señor Worth en vez de hacerlo por Richard.

-¿Su nombre?

-Sweeney.

-Sweeney-w-e?

-S-w-e-e-n-e-y. -Su nombre no era difícil, pensó irritada. ¿Cómo podía ser que alguien tuviera problemas para deletrearlo? De todas formas, como le rechinaban los dientes, tal vez no se hacía comprender bien por lo que dio a la mujer el beneficio de la duda.

-Sweeney. -La voz de Richard sonó en su oído a los pocos segundos-. ¿Te pasa algo?

_¿Cómo lo has sabido? -preguntó ella débilmente

-¿Que te pasaba algo? Porque de otro modo no me hubieras llamado.

Sweeney intentó reír pero no pudo.

-Tengo frío --dijo en un gimoteo, lo cual la sorprendió-. Oh Richard, tengo tanto frío que creo que me voy a morir.

-Voy hacia allí ahora mismo. -Su tono era tranquilo y sereno-. Te pondrás bien.

Como había dicho que se pondría bien, Sweeney se aferró a esa idea mientras lo esperaba. Se pondría bien. Llegaría enseguida y le daría aquel milagroso calor corporal.

-Me pondré bien -se dijo, aunque sufrió nuevos calambres en las piernas y ni siquiera pudo volver al radiador. Nuevas lágrimas surcaron su rostro y se las secó con la manta. No quería que, cuando Richard chard llegase, la encontrara llorando como una cobarde.

Tendría que abrir el cerrojo de la puerta. Intentó ponerse en pie y se cayó hacia atrás con un grito al sentir un nuevo calambre en la pierna. Sabía que tenía que esperar a que él llegase, que era peligroso dejar un cerrojo sin pasar, pero ¿y si se quedaba paralizada del todo? Se masajeó el músculo agarrotado, hundiendo los dedos en un salvaje es fuerzo por aliviar el dolor unos instantes. Con un minuto le bastaría para llegar a la puerta y abrir el cerrojo.

Si no podía andar, se arrastraría con la ayuda de los codos si fuera necesario. Llegaría a la puerta.

Extendió la pierna izquierda y suspiró aliviada al ver que no se le agarrotaba. Todo su cuerpo temblaba violentamente de frío y como reacción a los escalofríos constantes. Se sentía débil hasta lo indecible. ¿Cómo podía el frío debilitarla de aquella manera?

No pudo ponerse en pie. Aun cuando en esos momentos no tenía calambres en las piernas, le faltaba la energía necesaria para hacerlo. Se arrastró un par de metros y cayó de lado, respirando con dificultad por el esfuerzo. Al cabo de unos momentos, rodó de lado, con manta incluida, como una gran salchicha humana. Si los niños podían desplazarse rodando, ella también.

Se rió en voz baja de la imagen que debía de estar dando y luego lloró porque le dolieron todos los músculos. Cuando llegó a la puerta, estiró el brazo para abrir el cerrojo y luego se arrodilló. Desde esa postura llegó por los pelos al cerrojo de doble vuelta. Lo abrió con torpeza y luego se enroscó como una bola esperando la llegada de Richard.

Capítulo 9

El timbre de la puerta la sobresaltó. No sabía cuánto tiempo había pasado desde la llamada.

-¿R-Richard?

El timbre sonó de nuevo y advirtió que su voz había sonado tan débil que no se había oído al otro lado de la puerta. Respiró hondo y contuvo el aliento para no temblar unos segundos.

-Richard -repitió, sin querer pensar en qué pasaría si se trataba de otra persona.

-Ya estoy aquí. Abre la puerta.

-Está abierta.

La abrió, entró, la vio acurrucada en el suelo y dijo «mierda» en un tono tranquilo y muy controlado. Cerró la puerta, corrió el pestillo, se agachó y la levantó en brazos sin ningún esfuerzo.

-¿Cuánto tiempo hace que estás así? -preguntó mientras la llevaba deprisa hacia el sofá.

-Desde que me he le-levantado. Hacia las nueve.

-Qué calor hace aquí, esto parece el Sahara -dijo en tono severo. La dejó en el sofá y la desenvolvió de la manta. Luego, con gesto seguro y rápido, le desabrochó los vaqueros y se los quitó.

-¡Eh! -Sweeney descubrió que querer parecer indignada y furiosa le costaba mucho, ya que le rechinaban los dientes.

-No discutas --dijo, al tiempo que le sacaba la sudadera por la cabeza. Sweeney no llevaba sujetador, nunca lo utilizaba cuando estaba en casa. Sus pezones estaban contraídos en dos pequeños puntos. Empezó a cubrirse los pechos con las manos pero enseguida abandonó la idea en favor de darse calor con los brazos. Los párpados le pesaban mucho y se le cerraban.

-No te duermas -le ordenó él.

-No lo ha-haré -prometió Sweeney, con la esperanza de poder controlar la somnolencia.

Le dejó los calcetines puestos y empezó a quitarse la ropa. Sweeney vio que ese día no llevaba traje, sólo pantalones y una camisa de seda. Se la desabrochó con movimientos rápidos y la dejó caer al suelo. Se quitó los zapatos al tiempo que se desabrochaba la hebilla del cinturón, desnudándose con la misma eficiencia con que la había desnudado a ella. Sus pantalones cayeron al suelo, se los quitó, lo mismo que los calcetines y se sentó junto a ella. La abrazó y cubrió los cuerpos de ambos con la manta.

-Ya está ---dijo al notar sus temblores convulsivos.

Puso los pies bajo los de ella y la tomó por la nuca con una de sus grandes manos para ponerle la cabeza entre el cuello y el hombro a fin de que Sweeney pudiera respirar el aire calentado por su cuerpo.

La oleada de calor fue tan intensa que Sweeney creyó que iba a desmayarse. Al principio, lo único que notó fue el calor que la rodeaba y le impregnaba la piel, llegándole hasta el tuétano de los huesos. Él la abrazaba con fuerza y la ayudaba a contener los temblores.

-No llores -le susurró y ella recobró la conciencia del mundo que había perdido en medio del calor. -Richard le secó la cara con la manta.

Al cabo de un rato que le pareció una hora, pero que tal vez sólo fueron cinco minutos, los temblores cesaron un momento y pudo relajarse. Con el cuerpo laxo, respiró pesadamente en sus brazos hasta que fue presa de nuevo de las convulsiones y le rechinaron los dientes.

El siguiente respiro duró un poco más y ella esperó que los temblores hubieran desaparecido del todo. El calor corporal de Richard seguía impregnándola, llegando a ese núcleo de hielo que ningún café ni ningún radiador podían calentar. Él sudaba, Sweeney notaba la humedad

de su piel. Intentó desperezarse, aliviar sus músculos cansados y doloridos pero el movimiento le provocó otra tiritona.

Él la abrazó con más fuerza y le susurró al oído frases tranquilizadoras. Sweeney pensó que no necesitaba que la tranquilizase. Richard estaba ahí y la haría entrar en calor, estaba absolutamente segura de ello.

Volvió a quedarse quieta en sus brazos, sin decir nada. Los minutos pasaban y la habitación estaba en silencio a excepción del sonido de sus respiraciones y los fuertes y uniformes latidos del corazón de Richard bajo su oreja.

Sweeney estaba desnuda, sólo llevaba los calcetines y las bragas. Él aún llevaba menos, sólo los calzoncillos. El firme vello de su pecho le rozaba los pezones, que se mantenían erguidos pese a que ya no sentía frío. Richard tenía una buena erección, pensó ella soñolienta. Frotó suavemente los labios en su hombro sin tener plena conciencia de lo que hacía. Y unos buenos músculos. Los dedos de Sweeney se movieron sobre su hombro y sintió el poder de su piel lisa y cálida, al tiempo que lo acariciaba hasta la dura protuberancia de su tríceps. El abdomen también era duro y las piernas muy musculosas.

La erección de Richard se le clavaba en el estómago y la invadió una oleada de distinto calor, un calor que se encendía entre sus piernas. De forma instintiva, Sweeney cambió de postura y presionó sus caderas contra él en un gesto de aceptación que sabía que era peligroso aunque lo advirtió un segundo después de la acción. Aun así, no se retiró. Aquel contacto era de lo más placentero.

Él la besó en la frente con una caricia lenta y tierna.

-¿Ya has entrado en calor? -preguntó. Ella asintió.

-Bien. -Sweeney notó su aliento sobre sus párpados-. ¿Tienes sueño?

-Hummmm.

-Entonces duerme, Sweeney. -A menos eso le pareció que decía, aunque había algo en la manera en que pronunció su nombre que sonaba diferente y no pudo saber qué era. Ella inspiró con precisión lenta y profunda para atraer la esencia de Richard hacia sus pulmones y sintió que en lo más hondo algo se aflojaba y cedía.

Richard le puso una mano sobre el pecho y le acarició el pezón con su pulgar endurecido por los callos. Para Sweeney los pechos nunca habían sido la fuente de placer que ensalzaba el cine y la literatura. Nunca había sentido más que irritación cuando algún chico le había cogido los suyos y tirado de los pezones esperando que enloqueciera de placer sin saber que a ella le habían entrado ganas de abofetearlo. No quería abofetear a Richard. Los movimientos circulares de su pulgar le produjeron una especie de cosquilleo caliente en el pezón, luego una tensión casi insoportable y una placentera sensación que se desató en sus pechos y se desplazó hasta su entrepierna donde explosionó y llenó su cuerpo de un calor distinto. Sweeney soltó un pequeño gemido de satisfacción.

Richard repitió el movimiento una y otra vez y el placer fue aumentando segundo a segundo hasta que invadió todo su cuerpo. Sweeney estaba ardiendo, por dentro y por fuera y se onduló sobre él, hacia adelante y hacia atrás, como el suave e inexorable movimiento de las

olas al romper en la orilla. La poca precaución que le quedaba se vio desbordada por un torrente de puro placer físico.

Richard le tiró del cabello, echándole la cabeza hacia atrás. Cerró su boca sobre la de ella e intensificó la presión hasta que los labios de Sweeney se separaron. Richard ladeó la cabeza y la besó con dureza y profundidad, atrayéndola con las rítmicas embestidas de su lengua. Ella no abrió los ojos, no podía abrirlos, perdida en una especie de fatiga y en un intenso deseo que exigía ser satisfecho. Hundió los dedos en su espalda, resbaladiza por el sudor.

Richard se movió ligeramente para ponerse de forma que la dura arista de su pene encajase en la vulva de Sweeney. Esta sintió que los delicados pliegues de entre sus piernas se abrían un poco y él apoyó el erecto miembro entre ellos. Sweeney se sobresaltó, con una punzada de alarma que se abrió paso entre la neblina del deseo y, ese pequeño movimiento la frotó contra la verga de Richard de un modo que desencadenó desenfrenadas oleadas de placer en sus terminaciones nerviosas. Si no hubiesen llevado ropa interior, Richard estaría dentro de Sweeney porque ella no podía parar las embestidas convulsivas de sus caderas. Richard soltó un hondo gemido que resonó en la mismísima boca de ella.

Sweeney sentía que su cuerpo era un arco, una ardiente corriente de sensaciones que la tensaba cada vez más arqueándola sobre él. Soltó un desesperado lloriqueo al tiempo que lo abrazaba con apremio y sus muslos se abrían para cabalgar sobre el lomo de su erección. Volvía a dolerle todo el cuerpo, pero se trataba de un dolor distinto, ardiente y vacío, casi insensato en su necesidad. Richard la tomó por las nalgas y la restregó contra él y todo su interior se tensó, al borde de romperse en mil pedazos durante un largo e insoportable momento antes de que la tensión se relajase y Sweeney se convulsionara en grandes oleadas de placer. Oyó sus gritos, agudos y desenfrenados, apagados por el beso de Richard y durante unos instantes no supo nada de nada.

Poco a poco, sus ofuscados sentidos volvieron a funcionar. Advirtió, con asombro, que estaba sudando, que tenía el cuerpo recubierto por una pátina de humedad. Cuando los latidos del corazón se normalizaron, vio que los de Richard no lo habían hecho, pero su manera de tomarla fue suave cuando la sentó en su regazo para que apoyara la cabeza en su brazo.

-Duerme -le susurró.

Sweeney no tenía otra opción. Sus músculos estaban tan relajados que parecían agua, incapaces de funcionar.

-He tenido un orgasmo -consiguió decir, para su propia sorpresa.

-Ya lo sé -dijo él riendo por lo bajo, con un tono divertido, controlado pero auténtico. Ella apoyó la cara en su brazo, respiró hondo y se durmió como un bebé.

Richard bajó un poco la manta sofocante. No quería provocar una de esas alarmantes tiritonas pero tampoco deseaba que ninguno de los dos sufriera un golpe de calor. En el apartamento, la temperatura era tan alta que apenas se podía respirar. Estaba bañado en sudor y no había hecho nada por evitar que así fuera. El juego erótico con Sweeney había sido más excitante que cualquier experiencia sexual completa que hubiese tenido en la vida. La respuesta de ella había sido rápida, intensa y completamente apasionada. Nunca había disfrutado tanto de algo que, a la vez, lo había dejado tan frustrado. Pensó que una sola caricia de la mano de Sweeney lo llevaría al orgasmo.

Podía haberla poseído. Después, Sweeney no lo habría acusado de aprovecharse de ella porque tenía una honestidad de piedra, lo que la hacía responsabilizarse de sus propios actos. Pero él sabía que sí se habría aprovechado ya que Sweeney estaba muy débil, toda la energía se le iba en aquellas convulsivas tiritonas. Tenía las defensas bajas y habría podido hacer con ella todo lo que le hubiera venido en gana.

Sin embargo, resultó que lo que más le apetecía, era cuidar de ella.

Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de controlarse. Cerró los ojos y recordó la visión de sus pechos firmes y redondos, con una delicada redecilla azul de venas y sus pequeños y fruncidos pezones. En esos momentos, aquellos montes suaves estaban aplanados contra su pecho, pero los pezones aún estaban erectos porque él los notaba perfectamente.

Sweeney tenía las mejillas sonrosadas y la piel lisa y flexible en vez de rugosa por los escalofríos. Le pasaba algo, algo realmente serio y no tenía ni idea de qué podía ser. No conocía ninguna enfermedad en la que el calor corporal fuera la única fuente de calor capaz de aliviar a una persona con hipotermia. En esta ocasión, la gravedad parecía mayor que en el episodio anterior. Había tenido todos los síntomas de la hipotermia, incluida el habla confusa. Precisamente por eso la había desnudado, porque sabía que entraría en calor más deprisa sin la amortiguación de la ropa de ambos. También había sabido adónde podía llevarle todo aquello y había luchado por mantener el control mientras la excitaba deliberadamente.

Cuando se despertara, tenía la intención de hacerla vestir deprisa y que ese hermoso culito se sentase en el coche para llevarla al médico. Conocía a una pareja de médicos que la visitarían sin pedir hora previamente. Aunque llevaba tiempo viendo a Sweeney, no había empezado a conocerla hasta ahora, abriendo el arcón de tesoros de su personalidad. No quería que nada, ninguna enfermedad, le impidiera seguir su contagiosa exploración.

Ella estaba bañada en sudor, en el suyo propio y en el de Richard. La crisis, fuera lo que fuera, ya había pasado y él estaba a punto de desmayarse de calor. Se separó de ella y se puso en pie, arropándola con la manta, y luego buscó el termostato. Cuando lo vio, frunció el ceño y lo bajó a veinte grados.

El calor le había dado sed. Abrió los armarios de la cocina hasta que encontró un vaso y lo llenó; se bebió dos. Le habría gustado darse una ducha fría pero no quería dejarla sola por si se despertaba. Después de experimentar el primer orgasmo, merecía que la abrazaran.

No sabía qué le había hecho pensar con tanta seguridad que era el primero. Su sorpresa, tal vez. Siempre la había visto ajena a los hombres, tan concentrada en su trabajo, que en su vida no había espacio para nada más. Ahora sabía que estaba en lo cierto. Probablemente sus experiencias habían sido pocas y de ellas hacía mucho tiempo, con chicos de su edad, y no le habían dado ningún placer. Era posible que hubiera mandado al diablo toda la historia del sexo porque tenía algo mejor que hacer. Richard no sabía por qué, de manera imprevista, había respondido a su aproximación, pero decidió no cuestionarse su buena suerte.

Volvió a la sala para estar cerca de ella. El sudor se evaporaba de su cuerpo pero todavía tenía demasiado calor para vestirse.

La vez anterior que estuvo en la casa no se fijó en la sala porque estuvo totalmente pendiente de ella. Miró a su alrededor y sonrió aliviado al ver que no todo era blanco radiante o negro lacado. Los muebles eran tradicionales y funcionales. Su capacidad artística quedaba reflejada en el uso que hacía del color, con un tazón azul marino colocado en un lugar donde daba el

sol y lo hacía brillar, un pequeño jarrón verde con flores rojas y una manta afgana de color púrpura sobre una silla. Advirtió la exuberancia de las plantas y pensó que Sweeney tenía muy buena mano para ellas ya que todas mostraban hojas brillantes y abundantes y algunas florecían en una explosión de colores amarillos, rojos y rosas.

También tenía muchos libros en las estanterías que se encontraban encima de la mesa de café. Levantó uno y arqueó las cejas al leer el título, Los *detectives fantasma.* Otro, *Fenómenos paranormales.* Que curioso, nunca habría imaginado que Sweeney estuviera enganchada a ese tipo de literatura, pero a él mismo *Expediente X* le gustaba mucho y eso que no era aficionado a la ciencia-ficción.

El tercer libro que cogió era *Visiones de espíritus.* Cuando su abuelo murió, Richard fue al pueblo para el funeral y pasó una semana con su madre en la pequeña y ruinosa casa donde había crecido. Todo el tiempo que estuvo allí, sintió la presencia de su abuelo, vislumbrando movimientos con el rabillo del ojo para después volverse y no ver a nadie. Era un hombre lógico, pero ser lógico no significaba rechazar todo lo que no podía tocar, ver o saborear. No veía la electricidad, pero notaba sus efectos y, tal vez, con la muerte, el cuerpo dejaba tras de sí una especie de campo energético. Pensó que, como mínimo, era posible, aunque también admitía que era igualmente posible que su cerebro le hubiese jugado una mala pasada ya que estaba tan acostumbrado a la presencia de su abuelo en aquella casa que, en cierto modo, esperaba verlo.

Richard dejó los libros en su sitio y miró a Sweeney. Seguía profundamente dormida y tenía una mano bajo la mejilla y los labios y los dedos rosados.

Al llegar, estaba gélida. Frunció el ceño. Al verla, pensó que se hallaba en estado de shock, pero ahora le parecía algo más serio. En ambas ocasiones, ¿le habría ocurrido algo que hubiera desencadenado una reacción tan extrema? ¿O es que la presión sanguínea le bajaba de repente debido a alguna enfermedad física? Fuera como fuese, cuando despertara, la interrogaría para llegar al fondo del asunto.

Sweeney durmió algo más de una hora. Cuando empezó a moverse, Richard se metió bajo la manta. Sus piernas tenían un tacto de seda y los pechos estaban suavemente aplastados contra su tórax, lo cual le producía mareos. Con ternura, pasó la yema de uno de sus dedos por el contorno inferior del pecho, deleitándose en su piel lisa de satén. Quería saborearla, chuparla, pero su nivel de frustración era tan alto que sabía que si lo hacía, no habría vuelta atrás.

Ella se movió de nuevo. Arrugó la nariz al tiempo que articulaba un sonido de disgusto, como si detestara despertarse. Él la observó de cerca, esperando el momento en que sus ojos se abrieran y volviera a la realidad. Esperaba impaciente sus primeras palabras.

Sweeney se desperezó y con el movimiento, restregó todo su cuerpo contra el de Richard, que apretó los dientes. Parpadeó unas cuantas veces y unos ojos azules y soñolientos lo miraron.

-Hola -murmuró ella, con una sonrisa increíblemente dulce en los labios. Parpadeó un par de veces más, fijó la mirada y Richard vio que sus ojos se agrandaban. Se quedó inmóvil en sus brazos y dijo-: Dios mío.

Richard rió en voz baja y la besó en la sien.

-No te asustes. -Pensó que sus huevos no soportarían otra embestida de la rodilla de Sweeney, aunque fuera involuntaria.

-Hemos..., yo... -tartamudeó Sweeney con el rostro ruborizado e incapaz de mirarlo. Puso la mano sobre el tórax de Richard y luego la apartó de repente como si la hubiese sobresaltado el contacto con la piel desnuda.

-Todo está bien, cariño. No ha pasado nada.

-¡Pues claro que sí! --espetó Sweeney, sonrojándose todavía más.

-Te he provocado un orgasmo. -Su voz era tranquila---. Lo he hecho a propósito para que entraras en calor.

-¿Ves como ha ocurrido algo? Algo que tiene un nombre.

-Yo lo llamaría «darse un buen lote», para emplear el lenguaje adolescente, y nada más, ya que si no, no estaría tan frustrado como estoy. -Le apartó un rizo de la cara con ternura---. Tenemos que hablar.

Ella se detuvo, lo miró con aire insolente y suspiró.

-De acuerdo --dijo-. Pero deja que me levante, me vista y ponga otro café...

-Estás muy bien donde estás. -Richard sabía que tan pronto como se distanciara físicamente de él, Sweeney levantaría algunas defensas y él quería respuestas a ciertas preguntas. Hasta que no las obtuviera, la tendría desnuda junto a él. El tacto, las caricias, eran una fuerza poderosa con la que los bebés aprendían y las mujeres más díscolas se suavizaban. En Richard también obraba un poderoso efecto. Despacio, pasó la mano por la espalda de Sweeney, sintiendo las delicadas vértebras y la lisa calidez de su piel.

Ella tuvo que notar su determinación porque permaneció inmóvil en sus brazos, esperando.

-Si no me das una explicación lógica de la causa de tus estados de shock, tendré que llevarte al médico -dijo-. Hoy mismo. Aunque tenga que envolverte en esa manta y sacarte de aquí tal y como estás.

Ella resopló por la nariz para mostrar su disconformidad. No lo miraba a los ojos. Las evasivas de Sweeney hicieron creer a Richard que a la chica le ocurría realmente algo.

-Richard... -empezó a decir.

-Preciosa -replicó él con la misma cantidad de impaciencia que ella había insinuado. Sweeney lo miró suspicaz, sin estar segura del todo de lo que había dicho. Él hizo un esfuerzo por no sonreír.

-Bien --dijo ella de repente---. Normalmente tengo frío, pero no como... no como hoy.

-¿O anteayer?

-Eso -convino ella---. Las dos veces, he caminado dormida la noche anterior. -Sweeney apretó los labios, con aire de rebeldía y preocupación.

Era obvio que creía que esa explicación bastaba, pero Richard no opinaba lo mismo.

-Nunca he oído decir que el sonambulismo provoque shocks de hipotermia.

En la expresión de ella, la rebeldía empezó a sobreponerse a la preocupación.

-Pues lo creas o no, eso es lo que ha ocurrido.

Había más, pero Sweeney estaba decidida a no contárselo. Sin mediar palabra, Richard se puso en pie, le echó la manta por encima y la envolvió en ella con tanta fuerza que Sweeney apenas pudo sacar los brazos. Entonces cogió sus pantalones del suelo y se los puso.

-¡Eh! -gritó ella, que se revolvía frenética para librarse de la manta.

-No te preocupes. -Se subió la cremallera de la bragueta y cerró la hebilla del cinturón---. Me encantaría abrazarte otra vez antes de llevarte al médico y sabes que puedo hacerlo. Soy mucho más grande y más fuerte que tú.

-Pendenciero -le espetó Sweeney.

-Sí, pero preocupado. -Se agachó y le dio un beso en la frente.

Tal vez fue la preocupación o el beso o el que Sweeney advirtiera que Richard hablaba en serio lo que hicieron cambiar su expresión. Lo miró con una expresión casi de terror en los ojos.

-No es sólo lo del sonambulismo --dijo en voz tan baja que él apenas la oía-. Las dos veces he pintado sonámbula.

¿Que había pintado sonámbula? Interesado, Richard volvió a sentarse en el borde del sofá, atrapándola entre su cadera y el respaldo.

-Y eso, ¿puede alterar tu organismo hasta el extremo de sufrir un shock?

-Era un viejo vendedor de salchichas que tenía un puesto en la calle a cuatro manzanas de distancia de la galería. -Sweeney se mordió el labio-. Tenía la expresión más dulce que he visto en toda mi vida. Anteayer, cuando me levanté, vi que el lienzo en el que estaba trabajando se había movido de sitio y en su lugar, en el caballete, había otro. La pintura nueva era del vendedor de perros calientes, sangrando por la nariz y un charco de sangre alrededor de la cabeza. En el cuadro, estaba muerto. Eso fue la primera vez que ocurrió.

-¿Pintar dormida o tener tanto frío?

-Las dos cosas. Esa tarde, descubrí que el vendedor realmente había muerto, aunque el día antes nos habíamos visto.

Richard no supo qué decir a todo aquello. ¿Una coincidencia desgraciada? Aquello desafiaba los límites de la lógica, pero a menos que ella tuviera mucho más que contarle, Richard no podía considerarlo más que una desgraciada coincidencia.

-¿Y esta mañana? -preguntó.

Sweeney soltó una carcajada áspera y grave.

-Esta mañana, cuando vi que un cuadro se había movido de. nuevo y otro había ocupado su lugar, lo único que se me ocurrió pensar fue que había muerto otra persona. Me daba mucho miedo mirarlo porque temía..., me horrorizaba la idea de haberte pintado a ti.

Richard entendió con claridad diáfana el significado sobrentendido de lo que Sweeney había dicho y tuvo que apretar los puños para no abrazarla. En aquellos momentos no se atrevía a tocarla porque sabía que, si lo hacía, no saldrían de la cama hasta el día siguiente. De la expresión de Sweeney habían desaparecido todas las alambradas de espino que normalmente levantaba entre ella y el mundo.

-¿Y me pintaste a mí? -preguntó, intentando mantener la calma. Tuvo la sensación de que Sweeney agradecía que no mencionara el significado sobrentendido de lo que había dicho.

-No -rió ella, esta vez con auténticas ganas-. Pinté unos zapatos. Dos, uno de hombre y otro de mujer.

-Zapatos, ¿eh? -Richard sonrió ante la incongruencia---. A lo mejor empiezas una tendencia nueva. Hay personas que pueden leer significados profundos de todo tipo en dos zapatos solitarios y desparejados.

-Sí -dijo ella en tono de burla---, las mismas personas que compran un VanDern y están convencidas de que han adquirido algo que no puede hacer un mono.

El desdén de la voz de Sweeney lo hizo reír. En esos instantes sintió que podía tocarla de nuevo, por lo que le cogió un rizo y vio cómo se le enrollaba alrededor del dedo. Lo examinó, lo frotó con el pulgar para separar las sedosas hebras y consideró cautelosamente su pregunta siguiente. Tal vez ni seria una pregunta si no una petición.

-Ahora, por favor, dime: ¿por qué estabas convencida de que si era yo el personaje del cuadro, estaría muerto? -La miró y vio pánico en sus ojos.

-Si te lo digo, creerás que estoy loca -murmuró ella.

-Pruébalo. De cualquier modo, no pienso dejarte sola hasta que sepa qué te está ocurriendo.

Ella se revolvió de nuevo, mirando la manta con impaciencia.

-Déjame salir de aquí, me siento como si me hubieras puesto una camisa de fuerza. Y, si tenemos en cuenta lo que acabo de decir, me hace sentir muy incómoda.

Richard sonrió y tiró de la manta para aflojarla. Sweeney empezó a quitársela y al recordar que estaba casi desnuda, se tapó con ella hasta las axilas y suspiró.

-Hace un año, empezaron a ocurrirme cosas extrañas.

-¿Extrañas? ¿En qué sentido?

-Las luces de tráfico se ponen verdes a mi paso, siempre se va un coche justo cuando quiero aparcar, cosas de ese estilo.

-Muy práctico -comentó él, arqueando las cejas. Recordó lo rápido que había sido el trayecto desde la galería. Casi un milagro ver cómo el tráfico se apartaba de su camino. Aquello lo había irritado muchísimo ya que tenía pensado pasar más rato en su compañía.

-Sí, esas cosas me gustan. Y el aspecto de las plantas. Antes se me morían y ahora, haga lo que haga, siguen creciendo y floreciendo. -Señaló una planta que tenía unos delicados capullos rosas-. Es un cactus de Navidad. Este año es la sexta vez que florece.

-Y eso no es normal... -Richard se frotó la mandíbula.

-Hasta ahora no lo había hecho.

-¿Y qué más? -Tenía que haber algo más. Los semáforos y las plazas de aparcamiento no le producirían aquel desasosiego.

Para alarma de Richard, Sweeney se estremeció de repente, pero su piel siguió lisa y vio que eran sus pensamientos los que habían provocado el escalofrío. Ella lo miraba fijamente con unos ojos azules severos y espectrales.

-Empecé a ver fantasmas -respondió en un susurro.

Capítulo 10

Sweeney no sabía si la creía pero, por unos momentos, no le importó. El alivio que sentía después de habérselo contado a alguien era inmenso y, hasta ese instante, no advirtió lo estresante que había sido afrontarlo sola. Él no dejó de mirarla ni un solo momento, con la mano en sus cabellos.

Entonces advirtió que lo que él pensara sí era importante. Hasta hacía tres días, nunca había respondido a ningún hombre del modo que lo había hecho con él ni había creído que fuera posible hacerlo. No sabía cómo había cobrado tanta importancia en su vida y tan deprisa pero no podía eludir esa verdad. Y como era importante para ella, su opinión le interesaba. ¿Y si pensaba que estaba loca y que le daría más problemas que satisfacciones?

De repente, Sweeney se sintió incapaz de mirarlo y notó que se ruborizaba. Dios mío, ¿qué había hecho con su cautela? ¿Cómo había permitido que la amenaza de llevarla al médico la hubiera empujado a contárselo todo? Ella misma había pensado en acudir a un médico para saber si sus fríos se debían a algún trastorno físico, pero que él quisiera llevarla, la hacía sentir cobarde.

-No sé por qué te he contado todo esto -murmuró.

-Sí, pero lo has hecho. -Richard siguió mirándola y jugando con su cabello-. ¿Cómo sabes que son fantasmas? -preguntó en tono suave.

-Porque están muertos -respondió ella, irritada, mirándolo con el ceño fruncido-. Cuando vas al funeral de alguien y un mes más tarde te lo encuentras en el aparcamiento del supermercado, sabes que algo raro está pasando.

-Sí, yo diría que sí. -Sus labios se curvaron como si se esforzara por contener una sonrisa y Sweeney se preguntó qué tendría de divertido todo aquello. Muchas veces, Richard parecía a punto de echarse a reír.

-¿Qué es lo que te parece tan divertido?

-Tú me pareces divertida, Estás tan ocupada intentado reconstruir tus defensas que no has advertido que estoy en tu mismo terreno.

-Decidimos que no nos enrollaríamos.

-Yo no lo recuerdo exactamente así --dijo Richard-. Ya estamos «enrollados». Convinimos que no haríamos el amor y no lo hemos hecho, aunque te prometo, querida, que las tentaciones han sido muy grandes.

Sweeney pensó que Richard debería ponerse la camisa antes de acercarse a ella medio desnudo. El tipo del anuncio de la Coca Cola no tenía nada que él no tuviera en lo que a tórax se refería. El de Richard era ancho, musculoso y con un agradable vello, y a Sweeney le apeteció poner las manos en sus pectorales, sentir en las palmas los latidos de su corazón y, de alguna manera, acumular en ella su calor corporal para cuando él no estuviese a su lado.

-Cuéntame más de los fantasmas.

Como ya había empezado a hablar, lo mejor sería que lo contase todo. Él parecía haberse acomodado para un cierto tiempo, decidido a no moverse de allí hasta conocer toda la historia.

-La primera vez fue en Clayton, hace un año. Un niño llamado Sam Beresford murió de leucemia y al cabo de un mes lo vi en el aparcamiento del supermercado, intentando que su madre lo viera, le hablara, lo que fuera.

-Que triste --comentó Richard y ella asintió.

-Entonces empecé a ver más y más y como Clayton es un sitio tan pequeño, los conocía a todos, al menos de vista. Me saludaban con la mano y yo me descubría devolviéndoles el saludo o hablando con ellos. La gente empezó a mirarme y supe que me tenía que marchar. Aquí también hay muchos fantasmas, pero son neoyorquinos y los neoyorquinos no hablan.

Richard casi sonrió pero volvió a controlarse.

-Supongo que ver fantasmas en un sitio pequeño tiene que ser un problema enorme -murmuró.

-No me crees, ¿verdad? -Sweeney suspiró y sus ojos se llenaron de tristeza---. Si no me pasara a mí, yo tampoco lo creería.

-Yo no he dicho eso. -Vichard dejó de jugar con sus cabellos y le puso en la mano en la mejilla-. Mantengo una actitud abierta con respecto al tema de los fantasmas. Cuéntame más cosas de ellos.

-Son como transparentes --dijo Sweeney tras encogerse de hombros-, y bidimensionales. Cuando hablan, lo hacen con una voz muy fina. Y siempre saben que puedo verlos. No sé cómo, pero lo saben.

-¿Viste al vendedor? ¿Al hombre que habías pintado? ¿Es por eso que sabes que está muerto?

-Me siguió por la calle. Me pidió que mandara un dibujo que había hecho de él a sus hijos. Pero ¿cómo sabía que había hecho un dibujo de él? Lo hice la noche en que murió. Nunca llegó a verlo.

-¿Les has mandado el dibujo?

-Sí, ayer -asintió ella.

-¿Todavía tienes el cuadro?

-Claro. ¿Por qué? -Sweeney lo miró sorprendida.

-Me gustaría verlo, sólo por curiosidad.

Sweeney empezó a sentarse y recordó que estaba desnuda. Teniendo en cuenta que él ya le había visto los pechos, los había tocado y todo lo demás que había ocurrido entre ellos, si hubiera sido una persona moderna, se habría levantado y se habría vestido.

-Supongo que esto es una demostración de que no soy moderna --dijo, mirándolo con una desconsolada sonrisa. Él tenía sus ojos morenos clavados en ella. Su corazón se estremeció, o tal vez fue el estómago. Algo se estremeció en su interior. Sweeney pensó que Richard no tendría que mirarla de aquella manera, no sabía el daño que le estaba haciendo a sus órganos internos.

-¿Qué es?

-Vuélvete de espaldas --dijo, señalando su ropa.

-Ah -asintió, comprendiendo, pero no le hizo caso. Esa mirada morena era tan intensa que a Sweeney le daba miedo intentar descifrarla, aunque no sabía si lo que le daba miedo era que él quisiera demasiado de ella o quisiera demasiado poco.

Richard le pasó el pulgar por los labios y luego, suavemente, por la mejilla. Se miraron en silencio unos momentos y después, dijo:

_Estoy acelerando el divorcio.

Para poder estar con ella. Sweeney no podía fingir no haber entendido el significado que se escondía tras esa frase Él la deseaba y movía montañas legales para tenerla. Ser el objeto de una determinación tan férrea era vivificante pero también un poco, o muy, terrorífico.

Sola, Sweeney estaba a gusto, a gusto con su vida, pero en ese momento aceptó que las cosas fueran a cambiar. Richard iba a cambiarlas. Y lo qué era aún más importante, ella quería que cambiaran. Por primera vez en su vida, quería formar pareja con alguien. Quería dar una oportunidad a aquella relación. Si se quedaba sola, la vida sería mucho más previsible, pero ella no era la isla que siempre había creído ser. No siempre podría ser del todo autosuficiente. A Richard ya lo había necesitado dos veces y las dos veces lo había tenido allí para ayudarla. Depender de alguien era una novedad, pero en aquellos momentos le resultaba muy

reconfortante. Nunca hasta entonces había conocido ese tipo de seguridad, y aun menos de pequeña.

-Vístete -dijo Richard en voz baja al tiempo que se ponía en pie y se volvía de espaldas.

Vestirse consistía sólo en ponerse la sudadera y los vaqueros, lo cual hizo en pocos segundos. Se apartó el cabello de la cara, relajada y un poco adormilada todavía y con una maravillosa sensación de calidez. No tenía frío. Se sentía físicamente satisfecha y experimentaba una increíble sensación de bienestar.

-Por aquí. -Sweeney se encaminó hacia el estudio, para indicarle dónde estaba, aunque en un apartamento de cuatro habitaciones no le habría resultado difícil encontrarlo. El estudio era el dormitorio principal pero ella tenía la cama en una habitación más pequeña, así siempre sabía cuál era el lugar de dormir y cuál el de trabajar.

Había guardado la pintura del vendedor en el armario ropero. No se sentía capaz de tirarla pero tampoco quería tenerla en un sitio donde la viera todo el tiempo. Se dirigió al armario, pero Richard, en vez de seguirla, se detuvo ante cada uno de los cuadros que estaban terminados. Sweeney se puso tensa. La opinión de Candra sobre sus nuevas obras era importante para su carrera, la opinión de él importante para ella, como persona.

-Has cambiado --dijo Richard de repente, al tiempo que se detenía ante un paisaje especialmente intenso que ella había dejado apoyado contra la pared. Se agachó para verlo de cerca.

-No sabía que te hubieras fijado en mi obra -dijo ella, sorprendida y todavía incómoda. Miró el largo y bronceado contorno de su espalda, los músculos bien definidos que delineaban su columna vertebral. ¿Por qué no se había puesto la camisa? Debería ponérsela, aunque sólo fuera para su tranquilidad mental.

-Claro. A través de Candra conozco a muchos artistas pero sólo me fijo en los que me gustan.

Aquello podía interpretarse de dos maneras.

-¿Profesional o personalmente? -preguntó cautelosa.

Volvió la cabeza y la miró con una sonrisa en los labios.

-En tu caso, ambas cosas. -Se concentró de nuevo en el paisaje y extendió un dedo para tocar un riachuelo que se arremolinaba alrededor de una roca que le salía al paso. El agua en movimiento es difícil de reproducir porque tiene que transmitir movimiento y energía así como plasmar el juego de la luz en su superficie. El agua que no era lodosa adquiría el color de su entorno; sería azul bajo un cielo despejado, verde con la sombra de una montaña, gris en un día nublado. Sweeney había pasado años pintando el San Lorenzo y nunca se había aburrido porque el agua siempre era diferente.

-¿Cómo has hecho esto? -murmuró él-. Parece tridimensional. Y el color.... -Se interrumpió y se acercó hasta el cuadro siguiente, una puesta de sol en Manhattan con los oscuros edificios sin rostro recortados contra un cielo brillante. El cielo que Sweeney había pintado era de un encendido naranja y rosa y lo que habría podido ser un paisaje urbano ordinario se había convertido en algo exuberante. Había necesitado dos días de experimentación para lograr el matiz exacto.

Richard siguió callado y Sweeney no pudo soportar más el silencio.

-¿Y bien? -le preguntó con un deje de impaciencia.

Él se volvió para mirarla de frente y notó la tensión en su cuerpo.

-Siempre has sido buena, ya lo sabes. Ahora eres mejor.

Sus hombros se relajaron y se pasó una mano por los cabellos.

-Ya no puedo pintar como antes ---confesó-. Como todo lo demás, mi estilo cambió hace un año. Miro lo que hago en estos momentos y es como si lo hubiera pintado un extraño.

-Has cambiado y es precisamente por eso por lo que tu estilo ha cambiado. Tal vez todo esté relacionado, tal vez no, pero me alegro mucho de que haya ocurrido.

-¿Por qué? -preguntó Sweeney con verdadera curiosidad.

-Porque antes no me veías, y ahora me ves.

Richard estaba serio y su mirada era intensa e imperturbable. Con esa mirada podría hipnotizar a una cobra, seguro, y a ella también, ya que no podía apartar los ojos de los suyos. Empezó a protestar diciendo que si que lo había visto, pero entonces advirtió lo que él había querido decir. Hasta entonces no lo había visto como *hombre.* En su mente, los hombres eran asexuados, neutros, no le importaban en absoluto. No había querido tener que vérselas con las confusiones y complicaciones del sexo y de las exigencias emocionales y por eso los había excluido de su vida. Con el ejemplo que le daban sus padres, con sus errores acerca de lo que no convenía hacer y su propio deseo de concentrarse en la pintura, se había convertido en una monja emocional.

Tanto si los extraños cambios tenían algo que ver con su nueva actitud o era el simple paso del tiempo que había curado las viejas heridas, lo que estaba claro era que esa fase de su vida había terminado y pensaba que nunca sería posible volver atrás. Tenía los ojos abiertos y ya nunca más le pasaría por alto la naturaleza sexual de Richard, el hambre masculina que había en sus ojos cuando la miraban.

-¿Y tú me habías visto? -pregunto ella---. Antes, quiero decir. Nos habíamos encontrado ¿cuántas veces? ¿Tres?

-Cuatro. Sí, sí te había visto. -Richard sonrió-. Siempre he sabido que eres una mujer.

Su manera de mirarla le provocó un cosquilleo en los pezones y supo que si miraba para abajo, vería dos pequeños puntos fruncidos y apretados que se clavaban en la sudadera. No miró. No quería llamar su atención, en caso de que a él le hubiera pasado por alto el hecho.

-¿Te has puesto caliente o es que tienes frío? -le preguntó Y Sweeney supo que no se le escapaba nada. Se aclaró la garganta y dijo:

-Creo que me he puesto caliente porque de lo que estoy segura es que no tengo frío.

Richard echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Sweeney no sabía qué hacer, si fingir ignorancia o flirtear con él. Tenía mucho que aprender de todo aquello de ponerse caliente pero, por primera vez, pensó que el proceso sería divertido.

Pero ahora no. Todavía no. Se aclaró la garganta y se volvió hacia el armario que tenía a su espalda.

-El cuadro está aquí dentro --dijo, al tiempo que hacía acopio de fuerzas antes de abrir la puerta. No le apetecía ver el horror de la muerte. No lo pudo evitar ya que lo había guardado mojado y la pintura estaba vuelta hacia fuera. La artista que había en ella le había impedido destruir aquel cuadro, aunque nunca metía ninguno a secar en el armario.

Lo sacó apresuradamente y lo apoyó en la pared, junto al armario. Richard se acercó y miró la pintura con una expresión dura e indescifrable. Sweeney se dirigió a la ventana y se puso a mirar hacia la calle.

-Lo hiciste antes de que muriera. -Era una frase afirmativa, no una pregunta, pero, en cualquier caso eso se lo había dicho ella---. ¿Sabes qué le ocurrió?

-No, yo lo vi bien. -Se mordió el labio-. Pero siempre los veo bien, ¿sabes? -Todos los fantasmas que veía estaban sanos.

-¿Cómo se llamaba?

-No sé el nombre. Stokes de apellido. Sus hijos son David y Jacob Stokes. Los dos son abogados.

-Si no te importa, creo que haré algunas averiguaciones.

-¿Averiguaciones? ¿Qué quieres averiguar? -preguntó Sweeney con curiosidad.

-Cómo murió. -Se frotó la mandíbula con el pulgar---. Tal vez fue un accidente.

-¿Por lo de la sangre? No sé lo realista que puede ser esa pintura; tal vez tuvo una embolia. 0 un ataque de corazón. Quizá hay sangre porque... porque..., no sé, porque asocio la muerte con la sangre. 0 quizá se cayera por unas escaleras.

-Lo averiguaré -insistió Richard. Se volvió hacia la puerta. Sweeney lo siguió hasta la sala donde se detuvo a coger la camisa. Contempló cómo se la ponía y lo lamentó. Sin el menor asomo de recato, se desabrochó los pantalones y la metió por dentro. Sweeney se ruborizó, invadida por una oleada de calor.

-Tengo una cita que no puedo aplazar --dijo, mientras cerraba la hebilla del cinturón---. Coge un lápiz y un papel, voy a darte mi número de teléfono privado.

Ella no tuvo que buscar en absoluto. Era una criatura ordenada y había lápiz y papel junto al teléfono.

-Dime.

Richard recitó el número.

-No esperes a tener tanto frío que no puedas moverte. Llama inmediatamente. Si estás en lo cierto al creer que sólo te ocurre después de haber pintado en sueños, ve al estudio y comprueba si necesitas llamarme o no.

-No hay manera de saber con cuánta frecuencia sucederá. No puedes venir cada vez que tenga frío.

-Claro que puedo. No es frío, es algo más serio y tú lo sabes. Mira, por mi tranquilidad, llámame cada mañana cuando te despiertes, ¿de acuerdo? -La tomó por la barbilla y depositó un suave beso en sus labios. Fue un beso ligero y sus labios apenas se movieron sobre los de ella. Sweeney tuvo que hacer un esfuerzo para no intensificar el beso pero le resultaba muy difícil. Aquel hombre era adictivo, quería más de él, lo quería todo entero.

-¿Tiene la galería la exclusiva de la venta de tus obras a excepción de los retratos que haces por encargo? -preguntó él, haciendo una pausa junto a la puerta.

-Si, a excepción de los cuadros que hago por encargo.

-Quiero el del río ---dijo Richard-. Llévalo a la galería para que lo enmarquen y yo me encargaré de comprarlo a través de otra persona para que Candra no lo venda a alguien sólo para que yo no pueda disfrutar de él.

Y de ese modo, Candra no sabría que había algo entre ellos, pensó Sweeney. Había hecho bien en no querer enrollarse con él. Aun cuando estaban separados, la situación era incómoda. En ese momento, tomó la decisión de romper el acuerdo que tenía con Candra y buscar otra galería que la promocionase.

-Te llamaré -dijo Richard y dudó unos instantes, sin dejar de mirarla. Sweeney tuvo la impresión de que quería besarla de nuevo. Sin embargo, se lo pensó mejor y se marchó. Había tomado la decisión correcta, pensó ella mientras cerraba la puerta y corría el cerrojo, pero la decisión correcta no era siempre la más placentera. Se habían enrollado mucho más de lo que era correcto pero, al menos, él había tenido autocontrol y no había permitido que las cosas llegaran más lejos. Hasta que su divorcio fuera definitivo, no podían correr el riesgo de que se repitiera la situación que habían vivido ese día, porque la tentación era demasiado grande para resistirse a ella muchas veces.

Richard salió del edificio con el ceño fruncido. Edward lo vio y al cabo de unos segundos el coche se detuvo ante él.

-Un minuto, Edward. Tengo que hacer una llamada. -Marcó el teléfono de Información y pidió el número de David Stokes, abogado. Luego, se hizo conectar con ese número. Respondió una voz de hombre joven y Richard pidió por Stokes.

-El señor Stokes no está --dijo el hombre en respuesta a la pregunta de Richard-. Ha habido una muerte en la familia y no vendrá a la oficina en toda la semana.

-La muerte de su padre -preguntó Richard, por si Sweeney estaba en lo cierto. La historia de la chica desafiaba toda lógica, pero no quería desecharla por absurda. Ocurría algo, algo que

la hacía entrar en shock o en un estado parecido y todo lo que Sweeney había contado podía verificarse mediante la investigación y la observación y eso sería lo que haría.

-¿Es usted policía?

-Investigo esa muerte -respondió Richard relajadamente.

-Todo el mundo está conmocionado. ¿Ha descubierto algo?

-No puedo hablar de eso. Deme el teléfono particular del señor Stokes, por favor.

Richard anotó el número. Edward lo miraba por el retrovisor y sus ojos se encontraron. Por lo general, Edward era un hombre de lo más impasible pero se le veía interesado en lo que sucedía.

Richard marcó el número de David Stokes. Respondió un niño y cuando pidió por el señor Stokes, la vocecita dijo que esperara un momento y gritó: «papá».

-Diga.

-Señor Stokes, soy Richard Worth. Siento molestarlo en un momento como este pero si le parece bien, me gustaría preguntarle algo sobre la muerte de su padre.

-Sobre su asesinato, querrá decir -replicó David Stokes.

Capítulo 11

Elijah Stokes había sido asesinado, víctima de un violento robo en plena calle. Lo habían atacado, llevado a rastras entre dos edificios y golpeado hasta la muerte. Murió de varias heridas graves en la cabeza infligidas por un objeto contundente. Una testigo reacia finalmente había declarado que vio a un joven que salía corriendo del callejón la tarde de los hechos.

Richard pensó en los detalles que había sabido a través del triste y abatido David Stokes. No le gustaron en absoluto.

Sus empleados del turno de día ya se habían marchado y se quedó solo en casa. Era la hora del día que más le gustaba. Por lo general, trabajaba de noche y, de hecho, necesitaba estudiar unos informes que tendría que haber leído esa mañana, pero no estaba de humor para márgenes de beneficios ni opciones de compra.

Sacó una botella de cerveza del frigorífico y se sentó ante el televisor. Para Candra, el que le gustara la cerveza siempre había sido un recordatorio de sus orígenes campesinos. Aunque rara vez decía algo al respecto, Richard siempre notó su mezcla de disgusto y desdén. Al principio de estar casados, cuando a él le importaba lo que ella pensase, se limitó a una lista de vinos, combinados y whiskis elegidos por Candra. Proyectar la imagen correcta nunca le

había parecido importante, ni antes ni ahora, pero a ella sí. Cuando empezó a engañarlo, a él dejó de importarle y desde entonces en adelante siempre tuvo cerveza en el frigorífico.

Pensó que Sweeney no debía distinguir un vino de otro ni tampoco debía importarle demasiado. Era una actitud placentera.

Apoyó los pies en la mesilla y puso un canal de noticias, pero ya sabía el índice Dow Jones y el Standard and Poor. Estaba al corriente del último precio del oro, de lo que estaban haciendo los mercados asiáticos, de lo que hacían los accionistas de Chicago y le importaba un pito. El trabajo podía esperar. Tenía la mente ocupada en cosas mucho más importantes.

Que Sweeney afirmase ver fantasmas y afectar a los aparatos electrónicos no le preocupaba. No lo creía necesariamente pero tampoco le preocupaba. Era evidente que estaba en sus sanos cabales, en el peor de los casos, sus convicciones podían resultar excéntricas. El efecto sobre los aparatos electrónicos se explicaba fácilmente. Algunas personas no pueden llevar relojes de baterías porque su campo energético personal hace que esos aparatos funcionen mal. Y si era cierto que Sweeney podía cambiar las luces los semáforos, a él le parecía muy bien.

En cambio, había otras cosas que sí lo preocupaban. Esas tiritonas extremas que tenía, tanto si estaban causadas por un shock o por otra cosa, eran tan serias que la incapacitaban. Richard no sabía si corría algún peligro físico pero, a juzgar por lo que había visto esa mañana, era mas que posible. Tanto si estaban provocados por su imaginación como si se debían a algún trastorno físico, las tiritonas y el frío eran reales.

Quería creer que había un trastorno físico, algo que pudiera remediarse con una medicación. Eso sería la causa más lógica y también la solución.

Por desgracia, estaba la pintura de Elijah Stokes, y a eso no le encontraba ninguna explicación.

Tan pronto como vio el cuadro, supo que representaba una muerte violenta. Sweeney no parecía captar lo que había pintado porque había visto pocas muertes y violencia. Él sí, en el ejército. Le habían enseñado a ser eficientemente violento, a cumplir con su misión, a evitar ser capturado y a matar. Lo había hecho bien, y no sólo en los ejercicios de prácticas. Los soldados de las tropas de salto, como los de otras fuerzas especiales, realizaban misiones clandestinas que nunca aparecían en las noticias. Sabía cuál era el rostro de la muerte, lo que era una herida por objeto contundente, y al hablar con David Stokes este le confirmó lo que ya sabía, que su padre había sido asesinado.

Pero Sweeney no vivía en el mismo barrio que Elijah Stokes ni tampoco supo cómo se llamaba hasta que el mismo fantasma se lo dijo. Tampoco pudo haberse enterado de su muerte y haber hecho después el cuadro porque, esa mañana, el lienzo estaba totalmente seco. En el momento en que Sweeney se había vuelto de espaldas, había tocado la pintura, sobre todo el grueso trazo de sangre roja y no estaba pegajosa. No, Sweeney no sabía que Elijah Stokes había sido asesinado y él no quería decírselo. La pintura ya la había alterado bastante y Richard no quería que eso provocase un nuevo episodio de hipotermia o de shock.

Si un año antes o un mes antes alguien le hubiera dicho que contemplaría la idea de que los fenómenos paranormales podían ser reales, se habría reído en su cara, eso era carnaza para la prensa sensacionalista. Pero se trataba de Sweeney; no era una mentirosa, los engaños de cualquier tipo no iban con ella. Ver la reacción que había tenido con los McMillan lo había hecho reír porque en su rostro se notaba la repulsión que le producían y su desesperación por

marcharse de allí. Cuando ella no quería decirle algo, no fingía no saber las respuestas que él pedía, se limitaba a adoptar una actitud rebelde y obstinada. No le gustaban los juegos, no sabía jugar.

Después de las mentiras de Candra, después del esnobismo social en el que había vivido los últimos diez años, Sweeney era como un vaso de agua fresca. Franca y directa, de modo que aunque no creyera todo lo que le había contado, tenía que creer que le había ocurrido y que había pintado la escena de la muerte de Elijah Stokes sin haberla visto, sin haber sabido que el viejo había muerto.

Así, con las pruebas en la mano, tenía que desechar la lógica y hacer un acto de fe. Sweeney no estaba loca ni contaba mentiras. Richard se veía obligado a creer que, como mínimo, la chica había tenido una auténtica experiencia mediúmnica

Si la amaba, debía creer en ella.

Hijo de puta. Sorprendido por ese pensamiento, Richard se puso en pie de un salto y con inquietud, caminó de un lado al otro de la habitación. Desearla era una cosa, una reacción de buena salud sexual ante una mujer atractiva. Le gustaba. La primera vez que le pidió para salir, hacía sólo unos días, ya sabía que quería tener con ella una relación estable, exclusiva y muy sexual. No había pensado en el amor. Estaba terminando con un matrimonio desgraciado, aunque el divorcio era sólo el epitafio legal en la tumba de algo que ya llevaba mucho tiempo muerto. Amar a Sweeney no era práctico. No era un buen momento y, además, sospechaba que la chica podía ser realmente pesada. Era una persona difícil y quisquillosa.

Pero tenía sentido del honor, y esa mañana, al despertar en sus brazos, la sonrisa que le había dedicado tenía la dulzura de las sonrisas de los ángeles. El corazón de Richard había dado un salto y en ese momento supo que estaba en problemas. Un hombre haría muchísimo por una mujer que le sonriese de aquella manera, cálida, soñolienta y satisfecha. Movería montañas por el privilegio de hacerle el amor, de contemplar su rostro mientras él la llevaba al orgasmo. Como ya había saboreado un anticipo de la pasión de Sweeney, sabía que no podría aguantar mucho tiempo. De una manera o de otra, Candra firmaría esos papeles y él recurriría a todos los favores que le debiesen para que el juez dictaminase enseguida. Muy pronto. En una semana. El dinero podía obrar milagros y él tenía mucho. No se le ocurría una manera mejor de gastarlo. Había llegado la hora de que el dinero le diera alguna satisfacción y para él no había satisfacción mayor que la de tener a Sweeney entre los brazos, en su cama, en su vida.

Tendría que hacer cambios drásticos y los iba a hacer enseguida. Sweeney era el cambio más drástico, pero los otros también eran importantes. Estaba cansado de las finanzas, de la vida que lo había llevado hasta allí. No era eso lo que quería de manera permanente, sino sólo un medio para lograr otros objetivos. No le gustaba lo que veía en el mercado de valores y había llegado el momento de dejarlo. Pensó que tenía un año para hacerlo, pero vender sus valores le llevaría tiempo y no quería esperar hasta el último minuto.

El efecto 2000 que afectaría a los ordenadores de todo el mundo al final de 1999 no tenía un buen pronóstico. A través de la información que había pasado por sus manos, sabía que muchas empresas no tendrían los ordenadores arreglados para esa fecha. El efecto que eso ejercería en el mercado nadie lo sabía, pero si muchas empresas tenían que cerrar, la bolsa quedaría colapsada. Si hubiera estado satisfecho con la vida que llevaba, tal vez habría

Librodot

decidido correr el riesgo, pero dadas las circunstancias del momento, había llegado la hora de dejarlo.

No quería predecir lo que ocurriría ni cambiar sus acciones a otras empresas cuyo sistema informático estuviera preparado para el cambio de milenio. Nunca había querido pasarse toda la vida jugando a la bolsa y amasando fortuna. Siempre había tenido otros planes y había llegado el momento de ponerse a trabajar en ellos.

Sweeney complicaba las cosas y no sólo por problemas de tiempo. No quería un romance a larga distancia, la quería a su lado y no sabía qué pensaba ella acerca de irse a vivir con alguien.

Grandes planes, pensó burlándose de sí mismo. Echó la cabeza hacia atrás y apuró la cerveza. Estaba haciendo planes para el futuro de Sweeney sin haberle preguntado siquiera si quería unirse a él. ¿Y por qué no, demonios? Ella le había desorganizado la vida, así que era justo que se aviniera a ayudarle a organizarla de nuevo. Richard pensó que tenía buenas posibilidades de éxito, sobre todo si contaba con el comentario que había hecho ella por la mañana acerca de lo mucho que la habría horrorizado que le hubiera ocurrido algo. Sonrió para sí. Eso no era aprovecharse de sus sentimientos hacia él, en realidad, sabía que le costaría mucho convencerla.

Eran casi las dos de la madrugada cuando Sweeney se revolvió en la cama y frunció ligeramente el ceño. En su garganta sonó un gemido apenas audible, una callada protesta de su subconsciente. Unos momentos después, salió de la cama con unos movimientos tan pausados que las mantas apenas se movieron. Se quedó unos instantes junto a la cama, con la cabeza ladeada, como si escuchara algo. Luego suspiró y cruzó en silencio el oscuro apartamento en dirección al estudio.

Había puesto el cuadro de los dos zapatos apoyado en la pared, para que no molestara y pudiese mirarlo. Los zapatos la habían desconcertado. ¿Por qué había pintado zapatos? Después del alivio inicial de saber que no había plasmado otra muerte, a medida que avanzaba el día, la inquietud había ido creciendo en ella. Los zapatos no estaban terminados, necesitaban más trabajo. Saberlo le había hecho temer la noche como nunca en su vida.

En esos momentos, se dirigió directamente hacia el cuadro de los zapatos y lo colocó en el caballete. Mientras elegía los tubos de pintura, su expresión se mantuvo tranquila y vacía. Luego, empezó a trabajar con pinceladas rápidas y precisas, añadiendo detalle tras detalle.

No trabajó mucho tiempo, algo menos de una hora. De repente, se estremeció y notó que le pesaba todo el cuerpo, presa de la fatiga.

Cerró los tubos, puso los pinceles en trementina y se volvió a meter en la cama en silencio.

Durmió hasta tarde, hasta casi las ocho pero, tan pronto como despertó, supo que lo había hecho de nuevo. Tenía frío y el calor de la manta eléctrica no le llegaba al cuerpo. La noche anterior, al acostarse, la cama estaba caliente, una sensación tan deliciosa que casi había ronroneado al deslizarse entre las sábanas. Para cualquier otra persona la cama seguiría caliente, lo sabía, pero para ella, ya no lo estaba.

Como no era una idiota que no quisiera afrontar la realidad, se vistió corriendo y fue a la sala donde tenía anotado el número de Richard. Cuando cogió el teléfono inalámbrico y pulsó el

número, vio que sus manos no tenían color a excepción de las uñas, que mostraban un intenso tono azulado.

Fue el propio Richard quien respondió al teléfono y la pequeña tensión de Sweeney se relajó al oír el sonido de su voz profunda y calmada.

-Soy Sweeney --dijo, intentando parecer animada, pero en aquel momento sufrió una violenta tiritona y la voz le tembló Ha vuelto a ocurrir.

-Voy ahora mismo.

Así de fácil, pensó maravillada Sweeney mientras colgaba el auricular. Sin preguntas, sin decir que en ese momento estaba ocupado. Ella lo necesitaba y él lo dejaba todo para estar con ella. Eso le provocó cierta tensión en el pecho, como si se estuviera resfriando. Los ojos se le llenaron de lágrimas e intentó contenerlas, decidida a no ser otra vez tan cobarde.

Fue a la cocina. El café estaba hecho pero ya se había enfriado. Se sirvió una taza y la metió en el microondas, esperando impaciente que sonara el timbre. Los escalofríos le recorrían la columna vertebral y le ponían la piel de gallina. Sintió que sus muslos se tensaban con otro escalofrío.

Bebió a toda prisa la primera taza de café y calentó otra. Tuvo que sujetarla con ambas manos para no derramarla y quemarse porque seguía temblando intensamente.

Sweeney advirtió que los ataques eran cada vez peores. En cada nueva ocasión se enfriaba más deprisa. Tal vez tendría que llevarse la cafetera al dormitorio para poder tomarse el café en la cama. Por otro lado, el café tampoco la aliviaba tanto. De hecho, lo único que la aliviaba era Richard.

Sólo pensar en él le avivó una chispa de calor en las entrañas. Ése era el truco, pensar en él. El día anterior, había pensado incesantemente en él y había revivido una y otra, vez aquellos increíbles momentos carnales en sus brazos. El que no hubieran hecho el amor era un tributo a su autocontrol, no al de ella, y Sweeney seguía sorprendida de sí misma, sorprendida del calor que la había llenado, del ciego impulso físico que la había llevado a buscar satisfacción. Nunca habla experimentado nada igual, pero ahora que ya lo había probado, no sabía si podría mantener mucho tiempo una relación tan platónico.

¿A quién quería engañar? No habían consumado la relación pero distaba mucho de ser platónica. Llevaba años orgullosa de sí misma por su impermeabilidad a la tentación sexual, pero una sola mirada de Richard le había desmontado las defensas y hecho saltar las entrañas. Sweeney pensó que tenía que afrontar ese hecho. Con Richard, ella era fácil de dominar.

Temblorosa, consultó su reloj. ¿Tardaría mucho más? Podía llegar en cualquier momento.

Hundió los hombros para protegerse del frío pero de repente los enderezó y corrió al baño. Se lavó los dientes e intentó peinarse unos cabellos que parecían un matorral. Sus esfuerzos resultaron inútiles y entonces se puso una crema suavizante en los rizos más enmarañados. ¿Maquillaje? ¿Tenía que pintarse los labios? Se miró al espejo y se preguntó qué color taparía mejor sus labios azulados. Perfume, tal vez. Mierda, no tenía.

Librodot

-Que mal -susurró. Allí estaba, temblando sin cesar, tanto que empezaba a dolerle todo el cuerpo, y preocupándose del maquillaje y del perfume. Para su horror, descubrió que había querido «arreglarse».

Sonó el timbre. Se secó las manos a toda prisa y corrió hacia la puerta. Mientras la abría, los dientes le rechinaban.

-He perdido la cabeza -le dijo, con tristeza, echándose en sus brazos-. Me estoy muriendo de frío y lo único que me preocupa es el lápiz de labios. Y además, he abierto la puerta sin asegurarme de que eras tú. Todo esto es culpa tuya.

-Lo sé -murmuró Richard al tiempo que la abrazaba con fuerza para que dejase de temblar. Sweeney hundió la cara en su cuello, buscando el calor de su aliento. Tenía la nariz tan fría que Richard se sobresaltó. Un exuberante rizo le rozó los labios mientras se volvía para cerrar la puerta.

-Hoy no ha ido tan mal. Te he llamado en cuanto me he levantado. -Como perdió el control de sus dientes y estos empezaron a rechinar otra vez, lo que dijo no sonaba demasiado creíble.

-Bien. -Richard la llevó al sofá-. ¿Dónde está la manta?

-En la si-silla de mi dormitorio.

-Iré a buscarla --dijo, tras dejarla sentada.

Volvió en cuestión de segundos y le dijo que se tumbara de lado en el sofá. Luego se tumbó junto a ella y echó la manta por encima de ambos. Después, se sentó de nuevo y se quitó el suéter, dejándolo caer al suelo. Volvió a tumbarse a su lado y le tomó las manos para calentárselas sobre su torso.

Los dedos de Sweeney estaban helados. Richard le puso las manos en la espalda y le masajeó la columna vertebral. Ella se estremeció de placer al empezar a notar que entraba en calor.

-Ya está pasando -dijo, al tiempo que notaba que la tensión de sus músculos se relajaba y la invadía un profundo bienestar. Respiró hondo y despacio, llenándose los pulmones con su aroma. El olor de Richard era cálido y almizclado, indiscutiblemente masculino. El aroma de la testosterona, pensó Sweeney, riendo para sus adentros.

-¿Estás mejor? -preguntó él-. Su voz era más grave y profunda de lo habitual.

-Mmmmm. No está mal.

-Porque esta vez no has esperado. -Le rozó la oreja con los labios y luego le besó la sien. Le acarició suavemente la espalda con la mano, estrechándola aún más contra él. Entrelazaron las piernas y Sweeney notó una pierna de dura musculatura entre sus muslos.

Al notar su erección, contuvo el aliento.

-No puedo seguir llamándote cada vez que tenga frío -murmuró ella---. Esto es demasiado tentador.

-Ni que lo digas -replicó Richard con tristeza. Sweeney notó que sus labios se curvaban sobre su sien al tiempo que sonreía. Luego volvió a besarla de nuevo en ese punto. Después le alisó los rizos hacia atrás y le recorrió lentamente el lóbulo de la oreja con el dedo-. No podría repetir lo de ayer. Si hoy tuviera que quitarte la ropa, te follaría sin pensarlo un segundo.

Su voz era baja e íntima, tierna hasta lo indecible. La promesa gráfica evocaba una imagen asombrosa y las entrañas de Sweeney se estremecieron en una expectación casi insoportable. No podía protestar porque no quería otra cosa que lo que él había dicho que haría. Le pasó la mano por la espalda y notó la fuerza de sus músculos y su manera de tensarse bajo sus caricias.

-Te deseo -susurró ella, incapaz de fingir, como si él no supiera cómo la encendía. Él lo había sabido desde el principio, antes de que ella tuviera que admitirlo.

El cuerpo de Richard se arqueó y luego onduló sobre el de ella, presionándola más contra el sofá. Encajó el muslo en la entrepierna de Sweeney y respiró de manera irregular, casi temblorosa.

-Me siento como un adolescente pegándose el lote en el sofá. Se me había olvidado lo frustrante que es.

Sweeney movió los labios en su cuello. Era inexperta pero no ingenua o ignorante. Podían darse satisfacción mutua de muchas maneras sin hacer el acto sexual y la tentación de sugerir una o varias o todas era muy grande. No lo hizo. No sólo no estaba segura de si su fuerza de voluntad superaría la prueba sino que, además, hacerlo era como una mentira, era quitarse los remordimientos de conciencia gracias a una detalle técnico, por así decirlo. Sería delicioso y a ambos les daría mucho placer, pero incorrecto. Hasta que el divorcio fuese definitivo, era incorrecto. Tal vez muchas mujeres no lo vieran de ese modo pero es porque no habrían crecido con el ejemplo de unos padres como los de Sweeney.

No se atrevió ni a besarlo siquiera, aunque se moría de ganas de saborearlo. Notó la tensión que se acumulaba en su gran cuerpo y sintió que sus propias carnes vibraban en respuesta. Cualquier cosa que hiciera los llevaría a soltarse del todo y ya no habría vuelta atrás, así que Sweeney decidió no moverse.

Sin embargo, era placentero estar allí tumbada en sus brazos, sintiendo que su tórax se expandía con cada respiración al tiempo que oía los latidos de su corazón. En aquella transmisión de calor corporal había bienestar animal. Por encima de todo, había una sensación que era nueva para ella, la sensación de pertenecer a algo, la asombrosa comprensión de que no estaba sola en el mundo, el que, en cierto modo¡ había entrado a formar parte de una pareja,

Saber que Richard la cuidaba y que era importante para él era una sensación embriagadora. Sweeney no recordaba haber sido importante para nadie. No sabía por qué esta conexión se había establecido tan deprisa o por qué había confiado en Richard enseguida, pero lo cierto es que había ocurrido y los porqués no cambiaban las cosas.

_¿Qué has pintado esta vez? -preguntó Richard cuando hubieron pasado diez minutos desde su última tiritona. Sweeney había entrado en calor y estaba soñolienta, casi aturdida.

-No lo sé -respondió ella un tanto sorprendida-. Ni siquiera he ido al estudio. En la cama tengo una manta eléctrica y cuando me despierto y tengo frío, pienso que es que he pintado dormida de nuevo. Mira que si te he hecho venir para nada.

-Prefiero que me llames al primer escalofrío y no que dejes que las tiritonas lleguen al extremo de ayer. Me preocupaste muchísimo.

- Yo también estoy muy preocupada --dijo Sweeney con ironía y es cuchó el retumbo de su risa en su tórax. Le gustaba la profundidad de su voz y el vello de su pecho le rozaba la barbilla y eso también le gustaba. Todo en él era tan masculino que apenas podía controlarse.

-¿Tienes calor?

-Estoy ardiendo,

-Entonces, tenemos que levantarnos.

-¿Por qué? Estoy tan cómoda.

-Porque no soy un santo.

Sweeney quiso quejarse y gemir al perder el calor corporal de Richard pero accedió por su bien.

-De acuerdo -dijo.

Él cogió el suéter del suelo y le dio la mano para que se pusiera en pie. Luego se dirigieron al estudio. Sweeney se detuvo en la cocina a servirse otra taza de café. Richard no quiso tomar nada y, mientras, se dedicó a ponerse el suéter. Sweeney ni siquiera pensó que era la primera vez que tenía a un hombre en la cocina y, a hurtadillas, admiró su cuerpo. Cuando el suéter estuvo en su sitio, contuvo un suspiro de pesar. Era una pena tapar un tórax como aquel.

-Venga, no te andes con más rodeos -dijo Richard, y hasta entonces ella no advirtió que estaba retrasando a conciencia el momento de entrar en el estudio. La noche anterior había pintado zapatos, a saber qué habría pintado esta, eso en el caso de que hubiese pintado algo.

Con la mano apoyada en la parte baja de la espalda de Sweeney, fueron a su estudio y ella miró a su alrededor y vio que la tela que había dejado apoyada contra la pared no estaba en su sitio.

-Parece que esta noche he trabajado en los zapatos --dijo, tranquilizándose. No le gustaba caminar en sueños y pintar dormida cosas que no recordaba, pero podía haber elegido temas mucho más preocupantes que unos simples zapatos.

Había un caballete cambiado de sitio, de forma que la tela se encontraba de cara a las ventanas del lado norte.

Se acercaron juntos y estudiaron el cuadro. Sweeney se fijó en los detalles que había pintado durante la noche, examinando las pinceladas con ojo clínico. Eran tan delicados y las líneas tan suaves que la pintura parecía una fotografía. No había empleado su técnica habitual pero la obra seguía siendo inconfundiblemente suya. Aparecía otro zapato, uno de tacón de aguja, pareja del que ya había pintado. En el nuevo, había añadido una pie de mujer hasta el tobillo.

Y, también, un pie descalzo de mujer y parte de la pierna, hasta la rodilla, tendida junto al zapato vacío. La pintura no era ninguna escena horrible, al menos en lo que llevaba completado hasta entonces, pero no pudo evitar que se le hiciera un nudo en el estómago. Asustada, se estremeció.

-Bien --dijo-. He añadido partes del cuerpo. -Pese a lo alterada que estaba, su voz sonó natural.

Richard notó el estremecimiento y la estrechó más contra sí. Examinó el cuadro con expresión sombría.

-Va a ser como lo del vendedor de salchichas, ¿no? La mujer está muerta, ha perdido un zapato. 0 si todavía no está muerta, pronto lo estará y siento como si fuera por mi culpa. -Sweeney intentó separarse pero Richard la volvió hacia él y la abrazó con más fuerza, poniéndole su gran mano en la nuca y apretándole la cara contra su pecho.

-No es culpa tuya y tú lo sabes.

-Por lógica, no -replicó ella con la voz apagada-, pero si lo miras desde otro punto de vista... Ya sabes.

-Sí, parece incontrolable. -La besó en la cabeza.

-Me pregunto qué ocurriría si destruyera el lienzo.

-Nada. El que hayas pintado esa escena no tiene ningún efecto sobre la persona. A ver si comprendes esto, cariño. Sean cuales sean las -vibraciones que captas, te afectan a ti pero no a la otra persona.

-Me gustaría estar segura de eso.

-Puedes estarlo porque pintaste a Elijah Stokes después de que estuviera muerto, no antes.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó ella sorprendida, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás para mirarlo.

-He hablado con su hijo David. El señor Stokes murió a última hora de la tarde y tú no lo pintaste hasta la noche.

Meditó en aquellas palabras y se sintió aliviada, aunque pensaba que le quedaban algunas preguntas que formular y no sabía cuáles eran. Suspiró, lo abrazó por la cintura y se sintió confortada por la solidez y la fortaleza de aquel cuerpo. ¿Lo había abrazado antes? Le había tocado y acariciado la espalda, pero no sabía si había llegado a abrazarlo. Notó un cosquilleo en la conciencia. Ella sólo había hecho que recibir, mientras que él había dado todo el tiempo, pero incluso las personas fuertes tenían necesidad de que las abrazasen. Ella siempre se había considerado fuerte y lo necesitaba tanto...

Richard se echó hacia atrás para poder verle la cara y preguntó:

-¿Te sientes mejor?

-Sí, me siento aliviada aunque todavía estoy algo preocupada. -Consiguió sonreír, dejando de lado la sensación de incomodidad-. Y tengo hambre. ¿Has desayunado?

-sí, hace mucho rato pero podría hacerlo de nuevo. ¿Te gustaría que saliéramos a desayunar? Sería nuestra primera salida juntos.

-Salir juntos, no sé si debemos. -Le sonrió, pensando en todo lo que habían hecho juntos y todo lo que aún les quedaba por hacer.

Richard le devolvió una sonrisa divertida y lastimosa a la vez.

-Ya llegará mi día, pequeña. Cuando por fin pueda tumbarte boca arriba... Recuerda que tengo mucha frustración acumulada y que eso tendrá que arreglarse.

_Dices unas cosas tan dulces -susurró Sweeney, y luego se echó a reír porque nunca había practicado aquellos juegos eróticos, nunca había excitado a un hombre ni había sentido el deseo de este hacia ella como si fuera un gigantesco tsunami a punto de chocar contra su cabeza. Era embriagador, excitante y... y maravilloso.

Richard la volvió hacia la puerta y la instó a entrar en su cuarto.

-Ponte unos zapatos, y un sujetador. Esos saltitos de tus pechos son demasiado para mi autocontrol.

Sweeney se puso más que unos zapatos y un sujetador. Se cambió la sudadera gris por un jersey azul y se maquilló. Miró sus cabellos con preocupación, se apartó un rizo de la cara y decidió dejarlo como estaba. Luego, cogió el bolso y salió a la sala, donde encontró a Richard leyendo uno de sus libros de fantasmas.

-He estado investigando el tema de los fantasmas desde que empezó todo esto - explicó-. Tengo la esperanza de encontrar alguna explicación de por qué he empezado a verlos pero, de momento, todo lo que he leído es sobre los propios fantasmas, no sobre quienes los ven. Hay espíritus que se marchan de inmediato; otros se quedan más tiempo; algunos no se van jamás.

-Y los que se quedan, ¿por qué lo hacen? -Se puso en pie y caminó con ella hacia la puerta.

-Hay muchas teorías distintas. Tal vez les queden cabos sueltos por atar, quizá están confundidos y no cooperan, quién sabe... Un libro dice que sólo los espíritus desgraciados se convierten en fantasmas, así que, técnicamente, los que se quedan más tiempo no son fantasmas, están como haciendo una escala.

-Sí, es una manera de verlo -murmuró él.

Sweeney cerró la puerta a sus espaldas y caminaron hasta el ascensor. Vio que Richard miraba a su alrededor, examinando el edificio por si había desperfectos. Los apartamentos no eran lujosos ni siquiera caros pero, por lo general, todo estaba en buen estado. Si el ascensor se estropeaba, los inquilinos no tenían que esperar semanas para que lo reparasen. Las bombillas se cambiaban cuando se fundían y, regularmente, se hacía el mantenimiento de las conducciones del agua. El edificio era viejo, pero los inquilinos, ella incluida, podían considerarse afortunados.

Esperaron que llegara el ascensor, observando el anticuado dial cuya aguja señalaba en qué piso se encontraba. La aguja iba subiendo y Richard le puso la mano en la cintura y flexionó un poco los dedos como si saborease el tacto de su cuerpo. Sweeney inclinó la cabeza para sonreírle justo cuando el ascensor se detuvo ante ellos, se abrieron las puertas y apareció Candra.

Al verlos, se quedó helada y palideció. Se fijó en que Richard tenía la mano en la cintura de Sweeney y en lo juntos que estaban y su rostro se encendió de ira.

-Qué divertido encontrarte aquí -le dijo a Richard, con los puños apretados.

El ascensor se cerró tras ella. Richard se inclinó hacia adelante, pulsó de nuevo el botón y las puertas volvieron a abrirse.

-¿Dónde quieres que vayamos a desayunar? -le preguntó a Sweeney con voz calmada, haciéndola entrar en el ascensor al tiempo que pulsaba el botón de la planta baja. *Sweeney lo miró* sorprendida, admirando su frialdad y su tranquilidad. Ella se había quedado casi paralizada por la incomodidad de la situación.

Enfurecida, Candra entró en el ascensor mientras las puertas empezaban a cerrarse.

-No te atreverás a deshacerte de mí.

-Lo que Sweeney y yo hagamos no es cosa tuya. -Su voz todavía era calmada y su actitud completamente controlada. Sweeney notó con más firmeza la mano en la cintura.

-¡ Pues claro que sí! -Candra estaba tan furiosa que la voz le temblaba-. ¡Todavía eres mi marido!

Como estaba muy cerca de él, Sweeney notó que la tensión se adueñaba de su cuerpo y que sus ojos se cerraban, convirtiéndose en peligrosas ranuras. Por primera vez en su presencia sintió miedo, y eso que aquella mirada ni siquiera iba dirigida a ella.

-No querrás venir con nosotros, ¿verdad? -le preguntó en voz baja.

-No me digas lo que quiero o lo que no quiero. -Temblorosa, Candra, alargó los brazos para recuperar el equilibrio en el mismo instante en que el ascensor empezaba a bajar. Sus ojos de color miraron a Sweeney.

-¡Tú! Te pregunté si entre Richard y tú había algo y me mentiste, ¡puta!

-Ya basta -espetó Richard, pasando el brazo alrededor de Sweeney para apartarla de Candra al tiempo que, con su cuerpo, se interponía entre ellas.

-Oh, no te preocupes -se burló Candra---. Soy demasiado adulta para pelearme por un hombre, aunque seguro que Richard estaba acostumbrado a ello antes de conocerme. ¿Es eso lo que hacen tus amiguitas sureñas bebedoras de cerveza?

-En realidad -dijo Sweeney tras aclararse la garganta-, he nacido en Italia.

-¡Me importa un pepino donde hayas nacido! -gritó Candra. Sweeney asomó la cabeza y vio que las lágrimas en el rostro de Candra le estaban estropeando su perfecto maquillaje-. Eres

Librodot

una pueblerina tan poco refinada que es natural que se sienta a gusto contigo. Pero te prometo que nunca volverás a vender un cuadro en mi galería ni en ninguna otra de la ciudad después de...

Sweeney notó que Richard perdía los nervios. Dio un paso hacia Candra al tiempo que el ascensor se paraba y las puertas se abrían. Con la cara blanca como la cera, Candra retrocedió.

-Tienes toda la razón: estoy muy a gusto con ella --dijo en un tono de voz tan bajo que Sweeney apenas lo oía---. No sabes lo bien que sienta estar con una mujer que no se acuesta con todas las pollas promiscuas que encuentra como haces tú. Sí, conozco a todos los tipos con los que te has acostado pero, ¿sabes una cosa? No me importó nada porque tú no me importabas nada. Lo que sí me importó fue que abortaras un hijo mío. ¿Sabes lo que es el odio, Candra? Eso es lo mejor que siento por ti. Ya te advertí lo que haría si intentabas arruinar la carrera de Sweeney y lo dije en serio, por lo que será mejor que te pienses dos veces cualquier decisión que quieras tomar respecto a eso.

Sacó a Sweeney del ascensor y volvió a tomarla por la cintura. Apenas habían dado dos pasos cuando se detuvo y se volvió de nuevo hacia Candra.

-Por cierto, he añadido otra cláusula al divorcio. Sweeney está eximida de cualquier acuerdo sobre la galería, sin penalización y...

-No puedes seguir añadiendo cláusulas, maldita sea.

-Puedo y quiero hacerlo. Tu única esperanza de quedarte con la galería es aceptar esas cláusulas. Si no, en tres días no tendrás que preocuparte por la carrera de Sweeney porque te sustituiré al frente de la galería y te prohibiré entrar en ella.

-Te mataré por esto -gritó Candra entre sollozos. Las otras personas que estaban en el vestíbulo, el portero y un tipo que vivía en el segundo piso, miraban fijamente sin querer perderse ni un detalle de aquel revuelo-. La galería es mía y...

-No -la interrumpió Richard-. La galería es mía. Hasta que no firmes esos papeles, la galería es mía y si tardas mucho en firmarlos, siempre lo será.

Capítulo 12

Richard salió a la calle con Sweeney, y Candra se quedó llorando en el vestíbulo. Al ver que la llevaba hasta el Mercedes, aparcado a poca distancia de allí, Sweeney supo que había conducido hasta allí él mismo. El barrio no era de los mejores, una zona residencial que se estaba quedando anticuada, pero de cualquier manera, un coche corno aquél allí estacionado tampoco corría ningún peligro.

Mientras Richard abría la puerta del pasajero, ambos se mantuvieron en silencio. Sweeney entró intentando encontrar algo que decir. Enterarse de cómo era realmente Candra y de las razones verdaderas del divorcio la había conmocionado un poco, pero en realidad, más por Richard que por ella misma.

-Lo siento --dijo él cuando ya llevaban un minuto circulando-. Sé que una de las razones de que no quisieras saber nada de mí era evitarte escenas como esta.

-No ha sido culpa tuya, sino de ella. -El semáforo al que se acercaban cambió a verde-. Yo también lo siento. Lo... lo del aborto. No lo sabía.

-Lo hizo hace unos dos años. -Su boca era una delgada línea de tristeza-. No lo supe hasta poco después de que tú llegaras a la ciudad. Entonces la eché de casa y pedí el divorcio.

-¿Tú querías tener ese hijo? -Sweeney pensó inmediatamente que era una estupidez haber hecho esa pregunta. Pues claro que quería tener hijos. De otro modo no le habría dolido tanto saber lo del aborto.

-Entonces ya no. No con ella. Su embarazo fue un accidente, pero una vez embarazada... Eso ya era distinto. Existía, era mi hijo.

Sweeney no podía imaginarse ser la esposa de Richard y abortar un hijo suyo. Ella nunca había pensado en tener hijos, y punto. Le costaba imaginar a su padre preocupándose por su descendencia, la nacida o la que no había llegado a nacer.

-¿Cómo te enteraste?

-Me lo explicó ella misma. Estábamos discutiendo, había bebido... y me lo soltó a bocajarro.

El segundo semáforo se puso en verde cuando se acercaban.

-Creo que, desde ahora en adelante, te quedarás para siempre sentada en el coche -le dijo con una sonrisa.

Sweeney comprendió que Richard necesitaba cambiar de tema y se recostó en el asiento, relajándose.

-¿Adónde vamos?

-A un pequeño restaurante que conozco. Nada elegante.

-Mejor, a mí lo elegante no se me da bien.

El pequeño restaurante estaba al otro lado del río, en Nueva jersey. Cruzaron el túnel Holland en un tiempo récord, y Sweeney se sintió un poco complacida de sí misma. Si Richard había dudado de ella con respecto a lo de las luces de los semáforos, ya no podría hacerlo.

En el restaurante, que no podía haber cambiado mucho desde los años cincuenta, se sentaron en un reservado y cuando llegaron los huevos y el café, Sweeney comentó:

-Creía que la galería era de Candra.

-Ella la dirige pero yo soy el dueño.

-¿Ibas a comprar uno de mis cuadros en tu propia galería? ¿Y pagar la comisión?

-Si Candra no firma los papeles antes de la fecha límite -respondió tras encogerse de hombros- y yo me quedo la galería, la comisión no entra. De todos modos, firmará. Es lo que más le interesa.

Librodot

-Pero ¿y si no lo hace? Se ha puesto hecha una fiera al encontrarte conmigo y tal vez dificulte los trámites todo lo que pueda.
-La dejaré en la ruina --dijo Richard en voz baja---. No le quedará ni un céntimo y ella lo sabe.

-Me pregunto por qué habrá venido a mi apartamento -dijo Sweeney, a quien acababa de ocurrírsele aquella idea.

-No es una estúpida y me conoce muy bien. Ese día, en la galería, vio que me "interesabas". Hace poco, vino a casa y me hizo una oferta: si yo aumentaba la pensión, no impediría las ventas futuras de tus obras. Mi contraoferta no le gustó.

-Ya me lo imagino. -Y era cierto. Richard podía ser un enemigo peligroso-. Pero, de todos modos, ¿por qué habrá venido a verme?

-Para pedirte que me convencieras de que aumentara la pensión.

Entonces, ¿por qué ha fingido sorprenderse tanto de encontrarnos juntos, si ya sabía que había algo entre nosotros?

-Hasta ese momento sólo lo suponía. Y pensar que yo estaba interesado por ti no es lo mismo que vernos juntos, en tu apartamento y por la mañana, tan temprano. Además, mi presencia le ha frustrado su plan de pedirte ayuda.

-Te estoy complicando la vida, ¿verdad? -preguntó Sweeney.

-¿Sólo por existir? Pues sí, claro que sí. -La miró a los ojos-. Me paso las noches sin dormir, me preocupas, me tienes loco.

-Hablo en serio -dijo Sweeney, rozándole la pierna con los dedos de los pies.

-Yo también, querida.

Al ver que no iba a sacarle nada más, Sweeney miró por la ventana del restaurante y se tomó un respiro para observar rostros. Vio a un viejo, con abundantes pelos en las orejas y en las fosas nasales, que llevaba de la mano a un niña charlatana, una colegiala con un delicado vestido amarillo y una cola de caballo. La indulgente sonrisa de su rostro gritaba «abuelo» o tal vez «bisabuelo». Luego miró a una mujer que llevaba a su bebé a la espalda en una mochila. Caminaba como si tuviera todo un mundo que conquistar, pero llevaba un globo rojo atado al armazón de la mochila y la manita regordeta del bebé intentaba coger el hilo. Miraba el globo maravillado, y este se movía en cuanto lo tocaba. Sus ojos eran redondos, los labios un perfecto arco rosa y tenía la pelusa de la cabeza tiesa como un diente de león. Sweeney lo observó hasta que desapareció de su vista.

Se dedicó a comer los huevos unos instantes y luego sonrió como si hubiese recordado algo.

-¿Qué pasa? -preguntó Richard y ella se maravilló de lo deprisa que habían alcanzado esa forma de comunicación rápida de las parejas que llevaban unidas mucho tiempo.

-Amiguitas sureñas bebedoras de cerveza ---dijo, y ambos se echaron a reír.

Candra no podía dejar de llorar, aun cuando sabía que hacerlo era una estupidez. Tomó un taxi hasta la galería, sollozando todo el trayecto. El taxista la miraba por el retrovisor pero ella nunca alentaba las conversaciones con los taxistas.

Llevaba un pañuelo en el bolso pero le resultó insuficiente para reparar su maquillaje. Se emborronó los ojos en vez de limpiárselos, y las malditas lágrimas seguían cayendo.

Maldito Richard, maldita Sweeney. Malditos los dos por... por parecer tan unidos. No podía creerlo. De todas las mujeres del mundo, había sido ella, Sweeney, tan malvada y tan furtiva. Y qué bien mentía... Cuando Candra recordó la conversación telefónica que mantuvieron después del fiasco de los McMillan, ardió de humillación. Seguro que Richard estaba con ella, tal vez acababan de levantarse de la cama y se habrían reído juntos de su llamada.

Candra estaba dolida, de una manera que nunca había pensado que pudiera llegar a estarlo. Hasta esos momentos, aunque sabía que lo había perdido, había seguido siendo suyo, porque ninguna otra mujer había ocupado su lugar. Pero ahora, alguien la había sustituido, y supo que, de una manera definitiva e irrevocable, lo había perdido para siempre. Lo había apartado de su lado y nunca volvería a amar a nadie como lo había amado a él. Todavía lo amaba. Richard era la persona más fuerte que había conocido nunca y no podía dejar de admirarlo incluso cuando esa fuerza se había vuelto contra ella. ¿Era Sweeney capaz de comprender, de valorar lo que tenía o era tan inexperta que no lo sabía?

Lo que había atraído a Richard de ella era precisamente esa inexperiencia porque la chica no tenía estilo y su conversación a veces rayaba en lo absurdo. Candra no comprendía qué veían en ella los hombres pero hasta Kai había dicho que era «agradable». Bonita, sí, pero tenías que pasar por alto que llevara pintura en el cabello o que no supiera qué día de la semana era.

No entendía cómo Richard podía encontrarla atractiva. Él era tan organizado, tan lógico y tan dedicado a su trabajo que Sweeney lo sacaría de sus casillas en dos días.

Candra se clavó las uñas en las palmas de las manos. Sweeney estaba resplandeciente. Cerró los ojos intentando no recordar la conmoción que había sufrido al salir del ascensor y encontrarlos juntos. Ella tenía el aire de la mujer que ha sido amada de verdad la noche anterior, y quizá también esa misma mañana, y conociendo a Richard, varias veces durante la noche.

Candra no comprendía cómo se había alterado de aquel modo. Gritado como una verdulera, llorado, por el amor de Dios... Richard sabía por qué había ido a ver a Sweeney y ya no tenía ninguna posibilidad de pedirle ayuda, ya que dudaba mucho que la chica quisiera escucharla después de aquella escena. Había perdido la última oportunidad de que Richard se aviniera a pagar lo que ella quería. Su única esperanza era Carson, aunque parecía que tendría que darle algún empujoncito.

Cuando llegó a la galería, Kai acababa de abrir al público. Por fortuna todavía no había llegado ningún cliente. Pagó al taxista y entró a toda prisa antes de que la viera algún conocido.

Kai la miró con las cejas arqueadas.

-¿Has tenido una dura mañana? -le preguntó con voz sedosa.

-Vete al demonio. -Corrió a su despacho, cogió la bolsa de maquillaje del escritorio y luego entró en el baño. Cuando se vio en el espejo se sobresaltó. Tenía la cara llena de manchas, la nariz enrojecida y sus ojos parecían los de un mapache. Debía quitarse el maquillaje y empezar de nuevo, pero no tenía a mano la crema desmaquilladora. Se las apañó como pudo con pañuelos de celulosa mojados y se aplicó compresas frías en los ojos y en la cara para reducir la hinchazón.

Kai entró en el baño mientras ella volvía a ponerse la crema de base.

-¿Te importa? -le preguntó. Pasó por alto las protestas de Candra, se puso tras ella y cruzó los brazos sobre el pecho-. Tranquila, tranquila. ¿Qué te ha hecho Richard esta vez?

-¿Por qué crees que ha sido Richard? -Candra resopló por la nariz, tiró un pañuelo a la papelera y se arregló las manchas de los ojos.

Kai observó cómo sacaba la polvera y se aplicaba polvos en la cara.

-Porque te ha hecho bailar a su son desde hace un año y tú tienes una rabieta cada vez que las cosas no salen como quieres.

-Yo no bailo a su son ni al de nadie -replicó furiosa.

-Claro que no, amor mío.

-Yo no soy tu amor, y olvídalo. Sólo eres un ligue ocasional.

-Oh, Dios mío, estás muy enfadada. Seguro que Richard se ha negado a volver a pagarte lo que había dicho primero.

Ella se volvió encendida de ira y le preguntó:

-¿Cómo sabes tú algo de eso?

-En el contestador automático hay un mensaje de tu abogada. Te recomienda firmemente que firmes los papeles de inmediato antes de que te quedes sin un céntimo y no puedas pagarla. No lo dice con estas palabras pero está claro que lo piensa.

-¿Cómo te atreves a escuchar mis mensajes? -parecía una damisela victoriana, pensó Candra disgustada.

-Estaba en el contestador de la galería, no en el de tu casa. Tal vez tendrías que decirle a tu abogada que no te deje mensajes privados en el trabajo, eso suponiendo que vayas a estar aquí mucho más tiempo.

-Pues si yo me quedo, el que te marcharás serás tú, niño bonito -dijo con un gruñido. Abrió la puerta de par en par---. Y ahora, sal.

Kai se marchó, con una expresión enfurruñada en su bonita cara. Candra respiró hondo, reprimiendo el deseo de sentarse en la tapa del inodoro y ponerse a llorar a gritos. Tenía que controlarse. Esa mañana, al comportarse de una manera tan emocional, lo había estropeado todo y, encima, tendría que apaciguar a Kai. No le apetecía hacer el amor pero probablemente sería necesario que lo hiciera para sacarlo de su mal humor.

Respiró hondo unas cuantas veces más y cuando se sintió más tranquila, terminó de maquillarse. Al acabar, se estudió con aire crítico ante el espejo y se puso más polvos en la cara. Su maquillaje no era perfecto pero aun así, sabía que estaba más guapa que muchas mujeres al salir del salón de belleza.

Recordó que tenía que llamar a Olivia. Había sido una idiota al aplazar la firma de los papeles pensando que recuperaría lo que Richard había deducido. No lo había conseguido y tenía que aceptarlo. Naturalmente, Richard había sabido que ella se enfurecería y protestaría contra esas condiciones pero que, al final, las aceptaría, no le había dejado otra alternativa. Richard no se tiraba faroles y ella lo sabía. El muy hijo de puta era de esos que decían lo que harían y hacían lo que habían dicho que harían.

Casi se echó a llorar de nuevo pero controló el impulso. Salió del baño, se dirigió a su despacho y llamó a su abogada.

-Concierta una cita -le dijo con voz tranquila-. Firmaré. Supongo que la acción punitiva terminará en cuanto llames a Gavin Welles.

-Me aseguraré de que así sea si no puedo conseguir que nos citemos hoy. Habrá que reescribir todos los papeles y eso necesita tiempo, por lo que no creo que la cita pueda ser hasta mañana.

-Mañana está bien --dijo Candra. Era normal que tuviera que redactarse un nuevo acuerdo, en el que se reflejase la deducción en la cantidad que debía percibir. Candra sabía que, sin lugar a dudas, Richard había llamado a su abogado para informarlo de la nueva condición con respecto a Sweeney. Eso no entraría en el acuerdo de divorcio, pero tendría que llegarse a algún tipo de acuerdo legal que permitiera a Sweeney una ruptura limpia con la galería.

Después de colgar a Olivia, Candra hojeó su agenda y encontró el teléfono de los McMillan. Respondió una criada, claro.

-¿Ha vuelto ya de Washington el senador?

-Sí, señora. ¿Puede decirme con quién hablo?

-Soy Candra Worth. -Pensó que no tenía ningún sentido ocultar su identidad. Si sabía que era ella, tendría más probabilidades de que Carson atendiera la llamada. No le gustaría pero lo haría.

Tuvo que esperar unos minutos, un tiempo lo bastante largo como para que empezara a enfurecerse de nuevo. Cuando escuchó la voz de Carson, esta no sonaba tan ricamente modulada como de costumbre, sino más bien tensa, pensó Candra con satisfacción. Bien, eso significaba que estaba preocupado.

-¿Qué quieres? -le preguntó con brusquedad.

Candra soltó una risita. Le sentaba bien ser ella la que dominaba la situación, aunque fuera sólo por una vez.

-Oh, Carson, qué pregunta más estúpida...

-Conseguir esa cantidad en efectivo no es fácil.

-¿Tan difícil puede ser? Vende unas acciones, canjea unos valores, sácalo de distintas cuentas. No puedes venirme con esa excusa. Si mañana por la tarde no tengo el dinero, a la mañana siguiente habrá una fotografía tuya en el *Washington Post.* Vamos a ver, ¿cuál crees que debo elegir? ¿La que estás esnifando cocaína?

-Quiero que sepas que esta conversación está siendo grabada--dijo él, con la voz henchida de satisfacción-. Será una prueba de que intentabas chantajearme. ¿No es eso un delito? Yo creo que sí. Mira, querida, ahora tú y yo estamos en igualdad de condiciones.

_¿En serio? -Carson podría haberse beneficiado si hubiera encontrado un estilo de negociación como el que utilizaba Richard, pensó Candra tristemente. Poner el listón demasiado alto para que la otra persona pudiera tolerarlo y no bajarlo ni un centímetro. Era una táctica brutalmente efectiva.- Creo que no entiendes mi postura. Si no consigo ese dinero, lo perderé todo, así que me importa un pito lo que hayas grabado. Ya sabes que cuando la gente está desesperada, toma medidas desesperadas.

-Hija de puta...

-Seamos civilizados. -Candra ya había tenido bastantes escenas para un solo día.

-Mis cojones sí que son civilizados. -Su respiración era jadeante, le resonaba en el oído.

-Afróntalo, Carson: la única manera en que podrás utilizar esa grabación es si se publican las fotos, lo cual será demasiado tarde para ti. Tu carrera ya estará arruinada. Ambos perderemos, pero si no me das ese dinero, puedo hundirte conmigo. -Su voz era fría y controlada. Hablaba completamente en seno.

Y él lo sabía. Candra lo oyó respirar con dificultad antes de que aceptara lo inevitable.

-Muy bien, maldita seas, pero mañana es demasiado pronto. Necesitaré al menos dos días para conseguir esa cifra.

-Entonces, pasado mañana, pero no esperaré ni un día más.

En su escritorio, Kai sonrió y sincronizó su desconexión del teléfono para que coincidiera con la de Candra y esta no viera la luz encendida ni un segundo después de haber colgado. Kai había perfeccionado su arte de las escuchas clandestinas durante los años que había trabajado con ella, para poder controlarla. Candra pensaba que la que controlaba era ella pero sólo porque él le había permitido creerlo.

Así que aquella hija de puta intentaba un chantaje... No le extrañaba en absoluto porque Richard la había puesto contra las cuerdas y Candra no era una mujer que pudiese vivir sin dinero.

Cuando firmara los papeles del divorcio, la galería sería suya y, probablemente, lo despediría, tal como había amenazado hacer, pensó Kai. Con Candra, las cosas irían bien siempre y cuando él mantuviera la boca cerrada y rindiera bien en la cama, pero estaba cansado de ser su gigoló.

Ella salió de su despacho, deshaciéndose en sonrisas.

-Querido -le dijo, tras acercarse a su mesa y ponerle la mano suavemente en la nuca-. Siento haberte gritado. Tenías razón, me he peleado con Richard y tú has pagado el pato.

Kai pensó con cinismo que, en esos momentos, ella le ofrecería sexo para apaciguarlo.

-¿Puedo hacer algo para compensarlo? -preguntó, acariciándole el cabello. Su voz era alegre y seductora.

-No es necesario --dijo él en tono educado al tiempo que se ponía en pie y se alejaba de ella. Si no hubiese tenido una cita a la hora del almuerzo habría aceptado su oferta. Una pena, pensó. Le habría encantado tratarla con dureza, con un poco más de dureza de lo que a ella le gustaba.

-No te enfurruñes, amor. No estás nada guapo.

-No estoy de humor -dijo él, encogiéndose de hombros para demostrar su falta de interés.

-Tú siempre estás de humor.

-Quizá me esté volviendo muy selectivo --dijo Kai y vio cómo Candra se encendía de ira. La mujer no encajaba bien los rechazos. Era realmente muy hermosa, pensó, tan hermosa que siempre había obtenido a los hombres que había deseado. El rechazo de Richard la había sorprendido, la había sacado de su complacencia y en esos momentos, un inferior, su ayudante, también rechazaba su oferta. El mundo tenía que estar viniéndosele abajo.

-Bueno, entonces disfruta tu mal humor -dijo ella, con los labios apretados-. Ah, por cierto, llama al taller de los marcos y que no enmarquen los cuadros de Sweeney. Ya no expondremos más su obra.

-¿En serio? -Intrigado por aquel nuevo acontecimiento, arqueó las cejas-. Pues es una pena, porque estos cuadros nuevos son lo mejor que ha hecho nunca. ¿Qué problema hay?

-Sólo una pequeña complicación. Esta mañana la he encontrado con Richard.

¡Bua! Kai echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. No era lo más educado que podía hacer, pero la imagen lo había encantado.

-Claro, y por eso estabas hecha una fiera. ¿Y los encontraste follando?

Kai vio que a Candra le había molestado su risa. Si apretaba más los labios, desaparecerían.

-Los pesqué saliendo de su apartamento. Seguro que ha pasado la noche allí.

-Un trabajo rápido --dijo Kai tras soltar un silbido de admiración---. Yo no consideraría a Sweeney una mujer fácil con la que acostarse enseguida. Richard habrá tenido que esforzarse mucho. -Kai notó que Candra se enfurecía y añadió-: A mí tampoco me importaría pegarle un polvo.

-Pues yo no le veo ningún atractivo. -Sus palabras eran tan tensas que apenas le salían de la boca.

-¿Quieres decir aparte de esos ojos azules y ese cabello? Bueno, tiene unas tetas bonitas, no son muy grandes pero las tiene bien erguidas. Y el culo no está nada mal...

-No necesito que me hagas un informe detallado -le espetó Candra, alejándose del escritorio para volver a su despacho. Kai rió en voz baja. Advirtió que se ponía caliente. Le gustaba azuzar a Candra e imaginar el cuerpo desnudo de Sweeney. Eso lo excitaba.

Mantuvo aquel agradable calor toda la mañana, mientras ayudaba incluso a unos turistas de Omaha que querían «arte de verdad», en sus propias palabras, para llevárselo de vuelta a Nebraska. Como sabía instintivamente lo que no les gustaría, los alejó de lo abstracto y lo moderno y sonrió mientras les mostraba la última obra que Sweeney tenía en la galería. Candra se pondría furiosa si la compraban.

Y para su satisfacción, la compraron.

A las doce y media salió de la galería y caminó las once manzanas que lo separaban de su apartamento. Un hotel habría sido más cómodo, pero la mujer con la que iba a encontrarse tenía miedo de ser reconocida. Le había dado la llave y sabía que estaría esperándolo. Pensó que seguramente, esa tarde llegaría tarde al trabajo.

Ella era precavida. Había vuelto a cerrar la puerta con llave. Kai llamó una vez y vio que la mirilla se oscurecía al tiempo que ella ponía el ojo ante ella. Abrió la puerta.

-Kai, querido, qué tarde llegas...

Kai sonrió. La mujer ya se había quitado la ropa y se había puesto su batín, uno que él nunca utilizaba pero que conservaba porque las mujeres creían estar excitantes cuando se lo ponían. El cinturón estaba flojamente abrochado y la prenda lo bastante abierta para mostrar un pecho. Pese a ser una mujer que podía ser su madre, estaba de muy buen ver. Seguramente el cirujano plástico había tenido muchísimo trabajo.

-Estás muy hermosa -le dijo mientras la tomaba en sus brazos y le quitaba el batín. Margo McMillan arqueó su delgadísimo cuerpo, ofreciéndole los pechos, y Kai rindió como se esperaba de él.

Capítulo 13

El maldito cuadro no cesaba de llamarla. No la llamaba abiertamente por su nombre, «Sweeney, Sweeney, Sweeney», pero no podía sacárselo de la cabeza.

Había pasado una tarde maravillosa. El desayuno con Richard fue tan relajante que pudo apartar de su mente la desagradable escena que les montó Candra. Como no era estúpida, advertía que esa había sido precisamente la intención de Richard. Era casi misterioso el modo en que él captaba todos sus estados de ánimo y sabía de antemano qué necesitaba exactamente, pero Sweeney no podía dejar de recrearse en aquellas atenciones. Que alguien la cuidase de esa manera era tan nuevo para ella que quería disfrutarlo todo el tiempo.

Al salir del restaurante, Richard la había llevado a casa y se habían despedido a la puerta del edificio con un rápido y familiar beso en los labios. Habían quedado para desayunar juntos al

día siguiente. Sweeney subió canturreando hasta su apartamento. La escena con Candra, pese a lo desagradable y dramática que había sido, le había supuesto un alivio. Después de eso, romper sus relaciones con ella y con la galería sería mucho más fácil, podría hacerlo sin lamentos. Tomó nota mentalmente de llamar a la galería y concertar una cita para pasar a recoger los cuadros nuevos que había dejado allí, así como los que quedasen de los anteriores.

Luego se puso a pintar.

Por primera vez en mucho tiempo, disfrutó de veras. No le preocupó si los colores eran demasiado exuberantes para ser reales y se limitó a dejarse llevar por el instinto. Después de hacer un rápido dibujo al carbón sobre un lienzo y borrarlo todo, dejando sólo el contorno, se entregó a la creación del bebé regordete con su cabello de diente de león y su rostro asombrado mientras miraba el globo rojo. Jugó con la técnica, mitigando y fusionando los colores utilizados para el bebé al tiempo que suavizaba el contorno para que el niño alcanzara el realismo de una fotografía. Alrededor de él, sin embargo, todo era una explosión de color y de movimiento, intensificado, ligeramente exagerado, de modo que el mundo exterior del bebé fuese un lugar fantástico que pedía a gritos ser explorado.

Fue la técnica utilizada con el bebé lo que le recordó el cuadro de los zapatos. En él había empleado la misma técnica realista. Perdió la concentración y se secó las manos en un trapo al tiempo que miraba el otro lienzo. No quería pensar en él, pero en ese momento todas las sensaciones que le producía la pintura se desbordaron como un torrente.

La mujer a quien pertenecían las piernas y los zapatos estaba muerta o pronto lo estaría. Sweeney lo sabía con todas las células de su cuerpo. Su teoría de que hacía esos cuadros cuando moría alguien conocido no era demasiado firme, ya que sólo tenía una prueba en que basarse, pero instintivamente supo que estaba en lo cierto. Conocía a esa mujer, pero tal vez no había muerto todavía. Quizá era precisamente por eso por lo que no había terminado el cuadro, ni pintado el rostro de la mujer. Si podía terminarlo y prever el futuro, tal vez podría hacer algo por evitar la muerte de esa mujer. Decirle que no cruzara la calle, por ejemplo. El cuadro no tenía aún detalles suficientes que le permitiesen saber dónde estaba situada la acción, ni siquiera si era interior o exterior, pero si podía terminar la pintura conscientemente en vez de esperar a que la musa de la noche la impulsara a hacerlo...

Las responsabilidades de aquel nuevo *don* la impresionaron profundamente. Sí, un *don.* No una inconveniencia, aunque era terriblemente inconveniente. Tampoco una molestia, aunque podía ser molesto. Fuera cual fuese la razón, ella había cambiado o la habían cambiado, y le habían sido concedidos unos dones. Las luces de tráfico, la exuberancia de las plantas, su capacidad para adivinar los diálogos de la televisión antes de que se pronunciaran, y el hecho mismo de ver fantasmas... Pero todo eso había sido un preludio, algo que se acumulaba gradualmente y, en esos instantes, le pareció que se había abierto la puerta de otro mundo, muy despacio, quizá porque ella no había podido asumirlo todo de una vez.

Lo más probable es que la puerta no estuviese del todo abierta todavía. El cuadro de Elijah Stokes lo había pintado después de su muerte. Este cuadro nuevo presagiaba el futuro, estaba absolutamente segura de ello. Cuando la puerta se abriera más, su don también se expandiría al tiempo que lo hiciese su visión de ese mundo nuevo. Podría avisar a la gente, evitar su muerte. No sabía cuáles serían los límites porque estos también se expandían todo el tiempo. Tal vez este don no se limitaría a las personas conocidas; quizá había otros dones a la espera de manifestarse.

Sweeney no había querido nada de eso. Estaba perfectamente contenta en su pequeño mundo, aislada de la gente y sin dejar que nadie la tocara. Sabía que los psicoanalistas dirían que en la infancia había aprendido a protegerse distanciándose mentalmente de las personas de su mundo, y que tenían razón. Pero el cambio la había abierto, la había hecho ver a la gente, sentir... y no sabía sí podría volver nunca más a su antigua forma de vida. Además, estaba Richard. No estaba segura de lo que sentía por él, le daba incluso miedo definir con un nombre ese sentimiento, pero era consciente de que sin él la vida sería mucho más pobre. En ella crecía la pasión, una pasión que él alimentaba cuidadosamente y ya no se quedaría tranquila hasta que descubriera el alcance completo que eso tenía.

No había posibilidad de volver atrás. En vez de resistirse a los cambios o de intentar pasarlos por alto, lo que tenía que hacer era abrirse a la experiencia. Por primera vez en su vida, tenía que vivir.

Por más que le gustase el cuadro del bebé con el globo, ya no pudo concentrarse en él. Vio la otra pintura por el rabillo del ojo. Esperar. Esperar hasta la noche, cuando el sueño disolviera todas sus barreras mentales, 0 simplemente esperar. Quizá pudiera seguir pintándolo en ese mismo instante.

Se acercó al caballete como si de una serpiente se tratara, cautelosa y dispuesta a salir corriendo. El corazón le latía con fuerza y su respiración se volvió rápida y superficial. ¿Qué le ocurría? Aquello sólo era un cuadro, aun cuando fuese un poco extraño. Sí, tal vez era algo más que un cuadro, pero no era una serpiente. Sweeney sabía de arte, conocía las técnicas, era capaz de establecer las proporciones, de dibujar las sombras, manipular la luz con el grosor de la pintura, resaltar o difuminar mediante la utilización de los colores... Dado que el arte era el medio en que expresaba ese don concreto, tal vez podría ver la pintura estrictamente a ese nivel: valorarla por sus méritos artísticos y proceder a partir de ahí.

Sí. Eso sería lo que haría. De repente, se sintió calmada. Respiró hondo unas cuantas veces, por si acaso, y se obligó a estudiar la composición objetivamente.
La composición y la proporción eran buenas. Por la posición del pie de la mujer, parecía que esta acababa de caer y que hubiese perdido el zapato con la caída. Eran unos bonitos zapatos negros con tacón de ocho centímetros y la luz brillaba en el espléndido cuero. Pero no estaban bien, pensó frunciendo el ceño. Esos zapatos no estaban bien, les faltaba algo.

No tenía ni idea de lo que podía ser. Los componentes básicos del objeto estaban ahí: el tacón, la suela, la parte superior... Sin embargo, un zapato podía decorarse de infinitas maneras y eso sería algo que tendría que hacer dormida, cuando su mente estuviese abierta a sugerencias.

El zapato del hombre la turbaba no por el hecho de que sólo hubiera uno sino por su posición. Debía de estar mirando directamente a la mujer. Estaba demasiado cerca. Un transeúnte no se hubiera acercado tanto y alguien que se hubiese acercado a ayudarla se habría agachado a su lado. Un policía... ¿Qué haría un policía? Un policía se agacharía junto a ella. Un forense también. Aquel zapato pertenecía a un hombre que la miraba de pie, no agachado.

Es el hombre que la ha matado.

Aquella idea la atravesó como un relámpago, electrizándola en su seguridad. Estaba pintando la escena de un crimen.

Corrió al teléfono y llamó a Richard. Cuando respondió, le preguntó sin más preámbulos:

-A Elijah Stokes, ¿lo han asesinado?

-¿Por qué quieres saberlo? -preguntó él a su vez, al cabo de unos instantes.

-Porque creo que el cuadro de los zapatos es el inicio de la escena de un crimen -respondió Sweeney agarrando el teléfono con más fuerza---. No intentes protegerme ni seguirme la corriente, dime sólo la verdad: ¿lo han asesinado? ¿Viste algo en el cuadro que a mí me pasara por alto? ¿Fue por eso por lo que te pusiste en contacto con su hijo?

-Sí --dijo él-. Mira, esta noche tengo una cena de negocios pero voy a cancelarla e iré a verte inmediatamente.

-No, no lo hagas. Estoy bien. Lo que ocurre es que he estado pensando mucho. Además, estoy trabajando.

Otra pausa y luego él rió por lo bajo.

-¿Y no quieres que te molesten?

-Exacto... -Sweeney se interrumpió y frunció el ceño. Tener que considerar los sentimientos de otra persona cuando ella quería trabajar era algo nuevo-. ¿He herido tus sentimientos?

-En absoluto. -En su voz había un deje de ternura.

-Bien. -Sweeney respiró hondo-. ¿Qué te hizo pensar que el señor Stokes fue asesinado? ¿Qué viste en el cuadro?

-La herida de la cabeza. No pintaste ninguna escalera y estaba muy claro que se encontraba tendido entre dos edificios. Me pareció un traumatismo craneal producido por un objeto contundente.

-Traumatismo craneal producido por un objeto contundente -repitió Sweeney. La gente de la calle no habla así. Tuvo la excitante sensación de descubrir una faceta de *Richard* que ni *había* sospechado que existiera-. ¿Tienes conocimientos médicos?

-Sólo de los primeros auxilios a los que se recurre en combate. Puedo *enyesar una* fractura sencilla, volver a poner un su sitio una articulación dislocada, parar una hemorragia... Cosas de esas.

-Pero sabes qué aspecto tiene un traumatismo craneal producido por un objeto contundente.

-Sí, lo he visto.

Por la información que Sweeney tenía, sabía que en el ejército esos conocimientos sólo los posee el personal sanitario. Claro que podía estar equivocada ya que su información procedía de novelas y películas. De todos modos, un médico tendría muchos más conocimientos de los que Richard había mencionado.

-Pero ¿en qué ejército estuviste? -preguntó Sweeney, curiosa.

-En el Ejército de los Estados Unidos -respondió él, divertido. Sweeney casi veía sus labios curvándose en una sonrisa-. Pero en una unidad especial, en las tropas de asalto.

-Mi experiencia militar es muy limitada. ¿Qué hacen las tropas de asalto? --quiso saber.

-Llevan unas boinas negras realmente cursis.

-¿Y qué más?

-Cosas duras. Es un cuerpo de infantería especializado.

-Especializado, ¿en qué?

-En incursiones, invasiones y ataques por sorpresa -dijo él tras un suspiro.

-En incursiones, invasiones y ataques por sorpresa.

-Pareces un loro.

-Entonces, estabas en un comando, ¿verdad? -Su voz se agudizó con la sorpresa. De Richard no había conocido más que la suavidad. No, no-era suavidad, ternura era el término adecuado. Pero también había conocido la determinación y presenciado cómo podía influir en la gente sólo con una mirada; había visto con cuánta facilidad había sometido al senador McMillan.

-sí, puedes llamarlo así. Mira, querida, ahora tengo treinta y nueve años y hace quince que dejé el ejército. Lo que hice en esa época hoy no tiene ninguna importancia.

-En cierto modo, sí la tiene. Sabes qué aspecto tiene un traumatismo craneal ocasionado por un objeto contundente, sabes hacer preguntas. Saber que el señor Stokes fue asesinado me da una visión distinta de lo que estoy haciendo ahora. Creo que el asesino está mirándola.

-¿Por el modo en que está situado el zapato del hombre?

-Si se hubiera acercado a ayudarla o a investigar, ¿no estaría agachado? Un transeúnte no se habría acercado tanto. Voy a intentar trabajar en el cuadro despierta y a ver qué pasa. Creo que todavía no está muerta y que estoy captando algo del futuro. Es por eso por lo que avanzo tan despacio. Si puedo terminar la pintura y ver quién es, tal vez pueda evitar que ocurra.

-No creo que puedas acabar la pintura hasta que sea demasiado tarde -comentó él con mucha dulzura.

-Pero tengo que intentarlo. -La preocupación de Richard por ella la envolvió como si fueran unos amorosos brazos. Tragó saliva. No quería llorar de nuevo. Cuando llorase, quena que fuese por algo realmente importante, como tener frío.

-Ya lo sé. ¿Tienes un lápiz?

-Sí -respondió Sweeney tras coger el lápiz y el cuaderno.

-Voy a darte el número de mi móvil. -Y así lo hizo-. Esta no che llevaré el teléfono conmigo. Llámame si ocurre algo o entras otra vez en estado de shock.

-Pero ¿cuántos números tienes? -preguntó en un susurro-. Con este, ya me has dado tres.

-También tengo un fax. ¿Lo quieres?

-No creo que vaya a mandarte ningún fax.

Él rió divertido y luego dijo:

---Cuídate, por favor. Estos últimos días han sido bastante duros. No permitas que esta situación tome las riendas de tu vida.

-Tendré cuidado -prometió Sweeney y volvió a su estudio, reconfortada por la facilidad con que se comunicaban, por la sensación de sentirse unida a alguien. Por más abrumador que fuese todo lo que le ocurría, ya no estaba sola.

Contempló la pintura durante un largo rato. Suponer que estaba mirando la escena de un crimen le cambió la perspectiva. Cogió un carboncillo y dibujó la posición lógica del cuerpo de la mujer a partir de la posición de sus piernas. Y si el pie derecho del hombre estaba allí, el izquierdo tendría que estar ahí. No, no era así. Aquel ángulo era demasiado grave. Necesitaba un ángulo más directo, no exactamente recto pero casi.

Cuando lo hubo conseguido, supo instintivamente que estaba bien. Sus dedos se movieron con rapidez sobre el lienzo y esbozaron el contorno aproximado de dos personas alrededor de los detalles que ya había pintado.

Al terminar, temblaba, exhausta como si hubiese trabajado días seguidos en vez de haberlo hecho, ¿cuánto tiempo? Miró por la ventana y vio que había caído la noche. No sabía qué hora era, pero su estómago gruñó para recordarle que ya tendría que haber cenado. Sentía un poco de frío pero no más del habitual. Sus esfuerzos con el cuadro no le habían provocado aquellas terribles tiritonas que le enfriaban hasta le médula de los huesos, al menos no por ahora. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo se sentiría pasadas unas horas.

Se frotó los ojos y entonces recordó que tenía las manos manchadas de carboncillo. Murmurando por lo bajo fue al baño y se miró al espejo. Las manchas negras en toda la cara no eran nada nuevo. Se lavó la cara y las manos y se fue a la cocina.

La sopa siempre era buena. Se preparaba deprisa y calentaba. Abrió una lata de sopa de pollo con fideos y la puso en el microondas. Se preguntó qué debía comer Richard en esas cenas de negocios y más concretamente si esperaba que ella algún día le acompañara a esos actos. La perspectiva no era nada agradable, pero decidió que haría acopio de fuerzas y que hasta se compraría unos zapatos de tacón alto.

Dios, aquello era muy serio. Era como para echarse a correr pero se quedó allí, tomando la sopa al tiempo que sonreía pensando hasta qué extremos llegaría por Richard, si este se lo pedía.

Se dio una ducha y se acostó. Se despertó poco después del amanecer, relajada y sin frío. Casi se decepcionó. Estar tumbada en los brazos de Richard no era exactamente un trabajo arduo, independientemente del frío que tuviera.

Se quedó en la cama un rato, disfrutando de aquella calidez. Una manta eléctrica no era tan eficaz como Richard, pero tendría que conformarse con ella. Enseñó un rato, sonriendo, y después advirtió que la luz del sol no aumentaba.

Se sentó y miró por la ventana. La niebla se agolpaba tras los cristales, blanca y algo luminosa, como si fuera lo bastante fina para dejar pasar un leve rayo de sol. La luz era extrañamente reflexiva y llenaba todas las sombras de la sala como lo hace el sol sobre la nieve.

Después, no recordó haberse levantado de la cama. Se vistió, con sus habituales calcetines gruesos, la sudadera y los tejanos. El café no había empezado a prepararse ya que se había despertado demasiado temprano, así que desconectó el programador y puso en marcha la cafetera. Luego fue al estudio porque aquella luz blanca era tan inusual que no podía perdérsela.

En esos instantes supo exactamente qué les faltaba a los zapatos de tacón alto.

Veinte minutos después, se apartó del caballete, parpadeando. Los tacones no eran sólidos, ya que en medio de cada uno de ellos se formaba una pequeña bola dorada. Eran unos zapatos muy distinguidos, elegantes hasta lo indecible. Si hubiese visto un par de zapatos como esos, los recordaría seguro.

Y la falda... La falda era más ancha que la que había dibujado por la noche. Tenía mucho vuelo y era negra. La mujer llevaba un vestido negro.

En algún rincón de su mente sonó una campanilla. Aquello era Nueva York, claro. ¿En qué otro sitio una mujer vestiría totalmente de negro?

Horas más tarde, el timbre del teléfono la sacó de su trance. Tembló y retrocedió, y por unos instantes no supo dónde estaba ni lo que significaba aquel ruido. Luego reaccionó y corrió a descolgar el auricular.

-¿Estás bien? -preguntó Richard, y entonces comprendió que tenía que haberlo llamado.

-Lo estaba --dijo, todavía muy aturdida-. Anoche no ocurrió nada, pero esta mañana he pintado... De repente, he sabido cómo son los zapatos. ¿Qué hora es?

-Las nueve y media.

Había trabajado casi cuatro horas y apenas recordaba nada de lo que había pintado.

Capítulo 14

Cuando llegó Richard, Sweeney estaba envuelta en una manta y tenía una taza de café recién hecho en la mano. Tenía frío pero no era insoportable, al menos de momento. Se inclinó para darle un rápido beso y luego empezó a abrazarla para combatir el frío.

-Espera --dijo ella-. Primero quiero que veas la pintura.

Fueron juntos al estudio y examinaron la tela en silencio. La escena tenía una violencia completamente gráfica. El cuerpo de la mujer estaba caído en un charco de sangre que había empapado una alfombra color crema. Su elegante vestido negro estaba acuchillado por todas partes y tenía un brazo, el único que Sweeney había completado, cubierto de heridas.

El hombre que se encontraba junto a ella parecía relajado, con el cuchillo que había utilizado colgando de la mano derecha. A partir de los zapatos, Sweeney había completado su cuerpo hasta la altura de la cintura. Llevaba pantalones negros, unos vaqueros, tal vez, aunque unos vaqueros no se adecuarían demasiado a sus zapatos de cordones. También había empezado a pintar una camisa negra.

-Un ladrón, quizás --dijo Richard con aquella fría distancia en su voz que indicaba que se había puesto analítico-. Ambos van vestidos de negro, pero ella lleva un traje de fiesta. Los zapatos, sin embargo, no acaban de encajar. Un ladrón llevaría zapatillas deportivas o algo así.

-Yo también he pensado que había algo raro en los zapatos. Son extraños. -A Sweeney no le gustaba cómo había hecho los pies, se veían un tanto desproporcionados, pero cuando había empezado a estudiar cómo corregirlos, la imagen mental se negaba a formarse. Tal vez estaba demasiado exhausta y podría resolverlo cuando hubiera descansado.

-Tengo que terminarlo -dijo, con voz nerviosa. Estaba a punto de echarse a llorar---. Tengo que saber quién es esa mujer.

-Cariño -la tomó por los hombros y la volvió hacia él-, hazte a la idea de que no lo sabrás hasta que haya ocurrido el hecho. Con Elijah Stokes sucedió así.

-Pero esto, sea lo que sea, es más fuerte cada vez, 0 quizá yo esté mejor preparada. Lo que estoy pintando es el futuro y ¿por qué no ha de ensancharse la perspectiva para que yo pueda ver su identidad antes de que sea demasiado tarde.

-Esto tal vez no sea un robo que se haya complicado, sino un asesinato premeditado.

-¿Y qué diferencia hay? -le preguntó Sweeney sin comprender.

-El plan puede estar ya trazado. Si yo fuese a cometer un crimen, lo planearía hasta el último detalle. Así que lo que tú estás captando puede que sea un plan que exista ahora, y no en el futuro.

Sweeney lo miró algo irritada, con toda la irritación de que fue capaz teniendo en cuenta que estaba temblando como una hoja.

-No seas tan analítico -le dijo, aun cuando sabía perfectamente que Richard tenía razón.

-Me he hecho rico siendo analítico. Vamos, Sweeney, ahora no puedes hacer nada para solucionarlo. Cuando el cuadro esté terminado, al menos tendrás el rostro del asesino. Probablemente no podrás salvarla pero sí ayudar de otras maneras. -La tomó firmemente por la cintura, y empezó a llevarla hacia la puerta.

-¿Intentas manipularme? No soporto que me manipulen. No soy una de esas artistas temperamentales que se ponen histéricas ante el mínimo contratiempo.

-Ya lo sé -dijo con ganas de apaciguarla, pero sonrió al ver la ferocidad con que ella lo miraba.

Se sentó en el sofá y la acogió en su regazo, con la manta sobre ambos. Decepcionada, Sweeney pensó que ese día no se quitaría la camisa. Ni iba a tumbarse a su lado. Lo comprendió muy bien: la tentación era demasiado grande. La transferencia de calor corporal no era tan eficaz con la ropa pero tampoco había tanta necesidad de ello.

Él la estrechó contra sí para absorber la fuerza de sus temblores.

-Creo que esta vez no ocurrirá,--dijo Sweeney con la cabeza hundida en su pecho-. He pintado despierta. Anoche trabajé en el cuadro y me sentí bien, pero ¿por qué tengo frío esta mañana?

-Porque te has implicado mucho en esa escena o porque has trabajado demasiado rato.

Sweeney pensó que Richard tenía mucha suerte, siempre encontraba una explicación lógica para algo que era totalmente ¡lógico. Al menos la tomaba en serio y no pensaba que sufriera ataques de pánico o fuese una histérica. La creía en algo que a ella le resultaba difícil de creer.

Se quedó quieta unos instantes y dejó que el calor de Richard empapase su piel. Empezó a sentirse relajada y soñolienta. Pensó que con la magnífica perspectiva del abrazo de Richard, tener tiritonas no era tan terrible. Al recordar la primera vez que habían estado juntos desnudos, salvo la ropa interior, los pezones se le pusieron erectos y algo le dolió por dentro. Tal vez, pensó con malicia, si no le llamaba hasta que tuviera muchísimo frío, la escena se repetiría de nuevo. Todo su cuerpo se ruborizó al evocar la expresión de placer que había experimentado sólo con balancearse contra él. Quería hacerlo otra vez. Muchas veces.

Descubrió que estar sentada en su regazo no era mucho mejor que estar tumbada, en cuanto a las tentaciones se refería. Sentía una necesidad y un deseo físicos que la sacudieron por su intensidad. La erección de Richard contra su cadera era como una roca dura y sólo con fuerza de voluntad consiguió seguir como estaba y no sentarse a horcajadas sobre él. Richard también tenía mucha fuerza de voluntad, aunque Sweeney notaba que se debilitaba con el paso de los días.

Él le acarició el cabello a partir de la sien y posó los labios sobre su delicada piel.

-Tengo buenas noticias -murmuró-. Candra tiene una cita con los abogados para firmar los papeles mañana. Tenía que haberlo hecho hoy pero hay que hacer algunas correcciones en los documentos y añadir nuevas cláusulas. La petición estará ante el juez la próxima semana.

Sweeney echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. Habida cuenta del gran número de casos que se acumulaban en los juzgados civiles de la ciudad de Nueva York, aquella velocidad era asombrosa. Había hecho un pequeño milagro.

-¿Cómo lo has conseguido?

-Con dinero. -Su tono era de indiferencia---. Lo tengo, por eso puedo pedir favores. -Con la mano en la cabeza de Sweeney, esta se recostó de nuevo contra él. Le rozó ligeramente la sien con los labios y también los párpados-. Dentro de una semana, cuando tengas frío, podré calentarte de dentro hacia fuera.

Pero si en esos instantes ya lo estaba haciendo. El corazón de Sweeney se aceleró y sus pulsaciones Regaron al doble de lo habitual.

-Ya lo estás haciendo muy bien -dijo, con voz entrecortada.

-Con tus tiritonas y temblores, apenas tendré ningún trabajo. Lo único que deberé hacer es tumbarte boca arriba y disfrutar de la cabalgada.

Sweeney soltó una carcajada. Tenía los brazos dentro de la manta en que él la había envuelto, pero aun así le dio un puñetazo con todas sus fuerzas. Richard sonrió y la sometió con el simple método del beso.

Nunca se lo había pasado tan bien, pensó Sweeney relajándose en sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro. Incluso bajo aquellas circunstancias, disfrutaba todos los momentos que pasaba junto a él. Consiguió sacar una mano y se la puso en la nuca, pasándole los dedos por los cabellos. La sensación era deliciosa. Sus cabellos, sedosos y suaves, estaban calientes cerca del cuero cabelludo y fríos en la parte de fuera. Evidentemente, Richard notó algún rastro de rebeldía porque continuó besándola.

Sweeney quería que Richard profundizase en su boca. Esperó que lo hiciera pero él retrocedió con un suspiro y la cara tensa y Sweeney supo que su fuerza de voluntad flaqueaba tanto como la de ella. Sus ojos oscuros tenían unos párpados gruesos y un toque de rubor había encendido sus prominentes pómulos.

-Si esto sigue así, ni siquiera podré besarte ---dijo él con voz ronca.

-¿Así de duro? -Sweeney quería excitarlo pero le salió una voz demasiado seca.

-Sí, se me ha puesto durísma. -La risa de Richard fue más bien un gruñido. Respiró con fuerza por la nariz-. Habla, distráeme.

-¿De qué quieres hablar? -La mente de Sweeney estaba muy excitada y no sabía si podría mantener una conversación, al menos una muy detallada.

-De cualquier cosa. ¿Es verdad que naciste en Italia?

-Claro. En Florencia, para ser exactos. Mi madre sintió la necesidad de hacer una especie de peregrinaje artístico, ¿sabes? Yo nací dos semanas antes de lo previsto y eso complicó su itinerario. No aceptaba bien la leche infantil y perdí peso, por lo que me quedé en el hospital mientras ella terminaba su viaje. Después, vino a recogerme y cuando quiso salir del país, tuvo problemas de papeles ya que ni siquiera me había inscrito, por lo que tuvimos que quedarnos una semana mientras se arreglaba la burocracia.

Lo contó en tono casi divertido porque hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a la falta de atención de su madre hacia sus híjos, no sólo hacia Sweeney sino también hacia su hermano. Richard, en cambio, no rió. Ni siquiera sonrió

-¿Quieres decir que tu madre dejó a su bebé enfermo en el hospital mientras proseguía sus vacaciones? -preguntó con expresión severa.

-Sí, bueno, mi madre es así. -Sweeney intentó alegrar el ánimo con una incómoda sonrisa. No lo consiguió.

-Y tu padre, ¿dónde estaba?

-Rodando una película en algún sitio. Creo que nunca lo he sabido.

Sweeney vio fascinada que la mandíbula de Richard se ponía tensa. Si seguía haciéndolo, podría romperse de tanta presión. Su reacción la asombró. Hacía tiempo que ella había dejado de preocuparse por la conducta de sus padres, ni la juzgaba ni la analizaba.

-Eh --díjo con voz apacible-, que no nos pegaban. No nos prestaban ninguna atención, y punto, pero hay cosas peores.

-¿No os prestaban ... ?

-Tengo un hermano y varios hermanastros y hermanastras de los sucesivos matrimonios de mi padre. Es posible que haya añadido alguno a la suma desde la última vez que supe de él.

-Y con tu hermano, ¿tienes buena relación?

-No. Su objetivo en esta vida es colocarse de drogas y estar en los círculos de moda. Hace más de tres años que no sé nada de él.

-Dios mío -murmuró Richard.

-Cuando me vine a Nueva York les mandé una postal para que tuvieran la nueva dirección y el teléfono pero no he sabido nada de ellos. Tal vez se-hayan mudado y las direcciones que tengo ya no valgan. ¿Y tu familia?

-No tengo familia cercana. Mi padre murió cuando y¿ tenía tres años y viví con mi madre y mi abuelo. Mi abuelo murió hace ocho años y mi madre cinco. Tengo dos tíos y una tía por parte de padre, y muchísimos primos, casi todos ellos en Virginia. A veces voy a casa para las reuniones familiares, de vez en cuando, en Navidad, pero Candra no soportaba a mis parientes por lo que siempre iba solo.

Por su manera de hablar de ellos, Sweeney supo que Richard lo pasaba bien en compañía de los suyos. Intentó imaginar una ruidosa y gran reunión familiar donde cada uno se alegraba de ver a los demás.

-Perdona, pero a mi mente le cuesta imaginar una reunión familiar en mi familia.

-¿Y qué haces el día de Acción de Gracias y el día de Navidad?

-Nada -respondió Sweeney encogiéndose de hombros-. Trabajo. Lo de las vacaciones tampoco se nos da bien.

-Entonces, pasaremos las vacaciones en Virginia -dijo él.

Ella se incorporó, sorprendida.

-¿Quieres decir que me llevarás contigo?

-Pues claro, no tengo ninguna intención de dejarte aquí, sola.

Sweeney estaba más que sorprendida, se había quedado absolutamente pasmada. No había pensado en su relación en términos de futuro. Era tan nueva en aquello de las relaciones que no sabía cuáles eran las expectativas normales. No había pensado para nada dónde pasaría las vacaciones.

-¿Crees que todavía estaremos ... ? -preguntó ella, dudosa.

-Pues claro que sí. -El tono de Richard era tan seguro como el de ella vacilante.

-Bueno --dijo Sweeney, tras frotarse la nariz-. De acuerdo.

-No me abrumes con tu entusiasmo -sonrió él. Consultó su reloj-. Tendré que cancelar una cita si...

-No, no -dijo ella enseguida---. No lo hagas. He entrado en calor, estoy bien, disfrutando de estar aquí sentada contigo.

Él la examinó atentamente. Tenía buen color. Le tomó los dedos para ver si estaban calientes y lo estaban. Los besó y dijo:

-Muy bien, ya sabes cómo contactar conmigo si me necesitas.

-Hoy y mañana tengo cenas de negocios, pero el resto de la semana me lo tomaré libre. Ha llegado el momento de nuestra segunda salida.

Ésa noche, a las once y media, Candra volvió a su casa después de haber asistido a una fiesta. Las fiestas le gustaban muchísimo pero en esa ocasión no había disfrutado, aun cuando se había encontrado con sus amigos favoritos. No había podido dejar de pensar en el día siguiente. Por la mañana, iría a firmar los papeles del divorcio y veía que con ello terminaría una etapa de su vida. No volvería a ver a Richard. Tal vez, algún día conocería a un hombre con el que poder compararlo, pero no lo veía muy posible.

Richard había ganado. Si había un ganador, también había un perdedor. Ella no había jugado bien contra él porque el principal error había sido querer jugar. Si le hubiera dado la libertad con las mínimas complicaciones posibles, intentando mantener la dignidad, él habría sido más generoso. A Richard no le gustaban las coacciones. Así de sencillo.

Se sintió cansada hasta lo indecible. Aunque no tenía ninguna duda de que Carson le daría el dinero, en aquel momento no podía mirar el futuro con demasiado entusiasmo.

Había dejado abiertas las luces del vestíbulo y de la sala porque no le gustaba entrar en un apartamento a oscuras. Antes no era así, pero antes Richard estaba con ella. A veces, cuando no soportaba la idea de estar sola, llamaba a Kai para pasar la noche juntos, pero en esos momentos prefería estar sola que con él. Parecía disfrutar con las rabietas que Richard le provocaba. Pensó que lo despediría. Su atractivo físico era muy útil para la galería, pero en Nueva York había muchos jóvenes atractivos que querían entrar en el mundo del arte y una puerta lateral servía tanto como una puerta delantera.

Dejó su bolsita antigua de cuentas en la mesa del vestíbulo y corrió los cerrojos. Sus tacones resonaron en el mármol falso hasta que llegó a la alfombra bereber color crema de la sala. Por el rabillo del ojo vio movimiento y se volvió, presa del pánico. Con la mano sobre el corazón como si pudiera reducir los latidos de este, preguntó:

-¿Cómo demonios has entrado en el edificio?

-Tengo una llave. Qué práctico, ¿no?

--Una llave? No te creo. ¿Y cómo has conseguido la llave de mi apartamento?

-Ya conoces el viejo dicho: «lo importante no es lo que sabes sino a quién conoces».

-Me importa un pito a quien conozcas. Salvo yo, nadie tiene llaves de este apartamento.

-Como es evidente, querida, te equivocas.

Aquella arrogancia le alteró los nervios.

-¿Vas a una fiesta de disfraces o te has confundido y has creído que hoy es Halloween? -preguntó con desdén.

-Yo no me he confundido en absoluto, nena. Tú, sí.

Era absurdo fingir ignorancia y Candra estaba demasiado cansada para intentarlo.

-Es por lo del dinero. Mira, no es nada personal, pero necesito dinero, mucho dinero, y esta es la única manera que veo de obtenerlo. Es algo para hacerlo sólo una vez.

-¿De veras has creído que te permitiría derribar lo que con tanto trabajo he construido?

-Tú ya sabías dónde te metías, así que ahora no te hagas la víctima.

-Lo que sé ahora es que si hay una víctima, no seré yo. -Las palabras eran suaves, casi serenas, pero no la actitud.

Candra se asustó de repente y retrocedió:

-¡Sal ahora mismo de mi apartamento!

-Ya no eres tú quien da las órdenes, querida. -Se alzó una mano enguantada y en ella había un largo cuchillo de cocina.

Candra tomó una decisión instantánea, esquivándolo por la derecha como si corriera hacia la puerta. Luego, cambió de dirección y fue hacia el teléfono. No era un inalámbrico. Candra había preferido el estilo a la comodidad y había comprado un modelo europeo de mesilla. Había marcado el 9 cuando el cuchillo cayó sobre su brazo. Gritó y se echó hacia atrás, tropezando con el tacón derecho en la pata de la mesa del teléfono, lo cual la hizo desplomarse de espaldas. Rodó por el suelo, gritando, y consiguió ponerse de nuevo en pie antes de que el cuchillo se hundiera en su espalda. La atravesó un dolor que era helado y ardiente a la vez y casi se desmayó.

Con la visión cada vez más borrosa, Candra se lanzó hacia adelante para evitar la afilada hoja.

-No, no, no, -balbuceó.

Se movió hacia un lado, intentando llegar al sofá para ganar algo de tiempo, pero estaba aturdida. Su elegante tacón alto quedó enganchado en la alfombra y se torció el tobillo con un dolor tan agudo que casi superó el de su espalda. Perdió el zapato y cayó sobre las manos y las rodillas. Otra lengua de fuego frío la perforó bajo el omóplato y más abajo.

Convulsa por el dolor, tensó el cuerpo. Ni siquiera podía gritar. Tenía la boca abierta intentando respirar pero sus pulmones no colaboraban. Rodó de nuevo por el suelo y pudo volver a incorporarse sobre las manos y las rodillas en un esfuerzo sobrehumano pero que no bastaba.

Se desplomó sobre la gruesa alfombra y pateó en el aire sin fuerza. A través de una niebla oscura vio el destello del filo y consiguió alzar el brazo. izquierdo. Sintió el golpe pero no el dolor. Luego sintió otro golpe en el pecho y sus costillas cedieron bajo la fuerza del impacto. Y otro golpe, en la blanda carne de su abdomen.

El tiempo se volvió lento o tal vez sólo parecía que pasaba mucho rato. El terrible dolor cesó, siendo sustituido por una creciente laxitud. A las bombillas les había ocurrido algo; Candra sólo veía un débil destello de luz en la oscuridad. Tenía que moverse... Pero el cuchillo ya no estaba allí. Podía quedarse allí tumbada en la oscuridad, al tiempo que sentía un extraño frío que se extendía por su cuerpo y los latidos más lentos, más lentos, hasta que cesaron.

Su atacante contempló el momento de su muerte. La visión de sus vísceras era agradable. Esa puta merecía ser encontrada en medio de sus asquerosos residuos.

La escena ya había terminado. El apartamento había sido registrado y no había aparecido ningún paquete. Un problema, un gran problema. Suerte que habían sido lo bastante listos para tomar precauciones.

Y también de la llamada avisando que Candra había dejado la fiesta más temprano y que se dirigía a casa, de otro modo el resultado habría sido muy distinto. El poco dinero y las joyas que guardaba en casa estaban a buen recaudo y había dejado abierta la puerta del frigorífico, lo cual haría pensar que el ladrón estaba en la cocina cuando Candra lo sorprendió. Eso también explicaría la utilización de uno de los cuchillos del costoso juego que Candra tenía junto a la tabla de cortar: una arma oportunista.

Los dedos enguantados se abrieron y dejaron caer el cuchillo junto al cuerpo. El cuchillo era de ese lugar, no podía vincularse con nadie más que no fuera la víctima.

Los dedos sacaron un destornillador. Unos minutos con la herramienta en la cerradura harían parecer que esta había sido forzada. No se trataba de dejarla dañada de modo que la mujer lo notase antes de abrirla, pero la policía sí lo vería. Una entrada no forzada significaría que ella había abierto la puerta a alguien que conocía o que se había utilizado una llave. Una entrada forzada apuntaría siempre a un desconocido.

El dinero y las joyas, casi todo joyas y muy poco dinero en efectivo estaban ya en la pequeña bolsa negra. Esa bolsa se guardaría en un sitio muy seguro... por si acaso era necesaria.

Librodot

Capítulo 15

Sweeney salió de la cama poco después de las tres de la madrugada y recorrió el oscuro apartamento sin vacilar ni tropezar. Su expresión era calmada y distante; apenas parpadeó. Los latidos de su corazón eran lentos y uniformes.

Cuando llegó ante la pintura sin terminar que todavía estaba en el caballete, se quedó largo rato mirándola, con la cabeza ladeada, como si escuchara una voz invisible.

Mientras preparaba un intenso pigmento marrón y lo oscurecía con negro, se movió despacio, casi soñolienta. Cuando consiguió un tono visón oscuro, empezó a pintar con sus precisas pinceladas una cabellera morena despeinada, desparramada sobre una alfombra color crema.

La cara le resultó mucho más difícil porque tenía una expresión que ella nunca había visto. La aurora de fines de verano empezó a despuntar mientras, con esmero, recreaba una hermosa cara cuyo color se había vuelto ceniciento, con los ojos oscuros abiertos y vidriosos por la muerte, y unos labios que eran una cuchillada de color rojo. El estudio se estaba llenando de luz cuando, metódicamente, puso los pinceles en un bote con trementina, tapó los tubos y volvió a la cama tan silenciosamente como se había levantado.

Sweeney despertó con el sol que se colaba, radiante, por la ventana de su cuarto. Estaba hecha una bola, con los brazos alrededor del cuerpo en un esfuerzo inconsciente por conservar el calor. El frío era increíble, más intenso que nunca. Tiritaba con tanta violencia que la cama se movía.

Richard. Necesitaba a Richard.

Con un gemido, consiguió arrastrarse hasta el borde de la cama. Los números rojos del reloj digital quedaban oscurecidos por el brillo del sol pero, sin lugar a dudas, eran un uno, un cero, un tres y un cuatro. Las diez y treinta y cuatro.

¿Por qué no había llamado Richard?

Tenía que haber llamado. Si ella no lo llamaba, llamaba él. ¡Qué rápido se había establecido esa costumbre! Y había llegado a confiar en él aún más deprisa... Su ausencia la conmocionó, sacudiendo una seguridad recién creada en la que apenas empezaba a creer.

-Richard -susurró como si este pudiera oírla. Su voz era débil y cansina.

Pensó que no tenía que asustarse. No era probable que muriese, se tranquilizó. Fueran cuales fueran las reglas que gobernaban aquel mundo paranormal, nunca había oído que esas experiencias matasen a quienes las tenían. No había tenido demasiado tiempo para informarse acerca de la clarividencia ni nada parecido, únicamente se había dedicado a los fantasmas. Tal vez los médium sólo tenían una oportunidad, como el macho de la mantis devorado por la hembra.

Tenía que llamar a Richard. Quizá se había quedado dormido. Probablemente la cena de negocios había acabado muy tarde.

Cuando fue a coger el teléfono de la mesilla de noche sintió una especie de angustia. El cuadro. Empezó a notar un hecho que se repetía: cuanto más trabajaba por la noche, más frío tenía después. Nunca había tenido tanto frío como ese día.

Durante la noche, había puesto un rostro a la víctima.

El apremio la hizo ponerse en pie. Fue hasta el estudio dando tumbos, con movimientos lentos y torpes. Tenía que saberlo, tenía que saberlo enseguida. Cada segundo era trascendental. Richard pensaba que ella pintaba las escenas después de que éstas ocurrieran pero, en lo más hondo de su ser, no estaba segura, y aquella incertidumbre fue lo que la hizo mover los pies aun cuando no los sentía como suyos y no iban exactamente hacia dónde ella quería que fuesen. Se bamboleó de un lado a otro de la habitación, gimiendo por los esfuerzos que le costaba moverse debido a los dolores que empezaba a notar en las entrañas

Entonces llegó hasta el cuadro y deseó no haberlo hecho. Se detuvo ante él con la sangre que le zumbaba en las orejas y unas tiritonas tan fuertes que tuvo que apretar los dientes para no rompérselos.

Candra.

Se quedó mirando el lienzo hasta que los ojos le dolieron, esperando que los rasgos de la cara tomasen otras formas y se convirtieran en los de otra persona. Se había equivocado. Sólo vela un parecido superficial y como, en esos días, Candra tenía tanta importancia en su vida, era natural que hubiese llegado a aquella conclusión.

Pero la cara era extrañamente precisa, con la calidad fotográfica de una pintura de Gerhard Richter. Y sabia que era muy buena retratista.

Candra.

Dios mío.

Sweeney no sabía el número de Candra. No estaría en la guía porque Candra le había dicho que nunca permitiría que su número particular saliera publicado. La galería. Tenía que estar en la galería y Sweeney sí sabía ese número.

Consiguió llegar hasta la sala y utilizar el teléfono ínalámbrico pero, después de unas cuantas señales, respondió un contestador automático, Sweeney colgó, frustrada. Las manos le temblaban con tanta violencia que se le cayó al suelo y cuando se agachó para recogerlo, le faltaron las fuerzas y se desplomó.

Cayó sobre el teléfono y un borde de plástico negro del aparato se le clavó en las costillas. Gimió y tras muchos intentos, consiguió sentarse, se puso el teléfono en el regazo y marcó el número de Richard.

Respondió uno de sus ayudantes, con una voz extrañamente apagada.

-Soy Sweeney. ¿Está Richard?

-Lo siento, señorita Sweeney, pero no vendrá en todo el día. -Dudó unos instantes y luego dijo-: La señora Worth, Candra, ha sido asesinada.

-No -gimió Sweeney, casi llorando.

-El ama de llaves encontró el... el cadáver cuando llegó esta mañana. Ahora mismo, el señor Worth está con la policía.

Sweeney descubrió que se había echado a llorar. Tragó saliva y con voz gruesa, murmuró:

-Dígale a Richard que he llamado, por favor.

-Lo antes que pueda, señorita Sweeney.

Así que Richard estaba en lo cierto: ella no podía ayudar, no podía impedir nada. Sollozando, apoyó la cabeza en las rodillas. ¿Que ventaja, tenía, pues, todo aquello si no podía hacer nada para evitar los horrores que pintaba? ¿Por qué sufrir aquel frío atroz si no podía impedir que ocurrieran desgracias? Tenía que haber alguna recompensa, algo por lo que mereciera la pena sufrir aquel dolor.

De repente, los músculos de sus piernas protestaron por la prolongada tensión y tuvo unos calambres que la hicieron gritar. Entre jadeos y lágrimas se los masajeó para que se relajaran. Lo hizo una y otra vez pero cuando cesaba el masaje, se le agarrotaban de nuevo.

Una vez había visto a un masajista controlar un calambre de la pantorrilla de un jugador de fútbol. Había utilizado ambas manos sobre la zona dolorida, moviéndolas hacia delante y hacia atrás. Contuvo la respiración para hacer acopio de fuerzas y puso ambas manos sobre el muslo. Notó el músculo agarrotado bajo las palmas y cuando empezó ese vigoroso movimiento, ahogó un grito de dolor en la garganta, aunque al cabo de unos segundos, el músculo empezó a relajarse.

Cuando terminó con esa pierna, hizo lo mismo con la otra. El calambre era mucho más persistente y se reproducía en cuanto dejaba de darse masaje. Siguió dándoselo durante cinco minutos hasta que la pierna se relajó. Todo su cuerpo parecía un globo perdiendo aire y volvió a caer sin recuperar las fuerzas para sentarse de nuevo.

Calor. Necesitaba calor. Richard tardaría en llegar. Legalmente, todavía era el marido de Candra, tendría que dar información a la policía, llenar formularlos, probablemente identificar el cuerpo de Candra, resolver asuntos. Sweeney tenía el número de su teléfono móvil pero no quería llamarlo. Tendría que cuidar de sí misma.

La manta eléctrica no la ayudaría. Un café caliente lo haría un poco pero no sería suficiente. El calor corporal era un calor húmedo porque el cuerpo estaba compuesto básicamente de agua. Era eso lo que necesitaba, calor húmedo. La ducha no bastaría, tenía que meterse en agua caliente.

Se arrastró hasta el baño como si fuera un animal herido. Los brazos y las piernas apenas le funcionaban y sintió que sus pensamientos se volvían más lentos.

Nunca tomaba baños, siempre se duchaba. Miró la palanca que cerraba el desagüe intentando descubrir cómo funcionaba aunque, por supuesto, lo sabía. El frío la estaba idiotizando.

Abrió el agua caliente al máximo y vio que el vapor empezaba a llenar el aire. Recuperó un poco de sentido común y abrió también el grifo del agua fría. Si se metía en agua demasiado caliente, se escaldaría, y aunque no estuviera lo bastante caliente para escaldar, podía matarla: muchas personas habían muerto en bañeras de agua caliente porque la inmersión prolongada podía provocar fallos cardíacos. Tendría que ir con cuidado.
Puso la mano bajo el chorro y notó la bendición del calor extenderse desde los dedos. Le sentó tan bien que puso la otra mano, tumbada al borde de la bañera porque no tenía fuerzas para sentarse.

Cuando el agua tuvo la profundidad necesaria, cerró el grifo y se metió en la bañera sin molestarse en quitarse el pijama. Casi aulló de lo intenso que era el calor. Los dedos de los pies le dolieron y los miró a través del agua; estaban pálidos, casi encogidos.

Se sentó hasta que tocó la superficie del agua con la barbilla. Las puntas de sus cabellos flotaban alrededor de sus hombros. Sus temblores agitaron el agua mientras se oía decir «por favor, por favor, por favor», con la esperanza de que el agua caliente funcionara. Si no, tendría que llamar a una ambulancia. Tal vez habría sido mejor haberlo hecho, pero una parte de ella no creía que los ataques de frío fueran tan graves.

Sweeney empezó a entrar en calor. Era un proceso gradual, el calor del agua que se transmitía a su piel. Los temblores empezaron a interrumpirse, por lo que podía relajarse entre los episodios. Exhausta, apoyó la cabeza en la bañera. Hasta ese día, después del frío, al entrar en calor, casi se dormía y cuanto más intenso hubiera sido el frío, más se dormía. Tendría que estar atenta, no fuera a quedase dormida en la bañera...

El agua empezó a enfriarse. Tenía los dedos rosados y arrugados. Vació un poco de agua y acto seguido volvió a abrir el grifo de la caliente, aunque se forzó por sentarse. El peligro de quedarse dormida era auténtico, como el de quedarse en el agua tanto tiempo. Se prometió a sí misma que sólo serían unos minutos más.

Durante esos minutos, empezó a llorar de nuevo. Como casi todo el mundo, Candra no había sido del todo buena pero tampoco del todo mala. Hasta que no la había encontrado con Richard, siempre había sido cariñosa y amable. El apoyo de Candra había significado mucho en su carrera artística.

Sweeney lamentó el modo en que se habían separado. Lo que no lamentó fue su recién iniciada relación con Richard, pero podía haber ocurrido en un momento mejor. Si el divorcio hubiese sido definitivo, si Candra no hubiese puesto tantos obstáculos en la parte económica... Todo frases condicionales, pero no podía hacer nada al respecto.

No se atrevió a quedarse más tiempo en el agua. Sacó el tapón y se puso en pie, temblando. Tenía los músculos como fideos hervidos. Se quitó él pijama mojado y lo colgó de la barra de la cortina. Secarse con la toalla le costó un gran esfuerzo y tuvo que sentarse en la tapa del inodoro para secarse las piernas y los pies.

Se sacudió las puntas del cabello. Tenía que volver a la cama, al menos un rato, pero no podía hacerlo con el cabello mojado. Aquello le produciría un nuevo episodio de frío. Los párpados se le cerraban y tampoco podía esperar que se le secase el cabello. Siempre podía cortárselo, pensó, pero sacudió la cabeza dejando que funcionara su sentido común. Se envolvió la cabeza en una toalla seca, recogiendo todas las puntas mojadas. Era lo mejor que podía hacer.

Librodot

Volvió como pudo a la cama. La esterilla eléctrica todavía estaba encendida. Desnuda, se metió entre las sábanas calientes y se durmió tan pronto como sus músculos se relajaron.

El detective Joseph Aquino era un tipo corpulento con unos ojos penetrantes y un rostro hogareño y experimentado que invitaba a las confidencias. El detective E. Ritenour era delgado y más belicoso. Llevaba el cabello color arena cortado al dos y tenía la costumbre de fijar sus ojos claros en los sospechosos y no parpadear hasta que estos empezaban a sentirse incómodos.

A Richard no le gustaban los juegos. No se inmutó y sabía que la disciplina que había aprendido en el ejército podría con la técnica del detective. Se preguntó si el detective lo miraría fijamente hasta que le llorasen los ojos.

Aquella mañana, temprano, cuando habían ido a su casa a comunicarle la muerte de Candra supo de inmediato que él sería el sospechoso número uno. Se mantuvo calmado y colaboró en todo lo que le pidieron, pese a la conmoción que le había causado esa muerte.

Hacía mucho tiempo que no amaba a Candra y durante el último año, la había odiado de verdad. Quería que saliera de su vida. Y allí estaba ahora, en su final definitivo. La muerte de un conocido siempre era una conmoción, como una herida al concepto de realidad de cada uno. El mundo había cambiado y, por un rato, tuvo que luchar con esa repentina alteración.

Como el divorcio no era definitivo, legalmente aún era responsable de todas las disposiciones que tuvieran que tomarse. Identificó el cadáver y aunque había visto muchos en el ejército, los que estaban allí sabían qué riesgo corrían. Este caso era distinto. Se trataba de la mujer con la que había compartido la vida. Se había acostado con ella, habían hecho el amor y, al menos al principio, la había amado. Lo único que podía sentir era pena, auténtica pena.

Llamó a sus padres, que se habían marchado de Manhattan cuando el padre perdió casi toda su fortuna en unas malas inversiones. Ahora, Charles y Helene Maxson vivían en la afueras de Ithaca, en una situación económica tan apurada que Candra los invitaba siempre a la ciudad en vez de ir ella a pasar la noche en lo que consideraba «poco más que una choza», aunque Richard pensaba que el rancho de ladrillo de sus suegros era de clase media alta y que vivían mucho mejor que la mayoría. Pero Candra se había criado en la opulencia mientras que Richard tenía una perspectiva distinta.

Richard les dijo que, dadas las circunstancias, delegaría en ellos la toma de decisiones importantes. Candra era su hija y estaban muy afligidos, pero ellos se harían cargo del funeral y del entierro.

Cada paso que daba, Richard sabía que los detectives no le quitaban el ojo de encima. Cuando hablaba por teléfono, uno o ambos estaban cerca. Notaban enseguida cualquier resentimiento que sintiera porque tenían un caso que resolver y las estadísticas de los asesinatos demostraban que cuando se mataba a una mujer, lo más probable era que lo hubiera hecho el marido o el amante. Como Candra y él estaban tramitando el divorcio, eso aún inclinaba más la balanza a su favor. Por eso permaneció tranquilo incluso cuando los detectives lo llevaron a una pequeña sala de interrogatorios, con tres sillas y una mesa vieja que se tambaleaba.

Le leyeron sus derechos y le preguntaron si quería llamar a su abogado. Los sorprendió al decirles que no.

-¿Quiere un café, un vaso de agua? -preguntó Ritenour.

-No, gracias -respondió Richard y consiguió disimular que le divertía la situación. Aquello era un truco fácil: ofrecer al sospechoso algo de beber, no dejar de darle café, hasta que empezara a revolverse por la necesidad de ir a orinar. Entonces no le dejaban marchar y le repetían las mismas preguntas una y otra vez mientras que el sospechoso se sentía cada vez más incómodo con la vejiga llena.

Se puso lo más cómodo que pudo en la silla que le asignaron, preguntándose si no habrían acortado las patas delanteras para que resbalara hacia adelante cada vez que intentara relajarse. Plantó ambos pies en el suelo y no los movió de allí.

-El ama de llaves dice que la señora Worth y usted estaban tramitando el divorcio -comentó a modo de introducción el detective Ritenour.

-Exacto --dijo Richard en un tono de voz neutro-. Llevábamos un año separados.

-Los divorcios son complicados. Yo he vivido dos.

-No son agradables, no lo son.

-Las personas se alteran y es comprensible Usted habría perdido mucho, ¿no, señor Worth?

-¿En qué sentido?

-Vamos, señor Worth, ya sabe de qué hablo. Una mujer puede dejar arruinado a un hombre, obtener de él todo lo que él ha conseguido trabajando. Cuando se casó con la señora Worth, usted no tenía mucho dinero.

-No.

-Entonces, ¿no hubo un acuerdo prematrimonial?

-Señores -dijo Richard calmado porque quería ayudarlos en su trabajo-. Si me están preguntando si con el divorcio yo iba a perder la mitad de lo que tengo, la respuesta es no. Cuando nos casamos, la familia de mi esposa era muy rica. Su padre insistió en el acuerdo prematrimonial. Intentaba proteger su dinero de mí en caso de divorcio, pero el acuerdo nos protegía a ambos. Ella se quedaría con lo suyo, y yo me quedaría con lo mío.

Vio que los detectives intercambiaban una rápida mirada. Uno de los móviles se les había ido por la borda.

-¿Tiene una copia, de ese acuerdo?

-La tiene mi abogado, Gavin Welles, y la abogada de Candra, Olivia Yu, también.

-El ama de llaves ha dicho que entre ustedes había habido dificultades para llegar a un acuerdo económico.

Richard pensó que el ama de llaves hablaba demasiado.

-Candra no estaba satisfecha con lo que le ofrecía. Quería más. Nos peleamos varias veces por ello pero al final se avino a firmar los papeles. Hoy, a la una, estábamos citados con los

abogados. -Automáticamente, Richard miró su reloj y vio que ya eran las dos. No había llamado a Gavin para cancelar la cita pero Gavin ya sabría lo ocurrido. Alguien se lo habría dicho, Olivia probablemente. Alguno de los amigos de Candra debía de haber llamado a Olivia fingiendo darle la noticia, pero con la intención de enterarse de los detalles.

El hecho de que Candra hubiera aceptado firmar los papeles echaba por la borda otro de los móviles. Los dos detectives se quedaron pensativos.

-¿Tenía usted una llave de su nuevo apartamento? -preguntó el detective Aquino. Fueron sus primeras palabras desde que entraron en la sala de interrogatorios.

-No. Nunca estuve en su apartamento.

-¿Nunca?

-Nunca. -«Nunca» era un término absoluto, difícil de defender. Como sabía que pensaban en las muestras de fibras, añadió-: Vino a mi casa un par de veces para hablar y para recoger sus cosas, pero yo nunca estuve en la suya.

Disimularon muy bien su decepción. Cualquier contaminación de fibras entre ambos domicilios tendría así una explicación. Todo lo que Richard había dicho podía probarse muy fácilmente y los detectives lo sabían.

-La señora Worth era una mujer muy popular. ¿Tenía celos de sus amistades masculinas?

Richard soltó una carcajada, aunque no sonó muy feliz.

-No.

-Cuando ella pidió el divorcio...

-Ella no lo pidió, lo pedí yo.

-¿Sí? -Intercambiaron otra rápida mirada-. ¿Y por qué?

Richard nunca le había contado a nadie por qué su ruptura con Candra había sido tan brusca y definitiva. Sweeney lo sabía porque había presenciado esa última pelea. No quería decir nada en contra de ella, sobre todo si sus padres iban a saberlo.

-No quiero que sus padres lo sepan --dijo finalmente-. Les haría daño.

-Sepan; ¿qué, señor Worth?

-Me enteré de que hace dos años, se sometió a un aborto. No me dijo que se había quedado embarazada.

Los dos hombres se recostaron en sus sillas con el ceño fruncido. -Supongo que se enfadó -dijo el detective Aquino.

-Un poco -respondió Richard sin poder controlar el sarcasmo-. Nuestro matrimonio se acabó en ese instante. La eché de casa, cambié las cerraduras y, a la mañana siguiente, pedí el divorcio.

-¿Todavía estaba enojado con ella?

-Resentido.

-¿Dónde estuvo anoche, señor Worth?

-En una cena de negocios en Las Cuatro Estaciones. -Eso también podía verificarse fácilmente.

-¿A qué hora se marchó?

-A las diez y media.

-Y entonces, ¿adónde fue?

-A casa.

-¿Estuvo solo?

-Sí.

-¿Hizo alguna llamada? ¿Habló con alguien?

-No. Hice algunos análisis de la Bolsa en el ordenador, mandé correos electrónicos, esas cosas. La hora estará registrada en el ordenador.

-¿A qué hora dejó de trabajar?

-Después de medianoche. Cerca de la una, supongo. -Richard no tenía ni idea de a qué hora pensaban que había muerto Candra, aunque había oído decir que todavía llevaba el vestido de fiesta. Lógicamente, eso significaba que había muerto inmediatamente después de llegar a su casa. Candra era de las que se quedaban en las fiestas hasta que terminaban, ya fuera medianoche o el amanecer.

-Y entonces, ¿qué hizo?

-Me fui a la cama.

-¿Solo?

-Sí.

El detective Aquino suspiró. El detective Ritenour parecía cansado. Richard sabía que él era el principal sospechoso pero que los móviles habían desaparecido todos. Lo que a primera vista les había parecido un caso fácil, se había complicado.

-Nos gustaría que se quedase mientras verificamos unas cosas ---dijo el detective Ritenour.

-Comprendo. -Richard los miró de tú a tú para que supieran que había entendido todo lo que había ocurrido-. Y ahora sí les aceptaré el café, siempre que me permitan estar cerca de un lavabo.

Los rostros de los detectives se encendieron un momento con sonrisas arrepentidas, las cuales disimularon al momento.

-Seguro. ¿Cómo lo quiere?

-Solo.

-No es una buena idea---dijo Aquino, camino de la puerta---. A esa cosa hay que echarle algo, aunque sea disolvente de pintura.

---Correré el riesgo. -Pensó en Sweeney y se preguntó cómo habría pasado la noche. En esos momentos sabía que la escena que había pintado era la muerte de Candra. ¿La habría terminado por la noche? ¿Habría sufrido un shock? ¿Le necesitaría?

Quería llamarla. Era un impulso tan fuerte que apenas podía controlarlo, pero se contuvo. Que los detectives supieran de ella no los beneficiaría. No había estado en la escena del crimen, pero si el cuadro de Sweeney era preciso en los detalles, cualquier detective encontraría sospechoso ese hecho. Y se preguntó si la otra cara, la del asesino, todavía estaba en blanco.

-¿Puedo llamar a mi oficina? -preguntó. Si Sweeney le hubiera necesitado, habría llamado allí.

-Claro. Utilice el teléfono de mi mesa -le ofreció Ritenour. De ese modo oiría todo lo que Richard dijese. Sus suspicacias se habían calmado pero no desaparecido del todo. Y no lo harían hasta que hubiese verificado todo lo que les había contado.

Richard se acercó al teléfono y marcó el número de la oficina. Respondió Tabitha Hamrick, una joven con mucho talento, promesa de las finanzas.

-Tab, soy Richard. ¿Hay algún mensaje?

-Cientos de ellos. -Suspiró-. Lo siento mucho, Richard. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

-No, ya lo en notificado a la familia y les he dejado que lo hagan todo a su gusto. Pronto llegarán. Ah, se me ha olvidado reservarles hotel. ¿Podrías hacerlo tú? Sí, en el Plaza. Yo pagaré la factura.

-Seguro. Ah, esta mañana llamó la señorita Sweeney. Le dije que se lo diría.

-Gracias. -Quiso preguntar cómo sonaba su voz pero no podía---. ¿A qué hora fue eso?

-Cerca de las once. Un momento, lo anoté. Aquí está, las diez cincuenta y siete.

Bastante tarde. Debía de encontrarse bien. Suspiró aliviado.

-Muy bien, gracias.

-¿Pasará por aquí esta tarde?

-Esto nos tomará un par de horas más, ¿verdad? -preguntó Richard al detective Ritenour.

-Sí -respondió este, encogiéndose de hombros a modo de disculpa. No estaba tan belicoso como antes del interrogatorio.

-No, no podré pasar. Nos veremos mañana.

Colgó y movió los hombros para relajar la tensión. Apareció Aquino, con tres tazas de café. Richard tomó la del café solo. Los dos detectives lo tomaron con tanta crema que el líquido apenas era marrón. Después del primer sorbo, Richard comprendió por qué en el ejército se había acostumbrado a tomar café tan fuerte como aquel, por el estímulo que proporcionaba la cafeína.

El café lo hizo pensar de nuevo en Sweeney y en su ansiedad por tomarse ese brebaje. Richard la necesitaba como nunca había necesitado a nadie, pero en aquellos momentos no se atrevía a acercarse a ella.

Capítulo 16

La tarde pasaba lentamente y Richard mantenía un férreo control de sí mismo. No se inquietó, no protestó, ni profirió amenazas. Los detectives hacían su trabajo y no era culpa de ellos el que les llevase más tiempo de lo esperado hacer todas las verificaciones. Richard no estaba oficialmente detenido y a juzgar por la actitud de los detectives, ya no sospechaban de él o, al menos, no demasiado. Podría haberse marchado pero habría tenido que seguir recibiéndolos para responder a preguntas que les ayudasen a hacerse una imagen de las costumbres y los amigos de Candra. Aunque llevaban un año separados, habían pasado diez juntos y él la conocía mejor que sus padres.

Tabitha había cancelado todas sus citas. Los padres de Candra ya estaban instalados en el Plaza. Habló con ellos por teléfono, con el detective Ritenour escuchando y se disculpó por no poder verlos aquella noche. Los Maxson no estaban solos. Richard oyó otras voces y supo que habían llamado a sus viejos amigos al llegar.

El deseo de llamar a Sweeney era casi incontrolable y tenía que resistirse a él como fuera. En su conmoción por el asesinato de Candra había olvidado su teléfono móvil y no podía saber si Sweeney lo había llamado a ese número. La sensación de estar desconectado de ella lo carcomía, era como si le faltasen partes de sí mismo. La necesitaba, necesitaba sentir la frescura de su personalidad, ver la transparente sinceridad de su mirada. Era injusto por su parte, ahora que Candra había muerto, comparar a ambas mujeres, pero no pudo evitarlo. Candra procedía de un entorno privilegiado, la habían mimado y adorado, satisfecho todos los caprichos, siempre segura de que la amaban y Por eso había crecido egoísta, incapaz de tolerar las situaciones en las que no obtenía lo que deseaba. Fue innegablemente agradable y encantadora... por lo que esas situaciones no se dieron muy a menudo, pero cuando se dieron, explotó.

En cambio, por lo poco que Sweeney le había contado, sus padres no le hacían ningún caso. La falta de sentimientos de su madre por los hijos era pasmoso. Conocía a la madre de Sweeney aunque nunca la había visto. Había conocido a ese tipo de mujeres. Como era artista, pensaba que eso la eximía de tener una conducta responsable. Probablemente indulgía en sexo y drogas indiscriminadamente y a saber a qué habría expuesto a sus hijos...

Sweeney había crecido sin amor y se había alejado del dolor encerrándose en sí misma y sin permitirse establecer vínculos. Richard sospechó que en otras circunstancias, sin la

conmoción y el shock que le causaban esos episodios mediúmnicos, no le habría resultado tan fácil aproximarse a ella. Lo habría mantenido a distancia durante meses. Pero, pese al ejemplo de sus padres o tal vez debido a él, se había alejado de un estilo de vida peligroso e inmaduro y convertido en una mujer moralmente fuerte.

No quería que lo ocurrido, la implicase más de lo que ya lo estaba. La pintura la implicaba. Si llegaba a pintar el rostro del hombre que estaba en pie junto a Candra, y Richard no dudaba de que lo haría, entonces tendrían que compartir ese conocimiento con los detectives. No era una prueba. Ningún jurado aceptaría el cuadro como prueba, pero si los detectives daban cierto crédito a la pintura, esta les llevaría en la dirección correcta. Si sabían dónde buscar, probablemente encontrarían la prueba que necesitaban. Tal vez podría llevarlos en esa dirección sin mencionar la pintura ni implicar a Sweeney en absoluto.

-¿Tenía testamento la señora Worth? -preguntó el detective Aquino.

-No lo sé -respondió Richard, volviendo a la realidad de repente-. Cuando estábamos juntos teníamos uno, pero hice otro nuevo tan pronto como nos separamos. No obstante, ella no tenía muchas posesiones. La galería es mía y por lo que sé, contrajo muchas deudas el pasado año. Acepté darle la galería como compensación, pero eso no entraría en un testamento nuevo que hubiera hecho, si es que lo hizo.

-¿Por qué? -preguntó Aquino con curiosidad -.¿Por qué le daba la galería? Según el acuerdo prematrimonial no tenía que darle nada.

-Era un medio para que se ganase la vida -dijo Richard tras encogerse de hombros.

-Señor Worth... -El detective Ritenour golpeó la mesa con el extremo del bolígrafo y frunció el ceño-. Ya sé que llevan tiempo separados, pero ¿conoce a algún hombre que estuviera con ella últimamente? El ama de llaves no nos ha podido dar ningún nombre, pero nos ha dicho que, cuando la señora Worth traía compañía, ella se quitaba de en medio y hacía su trabajo lo más silenciosamente que podía.

-¿Desde cuándo quieren saberlo? -Ríchard no hizo ningún comentario sobre las costumbres sexuales de Candra.

Los detectives se miraron y Aquino se encogió de hombros.

-Desde que se separaron.

-Mi abogado tiene una lista. -Al ver su sorpresa, añadió-: Por si necesitaba la información.

-¿La hizo seguir? -Ambos detectives se animaron. El informe de un investigador privado podía serles muy útil, ya que les diría con quién se veía.

-Sí, pero no creo que les sirva. No había nadie más habitual que los demás. Candra no tenía relaciones largas. Sus asuntos eran atracciones momentáneas y estaba más preocupada por satisfacer su apetito que el de su compañero. Kai, su ayudante en la galería, tal vez fuese su amante más habitual, pero sólo porque lo tenía muy a mano.

-¿Podría deletrearme su nombre? -le preguntó Ritenour arqueando las cejas.

-K-a-i. Stengel de apellido.

-¿Piensa que ese hombre la quería?

-Kai sólo se quiere a sí mismo. No lo imagino matándola porque eso iría en contra de su interés. A Candra le di carta blanca para llevar la galería, para que contratase a quien quisiera, pero que haya muerto antes del divorcio significa que la galería sigue siendo mía y Kai sabe que, en ese caso, se encontrará en la calle.

-¿Por su relación con la señora Worth?

-Porque es una rata de alcantarilla.

-Perdone todas estas preguntas, señor Worth --dijo el detective Aquino-, pero no comprendo cómo usted soportó todo esto, sabiendo lo que sabía de su mujer...

-Después de la primera vez, me importó un pito lo que hiciera -dijo Richard con frialdad en los ojos.

-Pero siguió casado con ella.

-Era lo que había prometido hacer cuando me casé. -Y se había tomado esa promesa en serio y habría sacado provecho de una mala situación si ella no hubiese abortado. La había aceptado para lo bueno y para lo malo, pero «lo malo» no incluía abortar un hijo suyo.

Llamó a Gavin y se hizo mandar por fax a comisaría el resultado de toda la investigación. Gavin se ofreció para ir a la policía si Richard precisaba su protección legal pero este le dijo que no era necesario. La noche anterior había puesto una orden de compra electrónica en el ordenador, la había realizado con su contraseña y su servidor de Internet podría confirmar a qué hora había estado conectado en caso de que los detectives tuvieran alguna duda. Richard no tenla ningún móvil y había cooperado con ellos al máximo.

La vez siguiente que consultó el reloj vio que eran las; siete y media. Estaba cansado y hambriento, pero rechazó la oferta de galletas de las máquinas expendedoras que le hicieron los policías. Ellos se veían más cansados que él pero no se rendían. Valoró su persistencia, pero la necesidad de llamar a Sweeney era cada vez más grande.

Se había pasado todo el día conteniendo las emociones hasta que se sintió como una olla a presión con la válvula obturada. El asesinato de Candra había revuelto un caldero de emociones. Primero lo había conmocionado la violencia de su muerte. A continuación lo invadió una cólera fría tan intensa, que le exigía que pasara a la acción. Estaba familiarizado con la violencia, pero en sus misiones militares se había enfrentado a otros militares o a grupos terroristas, a gente que sabía qué podía encontrarse y que iba armada y que estaba dispuesta a matar si era necesario. Candra no era una combatiente, estaba desarmada, no estaba preparada para la violencia ni esperaba encontrarla. No había podido siquiera elevar una plegarla y la injusticia de ese ataque lo sublevaba.

No lamentaba que lo hubieran interrogado. Lo que lamentaba de veras era no poder ver a Sweeney o, al menos, contactar con ella. Era una decisión propia, un intento de protegerla de las mismas suspicacias y las preguntas que le habían hecho a él, pero eso no lo hacía lamentar menos la necesidad de tomar aquella decisión. Si los detectives veían el cuadro, podían llegar a arrestarla y él haría todo lo posible por impedirlo.

Como cada vez estaba más desesperado por verla, se encerró más en sí mismo. Si le notaban inquieto, los detectives volverían a sospechar de él y aquello se prolongaría más tiempo.

Al final, poco después de las ocho, el detective Aquino se desperezó, cansado, y dijo:

-Nos ha sido de gran ayuda, señor Worth. Gracias por su paciencia. Otras personas se hubieran enojado, pero nosotros tenemos que hacer esas preguntas.

-Conozco las estadísticas --dijo Richard-. Lo comprendí enseguida. Y, dígame, ¿ya no soy sospechoso?

-Hemos comprobado todo lo que nos ha dicho. Su servidor de Internet confirmó los momentos en los que estuvo conectado durante el tiempo crucial. Y gracias por darles permiso para que nos pasaran esa información sin tener que obtener papeles para conseguirla. Nos ha ahorrado mucho tiempo.

-Candra no se merecía lo que le ha ocurrido -dijo Richard-. Por más grandes que fueran nuestras diferencias, no se lo merecía. -Se puso en pie y estiró sus cansados músculos-. Si tienen más preguntas, estaré en casa.

-El coche patrulla le llevará --ofreció el detective Ritenour.

-Gracias, pero no es necesario. Tomaré un taxi. -Llamar a Edward para que pasase a recogerlo sería una pérdida de tiempo. Cuando Edward llegase a comisaría, él ya estaría en casa.

Al salir, anduvo dos manzanas de distancia hasta una calle más transitada. Iba acumulando tensión. A casa. En menos de media hora llegaría y llamaría a Sweeney. Pensó en tomar un taxi y presentarse en su casa pero decidió ser precavido y no hacerlo. En todo caso, lo más probable era que los detectives llegaran a saber de su existencia (dependiendo de a quién hubiese dicho Candra que los había visto juntos), pero era importante retrasar al máximo lo inevitable. Esa noche, Sweeney quizá pintaría el rostro del asesino y entonces tendría una dirección hacia la que encaminar a los policías.

Tenía que ducharse, afeitarse e ir al Plaza a ver a Helene y Charles. El respeto y las normas de cortesía le pedían que así lo hiciera, pero no sabía si aún le quedaba algo de cortesía. Estaba cansado, y las relaciones entre ellos serían incómodas debido al divorcio. Cuando la gente estaba dolida, se descargaba buscando culpables e imaginaba a Helen haciendo una escena. Si Candra hubiese vivido con él, no estaría muerta porque no habría vuelto sola a casa. En esos momentos no le quedaba paciencia para enfrentarse a aquello. Los llamaría más tarde, después de haber hablado con Sweeney y pasaría a verlos a primera hora de la mañana.

Pero Sweeney era lo primero. Hasta que supiera que estaba bien, no podría pensar en nada más.

-Hijo de puta --dijo el detective Joseph Aquino, al tiempo que cerraba un archivador y se recostaba, cansado, en su silla. Era el más impaciente y duro de los dos detectives, pero su aspecto hacía que los sospechosos confiasen en él, por lo que Ritenour hacía de «malo»-.

Librodot

Nueve de cada diez veces es el marido abandonado el que mata a la esposa. Este caso parecía el escenario perfecto pero ¿qué tenemos aquí?

-No tenemos nada de nada. -Ambos sabían los puntos claves del interrogatorio pero repetirlos en voz alta siempre ayudaba---. Worth es el que pide el divorcio. Tiene un acuerdo prematrimonial que protege sus posesiones, o sea, que no tiene que preocuparse por eso. Ella le ha complicado las cosas con lo de la pensión económica, pero hoy tenían una cita para firmar los papeles, por lo que, por aquí, tampoco hay móvil. Él estaba conectado a Internet cuando ella volvió a casa después de la fiesta y en la hora estimada de la muerte según el informe preliminar del forense. ¿Sabes qué es lo primero que hace una mujer cuando llega a casa? Sacarse los zapatos de tacón de aguja. La señora Worth todavía los tenía puestos.

-¿Y te habías encontrado alguna vez con un sospechoso tan tranquilo? --comentó Aquino frotándose los ojos. Aquella mañana, había atendido la llamada del asesinato poco antes de las siete de la y no había cesado de trabajar ni un momento en el asunto-. Nada por donde cogerlo. Sólo tenemos de él lo que quiso que viéramos.

-Joey --dijo Ritenour-. Él no lo ha hecho.

-Sin embargo, la escena no estaba clara. Era como si ella hubiese sorprendido a un ladrón pero...

-Pero eso es lo que alguien quiso que creyéramos.

-Sí. La casa no estaba muy revuelta y esas rascadas en la cerradura. Parecen hechas a propósito. Seguro que no las hicieron para forzar el cerrojo.

-Otro punto a favor del señor Worth --dijo Ritenour---. No me interpretes mal, no quiero decir que él pudo haberlo hecho, pero me ha parecido un tipo de esos que si hubiese querido que la escena pareciese un robo, lo habría conseguido.

-Sí, lo sé. Pero quienquiera que fuese, la conocía y estaba muy cabreado. Un ladrón no la habría rajado así. -Aquino le pasó un informe preliminar-:Tres veces en la espalda, lo que indica que huyó de él. Heridas en los brazos, es decir, intentó defenderse. Y una vez que la tuvo en el suelo, siguió acuchillándola.

-No hay señales de violación. La ropa interior estaba en su sitio. En el informe preliminar no se ha encontrado semen. Sus amigos dicen que se marchó de la fiesta inusualmente temprano, por lo que no puede saberse a qué hora llegó. Y se marchó sola. -Ritenour bostezó y volvió a concentrar la vista en el informe-. El cuchillo era de su propia cocina y fue dejado en la escena del crimen. No hay huellas. Las de la perilla de la puerta son de la señora Worth y del ama de llaves.

-Tampoco parece que sea obra de un amante despechado. Ella se limitaba a pasarlo bien. Había muchos hombres en su vida, pero ninguno importante.

-Quizás alguno de ellos quisiera más protagonismo. Ya sabes, lo de la zorra y las uvas, si no puedes cogerlas, bla bla bla. ¿No hay nadie en esa lista a quien viera con regularidad y hubiese dejado de ver? -Ritenour garabateó en su bloc de notas. Como todos los detectives, Joe y él repasaban todos los detalles una y otra vez. Muchas veces este toma y daca les proporcionaba una perspectiva nueva.

Librodot

-Nadie tan reciente -respondió Aquino-. El nombre del senador McMillan es interesante pero, aunque es probable que no quisiera que su mujer lo supiese, no creo que la matase para mantener el secreto.

-Por no decir que no sabe que esta lista existe.

-Exacto. La compañía de seguros, ¿ha presentado una relación de las joyas que tenía aseguradas para poder saber qué ha desaparecido?

-Todavía no. Han dicho que la mandarán por fax mañana por la mañana.

-Volvamos a repasarlo todo.

-Ya lo hemos repasado dos veces, Joe.

-No me hagas reír. -Aquino se recostó en la silla y entrelazó los dedos detrás de la cabeza---. Entra el tipo. Coge las joyas. Tal vez quiere llevarse también el televisor y el equipo estéreo, pero es un solo tío y lo dudo. Está en la cocina, mirando en el frigorífico. Mucha gente esconde cosas de valor en el frigorífico y en el congelador por lo que un buen ladrón siempre mira ahí dentro.

-Cuando ella llega -le tocó el turno a Ritenour-, él se asusta. Coge uno de los cuchillos, pero ya tiene las joyas y es más fuerte que ella, puede escapar sin dificultad. Entonces no hay ninguna razón para matarla, a menos que ella lo conociera.

-¿Como un conocido que necesitase robar para costearse el enganche a la droga? Eso podría colar, a excepción del ensañamiento. El asesino disfrutó matándola. Eso me hace pensar que fue un asesinato deliberado y que el resto es sólo un escenario. No creo que fuera un vulgar ladrón.

-Entonces, los tipos de esa lista son nuestros principales sospechosos. -Con ademán cansado, Ritenour repasó los nombres-. Dios mío, el ama de llaves vio mucha acción pero no creo que ninguno de esos nombres estén en el registro de seguridad del edificio.

-¿Qué? ¿Crees que si un tipo planea un asesinato va a firmar con su nombre auténtico en el registro del portero?

-Entonces, ¿cómo entró? Alguien tuvo que darle permiso o el portero no lo habría dejado subir.

-Quizá haya alguien compinchado con él en el edificio.

Se miraron con displicencia. Se estaban metiendo en un terreno disparatado, con una teoría de una conspiración y lo sabían. El asesinato había sido demasiado personal. Ahora, les quedaba por resolver cómo había entrado el asesino en un edificio de apartamentos de lujo en el que había guarda de seguridad las veinticuatro horas del día. Siguieron mirándose con pesar. Ritenour arqueó las cejas y dijo:

-Necesitamos una lista de los inquilinos recientes.

-Seguro.

-El nombre no será el auténtico pero buscamos un hombre soltero y si conseguimos fotos de todos los tipos de esa lista, los guardas podrán reconocer al nuevo inquilino en una de ellas.

Con energías renovadas, cogieron el teléfono, aunque el que fuera tan tarde por la noche jugaba en contra suya. En la oficina del edificio no había nadie que pudiera darles una lista de los nuevos inquilinos. Obtener fotos de los hombres de esa lista también les llevaría tiempo. Las fotos de los que tuvieran permiso de conducir podrían obtenerlas en el jefatura de tráfico, pero mucha gente que vivía en la ciudad no conducía porque tener un coche no resultaba práctico. También cabía la posibilidad de que el asesino viviera al otro lado del río, en Nueva jersey o en Connecticut. Desde ambos sitios, desplazarse al centro de Nueva York era fácil.

-Dios mío -murmuró Aquino, mirando la lista de los amantes de la señora Worth-. Esto nos puede llevar lo que queda de año. ¿Has contado cuántos tipos hay? Esa mujer debía de tener un cerebro de mosquito, con el Sida, y todo eso... Mira esto. Hay veintitrés tíos nuevos en el pasado año, y luego están todos los repetidores. Se acostaba con alguien dos veces por semana por término medio.

-Ya me gustaría que mi vida sexual fuese tan activa -comentó Ritenour, apesadumbrado.

-El estrés te mataría. Mierda, esta noche no llegaremos a ningún sitio. -Aquino se puso en pie y se desperezó-. Me voy a casa. Nos veremos mañana.

-Es la mejor idea que has tenido en todo el día. -Ritenour cogió su chaqueta-. ¿No quieres que vayamos a tomar un par de cervezas?

-No, ve tú. Yo estoy machacado. -Ambos estaban divorciados y lo único que les esperaba en casa era ocuparse de la colada. Las cervezas sonaban tentadoras. Pero había algo que lo inquietaba y no sabía qué era. Algo relacionado con Richard Worth. No se trataba de que pensase que Worth era el asesino: el hombre no tenía móvil ni había tenido la ocasión de hacerlo. Pero se le veía demasiado controlado. No se había puesto nervioso, no había dado muestras de impaciencia ni demostrado ninguna emoción al identificar el cadáver de su esposa, o mejor dicho, su casi ex esposa, y, si tenía en cuenta el aborto y todos los demás hombres, comprendía por qué a Richard esa muerte lo había dejado frío. Su cuerpo parecía carecer de fibras nerviosas, había sido paciente y colaborado con ellos, dejándolos acceder a sus informes para que obtuvieran las verificaciones mucho más deprisa que a través de los canales habituales. Aquino no tenía ninguna razón para sospechar de Worth y no sospechaba de él, pero ese tipo ocultaba algo. Había algún cabo suelto que tenía que ligar.

Se despidió de Ritenour y luego se puso tras el volante del sedán marrón que el ayuntamiento ponía a su disposición. Siguiendo un impulso, decidió acercarse hasta la casa de Richard Worth a ver qué descubría. Podía incluso aparcar un rato y vigilar. En un detective, la curiosidad sana siempre era una buena cosa.

Richard dio un billete de veinte dólares al taxista, no esperó a que le devolviera el cambio y se dirigió a su casa. Al renovar la planta baja para instalar sus oficinas, había añadido una nueva entrada para acceder a ellas bajo las escaleras que subían a la parte principal de la casa. La planta de oficinas era medio subterránea, con ventanas que daban a la calle protegidas con barrotes de hierro. Entró en el inmenso vestíbulo, embaldosado con pizarra de importación. La alfombra que había en el centro era turca y tenía más de doscientos años y sus nudos eran tan densos que no se hundía bajo -su peso.

Librodot

Se acercó al contestador automático y escuchó los mensajes. Había once y los oyó impaciente, haciendo avanzar la grabación tan pronto como reconocía la voz. Sweeney no había llamado. Marcó su número y escuchó las señales, contándolas. A la sexta se accionó el contestador. La voz de Sweeney recitó su número de teléfono, terminando con un sucinto «deje un mensaje». En otras circunstancias se habría reído pero su preocupación creció aún más. ¿Dónde demonios se había metido?

Sweeney no tenía intenciones de caminar hasta tan lejos. El grave episodio de aquella mañana la había dejado aturdida y como drogada después de la profunda siesta de tres horas. Luego, se había pasado mucho tiempo dando vueltas por el apartamento. En realidad, no esperaba que Richard llamase, pero se había quedado en casa por si acaso. Estaría tan ocupado con lo del entierro que, tal vez pasarían dos días antes de que volviera a saber de él.

Hacia el atardecer, empezó a sentir que no podía pasar ni un momento más encerrada. Sus procesos mentales eran lentos y torpes, como si estuviera drogada, y pensó que un poco de aire fresco la despejaría. Sin confiar en la alegre mujer de la previsión meteorológica, que había dicho que la temperatura era de unos agradables veinticinco grados, se puso una chaqueta de algodón y salió a la calle.

No tenía en mente ningún destino y se limitó a caminar. Vivía en

los límites del Lower East Side y la zona estaba llena de color, sobre todo de la variedad humana. El precio relativamente bajo de los alquileres atraía a artistas y estudiantes. Los actores y músicos se movían principalmente por Greenwich Village, pero parte de ellos terminaban en el Lower East Side. Las caras eran fascinantes, las de los jóvenes y las de los viejos. Una pareja había salido a pasear y empujaba el carrito del bebé, con el rostro resplandeciente de orgullo. Vio la diminuta cara de flor del pequeño y sus minúsculas manitas curvadas alrededor del borde de la manta y sintió un gran deseo de acariciarle la pelusa que cubría su cabeza.

Un adolescente paseaba un grupo de perros de distintas razas y tamaños, desde un pastor inglés que miraba tras su maraña de pelos, hasta un dachshund que trotaba el doble de deprisa que los demás. El chico, que iba montado en unos patines, era literalmente arrastrado por la acera y sonreía entusiasmado. Los perros estaban felices de poder ser útiles.

Poco a poco, el barrio cambió. Sweeney miró los escaparates, se detuvo en una pequeña panadería a comprarse un rollito de canela y tomarse un café. Luego, siguió caminando con las manos en los bolsillos de la chaqueta al tiempo que una ligera brisa coqueteaba con sus cabellos.

Intentó no pensar en Candra. Impidió deliberadamente que la imagen del cuadro se formase en su mente. No pensó en nada concreto y se limitó a caminar.

Sin embargo, no se sorprendió cuando al mirar a su alrededor vio las lujosas casas y apartamentos del Upper East Side. Había caminado casi cuatro kilómetros, tal vez más. No sabía cuántas manzanas constituían un kilómetro. Richard vivía allí, en una casa de Park Avenue, y Candra muy cerca; Sweeney recordó que Kai le había dicho que el nuevo apartamento de Candra estaba en esa zona, pero no se acordaba del edificio.

No había visto las noticias de la televisión, sólo el tiempo. Lo más probable era que hubieran hablado del asesinato. Cosas como ésa no ocurrían todos los días en la zona lujosa de la

ciudad, y Candra era socialmente conocida, por lo que su asesinato sería aún más interesante. Pero ella no había querido ver el telenoticias ni oír ninguna especulación al respecto.

Lo único que deseaba era encontrarse con Richard.

Siguió caminando y luego se detuvo a contemplar la casa. Había estado allí una vez, hacía tres o cuatro años, en una breve visita a la ciudad, en una fiesta que dio Candra. Se quedó sólo para fingir que tomaba algo de champán, para saludar a la anfitriona y luego huir lo más rápido posible.

En una ventana en forma de abanico que había sobre la puerta se veía una luz encendida. Se quedó mirándola al tiempo que se preguntaba si Richard estaría en casa o si la luz estaba encendida para hacer creer que en la casa había alguien.

Aquello era una mala idea. Si estaba en casa, seguro que no estaría solo. Habría gente dándole el pésame, o tal vez no, dadas las circunstancias. Pero lo que era seguro es que esos amigos estarían intentando enterarse de todos los detalles macabros para poder contarlos a otros amigos al día siguiente.

No tendría que entrar. Sólo llamar y decirle... decirle algo anodino, como que pensaba en él o que quería ofrecerle sus condolencias o lo que fuera. Tal,vez tenía servicio y no abría personalmente la puerta. En ese caso, dejaría un mensaje. Así Richard sabría que había estado allí y eso era lo importante.

Subió las escaleras y pulsó el timbre, luego volvió a meter las manos en los bolsillos y agachó la cabeza mientras la brisa de la noche jugueteaba con sus cabellos.

La puerta se abrió tan repentinamente que se sobresaltó.

-¿Dónde te habías metido? -le preguntó Richard con voz enardecida.

-He venido dando un paseo -respondió ella, parpadeando.

-¿Dando un paseo? -repitió él con voz incrédula---. ¿Desde tu apartamento?

-Sí, sólo quería pasear y... he terminado aquí.

La miró con rostro inexpresivo pero en sus ojos morenos brilló alguna emoción indescifrable.

-Pasa -le dijo, haciéndose a un lado para que entrara. Tras dudar un instante, Sweeney entró.

Sentado en su coche a treinta metros de distancia, el detective Aquino arqueó las cejas y anotó la hora de llegada de la mujer. No había ninguna razón para hacerlo, pensó, pero los policías siempre lo hacían.

No se habían tocado pero se había dado entre ellos un indefinible aire de conexión. Así que Worth tenía una amiguita... Ninguna ley se lo prohibía y, en realidad, después de llevar un año separado, ese hombre tendría que haber sido un santo para no tener una amante.

Lo que asombraba a Aquino era por qué, al responder a todas las preguntas que le habían formulado ese día, no se había mencionado el nombre de otra mujer. Worth era un hombre muy reservado, eso ya lo había visto, pero cuando el tema había salido a colación, les había

contado con desgana lo del aborto de su mujer. Tener una amante era mucho menos delicado que esa otra información. En realidad, tener una relación con otra mujer era un punto más a su favor ya que, en ese caso, aún le preocuparía menos lo que hiciese la esposa de la que se había separado.

Pero Worth no había mencionado a su amiga y a Aquino, aquello, le pareció interesante.

Capítulo 17

El suelo del vestíbulo era de baldosas gris oscuro, cubiertas por la gruesa alfombra de los colores más intensos que se hubiese visto nunca. Habría hecho una pausa para contemplarla, pero Richard, con un gesto, la instó a precederlo hacia la sala y ella lo hizo incómoda. Su expresión era de lo más gélido, como si no la quisiera allí pero fuese demasiado educado para decírselo. Sweeney hundió más las manos en los bolsillos y se sintió una intrusa.

La vez anterior que había estado en la casa también se había sentido una intrusa. Claro que en esa ocasión se había visto presionada a socializar, brevemente, pero esta vez no se sentía mejor. El lujo la ponía nerviosa. De niña, siempre era ella la que vertía el bote de pegamento en un mantel de encaje o se manchaba de pintura una blusa de seda o pisaba un bolígrafo y lo reventaba sobre una alfombra carísima. Su madre siempre había resaltado en su espectacular tono de voz, que lo mejor sería tenerla en una jaula y luego siempre se disculpaba de la torpeza de su hija. Durante un tiempo, Sweeney vivió aterrorizada pensando que su madre realmente la encerraría en una jaula.

Había superado ese miedo, pero siempre había sido propensa a los accidentes y con las cosas caras se sentía especialmente torpe. Caminó hasta el centro del vestíbulo y se mantuvo a distancia de una hermosa lámpara.

La espaciosa sala estaba a la derecha. Entró en silencio, con Richard pisándole los talones. Experimentó la vaga sensación de ser conducida. No debería estar allí, se encontraba fuera de lugar y, ciertamente, el momento no era el mejor. Había dado por sentadas muchas cosas en su relación y esta era demasiado nueva y estaba aún muy poco formada como para que uno pudiera, sacar conclusiones.

Pese a su incomodidad, Sweeney se fijó, como siempre, en los colores que la rodeaban y enseguida notó que la sala había cambiado. A Candra le gustaban los tonos claros y neutros; ahora todo era más intenso y consistente. Y nada de lo nuevo era menos costoso que lo anterior.

Sweeney se quedó en el centro de la sala, incómoda, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro.

-Siéntate -dijo Richard.

-No puedo quedarme. -No había mejorado nada en sus mentiras piadosas, pensó enfadada consigo misma-. Sé que no tendría que estar aquí... Para ti es un momento muy delicado y yo me estoy entrometiendo.

- Siéntate -repitió él, aunque esta vez sonó como un gruñido.

Librodot

Sweeney eligió un gran sillón de cuero y se sentó en el borde del cojín. En la mesa que tenía al lado había una estatuilla. Se puso las manos entre las rodillas para no tirarla sin querer.

No le gustaba sentirse incómoda con Richard. En su apartamento se sentía más a gusto con él. Allí, por primera vez, advirtió el abismo económico que los distanciaba. Nunca le había parecido un esnob, por lo que la distinción tendría que estar dentro de sí misma, y lo contrario al esnobismo era tan irracional como ser esnob.

-No sé qué piensas pero no me gusta la expresión de tu cara. -El tono de Richard fue seco, pero no airado. Seguía en pie, mirándola con una expresión insondable.

-Pienso que aquí no pinto nada. -Aquella era una verdad sin barnizar, le gustase a él o no. Sweeney clavó la mirada en las flores de un jarro y se distrajo admirando los colores.

-Yo tampoco -replicó él, al tiempo que se encogía de hombros.

-Pero es tu casa -dijo Sweeney, sorprendida.

-En el fondo, soy un chico de pueblo. No es aquí donde quiero estar, esto es sólo un sitio donde vivir.

Sweeney no podía apartar la mirada de él. Los ojos morenos de Richard se veían negros a la suave luz de las lámparas y él tampoco se los quitaba de encima. Las sensaciones físicas, que nunca estaban lejos de la superficie cuando se encontraba junto a él, la hicieron estremecer. Intentó controlarse; no era un buen momento.

-Me he pasado el día en la comisaría -dijo él, en voz baja-. Estaba preocupadísimo por ti, pero no podía llamarte.

-Comprendo -se apresuró a decir Sweeney-. No esperaba en absoluto que llamases. Y me encuentro bien. Al final, he tomado un baño caliente hasta que las tiritonas han desaparecido.

-Preferiría que te acostaras conmigo en una cama caliente cada vez que te ocurra eso.

Esas palabras dejaron entre ellos un cable conectado. Sweeney sintió que se le sacudían las entrañas. Richard no la miraba como si pensase que no pintaba nada allí, la miraba con la intensa concentración de un hombre que quería sexo. Allí y en aquel instante.

De repente, descubrió que se había puesto en pie como impulsada por un resorte. Los nervios y la necesidad luchaban dentro de ella. Aquella frase de Richard la había excitado y todo su cuerpo ansiaba unirse a él. Le dolían los pechos y sin tener que mirar hacia abajo, notó que los pezones se le habían endurecido. De entre sus piernas manaba calor líquido, dulce y doloroso. Apretó los músculos vaginales contra el dolor y descubrió que todavía le dolía más.

Había aceptado y disfrutado de aquellos besos desenfrenados y frustrantes, del tentador contacto de la piel desnuda, de la intoxicadora sensación de estar al borde del peligro y absolutamente segura a la vez en sus brazos. Por más que deseara hacer el amor realmente con él, también le gustaba el control que demostraba tener. Para ella, el compromiso no era una cuestión fácil y lo que Richard le pedía en aquel momento era el compromiso más básico de todos. Lo que en teoría, iba a disfrutar también le daba un poco de miedo.

Librodot

-Creo que debo irme -dijo, volviéndose con la intención de hacerlo.

Él la tomó por la cintura antes de que pudiera dar un paso.

-Pues yo creo que deberías quedarte. -La atrajo con fuerza hacia sí, clavándole las caderas en las caderas y los muslos en los muslos para que ella notara la dureza de su erección en el vientre-. ¿No me deseas? -Murmuró, inclinando la cabeza para besarla en las sienes y detrás de la oreja.

Sweeney se sobresaltó. ¿Lo deseaba? Lo deseaba más que áninguna otra cosa o persona en el mundo. Apenas empezaba a darse cuenta de lo mucho que lo deseaba y no sólo en sentido físico. Reconocer lo mucho que lo necesitaba emocionalmente era lo que le daba más miedo. De pequeña, había amado mucho a su familia y esperado recibir también amor, pero ese amor no había llegado y, desde entonces, no se había permitido ser tan vulnerable.

Pensó, sin embargo, que era demasiado tarde para andarse con cautelas. La mezcla de pánico y excitación le hizo un nudo en la garganta, pero le recorrió el pecho con las manos y cerró los brazos tras su nuca, al tiempo que se ponía de puntillas para sentir la erección de Richard entre las piernas, y ese fue todo el permiso que este necesito.

La abrazó con fuerza y la besó en la boca con fuerza y voracidad. Movió la lengua en su interior, poseyéndola, sacudiéndola con el repentino conocimiento de que hasta aquel día se había contenido. Ya no se contenía. Sweeney tuvo la sensación de ser arrasada y devorada, aunque él no le hacía daño. El único dolor que sentía era el del vacío.

Richard le quitó la chaqueta y la tiró al suelo. Metió las manos debajo del jersey y las cerró sobre sus pechos, con las palmas calientes y ásperas contra sus erectos pezones. Sweeney arqueó todo el cuerpo con aquel contacto y se oyó gemir. Todo daba vueltas muy deprisa y no podía controlar nada más.

-Richard -susurró con voz entrecortada, suplicando y llorando a la vez.

Él se quitó la camisa por encima de la cabeza y, al instante siguiente, Sweeney estaba tumbada boca arriba en el inmenso sofá. Al cabo de diez segundos estaba desnuda y descalza y Richard le había puesto las manos en los muslos y se los abría.

Sweeney lo miró aturdida mientras él se arrodillaba ante sus piernas abiertas, con una rodilla en el sofá y el otro pie en el suelo y se desabrochaba los pantalones. El cuerpo le tembló de expectación y notó la sangre caliente y espesa corriendo por sus venas en dirección a sus genitales. Richard se inclinó ante ella y Sweeney apoyó los brazos en su pecho. En la mano derecha notó los latidos de su corazón y cuando sus ojos se encontraron, él la penetró con dureza y profundidad.

Sweeney fue presa del dolor. Era agudo y ardiente, como si fuera virgen de nuevo. Contuvo las lágrimas y se puso rígida bajo él. Richard murmuró una maldición vaga y se retiró un poco, para volver a abrirse paso hasta el fondo, esta vez más despacio. El dolor fue sólo una reacción momentánea de su cuerpo ante esa desacostumbrada invasión y la segunda embestida de Richard la hizo gritar de nuevo, esta vez de placer.

-Dios -dijo él con voz tensa y el cuerpo absolutamente inmóvil y rígido, como si una acometida más fuera a hacerle trizas el control y no pudiera detenerse hasta llegar al orgasmo.

Sweeney cerró las piernas alrededor de su cintura, alzando la pelvis para acogerlo más a fondo. Su respiración se volvió superficial y jadeante. Lo notaba tan duro y grueso en la vagina que pensó que no podría soportar sus movimientos, y que, sin embargo, explotaría si no se movía. Sweeney se sintió arder, con la sangre que le borboteaba en las venas. Apretó los músculos de la vagina en torno al pene de Richard, intentando que la llenara del todo. Él flexionó todo el cuerpo y, con un sonido gutural, la embistió con tanta fuerza que se ahogó un grito; luego, volvió a quedarse inmóvil.

Sweeney arqueó su cuerpo hacia arriba y le clavó las uñas en el pecho.

-¡Hazlo, maldita sea! -dijo en un grito ahogado-. ¡Hazlo!

Él la tomó por las muñecas, apartándole las manos del pecho para ponérselas tras la nuca. Se introdujo más en ella, con el sudor que el brillaba en la frente, y en la fiera profundidad de sus ojos Sweeney vio que su control se desmoronaba.

La meció con él en poderosas acometidas que la sacudieron. Su cuerpo se arqueaba con cada embestida y el calor y la tensión aumentaban en su interior. Moviendo desenfrenadamente las caderas hacia adelante y hacia atrás, Sweeney absorbió todo lo que él tenía para ofrecerle. Tuvo un fuerte y rápido orgasmo que la hizo sollozar y, sin piedad, él siguió embistiendo de modo que cuando los espasmos de placer terminaron, la tensión empezó a acumularse de nuevo. El gran cuerpo de Richard se puso rígido sobre ella y entonces tembló y se convulsionó con la fuerza de su clímax.

En el silencio que siguió, Sweeney oyó su propia respiración, acelerada y espasmódica. El corazón le latía con tanta fuerza que le golpeaba la caja torácica. Todos sus músculos eran como de mantequilla, blandos e impotentes. Notaba el peso de Richard sobre su cuerpo y pensó que podría quedarse así para siempre, y que el placer que había experimentado con él no podía compararse con hacer el amor. Se sentía alborozada y exhausta, como si pudiera mover montañas en cuanto su cuerpo volviera a moverse, pero, en aquellos momentos, lo único que quería era estar allí, con el peso de Richard sobre ella, al tiempo que sentía el temblor de sus poderosos músculos y sabía que lo había dejado satisfecho.

Eso era lo que siempre sentían las mujeres en esos momentos con los hombres a los que querían. Era mucho más dulce de lo que había imaginado en esos raros momentos en los que se había permitido a sí misma pensar en lo que podía estar perdiéndose por su soledad.

Richard alzó la cabeza. Tenía el cabello empapado de sudor. El rostro, austero de triunfo y sentido de la posesión, denotaba una satisfacción muy masculina.

-¿Estás bien? -preguntó con voz ronca.

-¿A ti qué te parece? -consiguió articular Sweeney-. Yo no tengo mucha práctica.

Una rápida sonrisa encendió la seriedad de su cara.

-Yo diría que estás de maravilla. -Le soltó las muñecas para apoyarse en los codos y la besó en la boca, imitando con la lengua las embestidas que le mantenían el pene semierecto en su interior. Sweeney se estremeció bajo él y sus tejidos internos estaban tan sensibles que apenas podían resistir ese tenue estímulo.

Librodot

Richard lo sabía y salió de ella con tanta suavidad que Sweeney casi lloró. Se apoyó en las rodillas, se puso los pantalones en su sitio y luego la tomó en sus brazos y la levanto en vilo. Sweeney se quedó inmóvil, como una ofrenda desnuda, mientras él la llevaba al piso de arriba.

-Espero que puedas quedarte toda la noche porque, contigo, no he hecho más que comenzar.

-No... En la cama de Candra, no

-Candra nunca ha dormido en esta cama -la tranquilizó, tierno pero implacable-. 0 en esta habitación. Después de que se marchara, renové toda la casa.

Richard abrió una puerta con el hombro y la llevó por una gran habitación tachonada de alfombras con colores de piedras preciosas, hasta una cama que parecía para seis personas. La dejó en el suelo al tiempo que quitaba la colcha.

-Tengo que lavarme --dijo Sweeney, a quien le temblaban las rodillas. Tenía que encontrar una bata, una toalla, y un par de manoplas. Nunca se había sentido tan desnuda ni tan consciente de su cuerpo.

-Maldita sea -dijo él, poniéndose tenso-. No me he puesto una goma.

Se miraron fijamente y Sweeney advirtió lo mojada que tenía la entrepierna.

-Creo que estamos a salvo ---dijo, contando rápidamente-. Han pasado casi tres semanas desde mi última menstruación. -Sweeney había tenido un breve momento de demencia y lamentó que el momento no hubiese sido mejor... o peor. En aquellos instantes, no lo sabía.

Richard abrió un cajón de la mesita de noche y sacó una caja de condones, extrayendo uno.

-Los dos necesitamos una ducha. El baño está aquí -dijo, al tiempo que la volvía y la llevaba hacia una puerta.

Quería hacer algo más que ducharse con ella, pensó Sweeney al ver que tenía el condón en la mano. Los latidos de su corazón se aceleraron mientras caminaba hacia el baño con toda la naturalidad de la que fue capaz, aunque sabía que le ardían las mejillas. Al llegar al baño, él se había quitado toda la ropa salvo los pantalones y los calzoncillos.

Sweeney se detuvo en la puerta. El baño de Richard era más grande que su dormitorio. Ante ella había una bañera de hidromasaje cuadrada con un grueso montón de toallas en una estantería de cerámica que estaba junto a un recipiente de cristal lleno de pequeños jabones de. colores. A la derecha, se abría una puerta que daba a la ducha. El suelo era de baldosas rosas que brillaban bajo las intensas luces. A la izquierda, había un pequeño cubículo privado para el inodoro y, a la derecha un lavabo doble de color marrón con grifos dorados. Ante la ducha y la bañera se extendían unas gruesas y suaves alfombras.

-Esto es decadente --comentó.

Una gran mano se movió sobre las curvas de sus nalgas.

-Me alegro de que te guste.

No sólo le gustaba, la fascinaba. Los colores eran muy hermosos. Un marrón apagado habría quedado horrible, pero aquel marrón era tan profundo e intenso que Sweeney pensó que podía sumergirse en él. El oro de los grifos se reflejaba sobre el lavabo doble, haciéndolo resplandecer.

Sweeney abrió la puerta de la ducha, miró dentro y contuvo una exclamación de asombro. El recinto era de mármol veteado marrón y rosa. A cada lado había un caño, colocados de tal manera que el agua llegase al cuerpo por delante y por detrás a la vez.

La mano de sus nalgas se volvió más insistente, instándola a que entrase en la ducha. Sweeney se volvió y se encontró con un hombre muy desnudo ante ella. Contuvo el aliento. Lo había imaginado y visto casi desnudo pero la realidad superaba con mucho la imaginación. Estaba en una forma física excelente, pero había algo más que eso. Era como ella pensaba que un hombre tenla que ser: musculoso, maduro e interesado. De manera impulsiva, alargó la mano y la cerró alrededor de su rígido pene, oyendo sólo a medias su involuntario murmullo de placer, ya que se había concentrado en ver cómo crecía en su mano aquel duro miembro.

-Si no vas con cuidado, tendrás que ducharte más tarde -le dijo.

_¿Y eso importa? -preguntó ella, en un susurro.

-Intento ser considerado y romántico.

Sweeney echó la cabeza hacia atrás y arqueó las cejas, interesada.

-¿Romántico?

-Llevo pensando en esto desde hace una semana. He planeado todo lo que íbamos a hacer.

Sweeney siguió con la mano en su pene mientras que con la otra, le acariciaba el pecho, y respiraba jadeante con la boca entrecerrada.

-¿Qué planes románticos habías hecho?

-Bueno, en realidad sólo he hecho uno.

-¿Uno? ¿Cuál es?

-Follarte hasta que te vuelvas loca -dijo seriamente, y mientras Sweeney se echaba hacia atrás riendo, le quitó la mano de su sexo. La metió en la ducha y abrió el grifo.

Sweeney advirtió que no era la primera vez que Richard se duchaba con una mujer. Ajustó los chorros del agua de forma que sólo la mojaran hasta el pecho y su cabello quedase seco. Unos minutos más tarde, con las manos llenas de jabón moviéndose por todo su cuerpo, Sweeney pensó que tampoco era la primera vez que bañaba a una mujer. Al cabo de un instante, con el condón puesto, le demostró lo que sabía acerca de cómo hacer el amor en la ducha. Fue un polvo rápido, duro y carnal que la clavó contra la pared de mármol con las acometidas de Richard. Sweeney se corrió deprisa, convulsionándose en sus brazos en espasmos de placer. Después, apenas podía sostenerse en pie, y la aguantó mientras la secaba con una toalla. Él seguía con el miembro erecto ya que no se había corrido, y Sweeney comprendió que la segunda vez tardaría mucho más en llegar al orgasmo. Le esperaba una larga sesión de sexo y no supo si alegrarse o pedir clemencia.

Librodot

Entonces, Richard la llevó a la cama y todas las ideas de pedir clemencia desaparecieron de su cabeza. Se pasó mucho rato besándola, de la cabeza a los pies. Le chupó los pezones hasta que ella sollozó de placer y frustración. Exploró su vagina con un dedo y le acarició la vulva. Luego, sustituyó los dedos por la lengua y ella orgasmó de nuevo, gritando por la intensidad de las sensaciones. Richard la dejó descansar un rato y luego la puso boca abajo y la penetró por detrás. Sweeney estaba tan hinchada que él se sintió inmenso dentro de ella, apenas capaz de acomodar su miembro erecto en su vagina. Sus lentas acometidas le restregaron el cuerpo contra las sábanas y contra la mano que él había vuelto a poner debajo de ella, de modo que, con cada embestida, notaba sus experimentados y perversos dedos.

La cuarta vez que orgasmó, Richard lo hizo con ella y después se quedaron tumbados muy juntos. Sweeney tenía la cabeza apoyada en su hombro mientras que las manos de Richard le acariciaban las nalgas, los pechos, las caderas, el abdomen y los muslos como si no pudiera dejar de tocarla. Sweeney cerró los ojos y escuchó los latidos del corazón de su compañero y luego los suyos propios hasta que, gradualmente, se volvieron más lentos y latieron a la vez, dos corazones y un solo ritmo.

-Dime si quieres dormir -murmuró él, al cabo de un rato, poniéndose encima de ella.

Sweeney sintió que la sondeaba, sin penetrarla, y supo que no lo haría si le decía que tenía sueño.

-No -susurró, al tiempo que arqueaba la espalda y levantaba las caderas para que él pudiera penetrarla---. Esta noche no me dejes dormir. Estaba harta de asesinatos y cuadros y de tener la sensación de que su vida estaba sujeta a los caprichos de un poder invisible y desconocido. Quería adormecer sus sentidos con Richard, perderse en el placer puramente físico.

Él hizo exactamente lo que ella quería. Un par de veces creyó que se dormía pero se debía al relax de haber completado el acto del amor. Él siguió amándola sin parar e incluso cuando descansaban, no salía de ella. Cuando Sweeney se secó demasiado para acogerlo, Richard utilizó lubricante para abrirse paso en ella y Sweeney gritó un par de veces porque pensó que ya no podía soportarlo más, pero las dos veces vio-que sí podía y que por esa noche, Richard había conseguido que no tuviera frío.

Cuando empezó a despuntar el alba, estaban tumbados quietos, muy juntos. Richard le apartó un mechón de cabello de la cara y con toda la ternura del mundo dijo:

-Háblame del cuadro.

Sweeney se puso momentáneamente tensa ya que no quería que aquella desagradable intrusión le estropeara la felicidad del momento. Luego suspiró y aceptó el regreso a la realidad.

-Terminé el rostro --dijo tras tragar saliva---. Cuando desperté y lo vi, llamé a la galería pero no respondió nadie. No tenía su número particular y por eso te llamé a ti. Entonces descubrí que era demasiado tarde.

-No te culpabilices él, impetuoso, tomándole la barbilla y volviendo su rostro hacia él-. Los detectives creen que la mataron hacia medianoche. Tú terminaste la cara mucho más tarde.

-Yo... ---empezó a decir Sweeney con la voz entrecortada por la emoción. Sabía que Richard tenía razón. Dada la hora que se había acostado y lo que había tardado en terminar la cara, Candra debía haber muerto antes. La artista que había en ella también lo sabía. La mujer, el ser humano, pensaba que podría haber hecho algo para impedirlo.

Sweeney notó que Richard se ponía tenso y que sus manos le transmitían aquella tensión.

-Estaba tan preocupado por ti -le dijo en un tono de violencia contenida, al tiempo que la abrazaba.

-Estoy bien -replicó Sweeney, besándole la clavícula. Pensó en lo maravilloso que era sentirse segura y caldeada, completamente satisfecha. Estaba colmada de amor por él y notaba su corazón henchido de felicidad. Se forzó a volver a la realidad---. No voy a mentirte. Fue bastante duro pero me las apañé bien. No tienes que preocuparte más. Esto demuestra que puedo arreglármelas sin ti.

-No tenías que haberlo hecho tú sola -dijo Richard con un brillo especial en los ojos-. Yo debería haber estado allí.

-Pero no podías. Tenías que hacerte cargo de Candra. -Su garganta se tensó de nuevo-. Fue tu esposa durante diez años. Sé que tienes que estar dolido.

Richard hizo un sonido ronco. con la garganta, la soltó y se quedó tumbado boca arriba, mirando el techo.

-No estoy triste, si es eso lo que quieres saber. No soy un hipócrita y no voy a fingir dolor. Mucha gente cree que debería estar apenado pero no voy a hacer teatro.

Sweeney sintió la rabia y la frustración de Richard y lo consoló de la misma manera que él había hecho con ella, abrazándolo y acariciándole suavemente la cara y el pecho.

-Claro que no, no sería sincero.

-¿Y no has trabajado nada en la cara del hombre? -le preguntó Richard, mirándola de hito en hito.

Sweeney sacudió negativamente la cabeza. Intentó mostrar despreocupación pero sus ojos se llenaron de temor por lo que aún tenía que llegar y Richard supo que el episodio de aquella mañana todavía no había sido el peor.

-Quise llamarte -le susurró-, pero me pasé todo el día en la comisaría.

-Lo sé. Y además, tenías que encargarte del cuerpo.

-Eso por no decir que era el primer sospechoso.

-¿Qué? -preguntó Sweeney con los ojos desorbitados. Quiso incorporarse pero Richard se lo impidió con su abrazo.

-Es lo más lógico. Cuando una mujer es asesinada, normalmente el asesino es el amante o el marido. Nosotros estábamos a punto de divorciarnos. Tenían que descartarme como sospechoso.

-¿Y ya lo han hecho? Quiero decir si ya estás descartado...

-Sí, estoy descartado -respondió con una sonrisa torcida---. Yo no tenía ningún móvil y he podido demostrar que estaba aquí.

-¿Cómo?

-Con el ordenador. Estuve conectado a Internet y mi servidor tenía registrada la hora.

Sweeney cerró los ojos aliviada. Inclinó un poco la cabeza y restregó la mejilla contra su pecho.

-Tengo que marcharme -murmuró-. Sé que hoy tienes miles de cosas por hacer. Y yo, ¿no debería llevar el cuadro a la policía?

-No -respondió él con firmeza-. Prométeme que no lo harás.

-¿Por qué? -preguntó Sweeney, asombrada.

-¿Realmente piensas que se creerían que lo pintaste dormida? Mira, cariño, te convertirías en la sospechosa principal, al menos por un tiempo. No quiero que tengas que pasar por eso. Además, si se centran en ti estarán perdiendo el tiempo en vez de buscar al verdadero asesino. Cuando termines el cuadro y veamos a quién has pintado, decidiré cómo encaminar a la policía en la dirección correcta. -Le pasó los pulgares por la barbilla---. Prométemelo.

-De acuerdo -contesó Sweeney con una débil sonrisa-. Supongo que todo lo ocurrido es un poco extraño, ¿no?

-No más que tus habituales episodios de *Rumbo a lo descono*cido.

_¿Tanto? -preguntó con una sonrisa más amplia y genuina.

-Sí,. tanto. Cuando pintes la cara del asesino, entonces veré cómo puedo encaminar a la policía en la dirección correcta, pero, aparte de eso, no quiero que te veas implicada en absoluto en lo ocu

Fuera, en su coche, el detective Aquino bostezó y se desperezó, combatiendo las ganas que tenía de dormir, Realmente necesitaba orinar y tomar café. Aguantar otro día sin dormir sería durísimo y lo sabía. Tendría que haberse marchado a casa. Que Worth tuviera una amante no significaba nada en absoluto.

Pero la curiosidad era su pecado más habitual y quería saber más acerca de esa mujer. Quería saber quién era y dónde vivía, y por qué había llegado a pie, al parecer inesperadamente; por qué se había quedado toda la noche.

Tal vez no fuese nada importante pero sus corazonadas siempre habían funcionado. Ahora quería comprobar si esta también era buena.

Capítulo 18

Richard la mandó a casa en taxi. Sweeney estaba dispuesta a marcharse a pie ya que la noche anterior no había cogido el bolso y lo único que tenía en el bolsillo del pantalón era un par de dólares y algunas monedas. Eso le bastaba para tomar el autobús si se cansaba de caminar. Pero cuando lo dijo, Richard la miró con expresión seria y detuvo un taxi. Pagó al conductor y la metió en el vehículo como si fuera un miembro de la realeza.

Había sido muy agradable no haber tenido que volver caminando, admitió Sweeney al entrar en su apartamento. Las rodillas todavía le temblaban peligrosamente y notaba débiles todos los músculos. Pensó en dormir un rato pero el miedo se lo impidió. No podía afrontar otro episodio de sonambulismo para pintar y el frío terrible que sentía a continuación. No tenía fuerzas físicas ni emocionales para ello. Pensó en el cuadro, en el gran espacio vacío de la cabeza del asesino, y le empezó a doler la cabeza, con unos terribles pinchados que le perforaban las sienes. Ni siquiera quería ir al estudio para trabajar en otras pinturas porque allí estaba la escena del crimen. No quería pensar en cómo habían matado a Candra ni en el terror que debió de sentir durante los últimos minutos de su vida. Quería estar en paz un rato y hacer acopio de fuerzas para lo que había de llegar. Quería pensar en Richard, recordar su manera de hacer el amor y la increíble noche que habían pasado juntos.

Quería disfrutar del milagro de amarlo y maravillarse ante él.

Amaba por completo y de todo corazón cuando nunca había creído posible poder hacerlo. Con Richard, no sólo no era inmune sino que había caído como una presa fácil.

Pero aun así, esperaba con ganas una nueva oportunidad de de mostrarle lo fácil que era.

Sin embargo, lo que tenía por delante era un día de no hacer nada o, al menos, nada importante. No se atrevía a dormir y no podía trabajar. Estaba demasiado cansada para salir a tomar apuntes. Por lo tanto, lo único que le quedaba era leer, ver televisión o hacer la colada. Se decidió por la lectura, pero la necesidad de hacer la colada le remordía la conciencia. Se prometió hacerla después de una hora de lectura, se preparó un café y se concentró en un grueso libro sobre la utilización de las pinturas acrílicas.

El timbre de la puerta la sacó de un mundo de colores brillantes. Maldijo por lo bajo porque sabía que no podía ser Richard y que, por lo tanto, sería alguien que vendría a molestarla. Fue hasta la puerta y se acercó a la mirilla. En el rellano había dos hombres con traje y corbata.

¿Quién es? -preguntó Sweeney.

-Los detectives Aquino y Ritenour del departamento de policía de Nueva York -respondió el más corpulento de los dos. Sacaron las placas y las acercaron a la mirilla, como si Sweeney pudiera leerlas a través de la lente de ojo de pez.

Era imposible que supieran algo del cuadro porque sólo Richard y ella sabían lo que estaba pintando, pero era evidente que alguien les había contado su relación con Richard. Suspiró y abrió la puerta. Los policías sólo hacían su trabajo y comprobaban todas las probabilidades, pero aun así, se sintió incómoda.

-¿La señorita Paris Sweeney? -preguntó el policía más grueso.

-Sólo Sweeney, por favor -respondió frunciendo el ceño enfadada.

El policía pareció asombrado, pero su expresión volvió a ser enseguida impasible.

-¿Podemos entrar?

Se le veía más cansado de lo que ella estaba y tenía unas marcadas ojeras y la piel grisácea. Se acababa de afeitar y aún llevaba el pelo un poco mojado, lo cual indicaba que se había duchado y, probablemente, cambiado de ropa. El otro detective, delgado y con el cabello color arena, parecía estar mucho más descansado, aunque menos amable.

¿Quieren que prepare una cafetera? -pregunto Sweeney mientras ambos se sentaban. El más corpulento parecía necesitar seriamente la cafeína-. Una taza de café, quiero decir.

El detective del cabello color, arena contuvo una sonrisa y el detective Aquino le lanzó una feroz mirada.

-Se lo agradeceríamos mucho. Con crema y azúcar, mucho de ambas cosas.

-Para mí, lo mismo -dijo el detective Ritenour.

Sweeney preparó tres tazas y a las de los policías les puso la cantidad de azúcar que hacía saltar a los niños durante horas y la cantidad de crema que hacía subir varios puntos el colesterol. Pensó que, para disimular el sabor de aquella manera, debían de estar acostumbrados a tomar un café muy malo.

Puso las tazas en una pequeña bandeja y se dirigió a la sala. Dejó la bandeja en la mesita y se dijo que no tenía ninguna razón para ponerse nerviosa. ¿Cómo eran los interrogatorios? ¿Tenía que darles pie para que comenzasen?

El policía fornido, después de tomar un sorbo de café, empezó sin su ayuda.

-Señorita Sweeney, ¿conoce a Richard Worth?

-Por supuesto -respondió ella, mirándolo con incredulidad-. De otro modo, ustedes no estarían aquí.

-Entonces ya debe saber que la mujer de la que se había separado fue asesinada anteanoche. -Era una afirmación, no una pregunta.

-Sí.

-¿Conocía también a la señora Worth?

-Sí -repitió en voz baja-. Hace años que la conozco. He expuesto en su galería.

-Ah, entonces usted es una artista...

-Sí.

-No le estoy tomando el pelo. -Miró un gran cuadro de paisaje que había en la pared-. ¿Es suyo?

-No. -Sweeney no colgaba sus propias obras. Cuando no trabajaba, le gustaba ver cuadros de otras personas.

Terminada aquella conversación social, el policía volvió al tema que lo ocupaba.

-A la señora Worth no le gustaba la relación que usted mantiene con el señor Worth, ¿verdad?

Sweeney pensó en el portero del edificio, en la escena del ascensor y respondió:

-Me dijo que no le importaba, pero cuando vino a verme una mañana y encontró a Richard aquí, se disgustó.
-,Sweeney quedó complacida consigo misma por la modestia con que había respondido.

-¿Cuándo ocurrió eso?

Sweeney pensó que ya lo sabrían porque habían hablado con el portero. Estaban haciendo preguntas cuyas respuestas ya conocían para ver si decía la verdad.

-Hace unos días.

-¿Desde cuándo sale con el señor Worth?

-No lo sé. ¿Qué día de la semana es hoy?

Los detectives intercambiaron una rápida mirada.

-Jueves -respondió el detective Ritenour.

-Entonces creo que hace una semana. He perdido la cuenta de los días.

-Una semana -repitió el detective Aquino, tomando nota en su pequeño bloc-. Y ayer pasó la noche en casa del señor Worth.

Sweeney se ruborizó. Maravilloso. Así, ya sabían lo fácil que era. -Sí.

-¿Dónde estuvo anteanoche, señorita Sweeney?

Se adentraban en el meollo de la cuestión y Sweeney se alarmó. Había estado en casa sola, sin llamadas, sin testigos, sin coartadas.

-Aquí.

-¿Sola?

-Sí.

-¿Toda la noche?

-Sí.

-¿No salió a tomar el aire, a dar un paseo antes de dormir o algo así?

-No, no salí del apartamento.

-¿Telefoneó a alguien? ¿Habló con alguna persona? -preguntó Ritenour tras frotarse la nariz.

-No.

-¿Estuvo alguna vez en el apartamento de la señora Worth?

-No, ni siquiera sé donde vivía.

-¿Tuvo algún contacto con la señora Worth después de la escena del otro día? Como estaba disgustada, ¿no la llamó para amenazar la? Ya sabe, esas cosas que hacen las personas cuando hay cuestiones sentimentales de por medio.

Su palabrería era encantadora. Sweeney se perdió en un momento de asombro al oír a un policía hablar de «cuestiones sentimentales».

-No -respondió sacudiendo enérgicamente la cabeza---. Esa fue la última vez que la vi y supe de ella.

-¿Sabe de alguien que estuviera resentido con la señora Worth?

Iba a decir que sólo Richard pero se contuvo. Por suerte, lo habían descartado.

-No, Candra y yo sólo teníamos una relación comercial, no éramos amigas, pero me caía bien --dijo en voz baja, mirando al suelo-. Hasta la escena del otro día, lo único que había visto en ella había sido cortesía y amabilidad con todo el mundo.

-No tenemos más preguntas --dijo el detective Aquino, cerrando su bloc. Ambos le sonrieron-. Muchas gracias por dedicarnos su tiempo, señorita Sweeney.

-De nada. -Los acompañó hasta la puerta.

Cuando se disponían a salir, Aquino se detuvo y se volvió.

-Señorita Sweeney, ¿tiene previsto salir de la ciudad? Por si quisiéramos hacerle más preguntas...

-No -respondió ella---. No voy a ir a ningún sitio.

Tan pronto como se hubieron marchado, Sweeney cogió el teléfono para llamar a Richard, pero colgó antes de marcar. No había ninguna razón para preocuparlo con aquello. Los detectives sólo habían formulado unas preguntas, eso era todo. Estaba claro que no podría demostrar que, esa noche, no había salido de su apartamento, pero tampoco había estado en casa de Candra por lo que no había ninguna prueba que pudiera relacionarla con el asesinato. No tenía que preocuparse por nada.

Pese a su promesa de no acercarse al estudio, después de almorzar y hacer la colada empezó a pensar en el cuadro. El día anterior no lo había examinado despacio, sólo el tiempo suficiente para ver que se trataba de Candra. No quería verlo de nuevo y, sin embargo, sabía que debía hacerlo. Tenía que terminarlo. Los policías no parecían tener ninguna pista sólida o no la

hubiesen interrogado, así que si no lo terminaba, era muy probable que el asesino no fuese detenido.

El otro día había trabajado en el cuadro despierta ¿cuántos días hacía? ¿Dos? ¿Tres? Si pudiese hacerlo de nuevo, el shock y las tiritonas no serían tan graves. No quería que se repitiese el episodio de la mañana anterior, aunque ya sabía que podía apañarse sola.

Pero cuando llegó al estudio, no se atrevió a acercarse a la pintura. Miró otras obras que tenía comenzadas,' otras ya terminadas, recordando la dificultad de cada una de ellas. Mientras lo hacía, sintió lo mismo que otras personas mirando un álbum de fotos, una especie de -satisfacción de sí misma que resultaba enfermiza.

Miró el espacio vacío que tendría que ocupar la cara del hombre y tuvo la sensación de que flotaba. Fue una sensación leve pero detectable. Su campo de visión se estrechó y pareció concentrarse en el lienzo pero sonó el timbre de la puerta y volvió a la realidad con un sobresalto. De pronto, le pareció que había empezado a ver algo que, de repente, se esfumó. Maldijo por lo bajo y fue a abrir.

El visitante inesperado era Kai, que iba cargado de cuadros envueltos.

-Hola --dijo, cuando Sweeney abrió-. He traído esto. El señor de los marcos quiso entregarlos a la galería pero, como es natural, está cerrada y me llamó a casa. Candra me dijo que te los devolviera y pensé que lo mejor que podía hacer era traértelos yo mismo. Quien sabe si la galería abrirá de nuevo y cuándo.

Kai la miró como si esperase que le contara qué planes tenía Richard para la galería, pero como Sweeney no sabía nada, se limitó a encogerse de hombros.

-Por aquí ---dijo, abriendo el camino hacia el estudio.

-Por cierto, tu última obra se ha vendido.

-Qué bien. -Sweeney hizo sitio para que pudiera apoyar los cuadros contra la pared-. Ponlos ahí.

Kai hizo lo que Sweeney le indicó y luego miró a su alrededor, fijándose en sus otras obras terminadas.

-Oye, todo esto es muy bueno -le dijo-. Vas a hacer una fortuna. Espera y verás.

-Eso espero -sonrió ella.

-Aquí tienes una luz espléndida. -Se acercó a la ventana y miró a la calle. Luego, se volvió y vio el cuadro-. Dios mío -dijo. Se quedó pálido y boquiabierto.

-No se lo digas a nadie. -Incómoda, Sweeney cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, incapaz de mirarlo a los ojos.

-¿Cuándo lo has hecho? ¿Has hecho todo esto en un día y medio.?

Librodot

A Sweeney se le encogió el estómago. Tenía que encontrar una explicación razonable de la pintura, pero no se le he ocurría ninguna.

-No, he trabajado en él varios días.

-¿Qué? ¿Cómo?

-Yo... -Tenía la mente en blanco. Furiosa consigo misma por no saber mentir, dijo-: Te lo juro por Dios, Kai, que si cuentas algo de esto, te arrancaré todos los cabellos de la cabeza.

-¿Contar algo? -Kai se acercaba y se alejaba del cuadro, como si no pudiera creer lo que veía.

-Soy una especie de médium.

-¿Médium?

-Pinto cosas que todavía no han ocurrido. Cuando termine este, veremos el rostro del asesino y sabremos quién la ha matado. -Sweeney lo miró furiosa-. Y no quiero que digas ni una palabra de esto a nadie.

Kai empezó a retroceder hacia la puerta, alejándose de ella.

-No lo haré --dijo.

-En serio, Kai. No quiero que la policía lo sepa. Al menos, de momento.

-Comprendo -susurró Kai, respirando hondo-. No diré nada a la policía, te lo prometo. -Luego soltó una carcajada nerviosa.

-Qué putada -dijo-. Nadie habría esperado nunca esto, ¿verdad?

Capítulo 19

-Lo he visto, te lo aseguro

Eso es imposible. Debes de estar equivocado.

-No me equivocaría en una cosa así -dijo Kai, preocupado.

-Los poderes extrasensoriales no existen, sólo son juegos de salón. Lo más seguro es que ya tuviera el cuadro hecho y que, cuando se enteró de la muerte de Candra, pintase la cara.

-Y entonces, ¿cómo explicas que Sweeney supiese la ropa que llevaba Candra? Yo la vi en la fiesta, ¿sabes? Vi cómo iba vestida. Sweeney pintó el vestido, los zapatos, las joyas. Todo coincidía.

-Esto es increíble. Tuvo que enterarse de otra manera.

-No hay otra manera -insistió Kai-. Me importa un pito si crees o no en la existencia de los médiums. La pintura existe porque la he visto. Y tienes que decidir qué vas a hacer al respecto.

-¿Hacer? ¿Y qué es lo que hay que hacer? Yo no sé nada de lo que ocurre. Tú, en cambio, vas a cumplir con tus deberes de ciudadano y vas a contarle a la policía lo de esa interesante pintura que Sweeney tiene y que probablemente no existiría si no hubiese visto o cometido el asesinato. Al menos, se quedarán con el cuadro y ella no podrá terminarlo.

-¿Y no crees que a la policía puede interesarle que lo termine?

-¿Por qué?

A Kai le pareció que se golpeaba la cabeza contra un muro. Empezaba a ponerse nervioso.

-A: En principio pensarán que la mató ella pero, por desgracia, no hay ninguna prueba que la vincule al asesinato excepto el cuadro. B: Les demostrará cómo lo pintó y una vez la crean, vigilarán todas sus pinceladas.

-Ante un juez, eso no va a ninguna parte.

-No, pero una vez sepan dónde buscar, ¿crees que no encontrarán ni una mínima prueba por la que puedan condenarte?

-No, no lo harán. Todo lo que encuentren apunta hacia otra persona y tú lo sabes.

-Pero ¿y tu jodida cara? -preguntó con los dientes apretados-. Cuando la -tengan, ¿crees que no se les ocurrirá enseñarla al guarda de seguridad? Y entonces, ¿qué ocurrirá?

Finalmente, empezó a hacerse evidente el peligro de la situación y se miraron en silencio unos instantes.

-Bien, tenemos que limitar los peligros. Todavía creo que deberías ir a la policía. Eso te descartará como sospechoso. Y no le permitirán trabajar en el cuadro porque si lo hacen, es una prueba inadmisible y no correrán ese riesgo.

-¿Y si lo hacen?

-Entonces sacaremos nuestra red de seguridad. Con pruebas físicas sólidas y la grabación como móvil, ¿piensas que creerán en una pintura excéntrica? Él tendrá que morir, por supuesto y dejar una nota diciendo por qué se ha suicidado. Qué pena.

Kai se relajó. La lógica del plan lo tranquilizó. Por primera vez después de haber visto el cuadro en el apartamento de Sweeney, creyó que podría escapar de la trampa en la que se sentía apresado.

-Y siempre hay la solución más obvia.

-¿Qué? -preguntó.

-Matar a Sweeney, claro. Antes de que termine el cuadro.

Al atardecer, Sweeney volvió a abrir la puerta de su casa a los detectives Aquino y Ritenour. Cuando vio sus ojos fríos y sus rostros impasibles, supo lo que Kai había hecho.

-Puerco charlatán -murmuró entre dientes.

-Señorita Sweeney --dijo el detective Aquino-, nos gustaría registrar el apartamento con su permiso. Si se niega, podemos conseguir una orden de registro en una hora pero, si coopera, se agilizará todo mucho más. -Sweeney pensó que se agilizaría para ellos, claro.

El detective tenía el aspecto de no haber dormido tampoco esa noche.

-El cuadro está en el estudio -suspiró-. Voy a buscarlo.

-Si lo le importa, iremos con usted --dijo Ritenour y ambos la siguieron.

Sweeney estaba tan cansada que no fe importaba o le importaba muy poco. Se había pasado el día luchando contra las ganas de dormir y esperaba pasar de nuevo la noche con Richard para que este la protegiera de lo que pudiera ocurrirle mientras dormía. Si se quedaba en casa de él, no podría pintar. Pero la conciencia le remordía cada vez que pensaba en no terminarlo, como si con ello dejara libre al asesino. Tenía que terminar la pintura, pero preferiría hacerlo al lado de Ríchard, para que este la ayudara con las secuelas. Eso significaba que tendrían que quedarse en su apartamento.

Pero, en aquellos momentos, la cuestión de dónde dormiría quedaba muy en segundo plano ya que parecía que no iba a dormir en un buen rato. Eso suponiendo que su próxima cama no fuera en una celda de la comisaría.

-Por aquí -dijo, dirigiéndose hacia el caballete, con un detective a cada lado por si se le ocurría cometer una estupidez, como echar a correr. Sweeney no quiso mirarlos mientras estudiaban la pintura. Sabía exactamente qué veían y qué pensaban.

-Señorita Sweeney -el tono de voz del detective Ritenour era categórico-. ¿Puede contarnos cómo conoció los detalles de la escena del crimen?

-No me creerán -respondió Sweeney desesperanzada.

-Inténtelo.

-No los conozco. -Sweeney permaneció inmóvil como un animalito que viera el lobo en la puerta de su guarida---. Los he pintado dormida.

En su rostro leyó unos huidizos «sí, claro, seguro».

-Nos gustaría que viniera con nosotros a comisaría. Nos llevaremos el cuadro como prueba --dijo Aquino con voz monótona, aunque Sweeney no lo escuchaba. Intentó controlar el pánico que amenazaba con asfixiarla. No podrían probar que había matado a Candra porque no lo había hecho y se aferró a ese pensamiento.

-Lo pinté dormida -repitió, obstinada-. A veces tengo episodios de sonambulismo y cuando despierto, descubro que he pintado algo. Esperen, hay otra pintura que hice de un vendedor de salchichas que fue asesinado hace unos días. Se llamaba Elijah Stokes. Hay una testigo que vio a un hombre marcharse corriendo del lugar de los hechos, por, lo que yo no tuve nada que ver con el asesinato. Corrió al armario y, con cuidado, sacó el lienzo sin querer mirar la cara del hombre en la que Dios había puesto la sonrisa más dulce del mundo y que ya no sonreiría más.

Ritenour cogió el lienzo y lo estudió con el ceño fruncido.

-No conozco este caso -dijo-, pero será debidamente comprobado.

Sweeney advirtió que no se creían nada de lo que decía. Quizá, incluso, hasta la acusasen de complicidad en el asesinato de Elijah Stokes. Todo el día había sentido una maravillosa calidez pero, en esos momentos, un ligero escalofrío le recorrió la espalda. De manera automática, se cogió los brazos y se los frotó.

-Esta no es la única cosa misteriosa que me está pasando. -No la escuchaban, sus mentes se cerraron a cualquier explicación que Sweeney pudiera dar, salvo a la más obvia: había estado en los escenarios de los dos crímenes. El miedo se solidificó en la boca de su estómago. Sin embargo, tenía que seguir intentando convencerlos.

-Póngase los zapatos y coja el bolso, por favor -le pidió el detective Aquino.

Sweeney lo hizo y se echó una chaqueta por encima de la sudadera ante las miradas de incredulidad de los policías. Ese día, la temperatura máxima había llegado a los veintiséis grados y el ambiente era todavía cálido, pero Sweeney no notaba ningún calor interior, sólo el avance del pánico que le helaba la sangre. Intentó controlarlo y permanecer tranquila, porque eso era lo único que podía hacer.

Aquino le cogió el bolso y lo registró. Luego se lo devolvió y la tomó por el brazo.

-Escúchenme --dijo Sweeney con toda la calma que pudo-. Cuando subamos al coche, presten atención a los semáforos.

-Siempre lo hacemos -replicó Ritenour con una dura ironía al tiempo que salían del apartamento.

-No, quiero decir a lo que pasa. -Sweeney temblaba como una hoja---. No tendrán que detenerse, las luces se pondrán en verde cuando nos acerquemos. Conmigo siempre lo hacen. Y cuando lleguemos a comisaría, tendrán un sitio para aparcar justo delante. -Era como si balbuciese, pero no podía evitarlo.

-Si eso fuera cierto -dijo Aquino en tono cortés-, la gente pagaría mucho dinero por llevarla en el coche.

La pusieron en el asiento trasero de un sedán sin distintivos policiales y advirtió que en las puertas no había tiradores para abrirlas. Metieron los cuadros en el portaequipajes. Sweeney se obligó a permanecer inmóvil para imponer una pizca de control en un mundo que se le estaba viniendo abajo. ¿Estaba oficialmente detenida o la llevaban a comisaría sólo para interrogarla? No sabía cuál era el procedimiento legal ni lo que le ocurriría a continuación. Probablemente le permitirían llamar a un abogado, aunque a quien ella quería llamar era a Richard. Lo necesitaba. Pero la policía ya lo había interrogado y llamarlo significaría volver a meterlo en el problema.

El semáforo de la esquina cambió a verde.

-¿Han visto eso? -preguntó Sweeney-. Se ha puesto verde.

-Sí, a veces pasa -replicó Aquino, sarcástico.

El siguiente también cambio a verde. Sweeney permaneció muy quieta y no dijo nada. A partir de aquel momento, los policías lo notarían en todos los cruces.

El tráfico desaparecía de delante del coche y algunos vehículos cambiaban de carril mientras que otros doblaban hacia otras calles. El sedán no tuvo que reducir la marcha. Cuando el séptimo semáforo se puso en verde, Ritenour se volvió y le dirigió una mirada insondable pero ni él ni Aquino hicieron ningún comentario sobre el fenómeno.

Cuando llegaron a comisaría, un coche se marchó de delante dejándoles el aparcamiento libre. A Sweeney le pareció que Aquino decía «mierda» entre dientes pero no lo supo seguro.

La comisaría hervía de actividad. Una pintura verde desconchada, escritorios y archivadores de metal, gritos, maldiciones y risas, todo a la vez, hombres y mujeres armados en uniforme azul. La impresión que tuvo Sweeney de todo aquello fue confusa. Enseguida se encontró sentada en una silla muy incómoda dentro de una habitación pequeña y sucia. Los pensamientos se agolparon en su mente pero no se le ocurrió ninguna idea brillante para demostrar su inocencia.

Tuvo escalofríos y empezó a temblar. Se enfundó en la chaqueta que le cubría los hombros. Así que, como Richard pensaba, era un shock, una reacción de su cuerpo ante algo que la trastornaba. Probablemente, cuando pintaba aquellas escenas estaba parcialmente protegida por el sueño pero, al despertar, era presa de esa reacción.

-¿Qué hizo anteanoche, señorita Sweeney? -Ritenour la miraba con dureza y un tono de voz frío.

-Estuve en casa. -Le rechinaban los dientes-. Todos estos fenómenos extraños me empezaron a ocurrir hace un año. Pequeñas cosas. Los semáforos que se ponían en verde, los sitios para aparcar, cosas de ésas. Al principio no lo noté. Como usted ha dicho, los semáforos, de vez en cuando, cambian a verde y todos siempre pescamos alguno en ese color. Y mis plantas empezaron a florecer fuera de temporada.

-Señorita Sweeney. -La voz de Ritenour tenía la misma dureza que sus ojos-. ¿Tengo aspecto de interesarme por sus plantas?

No, ciertamente parecía querer poner un adjetivo despectivo delante de la palabra «plantas».

Sweeney abrió la boca para hablarle de los fantasmas pero enseguida la cerró. Eso no la beneficiaría en absoluto.

-Empecé el cuadro hace varios días, no sé exactamente cuándo, ya que he perdido la noción del tiempo. Al despertar, descubrí que había pintado unos zapatos, dos, uno de hombre y uno de mujer. Luego, ca-cada mañana vi que había añadido algo. -Apretó los dientes para evitar que le rechinaran.

-¿Le apetece un café? -preguntó Aquino y ella asintió agradecida. El detective salió de la habitación y Sweeney miró a Ritenour.

-Al cabo de un par de días, su-supe que estaba pintando la escena de un crimen, pero no sa-sabía de quién... Todavía no había hecho las ca-caras. Ayer por la ma-mañana, al levantarme, vi que había pintado a Ca-Candra. Intenté telefonearla a la galería para advertirla. Su-su teléfono particular no está en la guía. Entonces, llamé a la oficina de Richard para que me lo dieran y el ayudante de este me dijo que Candra había muerto. -Sweeney temblaba violentamente y le rechinaban los dientes. Sus manos, apoyadas en la mesa, se habían vuelto de un azul transparente, como si no tuviera sangre en el cuerpo.

-Si todo eso es verdad, ¿por qué no nos lo contó esta mañana? -Muy a su pesar, Ritenour estaba interesado. Siempre aparecían personas que afirmaban tener un conocimiento especial de los crímenes, anunciándolos antes de que ocurrieran, diciendo que eran médiums para salir en la prensa. En su experiencia, normalmente eran las mismas personas que los habían cometido. Había gente muy rara.

-Sabía que no iban a creerme.

«Mierda», iba a decir, pero Ritenour se contuvo. ¿Qué demonios le pasaba a aquella mujer? Era como si estuviera en un frigorífico, arrebujada dentro de aquella chaqueta cuando, allí dentro, debía de haber veinticinco grados. Sin embargo, no fingía. Hasta tenía los labios amoratados.

Frunció el ceño y salió de la habitación sin dar ninguna explicación justo cuando regresaba Aquino con el café.

-A esta chica le pasa algo -le dijo a su compañero-. Está helada de frío. Empiezo a pensar que tendremos que llamar al médico porque tiene una hipotermia. -Sólo bromeaba a medias.

-Mierda. -Si estaba enferma, tendrían que aplazar el interrogatorio. Claro que si decía que quería la presencia de su abogado, deberían dejar de hacerle preguntas hasta que este llegara pero, por alguna razón, no lo había pedido-. Tal vez el café la haga entrar en calor.

Volvieron a la habitación y la encontraron sentada igual que Ritenour la había dejado. Aquino le puso el café delante. Sweeney intentó levantar el vaso pero las manos le temblaban con tanta violencia que se derramó el líquido caliente sobre los dedos.

-¿No tenemos pajitas de beber? -preguntó Ritenour en voz baja. Aquino se encogió de hombros. Ambos contemplaron cómo sostenía el vaso de plástico entre las manos y se inclinaba hacia adelante, con torpeza, intentando sorber el café sin levantar el vaso de la mesa. Aquino era un tipo muy duro pero Ritenour lo miró y vio que su compañero parecía algo preocupado.

El café la ayudó un poco. Después de un par de sorbos, pudo alzar el vaso sin derramar todo su contenido.

-Señorita Sweeney -comenzó de nuevo Ritenour-, ¿sabía usted de la existencia de un acuerdo prematrimonial que firmaron el señor y la señora Worth?

-No -respondió asombrada---. ¿Por qué tendría que saberlo)

-Usted sale con el señor Worth. Normalmente, la situación económica de un hombre resulta de interés para una mujer, sobre todo si corre el riesgo de perder la mitad de lo que tiene en un divorcio.

Librodot

-Yo, yo... Nosotros -tartamudeó Sweeney-. Hace poco que hemos empezado a vernos... No hemos...

-Pero su relación es lo bastante sólida como para haber pasado la última noche en casa de él -dijo Aquino-. Detrás de muchas cosas que la gente hace, hay una razón: el dinero.

-Pero Candra había accedido a firmar los papeles --dijo Sweeney, mirándolos-. Sé que no estaba satisfecha con la pensión económica porque quería que yo convenciese a Richard de que aumentara la cantidad, por lo que, aunque no sé cuál era esa cifra, no podía ser la mitad de lo que Richard tiene.

Aquello, al menos, era lógico. Sweeney advirtió que los hombres veían que tenía razón en ese punto.

Ritenour se frotó la mandíbula. Llevaba un reloj muy interesante, de esos que dan la hora local de Tombuctú, con botones e instrumentos de todo tipo. Sweeney lo miró y le dio una idea.

-¿Qué hora es?

-Las seis cuarenta y tres -respondió Ritenour tras consultar el reloj.

-Puedo demostrar que soy... -No podía decir médium. Se contuvo porque supo que ambos rechazarían cualquier cosa relacionada con aquella palabra---. Ya han visto lo que ocurre con los semáforos. Lo han visto. Y ocurre cada vez. Pero tengo otra manera de demostrarles que sé las cosas antes de que sucedan.

-¿Sí? ¿Cómo? -Parecian escépticos, pero al menos no rechazaron la sugerencia de manera tajante.

-¿Hay un televisor aquí? Pronto empieza *Jeopardy.*

-¿Y? -preguntó Aquino.

-No es un programa que se emita por segunda vez, de forma que no lo puedo haber visto, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -dijo Ritenour tras encogerse de hombros.

-¿Y si digo todo lo que va a ocurrir antes de que ocurra? -Apuró el café y aunque aún temblaba, los dientes ya no le rechinaban-. ¿Admitirán entonces que existe la posibilidad de que haya hecho los cuadros sin haber estado en la escena del crimen?

-Quiere demostrarnos sus habilidades mediúmnicas, ¿verdad?

Aquello la sacó de sus casillas. Estaba cansada, preocupada y tenía frío.

-No, no quiero -espetó-. Lo que quiero es irme a casa y acostarme, pero me temo que cuando lo haga, me levantaré sonámbula y pintaré algo más. Estoy harta de tener que afrontar esto. Si quieren saber quién mató a Candra, devuélvanme ese cuadro y dejen que lo termine, esta noche tal vez.

Ambos la miraron en silencio. Ella les sostuvo la mirada con aire de desafío. Entonces Aquino señaló la puerta con la cabeza y volvieron a marcharse. Sweeney apoyó la cabeza en las manos y se preguntó cuánto más aguantaría.

Al otro lado de la puerta, Aquino y Ritenour sopesaban la situación.

-¿Qué te parece? -preguntó Aquino.

-Que eso no nos perjudica en nada. Veamos *Jeopardy.*

-¿Y con eso que demostrará? ¿Que es una buena adivinadora?

-Como ella misma ha dicho, probará si es posible o no que, como mínimo, tenga alguna habilidad mediúmnica. Yo no digo que crea en esas tonterías. Lo que digo es que me parece interesante. No tenemos que aceptar todo lo que nos diga, pero debemos verificarlo. La pintura no es lo único que tenemos para seguir adelante; el laboratorio está analizando las fibras y, cuando tengamos los resultados, sabremos si hay alguna procedente de su apartamento.

-Así, lo que me estás diciendo es que te gusta Jeopardy y que quieres verlo.

-Lo que digo es que no nos perjudicará en nada que ella lo vea. Así sabremos de qué es capaz.

Capítulo 20

Los tres concursantes ocuparon sus asientos, mientras una voz decía sus nombres y lugares de residencia. Salió Alex Trebek y anunció que los tres eran nuevos ya que el pentacampeón se había retirado en el programa anterior.

-La número tres --dijo Sweeney con otra taza de café bajo la nariz, inhalando el humo-. Ella ganará.

Los detectives se limitaron a mirarla. Estaban sentados en unas desvencijadas sillas de oficina con asientos de vinilo roto por los que asomaba la goma espuma, en una pequeña, sucia y caótica habitación llena de vasos de plástico y latas de refrescos. La cafetera, la máquina de caramelos y la de refrescos ocupaban mucho espacio y en el silencio se oía un zumbido incesante. El televisor era de trece pulgadas con antena interior, pero la imagen y el sonido eran bastante claros.

No estaban solos en la habitación. Los policías, de natural curiosos, encontraban cualquier excusa para entrar a ver qué pasaba. Había otros tres de uniforme y dos más de paisano. Cuando Aquino gruñó que aquello no era ningún circo, dijeron:

-Eh, que a nosotros también nos gusta *jeopardy.*

Alex leyó las categorías.

-Inventores.

Librodot

-Cyrus McMormick -dijo Sweeney.

-Película infantil.

-Mujercitas -respondió Sweeney.

-Yo también lo hubiera adivinado --dijo un policía de uniforme. -¿Y por qué no lo has hecho? -preguntó otro. ¡Silencio! -gritó Aquino.

-Colegios y Universidades.

-Tulane --dijo Sweeney al tiempo que cogía el vaso con más fuerza. Hacer aquello en su apartamento no era lo mismo que allí, en que realmente tenía importancia para ella. Tal vez sólo había sido cuestión de suerte.

-Negocios e Industria.

-General Motors.

-Matemáticas.

-Números primos.

-Y finalmente, Autopistas y carreteras.

-La A-10 y la B-90 -dijo Sweeney y esperó con tensión que el primer concursante eligiera.

-Matemáticas, por cien dólares --dijo el concursante número uno.

-Estos números sólo pueden dividirse exactamente por uno y por sí mismos.

La número tres pulsó frenética el timbre y dijo:

-Los números primos.

En la sucia habitación de la comisaría se hizo el silencio. Uno a uno, los concursantes eligieron más temas y las respuestas que Sweeney iba dando eran siempre correctas. La concursante número tres iba lanzada y aunque no pulsara el botón primero, siempre estaba a punto de responder cuando los otros dos se equivocaban. En la primera pausa para los anuncios, tenía el doble de dinero que los demás.

-Creo que ya hemos visto bastante --dijo Aquino al tiempo que se ponía en pie.

-Tú tal vez sí, pero yo quiero ver todo el programa -dijo uno de los detectives.

Sweeney se levantó temblorosa y siguió a Aquino fuera de la habitación, con Ritenour pisándole los talones.

-Muy bien -gruñó Aquino cuando estuvieron de nuevo en la sala de interrogatorios-. Puede hacer eso. Y lo de los semáforos. Estoy impresionado pero no convencido. Convénzanos.

Librodot

-¿Convencerlos? ¿Cómo? -preguntó ella, con expresión impotente-. Apenas me lo creo yo, y eso que lo estoy viviendo. No puedo decirles lo que ocurrirá mañana y no puedo leerles la mente. Pinto dormida y veo fantasmas, maldita sea... -se interrumpió al ver cómo la miraban. No quería mencionar los fantasmas. No había manera de demostrar que los veía porque ella era la única que lo hacía. Si no hubiese estado tan cansada, se habría controlado mejor.

-Fantasmas -repitió Ritenour.

-Olvide que lo he dicho.

-Sí, claro. Y la semana que viene, me olvidaré de comer.

Sweeney deseó que no hubiera mencionado la comida. Había intentado hacer caso omiso del hambre, que sólo era una incomodidad más que se sumaba al estar cansada y tener frío.

-Nadie más parece verlos, así que no importa --dijo-. No molestan a nadie, la mayor parte de las veces ni siquiera saludan. Aunque, bien pensado, Elijah Stokes me dio el nombre de sus hijos para que pudiera enviarles un dibujo.

-Elijali Stokes.

-El vendedor de salchichas que fue asesinado. El otro cuadro. ¿No lo han comprobado todavía?

-Voy a ver qué encuentro. Es probable que el caso lo lleve otra comisaría. ¿Dónde lo mataron? -preguntó Ritenour.

-No lo sé, pero sus hijos podrán decírselo -respondió-. Se llaman... -Intentó recordar-. Daniel... No, David. David y Jacob Stokes. Son los dos abogados.

Ritenour salió de la habitación. Sweeney se reclinó en la incómoda silla y cerró los ojos. Luego se frotó la frente porque empezaba a dolerle la cabeza.

-¿Conoce alguien más la existencia de la pintura? -preguntó Aquino y Sweeney abrió los ojos y vio que el detective la miraba fijamente-. Aparte del señor Stengel.

-¿Stengel? Oh, Kai. -Había oído su apellido un par de veces pero no lo había retenido.

-¿Y el señor Worth? Ha estado en su apartamento. ¿Ha visto el cuadro?

No mencionar a Richard era una cosa, mentir a la policía otra muy distinta.

-Sí -respondió con una voz tan cansada que era casi inaudible-. Lo sabe todo desde el principio.

-¿Desde el principio? -Aquino arqueó las cejas ¿Quiere decir desde hace unos días?

-,sí.

-Me pregunto por qué no nos lo contó cuando lo interrogamos ayer.

Librodot

_No quería implicarme. Richard sabía que ocurriría esto -susurró-. Dijo que cuando terminase el cuadro y supiéramos quién es el asesino o al menos tuviésemos una descripción, los encaminaría a ustedes en la dirección correcta.

-Muy amable por su parte -replicó Aquino, enfurecido-, pero no me gusta que los ciudadanos decidan cómo tengo que hacer mi trabajo.

Sweeney dio un manotazo a la mesa ya que, de repente, se había enfurecido tanto como él.

-¿Y qué habría dicho usted, detective, si Richard le cuenta. «Ah, por cierto, la mujer con la que salgo tiene habilidades mediúmnicas y está pintando un asesinato.» ¿Se lo habría creído? ¿Lo habría creído más de lo que me cree a mí?

Aquino puso ambas manos en-la mesa y se inclinó hacia ella, rezumando agresividad por todos los poros de su cuerpo.

-Mi trabajo no consiste en creerme todo lo que me cuentan.

-No, pero sí en reconocer la verdad cuando la tiene delante de la cara. -Sweeney también se inclinó, acercando la nariz a la suya.

-Tal como van las cosas, me siento inclinado a creerla -replicó, para asombro de Sweeney, que volvió a reclinarse en la silla, una vez controlado el momentáneo ataque de indignación.

-Me ha demostrado que existe la posibilidad -explicó-. No pensaba que pudiera hacerlo, pero ha probado todo lo que ha dicho. Los semáforos se ponen en verde, encuentra sitio para aparcar y si concursara en Jeopardy, haría una carnicería. Lo que hizo está muy por encima de la ley de los promedios. Si puede hacer todo eso... -Se encogió de hombros-. Entonces, lo del cuadro también es posible.

A Sweeney no se le ocurrió qué decir. Por un segundo pensó en echarse a llorar, pero enseguida se le pasaron las ganas. Estaba demasiado cansada para hacer ese esfuerzo.

-Dígame una cosa. ¿Por qué no ha pedido un abogado?

-Si me hubieran arrestado, lo habría hecho. Pero no estoy arrestada, ¿verdad?

-Si no hubiese sido por lo de *Jeopardy,* probablemente lo estaría.

-Pero me gustaría hacer una llamada.

-¿Quiere un abogado?

-No, quiero llamar a Richard.

-Yo mismo haré esa llamada.

Mientras esperaban a Richard, volvió Ritenour con una copia del informe de la investigación del asesinato de Elijah Stokes, junto con un dibujo de la escena del crimen. La descripción de la ropa coincidía con el cuadro de Sweeney, así como la herida de la cabeza y la posición del cuerpo y su ubicación. Habían arrestado a un maleante de diecinueve años y le habían

encontrado bajo la cama una camisa con manchas de sangre cuyo grupo sanguíneo era el mismo que el de Elijah Stokes.

La pintura era misteriosamente precisa, y Sweeney no podía conocer todos esos detalles de ninguna otra forma aparte de la que había contado.

Richard no llegó profiriendo frases airadas, era demasiado listo para eso. Tampoco se hizo acompañar de ningún abogado poderoso, aunque Sweeney sabía que podía llamarlo en cualquier momento. Vestía traje y corbata, lo que, a esa hora, le hizo pensar que debía de haber estado con los padres de Candra, tomando las decisiones pertinentes e incluso recibiendo condolencias de amigos.

Estrechó la mano a ambos detectives, pero no apartó ni un momento los ojos de Sweeney. Al verla acurrucada dentro de la chaqueta, no disimuló su preocupación. Cuando entró, ella se puso en pie y Richard caminó hacia ella y la abrazó, tomándola por la cintura. Sweeney hundió la cara en su hombro, tan aliviada por su calor y su presencia y por el hecho de no estar ya sola, que casi se desplomó en sus brazos.

-Tenías que haberme llamado -murmuró él.

-Y usted, ayer, tendría que habernos contado lo del cuadro -señaló Aquino.

-Si hubiera pensado que nos iba a ahorrar todo esto, lo habría hecho.

-¿Corrobora que vio el proceso de creación de la pintura, días antes de que la señora Worth fuera asesinada?

-- Sí, lo vi desde el principio, cuando sólo había dos zapatos terminados. -Miró a los detectives-. Yo no estuve en la escena del crimen y ustedes saben lo que Candra vestía esa noche, por lo que tendrán que decirme si la ropa que pintó Sweeney coincidía. Era un vestido negro, con una falda de vuelo y los zapatos de tacón de aguja con unas pequeñas bolas de oro incrustadas en los talones. ¿No es así?

-Exacto.

Sweeney advirtió que Richard acababa de corroborar todo lo que ella les había dicho. Él no había estado en el apartamento de Candra después de su muerte por lo que era imposible que hubiese visto el cuadro después del asesinato. Lo que acababa de describir había sido pintado antes del crimen. Los detectives sabían que no había podido ver en ningún otro sitio cómo iba vestida Candra.

-Muy bien, muy bien --dijo Aquino, frotándose unos ojos inyectados de sangre-. A menos que ustedes dos se hayan confabulado para cometer este asesinato por alguna razón que sólo Dios sabe, ya que no he podido descubrir ningún móvil, la señorita Sweeney queda libre.

-¿Y el cuadro? -preguntó Richard-. ¿Quieren que lo termine? -Sweeney notó que, mientras formulaba esa pregunta, sus brazos la estrechaban con más fuerza y que le preocupaba que tuviera que pasar por aquello aunque sabía que no quedaba otra opción.

-Por supuesto que sí -dijo Ritenour tras ver que Aquino asentía con la cabeza-. La pintura no es admisible como prueba, tendremos que compararla con el vídeo de la cámara de seguridad,

Librodot

que muestra la fecha y la hora. Si comparamos la hora con la firma en el registro del portero, lo habremos cogido.

-Si viera esa cinta, tal vez reconocería a alguien --dijo Richard con aire pensativo.

-Pues nosotros no hemos podido -replicó Aquino-. Hemos conseguido fotos de casi todos los tipos de la lista...

-¿Qué lista? -preguntó Sweeney.

Hicieron caso omiso de ella.

pero el guardia no ha reconocido a ninguno de ellos y tampoco coinciden con los de la cinta. Todavía buscamos a personas que se registraran como visitantes pero, hasta ahora, todas ellas volvieron a salir del edificio.

-Ahora mismo, el cuadro es nuestra mejor apuesta --dijo Ritenour.

_Esta noche me quedaré con ella -- asintió Richard-. No quiero que esté sola. Lo más probable es que Kai haya divulgado lo de la pintura por toda la ciudad y, quienquiera que sea el asesino de Candra, tal vez ya lo sepa. Y no sólo eso, de ese modo podré llamarlos inmediatamente si Sweeney termina la cara.

En la voz de Richard debió de haber algo que alertase a los detectives.

-Señor Worth --dijo Aquino-, si piensa en algún tipo de acto heroico, tengo que decirle que a mí no me parece una buena idea. Si la señorita Sweeney está en peligro, tendría que concentrarse en que estuviera a salvo y dejar que nosotros nos encargáramos del arresto del asesino.

-Cuidar de ella es mi principal consideración -dijo Richard, y Sweeney se preguntó si los policías habían notado que Richard no estaba del todo de acuerdo con ellos.

Esa noche, Edward conducía el coche.

-Vamos a llevar a casa a la señorita Sweeney.

-Muy bien, señor.

Los detectives le habían devuelto ambos cuadros y Edward los había puesto delante, junto a él. Las pinturas lo sorprendieron tanto que se quedó unos instantes sin saber qué hacer, aunque después su expresión se tranquilizó y los trató como si fueran meros paisajes.

Cuando se hubieron sentado, Richard tomó la mano a Sweeney y entrelazó los dedos con los suyos.

-Estás fría -le dijo.

-He pasado miedo. -Sweeney le apretó la mano No ha sido tan terrible como los otros episodios y con el café que me han traído, me ido apañando.

-Si me hubieras llamado inmediatamente, te podrías haber evitado buena parte de todo esto.

-En cambio, cuando vieron mi destreza con *jeopardy*, se sintieron mucho más inclinados a creerme.

-¿Jeopardy? -preguntó él, mirándola asombrado.

-Una de mis habilidades nuevas**.** Algún día te la enseñaré.

Sus manos entrelazadas se posaron sobre el muslo derecho de Sweeney. Richard lo frotó ligeramente con los nudillos.

-Los padres de Candra y algunos amigos están en casa --dijo-. Ya hemos arreglado lo del funeral y han decidido enterrarla cerca de donde viven; ahora volverán al hotel. Haré que Edward los lleve y yo me cambiaré de ropa y tomaré un taxi para ir a tu casa.

Sweeney pensó que si fuese noble, le diría que sabía que él tenía muchas cosas que hacer y' que ella estaría perfectamente bien sola, pero estaba cansada de afrontar las noches sola y deseaba tenerlo a su lado.

Además, no le había pasado por alto el comentario de que tal vez el asesino de Candra se hubiera enterado de lo de la pintura. Una parte de ella no creía que estuviese en peligro, pero por lógica pensaba que sería más inteligente por su parte no correr riesgos innecesarios. Dormía muy profundamente y quizá no oiría a alguien que entrase en el apartamento a no ser que lo hiciera rompiendo la ventana que había junto a la cama. Después de pasar toda una noche sin dormir, estaba tan cansada que quizá ni siquiera eso la despertaría.

Como si leyese sus pensamientos, algo que ocurría muy a menudo, Richard le preguntó:

-¿Has dormido algo en todo el día?

-No. ¿Y tú?

-Después de comer, he dormido un par de horas la siesta.

Sweeney lo envidió por eso y por su resistencia. No parecía fatigado en absoluto, y se le veía tan despierto como siempre.

-Hoy podrás dormir toda la noche -prometió con ternura.

Sweeney le apretó la mano y bajó la voz para que Edward no pudiera oírla.

-Toda la noche no, espero.

-Creo que puedo encargarme de eso -le dijo, devolviéndole el apretón y Sweeney, contenta, permaneció en silencio el resto del recorrido.

Al otro lado de la calle y a pocas puertas de distancia del apartamento de Sweeney había un pequeño restaurante italiano. Era un restaurante popular en el barrio, con un constante flujo de clientes que iban a llevarse comida preparada. Kai se sentó en una mesa junto a la ventana para poder ver quién entraba en el edificio de apartamentos.

Había participado en el plan para matar a Candra en parte por impulso, porque era una puta y tenía pensado despedirlo. Sin embargo, la consideración principal había sido el dinero. Para mucha gente, cien mil dólares no era mucho dinero y mucho menos que el millón que Candra había pedido por el chantaje, pero la diferencia estaría en que no tendría que pasarse unos cuantos años más haciendo trabajos de tres al cuarto ni de incrementar sus ingresos con pases de modelo de ropa interior que normalmente conllevaban tener que follar con alguna bruja de mediana edad a la que ponía caliente el poder que ejercía sobre unos chicos jóvenes que necesitaban el trabajo que ella les proporcionaba.

Con cien mil dólares podría dejar de trabajar, terminar sus estudios de arte y empezar a hacerse un nombre con sus pinturas. Kai estaba seguro de que tenía talento. Sabía que sus obras eran mucho mejores que casi toda la mierda que había ayudado a vender en la galería y que lo apoyaría una persona muy influyente gracias a la cual podría exponer en la mejor sala de la ciudad. No iba a comenzar vendiendo barato para aumentar gradualmente los precios; iba a pedir una pequeña fortuna desde el principio, ya que muchos ricos idiotas compraban cuadros caros sólo porque les gustaba la idea de que otros no podían permitírselo.

Todo sería perfecto si no fuese por esa maldita pintura de Sweeney. Kai lo lamentaba. Sweeney le caía bien, era divertida y sincera y nunca lo había mirado como si sólo fuese un pedazo de carne. Además, tenía verdadero talento, con una facilidad para el realismo que hacía que, cualquier retrato suyo fuera una recreación fiel del retratado. Era una pena que hubiese resultado ser también una médium de mierda.

Kai esperó a que volviera a casa. A diferencia de otra persona, que no era en absoluto realista, no creía que la policía la arrestase por ese cuadro. La policía no era idiota y sin pruebas que apoyaran la presencia de la chica en la escena del crimen, les costaría mucho convencer al fiscal del distrito para que llevase el caso a los tribunales. En cambio, si Sweeney había conseguido convencerlos de que decía la verdad, la controlarían todos los días hasta que terminase la maldita pintura. Hacer desaparecer el cuadro no bastaría; su existencia no importaba, tanto si pintaba la otra cara como si no, Sweeney la reconocería enseguida y todo se iría al carajo.

No podía permitir que eso ocurriera.

Entrar en su apartamento había sido fácil. Había esperado hasta la llegada de la policía y cuando se llevaron a Sweeney, aprovechó que entraba mucha gente en el edificio y se coló sin problemas, ya que el imbécil del portero estaba ocupado viendo un estúpido concurso en televisión.

Se tomó tiempo para estudiar el edificio. En el piso de Sweeney no había ninguna ventana que diera a la escalera de incendios pero sí en el piso de debajo del suyo. Después de asegurarse de ello, tomó el ascensor hasta un piso más arriba por si alguien se fijaba en él y luego bajó por las escaleras.

Entrar en el apartamento fue más difícil ya que Sweeney había cerrado con los dos cerrojos. Se quedó escuchando unos segundos junto a la puerta vecina y al ver que no se oía nada, llamó al timbre. No respondió nadie y allí no habían cerrado con cerrojos; por suerte abrir la puerta le llevó diez segundos.

Entró y escuchó unos segundos más para asegurarse de que no había nadie en la ducha o algo por el estilo. Cuando supo que el apartamento estaba vacío, aunque tal vez no lo estaría por mucho tiempo, cerró el pestillo de la puerta por si el inquilino se presentaba antes de que él terminase lo que tenía que hacer.

Fue a un pequeño dormitorio que estaba junto al apartamento de Sweeney y salió a la escalera de incendios por una ventana. Luego, se agachó junto a uno de los grandes ventanales

del estudio de la chica, con un diamante para cortar el cristal. Por si alguien miraba, fingió hacer alguna reparación, examinando las bisagras y cosas de ese estilo.

El cierre de la ventana estaba atrancado y tuvo que forzarlo con su navaja. Luego apoyó la escalera de incendios en el piso inferior y se marchó. Quizá alguien lo notaría pero, como no llegaba hasta el nivel de la calle, a nadie le llamaría la atención.

Cuando lo tuvo todo preparado, pasó de nuevo al apartamento vecino y salió de él con la misma facilidad con la que había entrado. Luego, lo único que tuvo que hacer fue esperar a que Sweeney regresara a casa.

Coqueteó con la camarera del pequeño restaurante, fingió leer un periódico, jugueteó con su plato de pasta y luego pidió postre y café. Su paciencia se vio recompensada poco después de las nueve, cuando el Mercedes de Richard Worth se detuvo ante el edificio de apartamentos y de él se apearon Sweeney y Richard. Este cogió dos cuadros del asiento delantero y entró en la casa con ella. Unos minutos más tarde, salió solo y sin las pinturas.

Kai pagó la cuenta y dejó una buena propina a la camarera, despidiéndose de ella con una lenta y malévola sonrisa que le incrementó más la autoestima que un buen corte de pelo. Luego cruzó la calle y recorrió la manzana hasta que pudo ver los grandes ventanales del estudio de Sweeney. Se encendieron las luces de este, pero él ángulo era demasiado cerrado y no pudo ver lo que hacía la chica. Después, las luces se apagaron de nuevo. No se disponía a trabajar en el cuadro, las cosas iban bien.

Era demasiado pronto para que se acostase, pero Kai decidió entrar en el edificio mientras aún pudiera hacerlo. Tuvo que esperar veinte minutos y colarse tras una pareja joven antes de que se cerrase la puerta. El portero miró a su alrededor al oír la puerta pero vio a la pareja y volvió a concentrarse en el televisor antes de ver a Kai.

Todo fue suave como la seda. Subió a la azotea y esperó pacientemente mientras escuchaba el ruido del tráfico, los bocinazos, los aullidos de las sirenas y las voces distantes que llegaban hasta él. La ciudad nunca quedaba en silencio, nunca se quedaba inmóvil. Le gustaba esa energía. Cuanto más tiempo esperase, menores serían las posibilidades de que tuviera problemas. Los vecinos dormirían en sus camas, tranquilos y seguros, y si a alguno se le ocurría despertarse mientras bajaba los tramos de la escalera de incendios entre los pisos para poder llegar a la calle, cuando se asomasen a la ventana, sería demasiado tarde, porque él ya se habría marchado.

Y también sería demasiado tarde para poder ayudar a Sweeney.

Capítulo 21

Sweeney estaba tan cansada que apenas podía pensar, así que tomó una ducha caliente que la revitalizó lo suficiente para poder concentrarse en la cena. Después de cenar una sopa y medio bocadillo de mantequilla de cacahuete, se sintió casi humana, casi. Lo único que la mantenía despierta era el hecho de estar esperando a Richard. Pensó en tumbarse en el sofá, pero si lo hacía, probablemente ni oiría el timbre de la puerta.

Entró en el estudio sin molestarse en encender las luces. Con las inmensas ventanas, la luz de la calle y de los anuncios de neón había iluminación suficiente. Vagó por la habitación, deteniéndose ante algunos lienzos, tocando otros, como una madre que acostase a sus hijos por la noche. Se detuvo ante la pintura de Candra, situada en un caballete, y la miró un buen

rato. Intentó captar algo del asesino, como qué estaba pensando mientras se encontraba junto a ella. ¿Qué tipo de hombre sería para deleitarse con la muerte violenta de una mujer?

Había sabido instintivamente otras cosas, como el aspecto de los zapatos pero, cuando intentaba captar la esencia del asesino se sentía como chocando contra un muro de piedra. Al otro lado de ese muro había algo pero no podía verlo.

Pensó que tal vez nunca terminaría el cuadro. Quizá sólo podía pintar dormida a las personas que conocía, personas cuyas imágenes ya estaban en su memoria. Sí el asesino era un desconocido, tal vez no podría reproducirlo.

Richard volvió al cabo de una hora. Dejó una pequeña bolsa en el suelo y luego corrió el cerrojo. Sweeney se quedó inmóvil, mirándolo. Se había quitado el traje y se había puesto unos vaqueros y una camisa negra. Sweeney olvidó al instante lo cansada que estaba. En su mente siempre lo había visto con ese aire, sin el disfraz de un costoso y elegante traje. Las mangas cortas se ceñían a sus musculosos brazos, su mandíbula estaba sombreada con una barba cerdosa y era el hombre más fuerte y más atractivo que jamás había visto.

-Eso es -dijo Sweeney, al tiempo que hacía un esbozo mental-. Tengo que pintarte así.

Miró a su alrededor como si buscase el bloc de dibujo y apenas dio dos pasos hacia el estudio cuando él la abrazó por detrás y la levantó del suelo, estrechando su espalda contra sí.

_Esta noche no, cariño. Ha llegado la hora de acostarse. -Empezó a llevarla hacia el dormitorio.

Fue, tal vez, porque la boca de Richard estaba tan cerca de su oreja o quizá algo chasqueó en su cerebro. De repente, se volvió y lo miró fijamente.

-Me has llamado cariño -le dijo.

-Claro -replicó él arqueando las cejas-. ¿Cómo crees que debería llamarte?

-Por mi nombre, Sweeney.

-Pero ese no es tu nombre, es tu apellido. -Le dio un rápido beso en los labios-. Ya te dije que no podía llamar por el apellido a la mujer con la que me estoy acostando y mucho menos si realmente la quiero. Si no te gusta «cariño», ya pensaremos en otra cosa.

Richard lo dijo con tanta ternura y ella estaba tan cansada que no le importó.

-Supongo que «cariño» está bien -empezó a murmurar y luego se quedó rígida en sus brazos. Richard casi la dejó caer. Se detuvo, la puso en el suelo y después la volvió para verla de cara, abrazándola de nuevo.

-¿Has dicho que me quieres o sólo me ha parecido oírlo? -preguntó Sweeney con las manos en los hombros de Richard.

-Claro que lo he dicho.

Aquel fue un momento crucial en su vida. Después de treinta y un años, por fin se había enamorado y no precisamente de un hombre cualquiera. Se había enamorado de un tipo duro,

guapo y rico y que acababa de decirle que la amaba. En toda su vida, nadie le había dicho aquellas palabras. Pensó que tendrían que haber hecho algo romántico y espectacular, como beber champán o tirar fuegos artificiales, para señalar el momento.

-Oh -dijo Sweeney al tiempo que lo miraba soñolienta-. Yo también te amo.

-Ya lo sé -replicó él. Luego la besó con ternura, la dejó junto a la cama y la desnudó como si fuese una niña. Sweeney deseó tener un camisón sexy que ponerse, pero lo único que poseía eran pijamas de franela. Con él en la cama, no necesitaría el pijama para estar caliente.

La puso entre las sábanas, se desnudó y luego se echó junto a ella. Sweeney deseó tener una cama más grande para que estuviese más cómodo ya que sospechaba que le colgaban los pies fuera.

Se volvieron el uno hacia el otro corno el hierro y el imán, con una fuerza irresistible. Richard le acarició los pechos y Sweeney sintió un cosquilleo en los pezones que la hizo estremecer.

-Necesitas dormir --dijo Richard, aunque tenía el pene duro como una piedra.

Sweeney cerró la mano alrededor de su erección, acariciándolo con el mismo ritmo lento que él aplicaba a sus pechos.

-Te necesito más a ti -susurró.

Richard se puso un condón y la montó. Sweeney abrió las piernas y él sondeó la entrada de su vagina con el miembro grueso y caliente.

Sweeney no espero, no podía esperar, por lo que entrelazó las piernas alrededor de las suyas y alzó la pelvis para que pudiera penetrarla.

El placer se extendió suavemente por todo su cuerpo, sin el dolor ni la urgencia de la noche anterior. Las embestidas de Richard eran lentas y profundas, como si quisiera saborear cada centímetro de ella. Sweeney se adaptó a su ritmo y pese a la falta de urgencia, al cabo de unos instantes, el calor y la fricción aumentaron hasta unos niveles intolerables. Sweeney lo estrechó contra ella al tiempo que le clavaba las uñas en la espalda y punteaba con pequeños gritos cada acometida de Richard. Este le pasó los brazos por debajo de las piernas, apoyándose en las manos, para que ella mantuviera las piernas abiertas del todo y no pudiera controlar la velocidad ni la profundidad de sus embestidas. Sweeney sintió como si Richard le llegase hasta el corazón y se corrió a la tercera acometida profunda. Él la mantuvo unos instantes y luego orgasmó, desmoronándose sobre ella.

Sweeney se quedó medio dormida pero se despertó un poco cuando Richard salió suavemente de ella y se levantó de la cama.

-¿Adónde vas? -le preguntó, alargando *el brazo para acariciarle la espalda.

-Al baño, a coger mi bolsa, y a apagar las luces -respondió, y las palabras sonaron tan prosaicas que Sweeney se echó a reír, hundiendo la cara en la almohada al tiempo que volvía a invadirla la laxitud.

Librodot

Sin embargo, cuando volvió, todavía no dormía. Se abrazó a él y sintió un ligero escalofrío al notar el aire frío en sus hombros desnudos pese a la calor que sentía en el resto del cuerpo.

-Deja que me ponga tu camiseta -dijo, adormilada y él se inclinó hacia un lado para cogerla del suelo.

Sweeney se sentó y se la puso y luego volvió a acomodarse entre sus brazos.

-Ahora ya puedo dormir.

-Ya va siendo hora -gruñó él, pero Sweeney oyó el tono divertido y de satisfacción que había en su voz y se durmió mucho más segura de lo que nunca se había sentido.

Al cabo de un tiempo se despertó con un sobresalto y todos sus músculos se tensaron.

No debía de haber dormido demasiado y tuvo la sensación de que había pasado poco tiempo, no más de una hora. Algo la había despertado, algo que le había puesto la carne de gallina, la misma reacción que habría tenido durmiendo en una caverna miles de años atrás y despertar con el ruido de un tigre en la entrada de su refugio. Escuchó con atención, preguntándose, si la comparación era válida. ¿Había alguien en el apartamento?

Volvió a repetir mentalmente aquel sonido indefinido y desconocido. No lo había imaginado, pero no había sido fuerte, sólo un arañazo, un susurro. Como unos pasos, como una ventana que se abriera. Una de esas cosas o ambas, procedentes del estudio.

Dio una sacudida a Richard y este se despertó de inmediato.

-He oído algo -murmuró.

Él se desplazó como seda engrasada, sin hacer ruido, y salió de la cama. Luego, con una seña, le indicó que lo siguiese, poniéndose un dedo ante los labios para que se mantuviera en silencio. Ambos gestos fueron claramente visibles a la luz que se colaba por la ventana.

Sweeney intentó imitar los movimientos de Richard, sin sobresaltos ni sacudidas que hicieran ruido. Consiguió salir de la cama sin que el somier crujiera. La camiseta de Richard le llegaba a los muslos y no le protegía las piernas del frío aire nocturno. Sintió un escalofrío pero lo olvidó al instante, concentrada en la puerta abierta del dormitorio, esperando ver una sombra amenazadora en cualquier momento.

Richard se agachó junto a la pequeña bolsa que había llevado consigo, sin apartar los ojos de la puerta, y buscó algo en su interior. Cuando se incorporó, a la luz mortecina brilló la gran pistola que te~ nía en la mano derecha. Con la izquierda, tiró de Sweeney, haciéndola caminar detrás de él.

La cogió por la muñeca para asegurarse que no se separaba y caminó hacia la puerta pero sin acercarse demasiado a ella por si alguien intentaba abrirla más. Entonces esperaron.

Sweeney no oía la respiración de Richard pero la suya resonaba en sus oídos y el corazón le latía con tanta fuerza que seguro que era perceptible. Con cautela, respiró por la boca para eliminar hasta el mínimo sonido. Y escuchó.

Librodot

Oyó el tic-tac del reloj de la sala, oyó una sirena lejana, pero ninguna repetición del ruido que la había despertado.

Richard, sin embargo, no se relajó y siguió altera. Él estaba más cerca de la puerta. ¿Oía algo que Sweeney no alcanzaba a oír?

Entonces sintió, captó la presencia de alguien al otro lado del umbral, alguien que no entraba en el dormitorio pero que miraba hacia él.

La puerta se abrió hacia la pared contra la que estaba situada la cama. Debido a ello, el intruso no podía ver la cama completa, sólo los pies de ella, a menos que entrase más en la habitación. Sweeney pensó en la cama vacía. Si la veía, ¿pensaría que lo habían oído y que estaban en otro lugar del apartamento o que no había nadie en la casa y que había dejado la cama sin hacer? ¿Entraría hasta el baño o ... ?

La puerta golpeó la pared y el sonido retumbó en el oscuro silencio.

Richard se tiró al suelo, moviéndose antes de que la puerta golpease la pared y, como la tenía agarrada por la muñeca, Sweeney cayó con él. Una explosión la cegó y la ensordeció. Otra, más cercana, siguió tan deprisa a la primera que los sonidos casi se mezclaron en uno solo. La golpeó una extraña percusión y un pequeño estallido de aire explosionó contra su cara.

Disparos de pistola.

Lo supo enseguida pero, para entonces, lo único que quedó fue un leve zumbido en las orejas y el olor picante de la pólvora quemándole en la nariz.

Recuperó poco a poco la visión y el oído. Vio a Richard junto al marco de la puerta y oyó su gemido gutural e inhumano. El aire le salía de los pulmones como un globo desinchándose y entonces le llegó su olor.

Sintió náuseas pero contuvo la bilis que le subía por la garganta.

-¿Estás bien? -preguntó Richard con voz ronca al tiempo que se volvía hacia Sweeney.

_Sí -consiguió responder. Él se puso en pie y se dirigió hacia la cama, encendiendo la luz de la mesilla de noche.

Sweeney parpadeó y, antes de que sus ojos se acostumbraran a la luz, Richard ya estaba al teléfono, con la vista clavada en el cuerpo tendido ante el umbral de la puerta.

-Soy Richard Worth --dijo en voz baja a quien estuviera al otro lado del hilo telefónico-. Kai Stengel ha entrado por la fuerza en el apartamento de Sweeney y ha intentado matarnos.

¿ Kai?

Pasmada, Sweeney parpadeó varias veces y miró el cadáver. Enseguida deseó no haberlo hecho. Kai estaba tendido boca arriba en el umbral, con la cara vuelta hacia ella y los ojos abiertos, clavados en el vacío de la muerte. Bajo el cuerpo había un pequeño charco de sangre y algunas manchas y salpicaduras en la pared.

-No te preocupes -dijo Richard-. Le he disparado yo. Está muerto.

Mientras colgaba el teléfono, Sweeney se puso en pie temblorosa y se volvió hacia él, deseando instintivamente que la abrazara. De repente, se quedó inmóvil. En el brazo y en el pecho tenía unos regueros rojo oscuro procedentes de una herida de su hombro.

-¡Oh, Dios mío! Te ha disparado...

-Sólo un poco -dijo él, tras mirarse el hombro. Sweeney se lanzó a sus brazos y él la estrechó. Ella se soltó y lo empujó para que se sentase en el borde de la cama.

-No pueden haberte disparado sólo un poco --dijo ella furiosa-. Es como estar embarazada; o lo estás o no lo estás. Quédate ahí quieto.

Se volvió sobre sus talones y corrió. Tenía el botiquín de primeros auxilios en el armarlo del baño. Para salir del dormitorio, tuvo que pasar por encima del cadáver de kai, pero sólo dudó una décima de segundo. Richard sangraba y la necesidad apremiante de cuidar de él superó todo lo demás. Miró con cuidado dónde ponía los pies pero no se retrasó.

Cuando regresó, cargada con el botiquín, una toalla y una manopla, Richard ya se había puesto los vaqueros y empezaba a ponerse los zapatos.

-¡Te he dicho que no te muevas! -le gritó.

-No, me has dicho que me quedara aquí y aquí estoy.

Su tono suave la enfureció pero Richard se sentó de nuevo en la cama y dejó que Sweeney le presionara una almohadilla de gasas contra el hombro.

-No es más que una quemadura, ni siquiera necesitará que le pongan puntos.

Su voz sonó tan distante que Sweeney lo miró fijamente. En su rostro no había ninguna expresión y sus ojos se veían fríos mientras miraba a Kai. Sweeney recordó que había estado en un cuerpo especial del ejército y supo de inmediato que no era la primera vez que mataba a alguien, que esa era su manera de actuar en combate.

Al cabo de un momento, levantó la almohadilla y vio que él tenía razón: la herida que había en su hombro era como un arañazo que sangraba. Se oyeron aullidos de sirenas cada vez más cercanos, casi como si estuvieran ante el edificio. Luego, el ruido cesó de repente.

Sweeney cogió la manopla mojada y empezó a limpiarle la herida. Richard se la quitó diciendo:

-Yo lo haré. -Metió la mano que tenía libre bajo la camiseta y le dio unas palmaditas en las nalgas-. Será mejor que te vistas o la policía verá ese hermoso culito que tienes.

Sweeney lo miró con el ceño fruncido y luego se dirigió al armario. Sacó unos vaqueros y se los puso directamente. Lo hizo justo a tiempo, ya que al cabo de un instante la policía llamó a la puerta del apartamento.

Mientras ella se los abrochaba, Richard pasó por encima de Kai y fue a abrir antes de que derribasen la puerta.

Entraron cuatro policías de uniforme. Sweeney vislumbró la avidez en las expresiones de los vecinos del rellano que habían salido al descansillo.y entonces, Richard la llevó hacia la cocina para no molestar a la policía mientras hacía su trabajo.

Las horas siguientes fueron un tumulto. El detective Ritenour llegó pocos minutos después que los agentes uniformados y un poco antes que el forense. Iba vestido, pero llevaba la camisa arrugada y la corbata floja. Richard había llamado a los detectives en vez de llamar al teléfono de emergencias. Llegaron más policías de uniforme, una ambulancia y el detective Aquino. El apartamento ya estaba lleno y se oía el crepitar de las radios mientras seguía llegando más gente.

Richard la mantuvo en la cocina, sentada de espaldas a la puerta para que no pudiera ver lo que pasaba detrás de ella. Dos miembros del equipo médico le examinaron la herida del hombro, le pusieron pomada antibiótica y un vendaje. Richard terminó de limpiarse él mismo en la pila de la cocina, quitándose la sangre seca con una servilleta de papel mojada y se negó a recibir más tratamiento médico.

Aquino y Ritenour les tomaron declaración y vieron la ventana del estudio por la que Kai había entrado. No había ninguna duda de que Richard había disparado en defensa propia.

-Creo que ya tenemos al asesino de la señora Worth -dijo Aquino-. Ver el cuadro de la señorita Sweeney tuvo que suponer una gran conmoción para él. Lo pilló por sorpresa porque, de otro modo, habría intentado matarla en ese mismo momento -añadió mirando a Sweeney-. Luego, podía haberle cargado todas las culpas al señor worth, basándose en la pintura.

-Pero ¿cómo sabía que no me habían arrestado? -preguntó Sweeney, asombrada.

Aquino se encogió de hombros y fue Ritenour quien respondió.

-Tal vez llamó a comisaría o quizá estuvo vigilando, quién sabe. Pero eso no importa. Lo que es obvio es que esta noche vino aquí con la intención de matarla, pero usted oyó que abría la ventana y no estaba sola.

-En la ciudad de Nueva York es ¡legal tener un arma sin licencia --dijo Aquino, mirando a Richard muy serio.

Richard se encogió de hombros sin mostrar en el rostro ni la más ligera incomodidad por la herida que tenía.

-Tengo licencia -afirmó de manera categórica.

Aquino se puso aún más serio.

-Es de suponer. Ha hecho usted un buen trabajo. Un disparo certero al corazón. ¿Tiene alguna preparación especial?

-He sido militar -respondió Richard-. Estuve en el ejército.

-¿Ah, sí? ¿En qué unidad? --quiso saber Ritenour.

-En las tropas de asalto.

Sweeney vio que sus expresiones cambiaban. Los detectives volvieron a ocupar sus sillas.

-Ese hijo de puta no ha tenido ni la mínima opción -dijo Ritenour en voz baja.

Capítulo 22

-Estás a punto de derrumbarte --dijo Richard con rudeza, al tiempo que le inclinaba la cabeza hacia arriba. Sweeney estaba blanca como la cera debido al cansancio, los nervios y la conmoción. Tenía los ojos apagados y unas ojeras tan oscuras que parecían moretones-. Recoge algo de ropa. Voy a llevarte a casa conmigo.

-Yo me ocuparé de eso ----dijo Aquino, poniéndose en pie---. No tiene por qué entrar en el dormitorio. ¿Desea alguna cosa en concreto?

Sweeney sacudió la cabeza. En circunstancias normales, nunca habría dejado que un desconocido revolviera su ropa, pero en aquel momento no le importó. El detective tenía razón: no quería entrar en su cuarto. Tal vez no entraría nunca más.

-En la estantería de arriba del armario hay una bolsa. Meta cuatro cosas en ella.

-Tendrá que firmar una declaración --dijo Ritenour dirigiéndose a Richardpero ese trámite puede esperar unas horas. Duerma, si puede. Ya sabe que los medios de comunicación se volcarán en la noticia.

-Sí, ya lo sé. -Richard se frotó la mandibula-. ¿Hay alguna manera de impedir que no se enteren de lo del cuadro?

Para que Sweeney no fuera acosada por la prensa sensacionalista, quería decir.

-Tal vez. No veo necesidad de mencionarlo. Lo más probable es que los periodistas lo vean como un crimen pasional... Una pelea entre amantes.

A los padres de Candra ya les había afectado demasiado su muerte, pero ahora la prensa analizaría y diseccionaría su relación con Kai en público.

-Me preguntó por qué la mató --dijo Ritenour, casi para sí mismo.

-Si fue él quien lo hizo -intervino Sweeney, en un barboteo de palabras confusas.

Ambos la miraron con intensidad, sobre todo Richard que lo hizo más tiempo.

-¿Por qué dice eso? -preguntó el detective-. Si Stengel no mató a la señora Worth, no se hubiera preocupado por el cuadro, y aparte de eso, no hay ninguna razón por la que alguien quisiera matarla.

Sweeney se encogió de hombros. No sabía por qué lo había dicho. Intentó imaginar el rostro de Kai en el cuadro, pero el muro de piedra seguía ahí y la visión no se formaba.

Aquino regresó con una bolsa a los pocos minutos.

Librodot

-La ha hecho una de las policías -dijo, como si quisiera que Sweeney supiese que no había revuelto su armario-. Pensé que una mujer sabría mejor lo que otra mujer necesita.

-Gracias -dijo ella. Alargó la mano para cogerla pero la de Richard lo hizo primero. Si el peso de la bolsa le molestó en el hombro, no dio señales de ello.

-No llamen a un taxi. Un coche patrulla los llevará a casa.

Richard asintió y tomó a Sweeney por el brazo.

-Los llamaré por la mañana.

-Que sea muy tarde -replicó Aquino, bostezando. Voy a ver si duermo. Les aconsejo que desconecten el teléfono y que duerman todo lo que puedan.

-Necesito el cuadro --dijo Sweeney cuando Ritenour empezó a acompañarla a la puerta.

-No hay ninguna necesidad, cariño...

-Necesito el cuadro -repitió Sweeney, deteniéndose de repente. No podía pensar con claridad, la cabeza le daba vueltas pero sabía que no podía dejar allí la pintura.

-Hay periodistas fuera.

-Lo envolveré en un trapo. -Se soltó de Richard, entró en el estudio y bajó el cuadro del caballete. Siempre tenía tela de queso para la limpieza y para tapar los lienzos y lo envolvió en ella. Richard no se separaba de ella a cada paso que daba y la miraba con preocupación, pero Sweeney estaba demasiado cansada como para tranquilizarlo. Tenía las fuerzas justas para, hacer lo estrictamente necesario, y coger la pintura lo era.

Un policía los escoltó para cruzar el vestíbulo plagado de curiosos y de periodistas. Se dispararon algunos flashes en su rostro y los acribillaron a preguntas, aunque Sweeney no hizo ningún esfuerzo por comprenderlas y Richard tampoco respondió. A él lo reconocieron ya que alguien lo llamó por el nombre. Él hizo caso omiso de lo que oyó, concentrado en Sweeney y en sacarla de allí. Soltó maldiciones entre dientes pero ella fue la única que las oyó.

El agente consiguió alejar a unos reporteros que intentaron seguirlos y, sin más incidentes, los dejó a la puerta de la casa de Richard. Sweeney agarró la pintura y miró los escalones, preguntándose si conseguiría subirlos y también los del interior de la casa.

-Vamos, pequeña -dijo Richard con voz suave y mimosa.

-No soy una niña -replicó Sweeney, frunciendo el ceño-. Estoy bien.

-Ya lo sé que estás bien.

Intentaba calmarla. Sweeney no soportaba que la calmaran. Y estaba segura de que podría subir los escalones sola. Sin embargo, no quiso mostrarse desagradecida y se apoyó en él para subirlos juntos.

Richard abrió la puerta y reactivó el sistema de alarma.

-Deja la pintura aquí --dijo, una vez en el vestíbulo.

-No, la quiero arriba.

Richard decidió que discutir le llevaría más tiempo que estar de acuerdo con ella. Dejó caer la bolsa al pie de la escalera y la tomó en brazos con el cuadro y todo.

-¡Tu herida! -protestó Sweeney, intentando soltarse.

-Estáte quieta o me harás daño.

Sweeney se quedó inmóvil, mirándolo con los ojos muy abiertos. No movió ni un solo músculo hasta que llegaron al piso de arriba. Si no hubiese estado tan cansada, Richard se habría echado a reír.

La puso sobre la cama y Sweeney se durmió antes de que le quitara los zapatos.

Richard le quitó los vaqueros pero le dejó la camiseta. Cuando terminó de desnudarse y la hubo metido bajo las sábanas, se tumbó a su lado. La estrechó contra el costado derecho, resueltamente decidido a olvidar el dolor del hombro izquierdo y a concentrarse, en cambio, en el placer de tenerla viva, en sus brazos y en su cama.

Cuando Sweeney lo despertó con sus inquietos movimientos, el sol estaba ya alto. Abrió un Ojo y miró el reloj. Eran las siete y media.

-Sigue durmiendo -le susurró. Ella no respondió pero siguió moviendo la cabeza y apartando las mantas. Al ver que estaba dormida, sintió un escalofrío.

Sweeney salió de la cama con tanta facilidad que antes de que Richard reaccionase ya estaba fuera de su alcance. Se detuvo junto a la cama, con los ojos abiertos pero extrañamente inexpresivos. Parecía confusa, como si quisiera ir a algún sitio y no supiese hacia dónde dirigirse.

Richard salió de la cama y le pasó un brazo por los hombros, intentando despertarla con suavidad.

-Cariño, despierta. Hoy no tienes que pintar. Vuelve a la cama.

Pasó un buen rato antes de que ella le respondiera, parpadeando y mirándolo asombrada.

-¿Qué? -preguntó en un murmullo.

-Estabas caminando dormida. -Su tono de voz era calmado al tiempo que la llevaba de vuelta a la cama. Sweeney volvió a dormirse enseguida abrazada a él. Richard dormitó pero no bajó la guardia. Ella se encontraba en un lugar que no conocía y si empezaba a caminar dormida, podía caerse por las escaleras. Se despertó cada vez que notó que se movía y no la soltó para mantenerla a salvo.

Como no quería dejarla sola en la cama, la despertó a las diez y media. Ella abrió un solo ojo pero para alivio de Richard, vio que estaba completamente despierta.

-Supongo que me has despertado para hacer el amor porque, de otro modo, no hay excusa.

Los ojos de Richard brillaron y al cabo de medio segundo, la había puesto boca abajo y la estaba penetrando.

-Sólo era una bro... -empezó a decir Sweeney y luego contuvo el aliento al notar que la empalaba con su grueso miembro. Casi gritó y sus pezones se endurecieron, convirtiéndose en pequeños y tiesos botones. Al ver lo caliente que se ponía, Richard se excitó aún más y su erección llegó a un punto casi doloroso.

-Dios --dijo con voz ronca.

La embistió unas cuantas veces y empezó a correrse, al tiempo que su cuerpo se arqueaba y temblaba mientras descargaba el semen en su interior. Sweeney gritó de nuevo y los músculos de su vagina se cerraron convulsivamente alrededor de su polla, absorbiéndola con su orgasmo.

Después, él se sintió como un despojo humano y se quedó tumbado boca arriba, incapaz de moverse. No recordaba haberse corrido nunca tan deprisa ni con tanta intensidad, ni siquiera de adolescente cuando, para él, el sexo era una carrera hasta la meta. Ella se movió antes que él, se apartó un rizo de los ojos y se sentó.

-Esto no ha sido justo -le recriminó, pero en su voz había satisfacción---. Hazlo otra vez y hazlo bien.

-Ni lo sueñes -respondió él con un gruñido que la hizo reír---. Bueno, tal vez esta noche.

-Pues quedamos para la noche. -Sweeney saltó de la cama, lo cual le hizo pensar que había sido él quien había hecho todo el trabajo. Se quitó la camiseta y se dirigió hacia el baño, pero la visión de aquellas nalgas bastó para que saliera de la cama y se metiese en la ducha con ella.

Richard se puso traje y corbata, sabiendo que en la puerta de la comisaría lo estarían esperando los reporteros. Hasta entonces no lo habían molestado; su número privado no estaba en la guía telefónica, pero pensó que algún periodista emprendedor no tardaría mucho en conseguirlo. El teléfono de la oficina debía de estar sonando sin parar.

Habló con Tabitha por el intercomunicador y supo que había acertado.

-Diles que dentro de dos horas me tomarán declaración en comisaría y que no sabes nada más.

-Es que no sé nada más -replicó ella, malhumorada.

-Y tómate un buen rato para almorzar.

-Ahora te escucho.

Luego llamó a Edward para que trajese el coche y después besó a Sweeney, que se había puesto su combinación habitual de vaqueros y sudadera y lo miraba sentada desde la cama, con las piernas cruzadas.

-Me llevo el teléfono móvil -le dijo.

-Pues el número está en mi apartamento.

Richard lo escribió y se lo tendió.

-Si suena el teléfono no lo cojas. Si llamo yo, lo dejaré sonar una vez, colgaré y volveré a llamar.

-De acuerdo.

-Espero que no me entretengan mucho rato. Regresaré lo antes que pueda.

-¿Por qué estás tan preocupado? -le preguntó-. ¿Por la muerte de Kai? No parece real. Es como si el terror de anoche le hubiera ocurrido a otra persona.

-Lo que me preocupa ---dijo sosteniéndole la mirada-, es lo que dijiste de si no fue él quien la mató. No quiero correr ningún riesgo hasta tener los resultados del laboratorio.

Sweeney pensó en el muro de piedra que tenía en la mente y en el espacio en blanco del cuadro donde estaría la cara del asesino si alguna vez lo terminaba.

-Tendré cuidado -le prometió.

Llevaba una hora fuera cuando su ayudante llamó por el intercomunicador.

-Voy a salir a almorzar. ¿Quieres que te traiga algo?

-No, ya me las apañaré con lo que encuentre en la cocina.

-Es una pena que Richard haya dado el día libre a Violeta; hace las mejores tortillas que nunca hayas comido, pero como hoy él pensaba estar fuera de la ciudad, ella tenía pensado visitar a su hijo en Chicago. Cuando ocurrió todo esto y tuvo que cancelar su salida, insistió a Violeta para que, de todos modos, se tomara el día libre.

-Ya encontraré algo -dijo Sweeney. Llevaba casi toda la vida haciéndose la comida.

Se hizo una tostada y unos huevos revueltos aunque, como no conocía la cocina, le tomó más tiempo del habitual. Tuvo que buscarlo todo, incluida la tostadora y la cafetera, que no estaban en la repisa como suelen estar siempre en las cocinas.

Finalmente, encontró todo lo que necesitaba y tras ese sencillo almuerzo, vio que no tenía nada que hacer. Si hubiese estado en su apartamento, habría pintado. Exploró toda la casa, asomando la cabeza en todas las habitaciones y luego volvió al dormitorio. Se sentía mucho mejor que el día antes, pero todavía no había dormido suficiente y estaba pensando en echarse una siesta cuando vio el cuadro envuelto en la tela de queso, apoyado en una silla.

Después de todo lo ocurrido, no tenía ningunas ganas de desenvolverlo. No quería ver de nuevo esa escena violenta, pero una compulsión desconocida la atrajo hacia la pintura y lo destapó.

No había cambiado nada. El espacio en blanco todavía desafiaba su capacidad de acabar el cuadro. Iba a todas partes con unos lápices de carbón, así que los sacó del bolso y trazó unas líneas preliminares para encuadrar la cabeza de Kai. Sus dedos estaban torpes y le pareció que las líneas le habían salido mal. El cabello de Kai era grueso y brillante, de una textura casi asiática pero con unas ligeras ondulaciones. Intentó plasmar ese aspecto pero las líneas le parecieron demasiado suaves y el estilo erróneo.

Sweeney retrocedió para ver la pintura de lejos. Las líneas de carboncillo se veían muy burdas comparadas con la precisión de la pintura al óleo, pero la imagen era clara. El cabello liso y de color claro, moldeado hacia adentro. En él había algo familiar pero no sabía qué era.

De repente, se puso rígida. Luego, se volvió sobre sus talones y llamó al móvil de Richard.

Este contestó de inmediato. Se oía mucho ruido de fondo y Sweeney se preguntó si lo habría pescado en plena rueda de prensa.

-Es una mujer -le dijo con voz temblorosa.

-¿Qué? -preguntó él.

-Es una mujer... He dibujado el cabello, sólo un esbozo pero está claro que es de una mujer. Conozco ese estilo de peinado.

-Maldita sea. Nunca lo hubiera pensado. Tendré que decírselo a Aquino. Él sólo controla a los hombres que aparecen en la cinta de vigilancia del edificio. Cierra la puerta y no dejes entrar a nadie hasta que yo vuelva.

-No lo... -Un sonido la sobresaltó y se interrumpió.

-¿Sweeney?

-Creo que he oído algo -respondió-. En el piso de abajo.

-¿Están cerradas las puertas?

-Sí, claro.

-¿Dónde están Tabitha y Martin?

-Han salido a almorzar.

-¡Mierda! -El apremio de su voz chisporroteaba a través del hilo telefónico-. Enciérrate en el dormitorio. Pon muebles contra la puerta, cualquier cosa que te permita ganar tiempo, ¿comprendes

-Sí.

-Sí.

-No cuelgues el teléfono. Mantén la línea abierta. Voy hacia allí.

Librodot

Sweeney dejó el receptor en la mesita y fue hacia la puerta. No estaba segura de si había oído algo y quedaría como una estúpida si la casa estaba vacía o si el ruido que le había parecido oír eran Tabitha y Martin que volvían de almorzar. No se veía a nadie más, el pasillo estaba vacío y desde donde ella se encontraba, veía que en las escaleras tampoco había nadie.

Fue de puntillas hasta el pasamanos y miró hacia el vestíbulo. Nada.

Entonces oyó un leve crujido procedente del piso de abajo, tal vez de la cocina.

Imaginó el cuchillo en la mano enguantada de la figura que estaba junto a Candra y supo con toda seguridad lo que era ese sonido: alguien sacaba de la tabla de cortar uno de lo grandes cuchillos de cocina.

En el vestíbulo apareció una cabeza rubia.

Era Margo McMillan.

Sweeney se echó hacia atrás, conmocionada. Corrió torpemente hacia el dormitorio sin preocuparse de no hacer ruido y cerró la puerta. El cerrojo corrió con facilidad y puso una silla calzada bajo el tirador de la puerta, pero se veía precario y no sabía seguro si aguantaría mucho. ¿Cuánta fuerza tendría Margo? Era delgada, pero tal vez más fuerte de lo que aparentaba y las puertas interiores no soportaban tanta fuerza como las exteriores.

-¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! -Murmuró y corrió al teléfono-. ¡Richard!

-Aquí estoy. -Su voz era jadeante y casi ahogada por el sonido de una sirena. Sweeney esperó que estuviera en un coche patrulla.

-Es Margo --dijo, y empezaron a rechinarle los dientes-. Ma-Margo McMillan. Está aquí.

-¿Dentro de la casa? -preguntó Richard, nervioso.

-Sí, y tiene uno de los cuchillos de cocina. La puerta del dormitorio está cerrada pero...

-Si es necesario, métete en el baño y cierra también esa puerta. Ponte toallas enrolladas en los brazos, haz todo lo que puedas para obstaculizarla. Tírale toallas al cuchillo para que no pueda utilizarlo. Échale desodorante en la cara con el aerosol. En el baño hay armas, pequeña. Lo único que debes hacer es utilizarlas.

-Comprendo ---dijo en un susurro, incapaz de hablar más fuerte, aunque seguramente él no podía oírla con todo el ruido de las sirenas.

El tirador de la puerta se movió. Sweeney se sobresaltó, dejó el teléfono y corrió hacia la puerta del baño.

Algo rascaba la cerradura. Margo intentaba entrar.

El cierre del baño no sería más sólido que el del dormitorio. Sweeney entró y cogió un montón de toallas así como el desodorante. Hizo lo que Richard le había dicho y se enrolló una gruesa toalla en cada brazo. Supo por qué. Tendría que utilizar los brazos para desviar el cuchillo. Recordó las heridas en los brazos de Candra.

La puerta se abrió y la silla cayó de lado. Margo no dijo nada, se limitó a entrar corriendo con el cuchillo brillando en su mano.

Sweeney agarró una toalla y se la lanzó con todas sus fuerzas esperando hacerle perder el equilibrio. Cuando la toalla se le enredó en el brazo, Margo soltó un grito pero la atacó de todas formas y la punta del cuchillo atravesó el grueso tejido. Sweeney sintió el beso de su quemadura en su tríceps izquierdo.

No sabía pelean Nunca había peleado contra nadie en su vida, pero se revolvió, metiéndose en el arco del cuchillo, para darle un puñetazo a Margo en la cara. Le hizo sangrar la nariz y vio una expresión de sorpresa en los ojos enfurecidos de la mujer, como si no pudiera creer que Sweeney la hubiese golpeado. A esta todo le pareció tan ridículo que la golpeó de nuevo, una y otra vez, utilizando todas sus fuerzas para derribar a Margo.

-¡Puta! -gritó Margo, intentando desenredar el cuchillo.

Sweeney vio la barandilla detrás de Margo y empujó con más fuerza. La punta del cuchillo atravesó la toalla del brazo izquierdo y el dolor ardiente encendió un pedernal de rabia. Durante un segundo, una expresión de asombro cruzó la ensangrentada cara de Margo. Luego la resistencia de su cuerpo cedió bajo el acoso de los golpes de Sweeney y se desplomó sobre la barandilla para ir a caer sobre las baldosas de pizarra del vestíbulo.

Jadeando, Sweeney cayó sobre las manos y las rodillas, junto al pasamanos, con el corazón que le latía aceleradísimo. Por unos instantes creyó que se iba a desmayar. Tenía pequeños regueros de sangre en el brazo izquierdo que la toalla absorbía. Tendrían que ponerle puntos, pensó, absurdamente irritada ante esa idea. Nunca le habían puesto puntos de sutura. Probablemente dolía. El labio inferior le tembló.

Aquel pequeño temblor la avisó de lo cerca que estaba de la histeria. Respiró hondo varias veces, intentando pensar, pero le resultaba increíblemente difícil. Respirar hondo la alivió y se sentó en el suelo. No se atrevía a mirar por encima de la barandilla. Margo había caído con un fuerte estruendo. Las baldosas de pizarra no tenían compasión de la carne ni de los huesos.

Richard. Ese nombre invadió su cerebro y pensar en él la lanzó a la acción recuperando la fuerza en las piernas. Se puso en pie y corrió dando tumbos -hasta el receptor del teléfono del dormitorio.

-Maldita sea -dijo, cogiéndolo con torpeza, y aunque no se lo había acercado a la oreja, oyó la voz de Richard.

-¿Sweeney?

-Estoy bien -se apresuró a decir---. Bueno, casi. Margo se ha caído por la barandilla de la escalera. Todavía no he mirado...

-No lo hagas -dijo él, con voz entrecortada-. Dios mío... -Se interrumpió y Sweeney oyó su respiración jadeante por encima de la sirena-. Llegaremos en cinco minutos. Hay otros coches patrulla en camino. ¿Estás herida?

-Un poco. Un par de cortes en el brazo, nada serio. -Sweeney no había mirado el corte que tenía en el tríceps ni el del antebrazo, donde el cuchillo la había alcanzado a través de la toalla. No quería quitarse esa toalla, no quería ver las heridas. Sabía que le dolía y eso bastaba-. Ahora voy a colgar, ¿de acuerdo? Creo que tengo que ir a vomitar.

No esperó respuesta. Colgó el teléfono y luego puso la cabeza entre las rodillas respirando hondo para combatir la náusea que amenazaba con apoderarse de ella.

El sonido fue tan leve que no supo seguro si lo había oído. Alzó la cabeza, con la sangre que se agolpaba en sus venas al tiempo que se disponía a luchar de nuevo pero no había nadie. Parpadeó, confundida y entonces lo oyó de nuevo, un débil gemido procedente del piso de abajo.

Con cautela, Sweeney salió del dormitorio y miró por encima de la barandilla. Margo estaba tumbada boca abajo, con la pierna izquierda doblada en un ángulo imposible bajo su cuerpo. Los brazos... Oh, Dios, tenía que haberse abrazado a sí misma. Margo se movió un poco, intentando rodar de lado y otro de sus graves gemidos resonó en la casa.

Sweeney bajó las escaleras con las piernas que le temblaban. Pese a todo lo ocurrido, no podía dejarla en ese estado sin intentar ayudarla, aunque no sabía qué hacer con aquellas heridas tan graves.

Se arrodilló a su lado y para su sorpresa, la mujer fijó los ojos en ella.

-Me he caído -dijo Margo.

-No hable... Viene gente.

-Quiero... decírtelo. Para que alguien lo sepa. -Margo tosió y escupió sangre-. Candra... hacía chantaje a Carson. Tuve que detenerla. Kai tenía una... llave de su apartamento y yo... alquilé el de al lado y la esperé. -Hizo una mueca de dolor y tosió de nuevo-. No encontré... la cinta... ni las fotos. Me puse ropa de Carson. .. para que si... si algo salía a la luz, lo... culparan a él. La sangre de Candra... en sus zapatos. Entonces tú... la pintura...

-Kai vio el cuadro y se lo contó. -Sweeney lo comprendió todo.

-Era... tan guapo -susurró Margo, con la mirada perdida y cada vez más distante-. Lo ... amaba. Estúpida. Yo podía ser... su madre. Por culpa de Carson ... está muerto. Cuéntalo todo. Cuenta lo de Carson... Busca las fotos... -Sus labios se torcieron en una horrible y amarga sonrisa-. Que lo... jodan.

-Cuéntelo usted misma --dijo Sweeney con apremio, pero los ojos de Margo se habían quedado inmóviles y su expresión se desvanecía mientras respiraba por última vez.

El ruido de una sirena lejana se hizo cada vez más potente a medida que se acercaba. Sweeney se puso en pie aturdida y fue a abrir la puerta. Dos coches patrulla se detuvieron ante la casa.

Unos momentos después, cuando Richard irrumpió en la casa acompañado de los detectives Ritenour y Aquino, Sweeney estaba sentada en el peldaño inferior de la escalera. Richard tenía el semblante blanco como la cera y la piel de su rostro se veía tirante sobre sus pómulos. Lo primero que hizo fue mirarla a ella, ni siquiera miró a Margo. Con una actitud tensa y

controlada, se dirigió a la escalera y sin decir palabra, se agachó y la tomó entre sus brazos, estrechándola contra su pecho.

Librodot

-Voy a llevarla al hospital --dijo con voz áspera. Su enorme cuerpo temblaba de arriba a abajo.

-La ambulancia y los médicos llegarán en un momento.

Richard hizo caso omiso de él y sacó a Sweeney a la calle. Esta parpadeó como un topo deslumbrado por el sol. Edward había seguido a los coches patrulla porque estaba aparcado detrás. Richard se sentó en el asiento trasero, con Sweeney en su regazo, y dio instrucciones al chofer.

Con voz temblorosa, Sweeney empezó a contarle lo que Margo le había dicho antes de morir. Richard la hizo callar poniéndole dos dedos sobre los labios.

-No me importa -dijo iracundo-. Calla y deja que te abrace. Dios mío, he pasado tanto miedo... -Se le quebró la voz y hundió la cara en el cabello de Sweeney.

Se quedó con ella mientras le cosían el brazo. El corte del antebrazo era el peor y necesitó veintiséis puntos de sutura, pero no era lo bastante profundo para haber dañado los nervios o los tendones.

-Gracias a las toallas -le dijo, con unos ojos como platos y un pequeño temblor en los labios-. Si no me hubieses dicho lo de las toallas...

-Le daré algo para el dolor --dijo la doctora, levantándose del taburete. Sonrió a Sweeney y añadió-: Vaya a su médico dentro de una semana para que le quiten los puntos.

Cuando la doctora se marchó, Richard volvió a abrazar a Sweeney.

-Te amo -le dijo con voz temblorosa---. He tenido tanto miedo de perderte... ¿Quieres casarte conmigo?

Aquella pregunta la conmocionó casi tanto como el ataque de Margo.

-¿Ca-casarme? -tartamudeó.

-Casarnos. -Le tomó el rostro entre las manos, estudiando sus rasgos, mirándola a los ojos para que ella pudiera ver todas sus emociones-. Sé cautelosa, lo comprendo, pero nunca me entrometeré en tu arte. Tienes demasiado talento como para que alguien intente apagarlo. He pensado en liquidar mis acciones, dejar el mercado de valores y comprar un rancho en algún sitio, pero si tu...

-¿Dónde? -lo interrumpió Sweeney.

-Todavía no he mirado nada. En el sur o el sudoeste pero, como trataba de decir, si prefieres vivir en la ciudad, olvido lo del rancho y...

-Siempre que sea en un sitio más cálido que este, no me importa lo interrumpió de nuevo-, aunque unas cuantas palmeras no estarían nada mal.

Ríchard se quedó inmóvil y la miró fijamente. Ella le sostuvo la mirada y dijo:

-Tic-tic-tic.

-¿Qué es eso?

-Es mi reloj biológico. Creo que la alarma está a punto de sonar.

El rostro de Richard cambio y se llenó de tanto calor y tanta pasión que Sweeney pensó que iba poseerla allí mismo, en medio del hospital.

-¿Estás segura? -preguntó con voz temblorosa.

-Estoy maravillada -admitió y, cuando advirtió lo que había dicho, también se puso a temblar---. Quiero decir que tal vez sea un desastre de madre como lo fue la mía, pero te amo... -Tragó saliva -. Quiero ser tuya y tener hijos contigo.

-Entonces, cariño -le dijo con una sonrisa---, soy todo tuyo.

Epílogo

Un año después

Richard levantó la vista del libro que estaba leyendo y, con curiosidad, preguntó:

-¿A qué hora naciste?

Sorprendida, Sweeney lo miró inquisitiva.

-¿Qué estás leyendo? -preguntó a su vez.

-Respóndeme.

-No lo sé exactamente pero creo que mi madre dijo que poco después de la puesta de sol. ¿Por qué?

Él sonrió y alzó el libro para que Sweeney lo viera.

-Fantasmas y otros espíritus -dijo Sweeney, leyendo el título-. ¿Y eso?

Richard volvió a fijar la mirada en el libro y leyó en voz baja:

-« ... Y hay algunos que nacen en el crepúsculo de ciertos días y que están bendecidos por la magia y tienen la capacidad de ver fantasmas.»